

**CHINUA
ACHEBE**

**La flecha
del dios**



Lectulandia

Ezeulu es el sumo sacerdote de Ulu, la deidad principal de varias aldeas Ibo enfrentadas con los poblados del jefe de clan Umuaro. El conflicto se zanja con la intervención de la administración colonial británica, que manda a la aldea a un misionero e invita a Ezeulu a sumarse a la administración colonial, pero éste se niega, y es encarcelado. Airado, Ezeulu se niega a dar permiso para que empiece la cosecha y sus súbditos, ante la perspectiva de una nueva hambruna, deciden abrazar el cristianismo.

Lectulandia

Chinua Achebe

La flecha del dios

ePub r1.0

MuadDib 25.04.14

Título original: *Arrow of God*
Chinua Achebe, 1964
Traducción: Maya García de Vinuesa
Retoque de cubierta: MuadDib

Editor digital: MuadDib
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

DE las novelas que componen la «trilogía africana» de Chinua Achebe —esto es, *Todo se desmorona* (1958), *Me alegraría de otra muerte* (1960) y *La flecha del dios* (1964, reeditada en 1974 con significativas modificaciones)—, es sin duda esta última la que requiere una lectura más atenta y cuidadosa. Para Robert M. Wren, uno de los críticos pioneros de la obra del autor, *La flecha del dios* es «la novela más compleja y de textura más densa que ha surgido de África».^[1] Esta afirmación, pronunciada en 1978, tenía a buen seguro total validez en aquella época. Y es que Simón Gikandi está expresando una opinión unánime entre la crítica cuando afirma: «Es posible decir que Achebe es el fundador y el inventor de la institución de la literatura africana».^[2] *Todo se desmorona*, traducida a más de cincuenta idiomas, es seguramente la novela africana más leída en todo el mundo.

La historia de Okonkwo, el «héroe fallido» de *Todo se desmorona* cuya caída alegoriza el derrumbe de las estructuras de la sociedad tradicional igbo ante el avance de la colonización británica y de la religión cristiana, es revisada y recontada en *La flecha del dios*. Situada en la década de los veinte del siglo pasado, unos treinta años más tarde que la primera, la novela explora de nuevo las fracturas en la sociedad tradicional que permitieron, a pesar de la resistencia de millones de personas, la instauración de la colonia; un sistema de dominación política que distorsionó las estructuras de poder autóctonas e impuso una visión del mundo radicalmente nueva que terminaría por transformar la religión, la cultura y el conjunto de las instituciones precoloniales en meras sombras de sí mismas. No es casual que el personaje de Tony Clarke en *La flecha del dios* aparezca en los primeros capítulos de la novela leyendo el libro de George Allen *La pacificación de las tribus primitivas del Bajo Níger*, la obra en la que el comisario del distrito en *Todo se desmorona* se propone dedicar «un párrafo sustancial» a la historia de «aquel hombre que había matado a un agente judicial y se había ahorcado» a la conclusión de la novela. Tanto *Todo se desmorona* como *La flecha del dios* son pues claros ejercicios de contraescritura, que intentan reevaluar la cultura y la sociedad precoloniales y devolverles la profundidad y la riqueza de matices de las que han sido despojadas en las representaciones colonialistas.

En la época en la que se sitúa esta historia, inmediatamente después de la finalización del mandato de lord Lugard como gobernador de la extensa área que más tarde se convertiría en Nigeria, la política del «gobierno indirecto» estaba implantada ya en gran parte del territorio que constituiría la futura nación-Estado, particularmente en el norte mayoritariamente hausa, donde la Administración británica había contado con el apoyo y la aquiescencia de los líderes musulmanes locales. En el mismo tono pomposo y autocomplaciente que el memorándum enviado

al capitán Winterbottom desde la oficina central en esta novela, lord Lugard escribe en sus memorias a propósito de este tema: «La Administración británica está aquí para traer al país todas las ventajas de la civilización mediante las ciencias aplicadas (tanto en el desarrollo de los recursos naturales como en la erradicación de enfermedades, etcétera) con la mínima interferencia posible con las costumbres y las formas de pensar nativas».^[3]

No obstante, el capitán Winterbottom, un veterano en el Servicio Colonial, es consciente de que la elección de jefes locales creará inevitablemente conflictos en Igbolandia, donde tradicionalmente el poder de decisión sobre la vida comunitaria se había ejercitado desde múltiples instancias, pero fundamentalmente desde el consejo de ancianos, frente al cual incluso los sacerdotes debían rendir cuentas. El poder espiritual no era tampoco monopolio de un solo individuo, ni siquiera de una única deidad. Sin embargo, las rivalidades y los desencuentros entre los dos sacerdotes más poderosos de Umuaro, Ezeulu y Ezidemili, quien sistemáticamente emplea al ambicioso Nwaka como portavoz, terminarán por propiciar el auge de la religión cristiana y el avance de la Administración colonial. En tanto que «flecha de Ulu», una divinidad creada conjuntamente por los seis pueblos que forman Umuaro como defensa frente a los ataques de los mercenarios abam, la figura de su sacerdote, e incluso la deidad misma, resultan redundantes una vez que los blancos han puesto coto a los cazadores de esclavos; Idemili, en cambio, es considerada por una parte significativa de la comunidad como una deidad que «estaba ahí desde el principio» y por ello superior a Ulu. Buena parte de la novela puede leerse así como una glosa al proverbio repetido en al menos dos ocasiones: «Cuando dos hermanos se pelean, un forastero hereda la hacienda de su padre».

Pero Ezeulu, el protagonista central de la novela, es algo más que una «flecha del dios». Lejos de ser un personaje plano, sus ambigüedades, contradicciones íntimas y motivaciones últimas se van desvelando progresivamente a medida que avanza la narrativa, aunque sin ofrecernos nunca respuestas definitivas. Sus dudas constantes en torno a los límites de su poder sobre la comunidad, la multiplicidad de razones que aduce para explicar el hecho de haber enviado a Oduche a aprender la nueva religión de los blancos (nunca sabremos si como espía o como sacrificio), su amistad con «Wintabota» (el hombre blanco) y su rebeldía frente a él, su negativa a proclamar la Fiesta del Ñame Nuevo que surge del conflicto entre sus deberes religiosos y sus deberes seculares, y que se complica aún más por su propio deseo de venganza contra un pueblo que le ha dado la espalda, lo convierten en un protagonista lleno de matices y claroscuros. En este sentido, no solo Ezeulu, sino todos los actores centrales de la novela, están deliberadamente perfilados con todo detalle, como para confirmar la terrible sospecha de Marlow en *El corazón de las tinieblas*: que, a fin de cuentas, los africanos pudieran ser humanos.

Con una maestría admirable, Achebe consigue así en esta novela crear personajes altamente individualizados y al mismo tiempo arquetípicos, engarzar la intrahistoria de la sociedad tradicional igbo en el marco de la narrativa histórica occidental, transformar acontecimientos aparentemente anecdóticos y particulares en elementos significativos dentro de la constante reflexión sobre el ejercicio ético del poder que abarca toda su obra. Buena parte de la densidad textual de *La flecha del dios* que mencionábamos más arriba se deriva de la heteroglosia inscrita en el texto. A lo largo de la novela, escuchamos las voces de europeos y africanos (así como los diferentes puntos de vista que se dan dentro de ambos grupos), de hombres y de mujeres, de tradicionalistas y de colaboracionistas, de adultos, de niños y jóvenes... Y esta suma de voces compone el tapiz que permite a Achebe representar un acontecimiento histórico real, la negativa de un sacerdote tradicional a convertirse en jefe de poblado, ocurrida en Umuchu en 1913,^[4] transformándolo en una narrativa compleja, en la que se intercalan temas tan universales como la ambición de poder, la envidia y los celos con una tesitura política determinada en el periodo de mayor expansión del Imperio británico, y la existencia cotidiana en una aldea igbo inevitablemente inmersa en el devenir histórico.

Es precisamente el esfuerzo de Achebe por sumergirnos en las particularidades de la cultura igbo el aspecto de la novela que más desafíos plantea para una audiencia occidental. Achebe nos convierte desde el inicio de la narración en testigos de primera mano de rituales, sacrificios, normas de cortesía, creencias, conversaciones cargadas de proverbios y alusiones que nos remiten a una realidad radicalmente otra, pero con la que nos invita a empatizar en la medida en que nos la presenta desde dentro, desde la perspectiva de un componente de dicha sociedad, más que como un antropólogo que intentara reducirla a pautas «universales». Y es por eso por lo que como lectores logramos entender las motivaciones y los razonamientos de los personajes africanos mucho más allá de la (in)comprensión o el desconcierto de Winterbottom, Clarke o Wright. Por mucho que ellos piensen que pueden entender y manejar a «sus nativos», las intervenciones de intérpretes como Moses Unachukwu o John Nwodika, cuyas traducciones entre el igbo y el inglés sistemáticamente distorsionan la comunicación entre la comunidad británica y la indígena, operan dentro del texto como reiteradas *mises-en-abime* de la distancia que separa los dos mundos, y funcionan como un recordatorio constante de la inconmensurabilidad entre ellos.

Es evidente que la condición radicalmente dialógica de esta novela se traduce en su uso del lenguaje, que abarca una increíble riqueza de registros: una vez más, el inglés se impregna de los ritmos, las imágenes y la visión del mundo igbo. Las canciones de trabajo, los proverbios o las nanas conviven con el discurso imperialista de la imaginaria obra de Allen, el pidgin de los criados, las referencias bíblicas o la

parodia de novelistas como Joyce Cary (en particular la crítica ha señalado el contrapunto irónico entre los episodios relacionados con la construcción de la carretera en *Mister Johnson*, de 1939, y *La flecha del dios*)^[5] o Joseph Conrad. Y en esa misma medida, el autor se convierte en puente entre culturas, en facilitador de diálogos futuros que no perpetúen los errores del pasado. Con la amarga experiencia de la guerra de Biafra como trasfondo, Achebe declaraba en los años setenta lo siguiente con respecto a *La flecha del dios*:

Ezeulu estaba luchando contra el blanco, y hubiéramos podido esperar que a su vuelta hubiera sido compensado por su lucha. Pero su pueblo le dio la espalda, así que el blanco se salió con la suya. Con esto no quise decir, ni mucho menos, que consecuentemente el blanco tuviera razón. Lo que intentaba decir es que, en una situación tan extrema, lo realmente significativo es que Ezeulu fuera capaz de luchar y de resistir en la medida de sus posibilidades. Incluso en su fracaso, fracasó como un hombre. Esto es muy importante en nuestra cultura. La reciente experiencia de la guerra civil que hemos sufrido en Nigeria ha ejemplificado todo esto. Hubo líderes que se comportaron como absolutos cobardes y otros, unos pocos, de los que la gente pudo decir: «Este es un hombre».^[6]

A pesar del masculinismo implícito en esta valoración, que Achebe matizará y corregirá con creces en su última novela, *Termiteros de la sabana* (1987), el novelista está proponiendo en esta ficción un ideal moral íntimamente relacionado con la idea de integridad personal; en ese sentido, esta obra resulta temáticamente una secuela clara de *Me alegraría de otra muerte*, cuyo protagonista, *Obi Okonkwo*, finalmente carece de cualquier fundamento ético. Si en su prefacio Achebe se refiere a Ezeulu como un «magnífico hombre» a pesar de sus evidentes fallos como ser humano (su egocentrismo, su testarudez, su voluntad de poder), y si nos manipula sutilmente para que terminemos sintiendo cierta simpatía por Winterbottom, es porque percibe a ambos, por encima de la distancia cultural que los separa y a pesar de sus posiciones irreconciliables en tanto que colonizador y colonizado, como individuos íntegros, con un sentido claro del deber y con una ética coherente. Ambos se encuentran no obstante abocados al fracaso, no en tanto que «flecha del dios» el uno o correa de transmisión de políticas particulares el otro, sino como marionetas manejadas por los hilos implacables de la historia de la expansión occidental, un «avance» que se produjo a expensas de las sociedades, culturas y formas de vida tradicionales. Pero, una vez más, Achebe no juzga ni condena: desde la más profunda compasión, nos presenta personajes y situaciones sometidos a dinámicas históricas cuyas irreversibles consecuencias se extienden hasta el presente, con la esperanza de poder alumbrar

nuevos futuros.

Marta Sofía López
Universidad de León

LA FLECHA DEL DIOS

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

CUANDO la gente me pregunta cuál es mi novela favorita intento evitar una respuesta directa, pues creo firmemente que es tan injusto como pedirle a alguien que nombre a sus hijos por orden de preferencia, empezando por el que más ama. Cualquier paterfamilias que se precie hablará, si se ve obligado, del atractivo particular de cada uno de sus hijos.

Así pues, con respecto a *La flecha del dios*, ese atractivo particular sería que es la novela que probablemente me sorprendan releendo; por ello me he dado cuenta de que tenía algunas flaquezas estructurales, que en esta edición aprovecho para corregir.

La flecha del dios tiene tanto fervientes admiradores como feroces detractores; respecto a los últimos, no es necesario añadir nada. Respecto a los primeros, solo puedo expresar la esperanza de que los cambios que he realizado les parezcan adecuados. Pero, tal como es la naturaleza de las cosas, puede que haya algunos tan firmes en su adhesión al original que estos cambios les resulten fuera de lugar o incluso injustificados. Es posible que los cambios rara vez sean necesarios o justificados, y sin embargo continuamos haciéndolos. Deberíamos, al menos, estar dispuestos a reconocer el mérito de quienes se mantienen fieles a sus principios, a los descendientes espirituales de ese magnífico hombre, Ezeulu, con la esperanza de que nos perdonen. Porque, si se le hubiera compadecido, Ezeulu podría haber acabado por creer que su suerte era perfectamente coherente con su ilustre destino histórico de víctima, consagrando a través de su agonía la deserción de su pueblo, y de esa manera elevándola al grado de rito de paso. Y él los hubiera perdonado de corazón.

Chinua Achebe

1

ERA la tercera puesta de sol desde que había empezado a buscar algún indicio de la luna nueva. Sabía que llegaría ese día, pero siempre empezaba a observar tres días antes porque no debía arriesgarse. En aquella estación del año, la tarea no era demasiado difícil; no tenía que asomarse y rastrear en el cielo como cuando llegaba la lluvia. Entonces la luna nueva se escondía a veces detrás de las nubes de lluvia durante varios días, de manera que cuando por fin salía era ya luna creciente. Y mientras ella se entregaba a su juego, el sumo sacerdote permanecía sentado cada tarde, esperando.

Su *obi* estaba construido de manera distinta a las cabañas de los demás. Tenía a la entrada un umbral alargado, como el de todas, pero también había uno más pequeño a la derecha según se entraba. El alero de esta entrada añadida estaba recortado hacia atrás; al sentarse en el suelo, Ezeulu podía ver esa parte del cielo donde la luna tenía su puerta. Estaba oscureciendo y parpadeaba sin cesar para aclararse los ojos del agua que se formaba al mirar tan fijamente.

A Ezeulu no le gustaba pensar que ya no veía tan bien como antes y que algún día tendría que depender de los ojos de otra persona, como lo había hecho su abuelo al perder la vista. Claro que había cumplido tantos años que su ceguera se había convertido en un adorno para él. Si Ezeulu llegaba a vivir tanto, tendría que aceptar aquella pérdida. Pero hoy veía tan bien como cualquier joven, o incluso mejor, porque los jóvenes ya no eran lo que habían sido. Había una broma que Ezeulu nunca se cansaba de gastarles. Cada vez que le daban la mano al saludarlo, tensaba el brazo lo más fuerte que podía al estrechársela y, al cogerlos desprevenidos, retrocedían con una mueca de dolor.

La luna que vio aquel día estaba tan escuálida como un huérfano alimentado de mala gana por una madrastra cruel. Se fijó con más atención para asegurarse de que no le engañaba alguna nubecilla. A la vez, alcanzó su *ogene* nervioso. Siempre era igual con la luna nueva. Aunque era ya viejo, todavía le rondaba el miedo que le daba la luna nueva en su niñez. Era cierto que, desde que se había convertido en el sumo sacerdote de Ulu, la alegría por su alto cargo superaba a menudo ese miedo; pero en el fondo no desaparecía.

Tocó su *ogene*: gong, gong, gong... e inmediatamente las voces de los niños transmitieron las noticias por todas partes. *Onwa atuo!*, *onwa atuo!*, *onwa atuo...*! Volvió a poner el palo en el gong de hierro y lo dejó apoyado contra la pared.

Los niños pequeños de su casa se unieron a los demás en la bienvenida a la luna. La vocecilla de Obiageli destacaba como un pequeño *ogene* entre los tambores y las flautas. También distinguía la voz de su hijo más pequeño, Nwafo. Las mujeres estaban allí fuera, al aire libre, con todos, hablando.

—Luna —dijo la esposa mayor, Matefi—, que tu cara que ilumina la mía me traiga buena suerte.

—¿Dónde está? —preguntó Ugoye, la esposa más joven—. No la veo. ¿Estaré ciega?

—¿No ves más allá de la copa del árbol *ukwai*? Ahí no. Sigue mi dedo.

—Ah, ya la veo. Luna, que tu cara que ilumina la mía me traiga buena suerte. Pero ¿cómo está colocada? No me gusta su postura.

—¿Por qué? —preguntó Matefi.

—Está colocada de una forma muy rara, como una luna maligna.

—No —respondió Matefi—, una luna mala no deja lugar a duda alguna. Como aquella bajo la que murió Okuata. Estaba en el aire patas arriba.

—¿La luna mata a la gente? —preguntó Obiageli, tirando del vestido de su madre.

—Pero ¿qué le he hecho yo a esta niña? ¿Quieres que me quede aquí desnuda?

—Os he preguntado si la luna mata a la gente.

—Mata a las niñas pequeñas —dijo Nwafo, su hermano.

—A ti no te he preguntado, Nariz de Termitero.

—A que no puedes aguantar, llorica.

La luna mata a los niños pequeños.

La luna mata a Nariz de Termitero.

La luna mata a los niños chicos...

Obiageli hacía canciones sobre cualquier cosa.

Ezeulu entró en su granero y sacó un ñame de la estantería de bambú construida para guardar los doce ñames sagrados. Quedaban ocho. Sabía que habría ocho; aun así los contó cuidadosamente. Ya se había comido tres y tenía el cuarto en la mano. Volvió a revisar los que quedaban y, tras cerrar la puerta con cuidado al salir, regresó a su *obi*.

Su hoguera de leña seguía ardiendo. Agarró unas ramitas amontonadas en la esquina, las colocó meticulosamente sobre el fuego y colocó el ñame encima, como un sacrificio.

Mientras esperaba a que se asara, se dedicó a planificar el siguiente acontecimiento. Era *oye*. Al día siguiente sería *afo* y al otro *nkwo*, el día del gran mercado. El Festival de las Hojas de Calabaza caería en el tercer *nkwo* a partir de aquel día. Al día siguiente convocaría a sus ayudantes y les diría que anunciaran el día a las seis aldeas de Umuaro.

Cada vez que Ezeulu reflexionaba acerca de su inmenso poder sobre los cultivos y, por ello, sobre la gente durante el año, se preguntaba si era real. Era cierto que él

designaba el día para la Fiesta de las Hojas de Calabaza y para la Fiesta del Ñame Nuevo; pero no los elegía él. Él no era más que un simple vigilante. Su poder no era mayor que el de un niño sobre una cabra que dijera que le pertenecía. Mientras viviera la cabra, podía ser suya; él la cuidaría y la alimentaría. Pero el día de la matanza sabría inmediatamente quién era su verdadero dueño. ¡No! El sumo sacerdote de Ulu era más que eso, tenía que ser más que eso. Si se negara a designar el día, no habría festejo, ni siembra ni cosecha. Pero ¿podía negarse? Ningún sumo sacerdote lo había hecho jamás. Así que no se podía hacer. No se atrevería.

Ezeulu sintió una punzada de ira al pensarlo, como si se lo hubiera ordenado un enemigo.

—Retira lo de «atreverse» —le dijo a ese enemigo—. Sí, retíralo. Nadie en Umuaro se pone en pie para decir «No me atrevo». Aún no ha nacido la mujer que lleve en sus entrañas al hombre que lo pronuncie.

Pero la regañina solo le produjo un bienestar momentáneo. Su mente, que jamás se contentaba con satisfacciones superficiales, volvió a explorar los umbrales del conocimiento. ¿Qué clase de poder era ese, si no podía ejercerse nunca? Mejor decir que no existía, que no era mayor que el poder en el ano de un perro orgulloso que pretendía apagar un fuego con un simple pedo... Dio una vuelta al ñame con un palo.

Su hijo pequeño, Nwafo, entró en el *obi*, saludó a Ezeulu por su nombre y se puso en su postura favorita en la cama de adobe al fondo, cerca del dintel más bajo. Aunque todavía era un niño, parecía como si la deidad lo hubiera marcado ya como su futuro sumo sacerdote. Antes de balbucear sus primeras palabras, manifestó una fuerte atracción hacia el ritual del dios. Casi se podía decir que ya sabía más que el mayor de los ancianos. Pero nadie sería tan imprudente como para predecir públicamente si Ulu haría esto o lo otro. Cuando llegara la hora en que ya no se pudiera encontrar a Ezeulu en su sitio, pudiera ser que Ulu eligiera al hijo que menos imaginaban para sucederle. No sería la primera vez que esto sucedía.

Ezeulu se ocupaba del ñame con cuidado, dándole vueltas con el palo una y otra vez. Entró su hijo mayor, Edogo, que venía de su propia cabaña.

—¡Ezeulu! —le saludó.

—*E-e-i!*

Edogo atravesó la cabaña hacia el patio interior, en dirección a la casa temporal de su hermana Akueke.

—Sal a llamar a Edogo —le dijo Ezeulu a Nwafo.

Volvieron los dos y se sentaron en la cama de adobe. Ezeulu volvió a dar una vuelta al ñame antes de hablar.

—¿Os he hablado alguna vez de tallar una divinidad?

Edogo no respondió. Ezeulu lo miraba, pero no lo veía con claridad porque aquella parte del *obi* estaba en la oscuridad. Edogo por su parte veía la cara de su

padre iluminada por el fuego en el que asaba el ñame sagrado.

—¿No está aquí Edogo?

—Estoy aquí.

—He dicho que si te había contado algo sobre la talla de imágenes de los dioses. A lo mejor no me has oído la primera pregunta; quizá hablara con la boca llena de agua.

—Me dijiste que lo evitara.

—Eso te dije, ¿no? ¿Y qué es esa historia que he oído... que estás tallando un *alusi* para un hombre de Umuagu?

—¿Quién te lo ha contado?

—¿Quién me lo ha contado? Lo que quiero saber es si es verdad o no, no quién me lo contó.

—Quiero saber quién te lo ha contado porque creo que no conoce la diferencia entre el rostro de una deidad y el de una Máscara.

—Entiendo. Puedes irte, hijo. Y por mí, haz tallas de todos los dioses de Umuaro. Si vuelves a oírme preguntándote, coges mi nombre y se lo pones a un perro.

—Lo que estoy tallando para el hombre de Umuagu no es...

—Ya no estás hablando conmigo. He terminado contigo.

Nwafo intentó en vano entender el sentido de aquellas palabras. Cuando se le pasara el mal humor a su padre se lo preguntaría. Entonces su hermana, Obiageli, entró desde el patio interior, saludó a Ezeulu e hizo ademán de ir a sentarse en la cama de adobe.

—¿Has terminado de preparar la hoja de malanga? —le preguntó Nwafo.

—¿Y tú? ¿No sabes hacer la hoja de malanga? ¿O se te han roto los deditos?

—Callaos los dos.

Ezeulu sacó el ñame del fuego dándole una vuelta con el palo y lo tocó rápidamente con el dedo gordo y con el índice, satisfecho. Cogió de las vigas del techo un cuchillo de doble filo y empezó a raspar la capa negra del ñame asado. Tenía las manos cubiertas de hollín cuando terminó, y dio unas cuantas palmadas para limpiárselas. Cortó el ñame y lo puso en su cuenco de madera, que tenía a mano, y esperó a que se enfriara.

Cuando empezó a comer, Obiageli se puso a cantar en voz bajita. Ya sabía que su padre nunca repartía una sola migaja del ñame que comía sin aceite de palma en cada luna nueva. Pero nunca perdía la esperanza.

Comió en silencio. Se había apartado del fuego y ahora estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, mirando hacia fuera. Como le solía suceder en estas ocasiones, su mente parecía fijarse en pensamientos lejanos. A cada rato bebía agua fría de la calabaza que le había traído Nwafo. Cuando tomó el último pedazo, Obiageli volvió a la cabaña de su madre. Nwafo recogió el cuenco de madera y la

calabaza, y volvió a encajar el cuchillo entre dos vigas.

Ezeulu se levantó de su piel de cabra y se trasladó al altar del hogar, sobre una tabla lisa detrás del tabique en la entrada. Su *ikenga*, tan alta como el antebrazo de un hombre, y un cuerno animal tan largo como el resto de su cuerpo humano, tropezó con los *okposi* sin rostro de los ancestros, negros con la sangre del sacrificio, y con su pequeño bastón *ofó*. Los ojos de Nwafo divisaron el *okposi* especial que le pertenecía. Se lo habían tallado porque solía tener convulsiones por la noche. Le ordenaron que lo llamase Tocayo, y así lo hizo. Poco a poco había dejado de tener las convulsiones.

Ezeulu cogió el bastón *ofó* entre los demás y se sentó frente al altar, no a horcajadas al estilo de los hombres, sino con las piernas extendidas hacia delante, a un lado del altar, como una mujer. Agarró un extremo del bastón corto con la mano derecha y con el otro golpeó la tierra para salmodiar su plegaria:

Ulu, te doy las gracias por permitirme ver otra luna nueva. Que así sea una y otra vez. Que este hogar sea saludable y próspero. Que, al ser esta la luna de siembra, las seis aldeas tengan suerte con sus plantíos. Líbranos del peligro en las fincas: de la mordedura de una serpiente o del aguijón del escorpión, el más poderoso del matorral. Líbranos de cortarnos la pierna con el machete o con el azadón. Que nuestras mujeres tengan hijos varones. Que crezcamos en número, para que en el próximo recuento de las aldeas podamos sacrificarle una vaca, y no un pollo como en la última Fiesta del Ñame Nuevo. Que todo hombre y toda mujer encuentren el bien. Que venga el bien a la tierra de las gentes ribereñas y a la tierra de las gentes de la selva.

Volvió a colocar el *ofó* entre los *ikenga* y los *okposi*, se limpió la boca con el dorso de la mano y regresó a su sitio.

Cada vez que rezaba por Umuaro notaba un sabor amargo en la boca, una ira ardiente por la división que se había establecido entre las seis aldeas y que los enemigos intentaban sembrarle en la cabeza. ¿Y por qué razón? Porque había dicho la verdad ante el hombre blanco. Y es que un hombre que empuñaba el bastón sagrado de Ulu, ¿cómo iba a decir algo que sabía que era mentira? ¿Cómo podía dejar de contar la historia tal y como se la había escuchado a su propio padre? Hasta el hombre blanco, Wintabota, lo entendió, aunque provenía de una tierra que nadie conocía. Había declarado que Ezeulu era el único testigo de la verdad. Eso era lo que exasperaba a sus enemigos: que el blanco cuyo padre o madre eran desconocidos para todos viniera a contarles la verdad que ya sabían y que odiaban escuchar. Era un augurio de la ruina del mundo.

Las voces de las mujeres que volvían del arroyo interrumpieron los pensamientos de Ezeulu. No podía verlas en la oscuridad de fuera. Una vez que se había mostrado,

la luna nueva se había vuelto a retirar. Pero en la noche quedaban huellas de su visita. La oscuridad no era tan impenetrable como lo había sido últimamente, sino abierta y aireada como una selva en la que se le hubiera recortado la maleza. Al saludarlo por su nombre, «Ezeulu», de una en una, vio sus formas borrosas y les devolvió el saludo. Pasaron dejando atrás la parte derecha del *obi* y entraron en el patio interior a través de la otra entrada, una puerta alta y tallada que destacaba contra los muros rojos de tierra.

—¿No son las mismas que vi andando hacia el arroyo antes de que se pusiera el sol?

—Sí —dijo Nwafo—. Fueron a Nwangene.

—Ya.

Por un instante, Ezeulu había olvidado que el arroyo más cercano, el Ota, había sido abandonado desde que el oráculo anunciara el día anterior que la enorme roca apoyada sobre otras dos rocas en su fuente estaba a punto de caer y que buscaría una almohada más suave para su cabeza. Hasta que no se aplacara al *alusi* a quien pertenecía el arroyo y cuyo nombre llevaba, nadie debía acercarse.

Aun así, pensaba Ezeulu, él diría lo que pensaba a quien fuera que le trajese un último plato para cenar a esa hora de la noche. Si ya sabían que tenían que ir a Nwangene, debían haber salido antes. Le molestaba que le mandaran la cena después de que otros hombres hubieran terminado la suya y ya se les hubiese olvidado.

La voz fuerte y viril de Obika se oía cada vez más alta según se acercaba a casa. Hasta su silbido llegaba más lejos que el de muchos hombres. Venía cantando y silbando.

—Ya vuelve Obika —dijo Nwafo.

—El pájaro noctámbulo hoy vuelve pronto a casa —dijo a la vez Ezeulu.

—Algún día volverá a ver a *Eru* —dijo Nwafo, refiriéndose a la aparición que Obika había visto una noche.

Se había contado tantas veces aquella historia que Nwafo se imaginó que estaba allí.

—Esta vez será Idemili u Ogwugwu —dijo Ezeulu sonriendo, y Nwafo se sintió completamente feliz.

Una noche, hacía unos tres años, Obika había entrado corriendo en el *obi* tirándose a los pies de su padre temblando de miedo. Era una noche oscura y estaba a punto de llover. El trueno sonaba con una voz ronca y líquida, y a cada destello le respondía otro destello.

—¿Qué te pasa, hijo mío? —le preguntó Ezeulu una y otra vez, pero Obika temblaba y no le decía nada.

—¿Qué te pasa, Obika? —le preguntó su madre, Matefi, que había entrado en el *obi* y se había echado a temblar más aún que su hijo.

—Silencio —dijo Ezeulu—. ¿Qué has visto, hijo?

Cuando se tranquilizó un poco, Obika empezó a contar a su padre lo que había visto en el resplandor de un rayo cerca del árbol *ugili* entre su aldea, Umuachala, y Umunneora. En cuanto mencionó el sitio, Ezeulu supo lo que era.

—¿Qué pasó cuando lo viste?

—Sabía que era un espíritu; se me hinchó la cabeza.

—¿No se fue hacia el Arbusto que Hacía Daño a los Pajaritos? ¿Hacia la izquierda?

La seguridad de su padre animó a Obika. Asintió y Ezeulu hizo dos veces un gesto de asentimiento. Las demás mujeres se congregaban en la puerta.

—¿Cómo era?

—Era más alto que cualquiera que yo conozca. —Tragó saliva con fuerza—. Tenía la piel muy clara... como... como...

—¿Iba vestido como un pobre o parecía rico?

—Vestía como un hombre rico. Llevaba una pluma de águila en la gorra roja.

Le volvieron a castañetear los dientes.

—A ver si te explicas bien. No eres una mujer. ¿Llevaba un colmillo de elefante?

—Sí. Llevaba un colmillo grande en el hombro.

Había empezado a llover, primero con gotas grandes que sonaban como guijarros contra el tejado de paja.

—No hay razón para que tengas miedo, hijo mío. Has visto a *Eru*, el Magnífico, el que concede la riqueza a quienes hallan su favor. La gente a veces lo ve en ese lugar cuando hace este tiempo. Quizá iba de camino de vuelta a su casa después de visitar a Idemili o a otras deidades. *Eru* solo hace daño a quienes juran en falso ante su altar.

Ezeulu se dejó llevar por sus alabanzas al dios de la riqueza. Por la manera en que hablaba, se podía pensar que era el orgulloso sacerdote de *Eru* más que el de Ulu, que era superior a *Eru* y a todos los demás dioses.

—Cuando un hombre es de su agrado, la abundancia fluye en su casa como los ríos: sus ñames se hacen grandes como seres humanos, sus cabras paren trillizos y sus gallinas ponen huevos de nueve en nueve.

La hija de Matefi, Ojiugo, trajo un cuenco de fufú y otro de sopa, saludó a su padre y se los puso delante. Después se volvió hacia Nwafo y le dijo:

—Vete a la cabaña de tu madre; ya ha terminado de cocinar.

—Deja al chico —dijo Ezeulu, sabiendo que Matefi y su hija estaban celosas por su preferencia hacia el hijo de su otra esposa—. Ve a llamar a tu madre y dile que venga.

No hizo ademán de empezar a comer y Ojiugo supo que habría problemas. Volvió a la cabaña de su madre y la llamó.

—No sé cuántas veces he dicho en esta casa que no voy a tomar la cena después de que los demás hombres de Umuaro se hayan ido a dormir —dijo cuando entraba Matefi—, pero tú no haces ni caso. Lo que se dice en esta casa te importa lo mismo que el pedo que se tira un perro para apagar el fuego...

—Fui a Nwangene a coger agua y...

—Si quieres puedes ir a Nkisa. Lo que digo es que, si quieres que te cure de cuajo la insensatez, vuelve a traerme la cena a esta hora otro día...

Cuando Ojiugo volvió a recoger los cuencos, se encontró a Nwafo apurando los restos de la sopa. Esperó furiosa a que terminara. Después recogió los cuencos y fue a contárselo a su madre. No era la primera vez, ni la segunda, ni la tercera. Todos los días era igual.

—¿Te enfadarías con un buitres por posarse en un montón de huesos? —dijo Matefi—. ¿Qué quieres que haga un niño si su madre pone langosta en la sopa en lugar de pescado? Ahorra el dinero para comprarse pulseras de marfil. Pero a Ezeulu no le parece mal nada de lo que hace. En cambio a mí, vaya si sabe lo que tiene que decirme.

Ojiugo miraba hacia la cabaña de la otra mujer, separada de la suya por toda la amplitud del patio. Solo se podía ver el brillo amarillento de la lámpara de aceite de palma entre el alero inferior y el dintel. Había una tercera cabaña que formaba una media luna con las otras dos. Había pertenecido a la primera mujer de Ezeulu, Okuata, que había muerto hacía muchos años. Ojiugo apenas la conoció; solo se acordaba de que solía dar un trocito de pescado y alubias a todos los niños que iban a su cabaña cuando estaba cocinando su sopa. Era la madre de Adeze, Edogo y Akueke. Después de su muerte, sus hijos se quedaron viviendo en la cabaña hasta que las hijas se casaron. Edogo vivió allí solo hasta hacía dos años, cuando se casó y construyó un pequeño patio al lado del de su padre. Ahora Akueke había vuelto a vivir allí, al abandonar la casa de su marido. Se decía que el hombre la maltrataba. Pero según la madre de Ojiugo aquello era mentira y Akueke era una cabezota y una orgullosa, la clase de mujer que se llevaba el patio de su padre a casa de su marido.

Justo cuando Ojiugo y su madre estaban a punto de empezar a cenar, Obika volvía a casa cantando y silbando.

—Tráeme su cuenco —dijo Matefi—. Hoy llega pronto.

Obika se paró ante el alero bajo y entró con las manos extendidas. Saludó a su madre y ella le dijo un «Nno» nada cálido. Se dejó caer con todo su peso en la cama de adobe. Ojiugo le había traído su cuenco de arcilla para la sopa y ahora le traía el fufú de la repisa de bambú. Matefi sopló en el cuenco para quitar el polvo y la ceniza y le sirvió un cucharón de sopa. Ojiugo se lo llevó a su hermano y salió con la calabaza a por agua.

Después del primer bocado, Obika inclinó el cuenco de sopa hacia la luz y lo

inspeccionó con aire crítico.

—¿Se puede saber qué es esto? ¿Sopa o puré de malanga?

Las mujeres lo ignoraron y siguieron comiendo. Estaba claro que había vuelto a beber demasiado vino de palma.

Obika era uno de los jóvenes más guapos de Umuaro y de los distritos de alrededor. Tenía unas facciones muy finas y la nariz era afilada como la nota de un gong. Tenía la piel como su padre, de color terracota. La gente decía de él (como siempre decían cuando veían a alguien con gran encanto) que no había nacido en la zona de los pueblos igbo de la selva; que en su vida anterior debía de haber vivido entre los pueblos ribereños a quienes los igbo denominaban olu.

Pero dos cosas habían estropeado a Obika. Bebía vino de palma en exceso y era proclive a ataques de cólera fieros y repentinos. Y como era fuerte como una roca, siempre estaba hiriendo a otros. No obstante, su padre, quien lo prefería a Edogo, su hermanastro más reservado y meditabundo, solía decirle: «Es digno de alabanza el ser valiente y audaz, hijo mío, pero a veces es mejor ser un cobarde. A menudo, cuando estamos en el patio de un cobarde, podemos ver las ruinas de la casa donde hubo un hombre valiente. El hombre que nunca se ha sometido a nada tendrá que someterse pronto a la mortaja».

Con todo y con eso, Ezeulu prefería tener un hijo listo que rompía utensilios por la prisa que un caracol lento y cuidadoso.

Hacía no mucho que Obika había estado a punto de cometer un asesinato. Su hermanastra, Akueke, venía a casa de vez en cuando a decir que su marido le había pegado. Una mañana temprano volvió otra vez con toda la cara hinchada. Sin esperar a escuchar el resto de la historia, Obika salió para Umuogwugwu, la aldea de su cuñado. Por el camino se paró a llamar a su amigo, Ofoedu, que nunca se perdía una pelea. Según llegaban a Umuogwugwu, Obika explicó a Ofoedu que no debía ayudarle a pegar al marido de Akueke.

—Y entonces, ¿para qué has venido a buscarme? —le preguntó el otro, enfadado—. ¿Para que te lleve la bolsa?

—Puede que tengas trabajo. Si la gente de Umuogwugwu es como me la imagino, saldrán a pelear para defender a su hermano. Ahí sí tendrás trabajo.

Nadie en casa de Ezeulu sabía adonde había ido Obika, hasta que regresó con Ofoedu un poco antes de mediodía. Cargaban con el marido de Akueke en la cabeza, atado a una camilla, casi muerto. Lo colocaron bajo el árbol ukwa y dijeron que desafiaban a cualquiera a moverlo. Las mujeres y los vecinos suplicaron a Obika que tuviera misericordia y le enseñaron la amenazante fruta madura del árbol, grande como una vasija de agua.

—Sí. Lo he puesto ahí a propósito, para que le aplaste la fruta... es un animal.

Finalmente el alboroto atrajo a Ezeulu, que andaba cerca en el bosque, con prisa

por llegar a casa. Cuando vio lo que pasaba emitió un lamento sobre la destrucción que Obika iba a traer a su casa y le ordenó que soltara a su cuñado.

Durante tres mercados Ibe apenas pudo levantarse de la cama. Entonces una tarde sus parientes llegaron en busca de una explicación por parte de Ezeulu. La mayoría había estado fuera, trabajando en sus tierras, cuando había sucedido todo aquello. Habían esperado con paciencia durante más de tres mercados a que alguien les explicara por qué habían dado una paliza a su pariente y se lo habían llevado.

—¿Qué es esa historia de Ibe? —preguntaron.

Ezeulu trató de aplacarlos, sin reconocer que su hijo hubiera hecho nada excesivamente malo. Llamó a su hija Akueke, para que estuviera presente ante ellos.

—Deberíais haberla visto el día que vino a casa. ¿Así tratáis a las mujeres que se casan en vuestro pueblo? Si esa es vuestra costumbre, entonces os digo que así no vais a quedaros con mi hija.

Los hombres reconocieron que a Ibe se le había ido la mano, y que nadie debía culpar a Obika por defender a su hermana.

—¿Para qué rogamos a *Ulu* y a nuestros antepasados que nos hagan crecer en número si no es por eso? —dijo su líder—. Nadie come números. Pero si somos muchos, nadie se atreverá a importunarnos, y nuestras hijas andarán con la cabeza erguida en las casas de sus maridos. Así que no culpamos demasiado a Obika. ¿Me explico bien?

Sus compañeros le respondieron que sí, y continuó.

—No podemos decir que tu hijo haya hecho mal peleando por su hermana. Pero lo que no entendemos es por qué hay que sacar de su casa y de su pueblo a un hombre con un pene entre las piernas. Es como decir: «No eres nadie y tus parientes no pueden hacer nada». Eso es lo que no comprendemos. No hemos venido con soberbia sino con ignorancia, porque un hombre no va a su familia política con soberbia. Queremos que nos lo aclaréis: «Estáis equivocados; esto es lo sucedido, o ha pasado esto otro». Entonces nos quedaremos satisfechos y nos volveremos a casa. Si alguien nos dice después: «A vuestro pariente le dieron una paliza y se lo llevaron», sabremos qué responder. Gran suegro, te saludo.

Ezeulu empleó toda su habilidad para hablar con su familia política. Se marcharon más contentos de lo que habían venido. Pero era improbable que presionaran a Ibe para que llevara vino de palma a Ezeulu y que pidieran el regreso de su mujer. Parecía que se iba a quedar una larga temporada en la casa de su padre.

Después de cenar, Obika se unió a los demás en la cabaña de Ezeulu. Como de costumbre, Edogo habló en nombre de todos. Además de Obika, estaban allí también Oduche y Nwafo.

—Mañana es *afo* —dijo Edogo—, y venimos a enterarnos de qué tareas nos has designado.

Ezeulu se quedó pensativo un rato, como si no estuviera preparado para la propuesta. Entonces preguntó a Obika cuánto trabajo le faltaba por hacer en su nueva casa.

—Solo el granero para mi esposa —respondió—, pero eso puede esperar. No habrá malanga para sembrar hasta la época de la cosecha.

—Nada de esperar —dijo Ezeulu—. Una mujer recién casada no debe encontrarse con una casa sin terminar. Sé que en los tiempos que corren eso no es un problema. Pero mientras estemos aquí, seguiremos haciendo las cosas como es debido... Edogo, en vez de trabajar para mí mañana, llévate a tus hermanos y a las mujeres a construir el granero. Si a Obika no le da vergüenza, a los demás sí.

—Padre, tengo que contarte una cosa...

—Te escucho.

Oduche carraspeó como si le diera miedo empezar.

—A lo mejor le han prohibido que ayude a sus hermanos a construir el granero —dijo Obika con voz pastosa.

—Siempre hablas como si fueras idiota —le dijo Edogo bruscamente—. ¿No ha trabajado Oduche tanto como tú en tu casa? Yo diría que más que tú.

—Es a Oduche a quien quiero oír, no a vosotros dos, que parecéis un par de mujeres celosas.

—Soy uno de los elegidos para ir mañana a Okperi a cargar el equipaje de nuestro nuevo profesor.

—¡Oduche!

—¡Padre!

—Escucha lo que voy a decir. Cuando un saludo con la mano va más allá del codo, todos sabemos que se convierte en otra cosa. Yo fui quien te envió a unirte a esa gente por mi amistad con el blanco, Wintabota. Me pidió que enviara a uno de mis hijos a aprender las costumbres de su gente, y yo accedí a mandarte a ti. No te envié para que dejaras de cumplir con tus obligaciones en mi casa. ¿Me oyes? Ve y dile a quien te eligió para ir a Okperi que yo he dicho que no. Diles que mañana es el día en que mis hijos varones y mis esposas y la mujer de mi hijo trabajan para mí. Esa gente debería conocer las costumbres de esta tierra; si no, debes explicárselo. ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Ve a llamar a tu madre. Creo que le toca cocinar mañana.

EZEULU decía a menudo que los antepasados de Umuaro, que contemplaban el mundo desde *Ani-Mmo*, debían estar completamente perplejos ante las costumbres de los nuevos tiempos. En ninguna otra época habría podido Umuaro declarar la guerra a Okperi en las circunstancias en que lo hizo. ¿Quién hubiera imaginado que el pueblo de Umuaro iría a la guerra tan dolorosamente dividido? ¿Quién hubiera pensado que harían caso omiso de las advertencias del sacerdote de Ulu, que había conseguido unir a los seis pueblos y había hecho de ellos lo que eran ahora? Pero Umuaro se había hecho fuerte, se había vuelto engreído y se había convertido en algo parecido al pajarito *nza*, que después de comer y beber desafió a su dios personal a un combate singular. Umuaro desafió a la deidad que había fundado sus poblados. ¿Y qué esperaban? Su dios los castigó, los abandonó para que los machacaran en esa ocasión y en los tiempos venideros.

En el pasado remoto, cuando había pocos lagartos y estaban lejos los unos de los otros, los seis pueblos (Umuachala, Umunneora, Umuagu, Umuezeani, Umuogwugwu y Umuisiuzo) eran independientes, y cada uno de ellos adoraba a su propia divinidad. Por entonces, los soldados mercenarios de Abam se dedicaban a atacar en mitad de la noche, incendiaban las casas y tomaban como esclavos a los hombres, las mujeres y los niños. A los seis pueblos les iba tan mal que sus jefes se unieron para salvarse. Buscaron un grupo de hechiceros poderosos para establecer una divinidad común a todos ellos. La deidad que los padres de los seis pueblos adoptaron se llamaba Ulu. La mitad de la medicina se enterró en un lugar que se convertiría en el mercado *Nkwo* y la otra mitad se arrojó al arroyo que se convirtió en Mili Ulu. Los seis pueblos entonces adoptaron el nombre de Umuaro, y el sacerdote de Ulu se convirtió en el sumo sacerdote. Desde aquel día no volvieron a ser derrotados por ningún enemigo. ¿Cómo podía un pueblo así despreciar al dios que había fundado su ciudad y la había protegido? Ezeulu lo veía como la ruina del mundo.

El día en que, hacía cinco años, los jefes de Umuaro estaban deliberando si enviar un emisario a Okperi con arcilla blanca en son de paz o una hoja de palma nueva en son de guerra, Ezeulu habló en vano. Les dijo a los hombres de Umuaro que Ulu no lucharía en una guerra injusta.

—Conozco la historia —les dijo—. Mi padre me contó que cuando nuestro pueblo vino a vivir aquí la tierra pertenecía a Okperi. Fue Okperi quien nos dio un pedazo de su tierra para vivir. También nos dieron sus deidades: su Udo y su Ogwugwu. Pero les dijeron a nuestros antepasados, y acordaos de mis palabras, el pueblo de Okperi les dijo a nuestros antepasados: «Os damos a nuestros Udo y Ogwugwu, a quienes no debéis llamar así, sino el hijo de Udo y el hijo de

Ogwugwu». Esta es la historia tal y como se la escuché a mi padre. Si decidís luchar contra un hombre por un pedazo de tierra de labor que le pertenece no contéis conmigo.

Pero Nwaka se había salido con la suya. Era una de las tres personas entre los seis pueblos que habían tomado el título más importante en la tierra, *Eru*, llamado así en honor al dios de la riqueza. Nwaka descendía de un linaje de hombres prósperos y de un pueblo que se llamaba a sí mismo el primero entre los de Umuaro. Se decía que al unirse los seis pueblos ofrecieron el sacerdocio de Ulu al más débil entre ellos para asegurarse de que ninguno de los de la alianza se hacía demasiado poderoso.

—*Umuaro kwenu!* —rugió Nwaka.

—*Hem!* —replicaron los hombres de Umuaro.

—*Kwenu!*

—*Hem!*

—*Kwezuenu!*

—*Hem!*

Empezó a hablar casi con suavidad en el silencio que había creado con su saludo.

—La sabiduría es como una bolsa de piel de cabra: cada hombre lleva la suya. El conocimiento de la tierra también es así. Ezeulu acaba de contarnos los que le contó su padre sobre los viejos tiempos. Sabemos que un padre no cuenta mentiras a su hijo. Pero también sabemos que el saber común sobre la tierra está más allá del saber de muchos padres. Si Ezeulu hubiera hablado sobre la gran deidad de Umuaro de quien es sacerdote, y de quien sus padres fueron sacerdotes, habría prestado atención a sus palabras. Pero está hablando sobre acontecimientos que son más antiguos que el mismo Umuaro. No temo afirmar que ni Ezeulu ni nadie en este pueblo puede hablar sobre esos acontecimientos.

Se oyeron murmullos de aprobación y de desaprobación, aunque predominaron los primeros entre la asamblea de los ancianos y los hombres con títulos. Nwaka andaba hacia delante y hacia atrás al hablar; la pluma de águila en su gorra roja y la pulsera de bronce en el tobillo lo señalaban como uno de los señores de la tierra: un hombre favorecido por *Eru*, el dios de la riqueza.

—Mi padre me contó otra historia. Me dijo que el pueblo de Okperi era errante. Me nombró tres o cuatro lugares donde pasaban temporadas y desde donde volvían a ponerse en marcha. Primero los expulsó Umuofia, y después Abame y Aninta. ¿Irían hoy a reclamar esos terrenos? ¿Habrían ido a reclamar nuestras granjas antes de que el hombre blanco se metiera por medio y alterara todo? Ancianos y *ndichie* de Umuaro, que regrese a su casa quien no tenga coraje para la lucha. No seremos el primer pueblo que abandona su casa y sus tierras para evitar la guerra. Pero no nos contemos a nosotros mismos o a nuestros hijos que lo hicimos porque la tierra le pertenecía a otro pueblo. Digámosles mejor que nos casamos con las hijas de Okperi,

que sus hombres se casaron con nuestras hijas, y que donde hay mezcla a menudo los hombres pierden la valentía para el combate. *Umuaro kwenu!*

—*Hem!*

—*Kwezuenu!*

—*Hem!*

—Os saludo a todos.

El murmullo que siguió fue en gran medida de aprobación. Nwaka había destrozado por completo el discurso de Ezeulu. El golpe mortal fue la insinuación de que la madre del sumo sacerdote había sido una hija de Okperi. La asamblea se dividió en pequeños grupos de gente, juntándose los que estaban más próximos. Un hombre dijo que Ezeulu había olvidado si había sido su padre o su madre quien le había contado la historia de la tierra. Uno tras otro, los que hablaron fueron dejando claro que los seis pueblos apoyaban a Nwaka. Ezeulu no era el único hombre de Umuaro cuya madre había llegado de Okperi. Pero ninguno de los otros se atrevió a apoyarlo. De hecho, uno de ellos, Akukalia, cuyo lenguaje nunca se alejaba mucho de «matar y saquear», estaba tan exaltado que fue elegido para llevar la arcilla blanca y la hoja de palma nueva a su tierra, Okperi.

El último hombre que habló aquel día era el más anciano del pueblo de Akukalia. Le temblaba la voz, pero su saludo a la asamblea se oía claramente en todos los rincones del mercado *Nkwo*. Los hombres de Umuaro respondieron a su penoso esfuerzo con el más alto «Hem!» del día. Dijo en tono calmado que debía descansar para recuperar la respiración y los que le oyeron se rieron.

—Quiero hablar sobre el hombre que vamos a enviar a Okperi. Hace ya mucho tiempo que luchamos en una guerra y puede que muchos de vosotros no recordéis nuestras costumbres. No digo que haya que recordárselo a Akukalia. Pero soy viejo, y los viejos están ahí para hablar. Si el lagarto doméstico hace con descuido las cosas por las que se le conoce, se le confundirá con el lagarto de campo.

»Por el modo de hablar de Akukalia, he visto que estaba muy enfadado. Está bien que se sienta así. Pero no lo enviamos a su tierra a luchar. Te enviamos, Akukalia, para que les ofrezcas elegir entre la guerra o la paz. ¿Hablo en nombre de Umuaro?

Le confirmaron que tenía el poder de continuar.

—No queremos que Okperi elija la guerra; a nadie le gusta la guerra. Si eligen la paz nos alegraremos. Pero allá ellos con lo que digan: tú no debes cuestionarlo. Tu deber es hacernos llegar su respuesta. Todos sabemos que eres un hombre intrépido, pero mientras estés allí guárdate la audacia en tu bolsa. Si los jóvenes que te acompañen levantan la voz tu deber será ocultar su falta. En mi juventud tuve misiones parecidas y conozco perfectamente las tentaciones. Te saludo.

Ezeulu, que había asimilado todo con una sonrisa triste saltó de pronto como si le hubiera picado una hormiga negra en el trasero.

—*Umuaro kwenu!* —gritó.

—Hem!

—Os saludo a todos. —Era como el saludo de una Máscara airada—. Cuando un adulto está en casa no se deja a la cabra sufriendo a punto de parir atada a una soga. Eso es lo que han dicho nuestros antepasados. Pero ¿qué hemos visto hoy aquí? Hemos visto que algunos hablan porque temen que se les llame cobardes. Otros han hablado de esa manera porque tienen sed de guerra. Dejemos todo eso aparte. Si de verdad nos pertenecen las tierras, Ulu luchará a nuestro lado. Pero si no es así lo sabremos enseguida. Yo no habría vuelto a hablar hoy si no hubiera visto a adultos en la casa que no cumplen con su deber. Ogbuefi Egonwanne, como uno de los tres hombres más ancianos de Umuaro, debía habernos recordado que nuestros padres no libraron nunca una guerra culpable. Sin embargo, en vez de eso quiere enseñar a nuestro emisario a llevar agua y fuego a la vez en la boca. ¿No hemos oído que un hijo a quien su padre manda a robar no lo hace a hurtadillas sino que fuerza la puerta de una patada? ¿Por qué se preocupa Egonwanne por las cosas pequeñas y pasa por alto las importantes? Queremos la guerra. Lo importante no es cómo se lo va a contar Akukalia al pueblo de su madre; que les escupa a la cara si quiere. Cuando nos enteramos de que se ha desmoronado una casa, ¿preguntamos si también se ha caído el techo? Os saludo a todos.

Akukalia se marchó a Okperi con sus dos compañeros al día siguiente, en cuanto cantó el gallo. En su bolsa de piel de cabra llevaba arcilla blanca y unas cuantas hojas de palma amarilla cortadas de la copa del árbol antes de que se abrieran al sol. Todos llevaban también un machete envainado.

Aquel día era *eke*, y Akukalia y sus compañeros pronto empezaron a cruzarse con mujeres de las aldeas vecinas que iban camino del famoso mercado *Eke* de Okperi. La mayoría de ellas procedían de Elumelu y de Abame y hacían las mejores vasijas de toda la zona. Cada una llevaba una torre de cinco, seis o más vasijas grandes de agua sujetas con una red de estopa a una amplia cesta, y bajo aquella luz incipiente cada silueta parecía un espíritu con una cabeza fantástica.

Conforme iban dejando atrás los grupos de las vendedoras, hablaban del gran mercado *Eke* de Okperi, al que acudían gentes de todas partes de Igbo y de Olu.

—Es el resultado de una medicina tradicional —explicó Akukalia—. El pueblo de mi madre es de grandes hechiceros. —Se le notaba el orgullo en la voz—. Al principio, *Eke* era un mercado muy pequeño. Los mercados de la zona lo estaban dejando seco. Entonces, un día los hombres de Okperi tallaron una divinidad poderosa y pusieron el mercado bajo su protección. Desde ese día, *Eke* creció y creció hasta llegar a ser el mayor mercado de esta zona. Eita divinidad se llama Nwanyieke y es una anciana. Cada día *eke* aparece antes de que cante el gallo con una escoba en la mano derecha y baila en el vasto espacio abierto haciendo señas con

la escoba en todas las direcciones de la tierra y atrayendo a gente de todas partes. Por eso la gente no se acerca al mercado antes de que cante el gallo; si lo hicieran verían a la anciana durante su tarea.

—Cuentan la misma historia sobre el mercado *Nkwo* junto al gran río en Umuru —dijo uno de los compañeros de Akukalia—. Allí la medicina ha funcionado tan bien que el mercado ya no solo se celebra los días *Nkwo*.

—La hechicería de Umuru no tiene punto de comparación con la del pueblo de mi madre —dijo Akukalia—. Su mercado ha crecido tanto porque los blancos llevan allí sus mercancías. ¿Y por qué llevan allí sus mercancías si no es por las medicinas? La anciana del mercado ha barrido el mundo con su escoba, hasta la tierra de los blancos donde dicen que nunca brilla el sol.

—¿Es cierto que una de sus mujeres en Umuru salió sin su sombrero blanco y se derritió como el aceite de palma que se deja al sol? —preguntó el otro compañero.

—Yo también lo había oído —dijo Akukalia—, pero se dicen muchas mentiras sobre los blancos. Una vez se dijo que no tenían dedos de los pies.

Al amanecer llegaron a la tierra de la discordia. No se había cultivado durante muchos años y estaba llena de maleza, con matorrales de hierba seca.

—Me acuerdo de cuando venía con mi padre a este mismo sitio a cortar hierba para los tejados —dijo Akukalia—. Me sorprende que el pueblo de mi madre lo reclame ahora.

—Todo se debe a los blancos, que dicen, como los mayores a los hijos que se pelean: «Nada de riñas mientras yo esté por aquí»; así se toca el orgullo del más joven y el más débil, que se pone a presumir.

—Has dicho la verdad —dijo Akukalia—. Nunca habrían sucedido esas cosas cuando yo era joven, por no hablar de la época de mi padre. Me acuerdo muy bien de todo esto. —Y señaló la tierra con la mano—. Una vez le cayó un rayo a ese árbol *ebenebe* de ahí, y los que estaban cortando la hierba debajo salieron disparados en todas las direcciones.

—Lo que deberías preguntarles —dijo el otro compañero, que apenas había hablado desde que habían salido—, lo que deberían decirnos es que, si la tierra fuera realmente suya, por qué nos han dejado cultivarla y cortar paja para nuestros tejados durante generaciones, hasta que llegaron los blancos y se lo recordaron.

—Nuestra misión no es preguntarles nada, excepto la pregunta que Umuaro quiere que respondan —dijo Akukalia—. Y debo recordaros que una vez allí soy yo quien ha de hablar; a vosotros os toca estar con la boca cerrada. Esa gente es muy difícil; mi madre no era una excepción. Pero yo sé lo que ellos saben. Si un hombre de Okperi te dice que vengas, quiere decir que pongas pies en polvorosa. Si no conoces sus costumbres te sentarás con ellos desde que cante el gallo hasta que se duerma, te unirás a la conversación y a la comida, pero estarás todo el tiempo

flotando en la superficie del agua. Así que dejádmelos a mí, porque cuando un hombre astuto muere otro hombre astuto lo entierra.

Los tres emisarios entraron en Okperi a la hora en que la mayoría de la gente terminaba el almuerzo de la mañana. Se dirigieron directamente a casa de Uduezue, el pariente más cercano a la madre de Akukalia. Quizá fueran las caras serias las que avisaron a Uduezue, o quizá Okperi no estaba del todo desprevenido acerca de la misión de Umuaro. No obstante, Uduezue les preguntó por sus familiares.

—Están bien —replicó Akukalia, impaciente—. Tenemos una misión urgente que debemos comunicar cuanto antes a los ancianos de Okperi.

—Ah, ¿sí? —inquirió Uduezue—. Ya me preguntaba yo qué podía traer a mi hijo y a su gente hasta aquí tan temprano. Si mi hermana, tu madre, viviera, pensaría que algo le había pasado. —Hizo una breve pausa—. Una misión importante; sí. Como dice el refrán, un sapo no corre de día a menos que alguien lo persiga. No quiero retrasar vuestra misión, pero debo ofrecer un pedazo de nuez de cola.

Hizo ademán de levantarse.

—No te preocupes. Quizá volvamos después de nuestra misión. Es una carga pesada y hasta que no nos liberemos de ella no vamos a entender lo que se nos diga.

—Sé a qué te refieres. Pues aquí tenéis un trozo de arcilla blanca. Vale, dejaremos la nuez de cola para cuando volváis.

Pero los hombres rehusaron incluso dibujar líneas en el suelo con la arcilla. Después de aquello no había nada más que decir. Habían rechazado la muestra de buena voluntad entre anfitrión e invitados, por lo que su misión debía de ser de la mayor gravedad.

Uduezue entró en su patio interior y salió enseguida con su bolsa de piel de cabra y su machete enfundado.

—Os llevaré hasta el hombre que debe recibir vuestro mensaje —dijo.

Los condujo por el camino y lo siguieron en silencio. Atravesaron una multitud creciente de vendedores. Se acercaba la estación de la siembra y muchos portaban cestas enormes de ñames de siembra. Algunos llevaban también cabras en las grandes cestas. Se veía también a algunos que llevaban un ave en brazos; esos no andaban con paso firme, especialmente si se trataba de hombres que habían conocido tiempos mejores. Se oía el bullicio de la conversación de las mujeres que pasaban; las que venían de lejos y estaban exhaustas permanecían calladas. Akukalia creyó reconocer alguna de las vasijas de agua que habían dejado atrás a lo largo del camino.

Hacía unos tres años que Akukalia no visitaba la tierra de su madre, y de pronto sintió una extraña ternura por todo aquello. La primera vez que había ido de niño con su madre se había preguntado por qué la tierra, al igual que la arena, parecía blanca en lugar de rojiza como en Umuaro. Su madre le había dicho que la razón era que en Okperi la gente era limpia y se lavaba todos los días, mientras que los de Umuaro no

tocaban el agua en los cuatro días de la semana. Su madre había sido severa con él y muy peleona, pero en aquel momento Akukalia sintió cariño por ella.

Uduezue llevó a los tres visitantes a casa de Otikpo, que era el pregonero de Okperi. Estaba en su *obi*, preparando ñames de siembra para el mercado. Se levantó para saludarlos. Llamó a Uduezue por su nombre y su título, y a Akukalia, «Hijo de Nuestra Hija». A los otros dos, a quienes no conocía, solo les dio la mano. Otikpo era muy alto y de aspecto enjuto. Todavía parecía el gran corredor que había sido en su juventud.

Entró en una habitación interior y volvió con una esterilla enrollada que extendió en la cama de adobe para los visitantes. Una niña pequeña entró desde el patio y lo llamó:

—¡Padre, padre!

—Vete, Ogbanje —dijo—. ¿No ves que estoy atendiendo a estos forasteros?

—Nweke me ha pegado.

—Luego le doy un azote. Ve a decirle que voy a darle un latigazo.

—Otikpo, salgamos afuera y hablemos en voz baja —dijo Uduezue.

No tardaron mucho. Cuando regresaron, Otikpo traía una nuez de cola en un cuenco de madera. Akukalia le dio las gracias pero le dijo que él y sus compañeros traían una carga tan pesada en la cabeza que no podían comer ni beber hasta liberarse de ella.

—¿De verdad? —preguntó Otikpo—. ¿Podéis soltarnos esta carga de la que nos habláis a mí y a Uduezue, o requiere la presencia de los ancianos?

—Requiere la presencia de los ancianos.

—Pues habéis llegado en mal momento. Todo el país de los igbo sabe que el pueblo de Okperi no tiene otra ocupación en su día *eke*. Teníais que haber venido ayer o anteayer, o mañana o pasado mañana. Ay, Hijo de Nuestra Hija, parece mentira que no conozcas nuestras costumbres.

—Vuestras costumbres no son distintas de las de otra gente —dijo Akukalia—. Pero nuestra misión no puede esperar.

—¿De verdad?

Otikpo salió y llamó en voz alta a su vecino, Ebo, y volvió a entrar.

—La misión no puede esperar. ¿Qué hacemos ahora? Yo creo que deberíais quedaros a dormir en Okperi esta noche y ver a los ancianos mañana.

Ebo entró e hizo un saludo general. Estaba sorprendido de ver a tanta gente y por un instante se encontró perdido. Entonces empezó a dar la mano a todos, pero cuando le llegó el turno a Akukalia este rehusó la mano de Ebo.

—Siéntate, Ebo —dijo Otikpo—. El mensaje que Akukalia trae a Okperi le prohíbe comer nuez de cola o darnos la mano. Quiere ver a los ancianos, y le he dicho que hoy es imposible.

—¿Cómo es que han elegido el día de hoy para traer su mensaje? ¿No tienen mercado en su pueblo? Si me llamáis por eso, os diré que tengo que irme a preparar las cosas para el mercado.

—Nuestro mensaje no puede esperar, como ya he dicho antes.

—No conozco un mensaje que no pueda esperar. ¿O habéis venido a contarnos que Chukwu, el dios más grande, está a punto de quitar el pie que sostiene el mundo? Si no es así debéis saber que el *Eke* de Okperi no se interrumpe porque se presenten tres hombres por aquí. Si escucháis con atención, os llegará el barullo; y ni siquiera ha llegado todavía la mitad de la gente. Cuando se llena se oye desde Umuda. ¿Creéis que un mercado así se va a parar para que se escuche vuestro mensaje?

Permaneció un rato sentado sin que nadie dijera nada.

—Ya ves, Hijo de Nuestra Hija, que no podemos reunir a nuestros ancianos hasta mañana —dijo Otikpo.

—Si de pronto se declarara la guerra en vuestra ciudad, ¿cómo convocaríais a vuestros hombres, Padre de Mi Madre? ¿Esperaríais al día siguiente? ¿No tocaríais el *ikolo*?

Ebo y Otikpo se echaron a reír. Los tres hombres de Umuaro se miraron entre sí. La cara de Akukalia empezó a mostrar un gesto peligroso. Uduezue se sentó como lo había hecho desde que entraron, con la barbilla apoyada en la mano izquierda.

—Cada pueblo tiene sus costumbres —dijo Otikpo después de reírse—. En Okperi no es costumbre tocar el *ikolo* para dar la bienvenida a los extranjeros que vienen al mercado.

—¿Nos estás diciendo, Padre de Mi Madre, que nos consideras como a vendedoras? He soportado vuestros insultos con paciencia. Permitidme recordaros que mi nombre es Okeke Akukalia de Umuaro.

—Ooh, de Umuaro —dijo Ebo, aún picado por el rechazo del saludo—. Me alegro de que digas de Umuaro. Esta ciudad se llama Okperi.

—Vete a tu casa —le gritó Akukalia—, o te haré comer mierda.

—Si quieres gritar como un toro castrado, hazlo cuando llegues a Umuaro. Ya te he dicho que este sitio se llama Okperi.

Quizá fue a propósito... o quizá fuera accidental, pero Ebo acababa de decir lo único que nadie debía haber dicho a Akukalia: que era impotente y que sus dos esposas habían sido entregadas en secreto a otros hombres para darle hijos.

La lucha que tuvo lugar a continuación fue penosa. Ebo no estaba a la altura de Akukalia y pronto acabó con una herida en la cabeza de la que manaba sangre en abundancia. Enloquecido por el dolor y la vergüenza, marchó a su casa a por un machete. Las mujeres y los niños de todas las casas de alrededor estaban fuera y algunos gritaban de pánico. Los que pasaban por allí también se acercaron e hicieron intentos inútiles de intervenir.

Lo que sucedió después fue obra de Ekwensu, el que trae el mal. Akukalia siguió a Ebo, entró en el *obi*, sacó el *ikenga* de su altar, salió y lo partió por la mitad ante la multitud horrorizada.

Ebo fue el último en ver la profanación. Había estado forcejeando con Otikpo, que quería cogerle el machete para evitar el derramamiento de sangre. Pero cuando la muchedumbre vio lo que había hecho Akukalia, le dijeron a Otikpo que le soltara. Salieron los dos de la cabaña. Ebo se lanzó hacia Akukalia, pero al ver lo que había hecho se quedó parado. No supo, en aquel instante, si soñaba o si estaba despierto. Se frotó los ojos con la palma de la mano izquierda. Tenía delante a Akukalia. Los dos pedazos de su *ikenga* estaban tirados en el polvo donde el profanador les había pegado una patada.

—Si eres un hombre, da un paso adelante. Sí, lo he hecho. ¿Qué vas a hacer?

De manera que era verdad. Aun así, Ebo dio media vuelta y entró en su *obi*. Se arrodilló ante su altar para ver bien. Sí, el hueco donde había estado su *ikenga*, la fuerza de su brazo derecho, le devolvió la mirada, una mancha vacía, sin polvo, en la tabla de madera.

—*Nna doh! Nna doh!* —gimió, rogando a su difunto padre para que viniera a socorrerlo.

Después se levantó y entró en su dormitorio. Se quedó allí un momento antes de que Otikpo, que sospechaba que pudiera hacerse daño a sí mismo, entrara corriendo en la habitación a ver qué estaba pasando. Pero era demasiado tarde. Ebo lo apartó y entró en el *obi* con su escopeta cargada. En el dintel se arrodilló y apuntó. Akukalia, al ver el peligro, se lanzó hacia delante. Aunque la bala le dio en el pecho siguió corriendo con el machete en alto hasta que cayó ante el umbral después de chocar con la cara en la parte baja del tejado.

Todo el mundo se quedó atónito con la llegada del cadáver a Umuaro. Jamás un emisario de Umuaro había sido asesinado fuera de allí. Pero, después del impacto inicial, algunos empezaron a decir que el hombre de su clan había hecho algo imperdonable.

—Pongámonos en el lugar del hombre a quien convirtió en cadáver ante sus propios ojos —dijeron—. ¿Quién iba a aguantar algo así? ¿Qué sacrificio o qué propiciación expiaría tal sacrilegio? ¿Cómo iba la víctima a ponerse en su sitio ante sus padres a menos que pudiera decirles: «Descansad, porque el hombre que lo hizo ha pagado con su cabeza»? Lo correcto era eso, como mínimo.

Umuaro podía haber dejado el asunto así, y quizá toda la disputa por la tierra desde que Ekwensu parecía haberse metido por medio. Pero había un detalle que le preocupaba. ¿Por qué Okperi no se había dignado enviar un mensaje a Umuaro para aclarar lo sucedido? Todos estaban de acuerdo en que el hombre que mató a Akukalia había sufrido una enorme provocación. Era cierto también que Akukalia no solo era

un hijo de Umuaro; también era el hijo de una hija de Okperi, y lo sucedido podía compararse con el macho cabrío que mete la cabeza en los testículos de otro macho cabrío. Aun así, cuando se mataba a un hombre, había que decir algo, había que dar una explicación. El que Okperi no se hubiera molestado en dar ninguna explicación, aparte de devolver el cadáver, era una señal del desprecio con el que ahora trataban a Umuaro. Y eso no se podía pasar por alto. Cuatro días después de la muerte de Akukalia, los pregoneros recorrieron los seis pueblos al anochecer.

La asamblea de la mañana fue muy solemne. Casi todos los que hablaron dijeron que, aunque no estaba bien culpar a un cadáver, había que reconocer que su pariente había cometido un gran agravio. Muchos, especialmente los mayores, pidieron a Umuaro que se dejara el asunto. Pero había otros que, de acuerdo con el dicho, sacaban la mano y se la mordían. Juraron que, en lo que les quedaba de vida, no tolerarían ver cómo se escupía a Umuaro. Como en la ocasión anterior, Nwaka llevaba la voz cantante. Habló con su elocuencia habitual y causó un gran revuelo.

Ezeulu habló el último. Saludó a Umuaro en voz baja, con una gran tristeza.

—*Umuaro kwenu!*

—*Hem!*

—*Umuaro obodonesi kwenu!*

—*Hem!*

—*Kwezuenu!*

—*Hem!*

—La flauta que soplábamos se ha partido. Cuando hablé hace dos mercados en este mismo lugar, utilicé el proverbio de la cabra. Hablaba entonces con Ogbuefi Egonwanne, que era el mayor de los presentes. Le dije que debía haberse pronunciado contra lo que planeábamos, pero sin embargo puso un trozo de carbón ardiendo en la palma de la mano de su hijo y le pidió que lo llevara con cuidado. Ya hemos visto lo cuidadoso que fue. No me dirigía solo a Egonwanne sino a todos los ancianos reunidos aquí, que no hicieron lo que debían, que estaban dentro de la casa y dejaron sufrir a la cabra cuando estaba de parto.

»Una vez hubo un gran guerrero cuya espalda jamás había conocido el suelo. Luchó en todos los pueblos hasta que derribó a todos los hombres del mundo. Después, decidió ir a luchar a la tierra de los espíritus y proclamarse vencedor allí también. Se fue y ganó a todos los espíritus que se le acercaron. Algunos tenían siete cabezas y otros diez; pero a todos los venció. El compañero que tocaba melodías de alabanza con la flauta le rogó que se apartara de aquello, pero él no quiso, tenía la sangre caliente y los oídos cerrados. En lugar de escuchar la llamada de regreso a su casa, desafió a los espíritus para que escogieran a su guerrero más fuerte. Así que le enviaron a su dios personal, un espíritu enjuto que lo agarró por la mano y lo aplastó contra el suelo rocoso.

»Hombres de Umuaro, ¿por qué creéis que nuestros padres nos contaron esta historia? Nos la contaron porque querían enseñarnos que, por muy fuerte o importante que sea un hombre, no debe desafiar a su *chi*. Eso hizo nuestro pariente, desafió a su *chi*. Nosotros éramos su flautista, pero no le suplicamos que regresara de la muerte. ¿Dónde está hoy? La mosca que no tiene quien la aconseje se va a la tumba detrás del cadáver. Pero dejemos a Akukalia a un lado; se ha marchado como le ordenó su *chi*. No obstante, que el esclavo que ve cómo arrojan a otro esclavo a la tumba vacía comprenda que también él será enterrado del mismo modo cuando le llegue su hora. Hoy Umuaro está desafiando a su *chi*. ¿Hay algún hombre o alguna mujer que no conozca a Ulu, la divinidad que destruye a un hombre cuando su vida le es más preciada? Algunas personas continúan hablando de llevar la guerra a Okperi. ¿Creéis que Ulu luchará a favor de los culpables? El mundo se ha echado a perder y nada de lo que se hace tiene ni pies ni cabeza. Pero Ulu no se ha debilitado. Si hacéis la guerra para vengar a un hombre que se cagó en la cabeza del padre de su madre, Ulu no os seguirá la corriente en vuestro error. Umuaro, os saludo.

La reunión terminó en una gran confusión. Umuaro se dividió en dos. Mucha gente se reunió alrededor de Ezeulu y le dijo que estaba de su parte. Pero otros se fueron con Nwaka. Aquella noche convocó otra reunión en su patio y se acordó que debían caer tres o cuatro cabezas de Okperi para zanjar el asunto.

Nwaka, entretanto, les decía a los de su corrillo que Umuaro no debía dejarse mandar por el sacerdote supremo de Ulu.

—Mi padre no me dijo que antes de que Umuaro hiciera una guerra necesitara la bendición del sacerdote de Ulu —dijo—. El encargado del culto a una divinidad no es un rey. Está allí para celebrar el ritual de su dios y para hacerle sacrificios. Pero llevo muchos años observando a este Ezeulu. Es un ambicioso: quiere ser rey, sacerdote, adivino, todo. Dicen que su padre también era así. Sin embargo, Umuaro le demostró que los igbo no reconocen a ningún rey. Ha llegado la hora de decírselo también a su hijo. No tenemos nada en contra de Ulu. Sigue siendo nuestro protector, aunque por las noches ya no temamos a los guerreros abam. Pero no veré con mis propios ojos a este sacerdote dominándonos a todos.

Mi padre me contó muchas cosas, pero no me dijo que Ezeulu fuera el rey de Umuaro. ¿Quién se ha creído que es? ¿Alguno de vosotros tiene que atravesar la valla de este hombre para llegar a su casa? Si Umuaro decidiera tener un rey, sabríamos de dónde tenía que salir. ¿Desde cuándo se ha convertido Umuachala en la primera de las seis aldeas? Todos sabemos que fue la rivalidad entre las aldeas grandes lo que les hizo dar el sacerdocio a la más débil. Lucharemos por nuestras tierras de cultivo y contra el desprecio que nos ha hecho Okperi. ¿Para qué escuchar a alguien que trata de amedrentarnos en nombre de Ulu? Si un hombre dice sí, su *chi* también dice sí. Y todos sabemos cómo se las gastó la gente de Aninta con su divinidad el día que les

falló. ¿No se la llevaron a la frontera entre ellos y sus vecinos y le prendieron fuego?
Os saludo.

La guerra se libró entre un *afo* y el siguiente. Estalló el día en que Umuaro mató a dos hombres de Okperi. Al día siguiente era *nkwo*, y por eso no se combatió. Durante los dos días siguientes, *eke* y *oye*, la lucha fue encarnizada. Umuaro mató a cuatro hombres y Okperi replicó con tres, uno de los cuales era Oyoke, el hermano de Akukalia. Al día siguiente, *afo*, la guerra terminó de forma repentina. El blanco, Wintabota, mandó unos soldados a Umuaro y la paró. La historia de lo que habían hecho aquellos hombres en Abame se cuenta todavía con miedo, y por ello Umuaro no hizo ningún esfuerzo por resistir y depuso las armas. Aunque todavía no estaban satisfechos, decían sin ninguna vergüenza que se había vengado la muerte de Akukalia, que le habían suministrado tres hombres sobre los que reposar su cabeza. También era bueno que terminara la guerra. La muerte de Akukalia y de su hermano en la misma disputa demostraba que Ekwensu había tenido algo que ver.

El blanco, no contento con detener la guerra, requisó todos los fusiles de Umuaro y ordenó a los soldados que los rompieran delante de todos, con excepción de tres o cuatro que se llevó. Después enjuició a Umuaro y a Okperi y entregó a Okperi la tierra en disputa.

3

EL capitán T. K. Winterbottom se asomó al porche de su casa en Government Hill para ver el bullicio que siempre acompañaba a las primeras lluvias del año. Durante el mes anterior, el calor había llegado a un extremo insoportable. Hacía mucho tiempo que la hierba se había quemado y las hojas de los árboles perennes habían adoptado el color rojo y marrón terracota del campo. Solo había dos horas de respiro por la mañana antes de que el campo se convirtiera en un horno y a él le cayeran chorretones de sudor por la cabeza y el cuello. Lo más exasperante era el hilillo que se le deslizaba al andar por detrás de la oreja como si fuera una mosca. Había otro breve momento de alivio al atardecer, en el que soplaba un viento fresco. Pero ese viento cautivador y traicionero era el gran peligro de África. El europeo al que cogiera desprevenido recibía el beso de la muerte.

El capitán Winterbottom no había dormido bien desde que el seco y fresco harmatán dejó de soplar de pronto en diciembre, y ya estaba mediado febrero. Había adelgazado, estaba más pálido y, a pesar del calor, a menudo sentía los pies fríos. Cada mañana, después del baño, que hubiera preferido de agua fría pero que debía tomar con agua caliente (ya que África nunca perdonaba a quienes hacían lo que querían en lugar de lo que debían), se miraba al espejo y veía cómo las encías se le iban poniendo cada día más blancas. Quizá estuviera a punto de tener otro brote de fiebre. Por la noche tenía que meterse dentro de una mosquitera que lo aprisionaba, aislándolo de cualquier movimiento de aire que hubiera fuera. Las sábanas se empapaban y el hueco de su cabeza en la almohada terminaba por formar un charco de agua. Después del primer tramo de sueño sin descanso se quedaba tumbado despierto, dando vueltas hasta que le sorprendía el latido de los tambores. Se preguntaba qué ritos indescriptibles se estarían celebrando en la selva por la noche... ¿Sería el latido de la oscuridad africana? Una noche se sintió aterrorizado cuando de pronto se le ocurrió que dondequiera que estuviera despierto por la noche, en Nigeria, el sonido del tambor siempre llegaba con la misma constancia y la misma engañosa distancia. ¿Era posible que el latido viniera de su propio cerebro reblandecido por el calor? Intentó tomárselo a la ligera, pero sintió que le tiraba la piel de la cara. Qué tierra de pesadillas.

Quince años antes, Winterbottom había estado tan desanimado por el tiempo y la comida que le habían surgido dudas sobre su cargo en Nigeria. Pero ya se había curtido en la costa y, aunque el clima seguía causándole irritación y fatiga, no pensaba cambiar aquella vida por todas las comodidades de Europa. Curiosamente, su sólida creencia en el valor de la misión británica en África se había reforzado durante la campaña de Camerún de 1916, en el combate contra los alemanes. Por eso había sido ascendido a capitán, pero, a diferencia de muchos otros administradores

coloniales que también habían estado de servicio en Camerún, él se quedó en tiempo de paz.

Aunque llegaron más tarde de lo previsto, las primeras lluvias pillaron a la gente por sorpresa. A lo largo del día el sol había respirado fuego, como era habitual, y el mundo permanecía postrado por el impacto. Callaron los pájaros que cantaban por la mañana. El aire se mantenía inmóvil, vibrando con el calor; los árboles apenas se mantenían erguidos. Entonces, sin señal previa alguna se levantó un fuerte viento y se oscureció el cielo. El aire se llenó de polvo y de hojas en vuelo. Las palmeras y los cocoteros se agitaron desde la cintura; las ramas altas les daban el aspecto de gigantes que huían contra el viento, con la melena ondeando hacia atrás.

El sirviente de Winterbottom, John, salió corriendo a cerrar puertas y ventanas y se puso a recoger los papeles y las fotografías esparcidos por el suelo. El trueno añadió al tumulto sus ladridos fuertes y secos. El mundo que durante meses había dormitado se llenaba de pronto de vida, con el olor de las hojas nuevas a punto de brotar. Winterbottom, en el porche, también era un hombre cambiado. Dejó que le entrara el polvo en los ojos y por una vez envidió a los niños nativos que correteaban desnudos y cantaban a la lluvia.

—¿Qué dicen? —le preguntó a John, que en aquel momento metía las hamacas en el interior.

—Dicen llueve fuerte fuerte.

Otros cuatro niños salieron corriendo desde las habitaciones de los criados para unirse al resto en el jardín de Winterbottom, que era el único espacio de juego suficientemente amplio.

—¿Son tus hijos, John?

Parecía que lo decía con un deje de envidia.

—No, señor —dijo John, que soltó una silla para poder señalar—. Mis hijos, esos dos que corren por allí y esa niña amarilla. Los otros dos, del cocinero. El otro que está allí atrás es hijo del hermano del jardinero.

Tenían que hablar a gritos para oírse. El cielo se había cubierto de inquietantes nubes negras, excepto en el horizonte lejano, donde persistía una estrecha franja de claridad. Largos rayos airados resquebrajaban las nubes con impaciencia antes de ser barridos una y otra vez.

Las primeras gotas cayeron como gruesos guijarros. Los niños empezaron a cantar más fuerte al sentir el golpeteo de la lluvia. A veces dolía bastante, pero eso solo hacía que se rieran más. Se abrían paso para coger las gotas heladas y metérselas en la boca antes de que se derritieran.

La lluvia cayó durante casi una hora y después cesó por completo. Los árboles lucían un verde resplandeciente y las hojas revoloteaban alegremente. Winterbottom miró el reloj y vio que eran casi las seis. Con la emoción de la primera lluvia del

verano, se había olvidado del té y las galletas que le había traído John justo antes de las cinco; cogió una galleta y la mordisqueó. Entonces se acordó de que Clarke iría a cenar y se dirigió a la cocina a ver qué hacía el cocinero.

Okperi no era una división administrativa muy grande. Solo vivían cinco europeos en Government Hill: el capitán Winterbottom, el señor Clarke, Roberts, Wade y Wright. El capitán Winterbottom era el oficial del distrito. La bandera británica que ondeaba ante su casa lo proclamaba como representante del rey en la demarcación. En la marcha del Día del Imperio recibía el saludo de todos los escolares de la zona; era una de las pocas ocasiones en las que se ponía el uniforme blanco y la espada. El señor Clarke era el asistente del oficial del distrito. Solo llevaba cuatro semanas en el puesto, y había venido a reemplazar al pobre John Macmillan, que había muerto de malaria cerebral.

Los demás europeos no pertenecían a la Administración. Roberts era asistente del superintendente de policía a cargo del destacamento local. Wade estaba a cargo de la prisión; también se le denominaba superintendente adjunto. El otro tipo, Wright, tampoco pertenecía realmente a la Administración. Era un empleado del Ministerio de Obras Públicas que supervisaba la nueva carretera a Umuaro. El capitán Winterbottom ya había tenido razones para hablar seriamente con él sobre su conducta, especialmente con las nativas. Era absolutamente imperativo, le dijo, que ningún europeo en Nigeria, y menos los de un emplazamiento tan aislado como Okperi, se rebajaran ante los nativos. Estaba dispuesto a prohibir la entrada de Wright al club a menos que mostrara un cambio notorio de actitud.

El club era la antigua cantina del regimiento, que el ejército dejó abandonada cuando terminó con su tarea de pacificación de la zona y se marchó. Era una casita de madera que incluía el comedor, la antesala y una galería. Ahora el comedor se utilizaba como salón y bar, y la antesala como biblioteca donde los miembros hojeaban los periódicos de hacía dos o tres meses y leían los telegramas de Reuter: diez palabras dos veces a la semana.

Tony Clarke estaba ya vestido para la cena, aunque todavía faltaba más de una hora para salir. Era una pesadez tener que vestirse formalmente para las cenas con ese calor, pero muchos oficiales de la costa le habían dicho que era absolutamente imprescindible. Decían que era la tónica general que uno debía asumir si quería sobrevivir en ese país tan desalentador. Por ello, descuidar la vestimenta constituía el primer paso en la resbaladiza pendiente hacia el abismo. Ese día era bastante agradable porque la lluvia había traído un poco de fresco. Pero otros días Tony Clarke había renunciado a una cena formal para evitar el tormento de tener que ponerse una camisa almidonada y una corbata. Ahora estaba leyendo el capítulo final de *La pacificación de las tribus primitivas del Bajo Níger*, de George Alien, que le había prestado el capitán Winterbottom. De vez en cuando echaba un vistazo a su reloj de

oro, un regalo de su padre cuando se fue de casa para incorporarse a su destino en Nigeria o, como habría dicho George Allen, para responder a la llamada. Llevaba dos semanas leyendo el libro y debía terminarlo para devolverlo aquella tarde. Una de las cosas en las que le afectaba el trópico era su velocidad de lectura, aunque el libro en sí mismo era también bastante aburrido; demasiado pedante para su gusto. Pero ahora encontraba los últimos párrafos mucho más conmovedores. El capítulo se titulaba «LA LLAMADA».

Para quienes no quieran otra cosa que una vida cómoda y una ocupación tranquila, Nigeria está cerrada y lo estará hasta que la tierra haya perdido algo de su fertilidad mortal y hasta que la gente viva con algo parecido a unas mínimas condiciones sanitarias. Pero Nigeria abre sus brazos a quienes buscan una vida ardua, a quienes son capaces de manejar hombres como otros manejan materiales, a quienes pueden captar grandes situaciones, dominar acontecimientos, forjar destinos y estar en la vanguardia de estos tiempos. Para los hombres que en la India han hecho del británico el legislador, el administrador, el ingeniero del mundo, esta tierra nueva y antigua ofrece grandes recompensas y un trabajo honorable. Sé que podemos encontrar a esos hombres. Nuestras madres no pueden retenernos y devolvemos angustiadas al hogar de la juventud, al ambiente donde nos criamos, de vuelta a los estúpidos deportes de la mediana edad; nuestro orgullo está en que no vacilen, aunque se les salten las lágrimas, en enviarnos con la cabeza bien alta y con coraje a liderar a las razas atrasadas. ¡Nosotros somos ese pueblo! ¿Acaso fue por el inglés provinciano por quien los normandos combatieron contra los sajones en su territorio? ¿Fue por él por quien derramaron su sangre los arqueros en Crecy y Poitiers, o por quien Cromwell instruyó a sus hombres? ¿Leyeron nuestros jóvenes sobre Drake y Frobisher, sobre Nelson, Clive y hombres como Mungo Park, para acabar en una oficina? ¿Estudiaron Cartago, Grecia y Roma para ser contables? ¡No, no y mil veces no! La raza británica ocupará el lugar que le corresponde y se demostrará lo que es la sangre británica. Un hombre tras otro dejará atrás el río Mersey, haciendo frente a la voluntad de sus padres hoy, pero respaldado por las hazañas de sus antepasados, desafiando al clima, asumiendo riesgos y dando lo mejor de sí mismo en el juego de la vida.

—Está bastante bien —dijo el señor Clarke, y volvió a mirar el reloj.

La casa del capitán Winterbottom estaba a dos minutos de la suya, de manera que tenía tiempo de sobra. Antes de llegar a Okperi, Clarke había pasado dos meses en el cuartel general para aclimatarse, y nunca olvidaría el día en que le invitó a cenar Su

Señoría el lugarteniente general. Por alguna extraña razón, había imaginado que la cena era a las ocho y llegó a la Casa de Gobierno a la hora en punto. La fastuosa Sala de Recepción estaba vacía y Clarke se habría dirigido hacia el jardín frontal si uno de los camareros no se hubiera adelantado a ofrecerle una bebida. Se sentó nervioso en el borde de la silla con una copa de jerez en la mano, preguntándose si no debería retirarse a la sombra de uno de los árboles del jardín hasta que llegaran los demás invitados. Demasiado tarde. Alguien bajaba deprisa por las escaleras, silbando con desinhibición. Clarke se levantó de un salto. Su Señoría lo fulminó con la mirada durante un instante antes de acercarse a darle la mano. Clarke se presentó con la intención de disculparse, pero S. S. no le dio la oportunidad.

—Creía que la cena era a las ocho y cuarto.

Entonces entró su asistente y, al ver a un invitado, puso cara de preocupación, agitó el reloj y escuchó el tictac.

—No te preocupes, John. Ven a conocer al señor Clarke, que ha llegado un poco pronto.

Dejó a los dos solos y subió otra vez. No volvió a dirigirle la palabra a Clarke durante toda la cena. Enseguida empezaron a llegar otros invitados. Pero todos eran veteranos y no hicieron ni caso al pobre Clarke. Dos de ellos tenían allí a sus mujeres; los demás, S. S. incluido, no estaban casados o habían dejado prudentemente a sus esposas en Inglaterra.

El peor momento para Clarke fue cuando S. S. llevó a sus invitados al comedor y no vio por ninguna parte su nombre. Los demás no se dieron cuenta; se sentaron en cuanto S. S. ocupó su sitio. Después de lo que a Clarke le parecieron horas, el ayudante se dio cuenta y mandó a uno de los camareros a buscar una silla. Entonces se lo debió de pensar dos veces, porque se puso de pie y le ofreció su sitio a Clarke.

El capitán Winterbottom estaba bebiendo una copa de brandy con ginger ale cuando llegó Clarke.

—Qué fresco tan agradable, gracias a Dios.

—Sí, las primeras lluvias han llegado bastante tarde —dijo el capitán Winterbottom.

—No tenía ni idea de cómo era una tormenta tropical. A partir de ahora refrescará, supongo.

—Pues no exactamente. Hará bastante fresco durante un par de días, eso es todo. A ver, la estación de las lluvias no empieza realmente hasta mayo o incluso junio. Siéntese, por favor. ¿Le gustó el libro?

—Sí, muchas gracias. Me resultó muy interesante. Quizá el señor Allen sea un tanto dogmático. Un poco pagado de sí mismo, incluso.

El joven criado del capitán Winterbottom se acercó con una bandeja de plata.

—¿Qué toma el señor?

—No sé...

—¿Por qué no prueba un Old Coaster?

—¿Qué es eso?

—Ginebra con ginger ale.

—De acuerdo. Me parece bien.

Por primera vez se fijó en el criado con su uniforme blanco almidonado y vio que era un chico extraordinariamente apuesto.

El capitán Winterbottom le leyó la mente.

—Es un buen ejemplar, ¿verdad? Lleva cuatro años conmigo. Lo pesqué cuando el chaval tenía trece años más o menos... según mi propio cálculo, porque ellos no tienen ni idea de los años. Estaba totalmente a medio cocer.

—Cuando dice que no tienen ni idea de los años...

—Entienden las estaciones, no quería decir eso. Pero pregunte a cualquier viejo cuántos años tiene y verá que no tiene la más remota idea.

El chico llegó con la copa.

—Muchas gracias —dijo el señor Clarke al cogerla.

—Sí, señor.

Miles de hormigas voladoras revoloteaban alrededor de la lámpara que estaba sobre un pedestal en una esquina alejada. Enseguida perdían las alas y se arrastraban por el suelo. Clarke las observó con gran interés y después preguntó si picaban.

—No, son bastante inofensivas. La lluvia las saca de la tierra.

Entre las que se arrastraban había algunas parejas enganchadas detrás.

—Es interesante lo que ha dicho sobre Allen. Un tipo pagado de sí mismo, creo que lo llamó.

—Esa es la impresión que tengo... a veces. No admite, por ejemplo, que haya nada valioso en las instituciones nativas. Podría ser un misionero.

—Ya veo que es usted uno de los progresistas. Cuando se lleva aquí tanto tiempo como Allen y se comprende al nativo un poco más, se empiezan a ver las cosas de manera ligeramente distinta. ¿Sabe?, tendría que ver, como yo lo vi, a un hombre enterrado vivo hasta el cuello con un pedazo de ñame asado para atraer a los buitres... bueno, qué más da. Nosotros los británicos somos gente rara, hacemos todo sin entusiasmo. Fíjese en los franceses. No se avergüenzan de enseñar su cultura a las razas atrasadas a su cargo. Su actitud hacia el gobernante nativo está clara. Le dicen: «Esta tierra os ha pertenecido porque habéis tenido la fuerza de mantenerla. Por la misma razón ahora nos pertenece a nosotros. Si no estáis de acuerdo, venid y luchad contra nosotros». ¿Qué hacemos nosotros los británicos? Vamos a trompicones de un extremo al contrario. No solo prometemos a los viejos tiranos salvajes salvaguardar sus tronos, o, mejor dicho, sus sucias pieles de animales, sino que encima nos desvivimos por inventar jefes donde no los había. Me pongo enfermo.

Bebió lo que le quedaba en la copa y le gritó a Boniface que le trajera otra.

—No me importaría si estas vacilaciones se las dejáramos a los viejos fósiles en Lagos, pero cuando los jóvenes oficiales políticos se contagian me dan ganas de dejarlo todo. Si alguien tiene las cosas claras lo llamamos pagado de sí mismo.

El señor Clarke reconoció que cualquier juicio que hubiera hecho procedía de la ignorancia y dijo que estaba abierto a la corrección.

—¡Boniface!

—Sí, señor.

—Trae otra copa para el señor Clarke.

—No, de verdad, creo que ya he...

—Tonterías. Falta al menos una hora para que la cena esté lista. Pruebe otra cosa si lo prefiere. ¿Whisky?

Clarke aceptó una copa de brandy con reticencia.

—Qué colección tan interesante de armas de fuego.

El señor Clarke llevaba un rato intentando desesperadamente cambiar de tema de conversación. Entonces, por suerte, dio con una curiosa colección de fusiles ordenados como trofeos junto al ventanal francés de la sala de estar.

—¿Son fusiles nativos?

Había dado con un tema que podía redimirlo. El capitán Winterbottom se transformó.

—Esos fusiles tienen una larga historia, muy interesante. El pueblo de Okperi y sus vecinos de Umuaro son grandes enemigos. O lo eran antes de que yo entrara en la historia. Se habían enzarzado en una guerra salvaje por un pedazo de tierra. La enemistad se hizo mayor por el hecho de que Okperi acogió a los misioneros y al gobierno mientras que Umuaro se quedó atrás. Solo en los últimos cuatro o cinco años se ha podido hacer algo de mella. Creo que puedo decir con toda modestia que el cambio se dio después de que yo los reuniera y destruyera públicamente todas las armas excepto, por supuesto, esta colección. Irá de viaje por ahí con frecuencia. Si oye a alguien hablar sobre Otiji-Egbe sepa que están hablando de mí. Otiji-Egbe significa «el Destructor de Fusiles». Me han dicho incluso que todos los niños nacidos en ese año pertenecen a una nueva quinta conocida como la de «los Fusiles Rotos».

—Eso es interesantísimo. ¿A qué distancia queda ese otro pueblo, Umuaro?

Clarke supo instintivamente que, cuanto más ignorante pareciera, mejor.

—Ah, a unos diez kilómetros, no más. Pero para el nativo eso es un país extranjero. A diferencia de algunas tribus más avanzadas del norte de Nigeria y también de parte de Nigeria occidental, los igbo nunca desarrollaron una autoridad central. Eso es lo que la gente de nuestro cuartel general es incapaz de entender.

—Sí. Ya veo.

—Esta guerra entre Umuaro y Okperi comenzó de un modo interesante. Yo lo estudié con bastante detalle... ¡Boniface! ¿Qué tal va, señor Clarke? ¿Bien? Debería beber más: es bueno para la malaria... Como le decía, esa guerra estalló porque un hombre de Umuaro fue a visitar a un amigo de Okperi una buena mañana y después de beberse uno o dos litros de vino de palma... es increíble la cantidad de esa sustancia asquerosa que pueden meterse en el cuerpo... en fin, este tipo de Umuaro, después de beberse el vino de su amigo le cogió su *ikenga* y se lo partió por la mitad. Tengo que aclararle que el *ikenga* es el fetiche más importante en el arsenal de los igbo, por así decirlo. Representa a los antepasados, a quienes hay que ofrecer sacrificios diarios. A la muerte de un hombre se parte en dos; una mitad se entierra con él y la otra se tira. Así que esa es la implicación de lo que nuestro amigo de Umuaro hizo al romper el fetiche de su anfitrión. Aquello fue, por supuesto, un sacrilegio enorme. El anfitrión ultrajado cogió su fusil y le voló la cabeza al otro. De manera que empezó una guerra regular entre los dos pueblos hasta que yo intervine. Yo saqué el tema de la propiedad del trozo de tierra que era la causa remota de todos los disturbios y me quedó clarísimo que le pertenecía a Okperi. Debería mencionar que todos los testigos que declararon ante mí (de ambas partes sin excepción) cometieron perjurio. Al tratar a los nativos tiene que tener en cuenta una cosa y es que, como los niños, son unos grandes mentirosos. No mienten solo para salir de un problema. A veces estropean un buen caso por una mentira que no viene a cuento. Solo un hombre, una especie de rey-sacerdote en Umuaro, testificó contra su propio pueblo. No he averiguado la razón, pero creo que debía de estar sometido a un tabú muy fuerte. Pero aquel hombre tenía una presencia impresionante. Era de piel más clara, casi rojiza. Uno se topa con gente así entre los igbo. Yo tengo la teoría de que los igbo en un pasado lejano asimilaron a una pequeña tribu no negroide de la misma tez que los pieles rojas.

Winterbottom se levantó.

—¿Qué le parece si pasamos a cenar? —dijo.

LA enemistad entre Ezeulu y Nwaka de Umunneora no hizo más que crecer durante los cinco años desde que el blanco destruyera los fusiles de Umuaro, hasta el punto que la gente de Umuaro llamaba de «matar y cortar la cabeza». Como era de esperar, la enemistad se propagó por sus respectivos pueblos; enseguida se oyeron historias de envenenamientos. A partir de entonces, la gente de un pueblo rara vez probaba el vino de palma o la nuez de cola que había pasado por las manos de un hombre del otro pueblo.

Nwaka tenía fama de decir lo que pensaba; jamás hacía una pausa para morderse la lengua. Pero mucha gente se estremeció por él aquella noche en su patio, después de que amenazara nada más y nada menos que a Ulu, al recordar la suerte que corrió otra divinidad que había fallado a su pueblo. Era cierto que el pueblo de Aninta había quemado a una de sus divinidades y había expulsado a su sacerdote. Pero eso no implicaba que Ulu fuera a dejarse ultrajar. Quizá Nwaka contara con la protección del dios de su aldea. Pero los ancianos no habían dicho ninguna tontería al declarar que un hombre podía tener a Ngwu y a la vez ser asesinado por Ojukwu.

Pero Nwaka sobrevivió a su imprudencia. No tuvo dolores de cabeza ni de estómago; y tampoco gimió en mitad de la noche. Quizá fue eso lo que quiso transmitir con su oración en el festival de Idemili de aquel año. Tenía una Máscara fabulosa que se ponía en ocasiones importantes como aquella. La Máscara se llamaba *Ogalanya*, «Hombre de Riquezas», y todos los festivales de Idemili atraían a gentes de todas las aldeas que venían al ilo de Umunneora a ver esa gran Máscara engalanada con espejos y ricas telas de colores.

Aquel año, la Máscara pronunció un monólogo lleno de alardes. Algunos de los que entendían el idioma de los espíritus ancestrales dijeron que Nwaka había hablado sobre su desafío a Ulu.

Gentes aquí reunidas, oíd y escuchad mis palabras. Hay un lugar, Más Allá del Saber, donde ningún hombre ni ningún espíritu se atreven a ir, a menos que lleven a sus parientes en la mano izquierda y a sus amigos en la derecha. Pero yo, *Ogalanya*, Perro Maligno que se Calienta el Cuerpo a Través de la Cabeza, yo no me traje a mis parientes y amigos y sin embargo acudí a este lugar.

La flauta lo llamó *Ogalanya Ajo Mmo*, y el gran tambor respondió.

Al llegar allí el primer amigo que hice resultó ser un hechicero. Hice otro amigo y descubrí que era un brujo. Hice un tercer amigo, que tenía la lepra.

Yo, Ogalanya, que corta con *kpom* y logra *waa*, me hice amigo de un leproso, de quien hasta un envenenador se espanta.

La flauta y el tambor volvieron a hablar. Ogalanya bailó unos cuantos pasos hacia la derecha y después hacia la izquierda, giró bruscamente e hizo un saludo blandiendo su machete al aire.

Regresé de mi estancia. Pasaron *afo*, *nkwo*, *eke* y *oye*. Volvió *afo*. Estuve atento, pero no me dolía la cabeza, no me dolía el estómago ni me sentía mareado.

Decidme, pueblo reunido, el brazo del hombre que hizo eso, ¿es fuerte o no?

—Por supuesto que su brazo es fuerte —respondió la multitud.

La flauta y todos los tambores se unieron a la respuesta.

Durante los cinco años que siguieron a aquellos acontecimientos la gente todavía se preguntaba cómo podía alguien desafiar a Ulu y pasarse la vida vanagloriándose de ello. Era mejor decir que no era de Ulu de quien el hombre se había mofado; no había pronunciado el nombre de la divinidad. Pero si así fuera, ¿de dónde sacaba Nwaka su poder? Porque cuando vemos a un pajarito bailando en medio del camino sabemos que el que toca el tambor para él está en un arbusto cercano.

El hombre que tocaba el tambor y cantaba himnos de alabanza a Nwaka no era otro que el sacerdote de Idemili, la diosa de Umuonneora. Aquel hombre, Ezidemili, era el gran amigo y mentor de Nwaka. Él era quien había dado poder a Nwaka y quien le había espoleado. Eso no se supo durante mucho tiempo. Sucedian muchas otras cosas en Umuaro que Ezeulu no sabía. Sabía que los sacerdotes de Idemili y Ogwugwu y Era y Udo no estaban satisfechos con su papel secundario desde que las aldeas se habían reunido para hacer de Ulu la divinidad suprema, por encima de otras más antiguas. Pero nunca hubiera imaginado que alguien llegara al extremo de desafiar a Ulu. Fue el incidente de la pitón sagrada lo que le abrió los ojos a Ezeulu. Pero eso ocurrió más tarde.

La amistad entre Nwaka y Ezidemili comenzó en su juventud. Se les veía mucho juntos. Sus madres les habían dicho que solo se llevaban tres días, y Nwaka era el que había nacido después. Ambos eran buenos luchadores. Pero en otras cosas eran muy distintos. Nwaka era alto y de piel más clara; Ezidemili era muy bajo y negro como el carbón; aun así era este quien llevaba al otro como una cabra atada por el pescuezo. Después, sus vidas siguieron caminos diferentes, pero Nwaka continuó pidiendo consejo al otro antes de hacer cualquier cosa importante. Esto era raro, puesto que Nwaka era un gran hombre y un gran orador a quien sus amigos llamaban «el Dueño

de las Palabras».

Fue su amistad con Ezidemili lo que le convirtió poco a poco en el enemigo mortal de Ezeulu. Una de las formas en que Ezidemili lo hacía era afirmando constantemente que en los viejos tiempos antes de Ulu los auténticos líderes de cada aldea habían sido hombres con títulos importantes como Nwaka.

Un día, sentados Nwaka y Ezidemili en el *obi* de este bebiendo vino de palma y hablando de los asuntos de Umuaro, acabaron hablando, como sucedía a menudo, de Ezeulu.

—¿A nadie se le ha ocurrido nunca preguntar por qué la cabeza del sacerdote de Ulu se separa del cuerpo a su muerte y se cuelga en el altar? —preguntó de pronto Ezidemili.

Era como si la pregunta hubiera esperado generaciones a que alguien la formulara y como si de pronto surgiera por sí misma. Nwaka no conocía la respuesta. Sabía que cuando un Ezeulu o un Ezidemili morían sus cabezas eran separadas de sus cuerpos y colocadas en sus altares. Pero nadie le había explicado nunca por qué se hacía.

—La verdad es que no lo sé —dijo.

—Te aseguro que ni el mismo Ezeulu lo sabe.

Nwaka vació su cuerno de vino y lo golpeó dos veces contra el suelo. Sabía que estaba a punto de escuchar una gran historia, pero no quería parecer demasiado expectante. Volvió a llenarse el cuerno.

—Es una buena historia, pero no creo que se la haya contado nunca a nadie. La oí de la boca del último Ezidemili justo antes de que muriera. —Hizo una pausa y bebió un sorbo del cuerno—. Este vino está aguado. Cualquier chico de Umuaro sabe que Ulu fue creado por nuestros padres hace mucho tiempo. Sin embargo, Idemili estaba ahí desde el principio de las cosas. No fue una invención de nadie. ¿Conoces el significado de Idemili?

Nwaka hizo un movimiento de cabeza muy ligero por el cuerno que tenía entre los labios.

—Idemili significa «Pilar de Agua». De la misma manera que el pilar de esta casa sostiene el tejado, Idemili retiene las nubes de lluvia en el cielo para que no se caigan. Idemili pertenece al cielo y por eso yo, su sacerdote, no puedo sentarme en el suelo.

Nwaka asintió: todos los chicos de Umuaro sabían que Ezidemili no se sentaba en el suelo.

—Por eso no me enterrarán en la tierra cuando me muera, porque el cielo y la tierra son dos cosas distintas. Pero ¿por qué se entierra igual al sacerdote de Ulu? Ulu no tiene ninguna querrela con la tierra; cuando nuestros padres lo hicieron no dijeron que su sacerdote no debía tocar la tierra. Pero el primer Ezeulu era un envidioso como el de ahora; fue él quien pidió a su gente que lo enterraran según el antiguo e impresionante ritual que se ofrecía al sacerdote de Idemili. Otro día, cuando el

sacerdote actual empiece a hablar de cosas que no sabe, pregúntale por esto.

Nwaka asintió de nuevo, admirado, y movió los dedos de la mano.

El sitio donde los cristianos construyeron su lugar de culto no quedaba lejos de la casa de Ezeulu. Sentado en su *obi*, pensando en el Festival de las Hojas de Calabaza, oyó las campanadas: gong, gong, gong, gong, gong. Su mente abandonó el tema del festival y pasó a la nueva religión. No sabía cómo tomársela. Al principio había pensado que desde que los blancos habían llegado con la conquista y con su poderío era necesario que algunas personas se familiarizaran con su divinidad. Por eso había acordado enviar a su hijo Oduche a aprender el nuevo ritual. También quería que aprendiera la sabiduría del blanco, puesto que Ezeulu sabía, por lo que vio de Wintabota y las historias que había oído sobre su gente, que los blancos eran muy sabios.

Pero ahora Ezeulu empezaba a temer que la nueva religión fuera como un leproso, a quien se le permite un apretón de manos e intenta darte un abrazo. Ezeulu había hablado con firmeza a su hijo, que cada día se volvía más raro. Quizá era el momento de recuperarlo. Pero ¿qué pasaría si, como profetizaban muchos oráculos, los blancos hubieran llegado para conquistar la tierra y gobernar? En tal caso sería prudente tener a un hombre de la familia en su bando. Mientras meditaba estas cosas, Oduche salió del patio interior con una camiseta blanca y una toalla que le habían dado en la escuela. Nwafo salió con él, admirando su camiseta. Oduche saludó a su padre y se dirigió a la misión porque era domingo por la mañana. La campana seguía sonando con su triste tono monocorde.

Nwafo volvió al *obi* y preguntó a su padre si sabía lo que decía la campana. Ezeulu negó con la cabeza.

—Dice: «Dejad vuestro ñame y vuestra yuca y venid a la iglesia». Eso es lo que dice Oduche.

—Ya —dijo Ezeulu pensativo—. Les dice que dejen el ñame y la yuca, ¿no? Entonces es un canto de exterminio.

Interrumpió su conversación un alboroto en el patio, y Nwafo salió corriendo a ver qué pasaba. Las voces se oían cada vez más altas y Ezeulu, que normalmente no prestaba atención a los gritos de las mujeres, afinó el oído. Pero Nwafo volvió enseguida.

—La caja de Oduche se mueve —dijo excitado, con la lengua fuera.

El tumulto en el patio aumentó. Como siempre, la voz de Akueke, la hija de Ezeulu, se distinguía entre las demás.

—¿Qué es eso de que «la caja de Oduche se mueve»? —preguntó con deliberada lentitud para no dejar traslucir su curiosidad.

—Se mueve por el suelo.

—Qué cosas hay que oír hoy día.

Se metió en el patio interior por la puerta trasera de su *obi*. Nwafo pasó corriendo ante él hacia el grupo de excitadas mujeres junto a la cabaña de su madre. Akueke y Matefi eran las que más hablaban. La madre de Nwafo, Ugoye, se había quedado sin habla. De vez en cuando se frotaba las manos y las levantaba hacia el cielo.

En cuanto lo vio, Akueke se volvió hacia Ezeulu.

—Padre, mira lo que estamos viendo. Esta religión nueva...

—Cállate —le dijo Ezeulu, que no quería que nadie, y menos aún su propia hija, continuara cuestionando si había sido prudente enviar a uno de sus hijos a estudiar la nueva religión.

Habían traído la caja de madera de la habitación donde dormían Oduche y Nwafo y la habían colocado en la habitación principal de la cabaña de su madre, donde la gente se sentaba durante el día.

La caja, que era única en su estilo en la casa de Ezeulu, tenía una cerradura. El carpintero de la misión solo hacía aquellas cajas a la gente de la iglesia y se apreciaban mucho en Umuaro. En realidad, la caja de Oduche no se movía; pero parecía que había algo dentro que intentaba salir. Ezeulu se puso delante y se preguntó qué podía hacer. Lo que fuera que había dentro se agitó con más violencia e hizo que la caja rodara. Ezeulu esperó a que se calmara un poco, se agachó y sacó la caja afuera. Las mujeres y los niños se dispersaron en todas las direcciones.

—Sea una medicina buena o mala, lo veré hoy —dijo al sostener la caja en sus brazos, como si fuera una pesada ofrenda.

No pasó por su *obi* sino que salió por la puerta de la pared rojiza de su patio. Nwafo se acercó por detrás, pegado a Obika, y las mujeres y los niños los siguieron temerosos a una buena distancia.

—Que todo el mundo vuelva a su casa. El mono curioso recibe un disparo en la cara.

Volvieron no a sus casas, sino hacia la parte de delante del *obi*. Obika le dio un machete a su padre, que se quedó pensativo un instante, apartó el machete y lo mandó a buscar el pico que utilizaban para sacar los ñames de la tierra. El combate dentro de la caja continuaba de lo más fiero. Por un instante, Ezeulu se preguntó si no sería más prudente dejar la caja allí hasta que volviera su dueño. Pero ¿qué mensaje anunciaría? Que él, Ezeulu, tenía miedo de lo que fuera que su hijo había apresado en una caja. Una historia semejante sobre el sacerdote de Ulu jamás se debía contar por ahí.

Cogió el pico que le traía Obika y metió la punta afilada entre la tapa y la caja. Obika intentó cogerle el pico, pero Ezeulu se negó a pasárselo.

—Quita —le dijo—. ¿Quién crees que está luchando ahí dentro? ¿Un par de gallos?

Apretó los dientes intentando hacer palanca para levantar la tapa. No fue fácil, y cuando consiguió forzar la caja el viejo sacerdote estaba sudoroso. Lo que vieron era

como para volverse ciegos. Ezeulu se quedó estupefacto. Las mujeres y los niños que observaban desde lejos bajaron corriendo. El vecino de Ezeulu, Anosi, que pasaba por allí, se paró y enseguida se juntó una multitud. En la caja rota había una pitón real exhausta.

—Que nos perdone el Gran Dios —dijo Anosi.

—Se ha cometido un sacrilegio —dijo Akueke.

—Si esto es una medicina, que pierda su poder —dijo Matefi.

Ezeulu soltó el pico de la mano.

—¿Dónde está Oduche? —Su voz era terrible.

Nwafo dijo que había ido a la iglesia. La pitón sagrada asomó la cabeza por el borde de la caja y empezó a moverse con aire pausado y digno.

—A este chico lo mato hoy mismo con mis propias manos —dijo Ezeulu cogiendo el machete que había traído Obika.

—Que el Gran Dios lo prohíba —dijo Anosi.

—Ya he hablado.

La madre de Oduche se echó a llorar, seguida de otras mujeres. Ezeulu se alejó a paso lento hacia su *obi* con el machete. La pitón real se deslizó lentamente de vuelta al bosque.

—¿Qué ganas con esos lloros? —le dijo Anosi a Ugoye—. ¿Por qué no buscas a tu hijo y le dices que no vuelva hoy a casa?

—Ha hablado con cordura, Ugoye —dijo Matefi—. Mándalo con tu familia. Es una suerte que la pitón no se haya muerto.

—Afortunado tú —se dijo Anosi hablando solo de camino a Umunneora para comprar ñames de siembra a su amigo—. Ya he dicho que quien trae esa religión nueva lleva un sombrero en la cabeza.

Se paró a contar lo que había hecho el hijo de Ezeulu a todo el que se cruzó por el camino. Antes de mediodía la historia había llegado a oídos de Ezidemili, cuya divinidad, Idemili, era la dueña de la pitón real.

Hacía cinco años que Ezeulu había prometido al blanco que mandaría a uno de sus hijos a la iglesia. Pero solo hacía dos años que había cumplido su promesa. Quería tener la seguridad de que el blanco no había venido de visita, sino para construir una casa y quedarse a vivir allí.

Al principio, Oduche no quería ir a la iglesia. Pero Ezeulu lo llamó a su *obi* y le habló como un hombre hablaría a su mejor amigo, de manera que el chico accedió lleno de orgullo. Nunca había oído a su padre hablar a nadie como si fuera un igual.

—El mundo está cambiando —le había dicho—. No me gusta, pero soy como el pájaro eneke-nti-oba, que cuando sus amigos le preguntaron por qué volaba a todas horas respondió: «Los hombres de hoy han aprendido a disparar sin errar y por eso yo he aprendido a volar sin posarme en las ramas». Quiero que uno de mis hijos se una a

esta gente y sea mis ojos entre ellos. Si no hay nada, te vuelves. Pero si hay algo que merezca la pena me traerás mi parte a casa. El mundo es como una Máscara en danza. Si quieres verla bien no puedes quedarte parado en un solo sitio. Mi espíritu me dice que quienes hoy no se hagan amigos de los blancos mañana dirán: «¡Si lo hubiéramos sabido...!».

A la madre de Oduche, Ugoye, no le hacía gracia que se eligiera a su hijo como sacrificio para el blanco. Intentó razonar con su marido, pero él se impacientó con ella.

—¿Qué te importa a ti lo que yo haga con mis hijos varones? Dices que no quieres que Oduche aprenda costumbres desconocidas. ¿No sabes que en casa de un hombre importante tiene que haber gente que conozca toda clase de costumbres? Tiene que haber gente buena y mala, trabajadores honrados y ladrones, personas conciliadoras y personas valientes; eso es lo que distingue a un gran *obi*. En un sitio así, toques el son que toques al tambor, siempre habrá alguien que sepa bailar.

Si a Oduche le quedaba alguna resistencia después de que su padre hablara con él, se le dispó en cuanto empezó a frecuentar la iglesia. Le pareció que aprendía muy deprisa y empezó a pensar en el día en que pudiera hablar la lengua de los blancos igual que su maestro, el señor Molokwu, había hablado con el señor Holt en su visita a la iglesia. Pero había alguien que le había impresionado todavía más. Se llamaba Blackett y era un misionero de las Antillas. Se decía que, a pesar de ser negro, aquel hombre sabía más que los blancos. Oduche pensaba que si pudiera llegar a tener una décima parte de los conocimientos de Blackett, se convertiría en un hombre importante en Umuaro.

Progresó mucho y se ganó la simpatía de su maestro y de los miembros de la iglesia. Era más joven que la mayoría de los conversos, puesto que tenía solo quince o dieciséis años. El maestro, el señor Molokwu, esperaba mucho de él y justo cuando lo estaba preparando para el bautismo fue transferido a Okperi. El nuevo profesor era un hombre del delta del Níger. Hablaba la lengua de los blancos como si fuera la suya. Se llamaba John Goodcountry.

El señor Goodcountry habló a los conversos de Umuaro sobre los primeros cristianos del delta del Níger, que habían luchado contra las malas costumbres de su pueblo, habían destruido altares y habían matado a la iguana sagrada. Les habló de Joshua Hart, su pariente, que había sido martirizado en Bonny.

—Si somos cristianos, tenemos que estar dispuestos a morir por la fe —dijo—. Debéis estar dispuestos a matar a la pitón de la misma manera que el pueblo ribereño mató a la iguana. Vosotros llamáis «Padre» a la pitón. No es otra cosa que una serpiente, la serpiente que engañó a nuestra primera madre, Eva. Si os da miedo matarla no sois dignos de consideraros cristianos.

El primer hombre de Umuaro que mató a una pitón y se la comió fue Josiah

Madu, de Umuagu. Pero la historia no se divulgó más allá del grupito de cristianos, que sin embargo se negaron, en su mayoría, a seguir el ejemplo de Josiah. Su líder era Moses Unachukwu, el primer converso y el más famoso de Umuaro.

Unachukwu era carpintero, el único en aquella región. Había aprendido el oficio con los misioneros blancos que construyeron la Misión Industrial de Onitsha. En su juventud había sido reclutado como porteador de los soldados enviados a destruir Abame como represalia por el asesinato de un blanco. Lo que vio Unachukwu durante aquella expedición de castigo le enseñó que los blancos no eran como para tomárselos a broma. Por eso, cuando salió de allí no volvió a Umuaro, sino que se dirigió a Onitsha, donde se hizo criado del misionero carpintero, J. P. Hargreaves. Después de una estancia de unos diez años en tierras lejanas, Unachukwu volvió a Umuaro con el grupo de misioneros que lograron, después de dos fracasos anteriores, implantar la nueva fe en su pueblo. Unachukwu consideraba que el éxito de este tercer esfuerzo misionero era, en gran medida, suyo. Veía en su estancia en Onitsha un paralelismo con la del Moisés del Antiguo Testamento en Egipto.

Al ser el único carpintero en el vecindario, Moses Unachukwu construyó la nueva iglesia en Umuaro casi sin ayuda de nadie. Ahora no era un simple catecúmeno, sino el asistente de un pastor, aunque Umuaro no tenía pastor todavía, solamente un catequista. Pero se notaba el gran aprecio del que gozaba en la joven iglesia. El último catequista, el señor Molokwu, le consultaba en todo lo que hacía. El señor Goodcountry, sin embargo, intentó ignorarle desde el principio. Pero Moses no era un hombre a quien se pudiera ignorar a la ligera.

Las enseñanzas del señor Goodcountry sobre la pitón sagrada le dieron a Moses la primera oportunidad de desafiarlo abiertamente. Para hacerlo no solo utilizó la Biblia, sino también, lo cual resultaba bastante raro en un converso, los mitos de Umuaro. Habló con autoridad puesto que, al proceder de la aldea responsable del sacerdocio de Idemili, sabía quizá mejor que los demás lo que era la pitón. Por otra parte, su buen conocimiento de la Biblia y su estancia en Onitsha, que era la fuente de la nueva religión, le daban confianza en sí mismo. Le dijo al maestro claramente que ni la Biblia ni el catecismo pedían a los conversos que mataran a la pitón, un animal de mal agüero.

—¿Iba Dios a poner una maldición sobre su cabeza para nada? —preguntó, y pasó entonces repentinamente a las tradiciones de Umuaro—. Hoy día hay seis pueblos en Umuaro; pero no ha sido siempre así. Nuestros padres nos dicen que antes había siete y que el séptimo se llamaba Umuama.

Algunos conversos asintieron en señal de apoyo. El señor Goodcountry escuchó con paciencia y desdén.

—Un día seis hermanos de Umuama mataron a la pitón y pidieron a uno de ellos, Iweka, que la cocinara con un guiso de ñame. Cada uno de ellos trajo a Iweka un

trozo de ñame, y un cuenco de agua. Al terminar de cocinar el guiso de ñame, los hombres se acercaron uno a uno y cogieron sus trozos de ñame. Después empezaron a llenar sus cuencos hasta la marca con el guiso de ñame. Pero esta vez solo cuatro de ellos habían cogido su ración antes de que se acabara el guiso. Los hermanos empezaron a pelearse violentamente y a luchar. La pelea se extendió enseguida por todo Umuama, y fue tan violenta que casi acabó con el pueblo. Los pocos supervivientes huyeron y cruzaron el río a la tierra de Olu, donde hoy día viven dispersos. Al ver lo sucedido en Umuama, las otras aldeas fueron a un hechicero para conocer la causa, y él les dijo que la pitón real era sagrada para Idemili; esta divinidad era la que había castigado a Umuama. Desde aquel día, las seis aldeas decretaron que, en lo sucesivo, matar a la pitón se consideraría como matar a un pariente.

Moses terminó contando con los dedos las aldeas y los clanes que también prohibían matar a la serpiente. A continuación tomó la palabra el señor Goodcountry.

—Una historia como la que acabas de contarnos no es propia de la casa del Señor. Pero te dejé seguir para que todo el mundo se diera cuenta de la estupidez que es.

Se oyó un murmullo en la congregación que podía significar tanto acuerdo como desacuerdo.

—Se lo dejo a tu gente, que te respondan ellos. —El señor Goodcountry miró a su alrededor, pero nadie habló—. ¿No hay nadie que hable a favor del Señor?

Oduche, que hasta entonces se había inclinado hacia la posición de Unachukwu, tuvo una repentina iluminación. Alzó la mano, y se disponía ya a bajarla, pero el señor Goodcountry lo había visto.

—¿Sí?

—No es verdad que la Biblia no nos ordene matar a la serpiente. ¿No le dijo Dios a Adán que le aplastara la cabeza después de que engañara a su mujer?

Mucha gente le aplaudió.

—¿Lo has oído, Moses?

Moses no respondió, pero el señor Goodcountry no iba a darle otra oportunidad.

—Dices que eres el primer cristiano de Umuaro, tomas la comunión y, aun así, cada vez que abres la boca no sale de ella otra cosa que basura pagana. Hoy un niño que todavía mama del pecho de su madre te ha dado una lección sobre la Sagrada Escritura. Igual que cuando Nuestro Señor dijo que los últimos serían los primeros y que los primeros serían los últimos. El mundo desaparecerá, pero ni una palabra de Nuestro Señor se perderá —dijo, y se volvió hacia Oduche—. Cuando llegue la hora de tu bautismo te llamarás Pedro; y sobre esta roca edificaré mi Iglesia.

Aquello despertó más aplausos de una parte de la congregación. Moses estaba muy excitado.

—¿Tengo cara de que se me pueda meter en un saco y dejarme tirado? —

preguntó—. Yo he estado en el manantial de esta nueva religión y he visto con mis propios ojos a los blancos que la trajeron. Así que quiero decir ahora que no me llevarán por mal camino estos forasteros que se ponen a llorar más alto que los deudos del difunto. Tú no eres el primer maestro que veo; no eres ni el segundo ni el tercero. Si eres prudente te dedicarás al trabajo que te enviaron a hacer aquí y le quitarás la mano de encima a la pitón. Puedes decir que yo te lo ordené. Aquí nadie se ha quejado de que la pitón le haya bloqueado el camino al venir a la iglesia. Si quieres hacer tu trabajo tranquilo hazme caso, pero si prefieres ser el lagarto que arruinó el funeral de su propia madre sigue haciendo lo que haces.

Se giró hacia Oduche.

—Y a ti, lo mismo da que te llamen Pedro, Pablo o Barrabás; a mí me da igual. No tengo nada que decirle a un chaval que debería estar recogiendo nueces de palma para su madre. Pero ya que también has pasado a ser nuestro maestro, veremos cuándo tienes las agallas de matar a una pitón en Umuaro. El cobarde puede mantener el tipo con sus palabras pero huye cuando llega la hora de luchar.

En aquel momento, Oduche tomó su decisión. Había dos pitones, una grande y una pequeña, que tenían como vivienda principal la cabaña de su madre, en la parte alta de la pared que sostenía el tejado. Mantenían alejadas a las ratas y no hacían daño alguno; solo una vez se sospechó que podían haber asustado a una gallina que salió corriendo y cuyos huevos se comieron después. Oduche decidió que le daría un golpe en la cabeza a una de ellas con un palo grande. Lo haría con tanto cuidado y sigilo que cuando muriera la gente pensaría que había muerto ella sola.

Pasaron seis días antes de que Oduche encontrara un momento oportuno, y durante aquel tiempo su decisión perdió un poco de fuerza. Decidió coger la pitón más pequeña. La empujó con el palo por la pared hacia abajo pero se resistió a aplastarle la cabeza. En ese momento le pareció oír que se acercaba gente y tuvo que actuar con rapidez. A la velocidad del rayo la cogió como había visto hacer muchas veces a su vecino Anosi, y se la llevó a su dormitorio. Entonces le vino a la mente una idea nueva y emocionante. Abrió la caja que Moses le había construido, sacó su camiseta y su toalla y encerró a la pitón. Sintió un enorme alivio. La pitón moriría por falta de aire y, aunque él sería responsable de su muerte, no sería culpable, lo que le pareció una solución satisfactoria.

El hijo mayor de Ezeulu, Edogo, se había marchado aquel día pronto de casa para terminar la Máscara que estaba tallando para un nuevo espíritu ancestral. Faltaban solo cinco días para el Festival de las Hojas de Calabaza y se esperaba que ese espíritu regresara de las profundidades de la tierra y se apareciera a la gente como una Máscara. Los que iban a actuar como séquito hacían grandes planes para la recepción; habían ensayado su danza y les preocupaba la Máscara que Edogo les estaba tallando. Había otros talladores en Umuaro, algunos incluso mejores. Pero

Edogo tenía fama de terminar su trabajo a tiempo, a diferencia del maestro Obiako, que solo cogía las herramientas cuando veía acercarse a sus clientes. Si se hubiera tratado de otra talla, Edogo la habría terminado hacía mucho tiempo, dedicándole cada momento libre que tuviera. Pero una Máscara era diferente; no podía hacerlo en casa bajo la mirada profana de las mujeres y los niños, sino que tenía que retirarse a la casa de los espíritus construida para la realización de estos trabajos en una esquina apartada del lugar donde estaba el mercado *Nkwo*, adonde nadie que no hubiera sido iniciado en el secreto de las Máscaras se atrevería a acercarse.

La cabaña estaba oscura por dentro, aunque el ojo se acostumbró al cabo de un rato. Edogo sacó la madera de okwe blanca que iba a trabajar y se quitó la bolsa de piel de cabra donde llevaba sus herramientas. Aparte de la necesidad de hacerlo en secreto, a Edogo siempre le había parecido adecuado el ambiente de esta cabaña para tallar Máscaras. Había Máscaras antiguas y otras vestiduras de los espíritus ancestrales, algunas de ellas más viejas que su propio padre. Creaban un ambiente que confería poder e ingenio a sus dedos. La mayoría de las Máscaras pertenecían a espíritus fieros y agresivos con cuernos y dientes del tamaño de los dedos. Pero cuatro de ellas pertenecían a espíritus de muchachas de delicada belleza. Edogo sonrió al recordar lo que Nwanyinma le había dicho cuando él se casó con su primera mujer. Nwanyinma era una viuda de quien se había hecho amigo cuando era soltero. Celosa de su rival más joven, le había dicho a Edogo que la única mujer cuyos pechos se mantenían firmes con el paso del tiempo era la mujer-espíritu.

Edogo se sentó en el suelo cerca de la puerta, donde entraba más luz, y comenzó a trabajar. De vez en cuando oía hablar a la gente que pasaba por el mercado en su camino de una aldea de Umuaro a otra. Pero una vez que se concentró en su tarea, dejó de oír voces.

La Máscara empezaba a salir de la madera cuando Edogo se paró de pronto y giró la cabeza hacia las voces que habían irrumpido su trabajo. Una de ellas era muy familiar; sí, era su vecino Anosi. Edogo hizo un esfuerzo por oír lo que decía y luego se levantó y se dirigió a la pared que daba al centro del mercado. Entonces escuchó con claridad. Anosi parecía estar hablando con dos o tres hombres que se acababa de encontrar.

—Sí, yo estaba allí y lo he visto con mis propios ojos —decía—. No lo hubiera creído si me lo hubieran contado. He visto la caja abierta y una pitón dentro.

—No lo vayas contando por ahí —dijo otro—. No puede ser verdad.

—Eso es lo que dice todo el mundo: que no puede ser verdad. Pero yo lo he visto con mis propios ojos. Id a Umuachala y veréis lo agitada que está la aldea.

—Lo que ese Ezeulu traerá a Umuaro está a la vez preñado y criando.

—He oído muchas cosas en mi vida, pero nunca había oído una monstruosidad semejante.

Cuando Edogo llegó a casa, su padre seguía de muy mal humor, solo que la ira que sentía no era tanto hacia su hijo como hacia los vecinos y la gente hipócrita que pasaba por allí, cuyas expresiones de compasión disimulaban mal su malicia. Aunque hubieran sido sinceras, Ezeulu se habría sentido molesto porque lo trataran como objeto de compasión. Al principio se guardó el enfado dentro. Pero el último grupo de mujeres que fue a ver a sus esposas, con cara de visita a la casa de un difunto, terminó por sacarle de quicio. Las oyó gritar en el patio:

—¡Ay! ¿Qué podemos hacer con la juventud de hoy?

Ezeulu entró en el patio y les ordenó que se marcharan.

—La que siga aquí cuando yo vuelva la próxima vez se va a enterar en un momento de lo malo que soy.

—¿Qué tiene de malo venir a consolar a otra mujer?

—¡He dicho que os vayáis de aquí inmediatamente!

Las mujeres salieron corriendo.

—Perdónanos, hemos cometido un error —decían.

Así pues, Edogo le contó a un Ezeulu muy enfadado la historia que había oído en el mercado *Nkwo*. Cuando terminó, su padre le preguntó en tono cortante:

—¿Y tú qué hiciste cuando lo oíste?

—¿Qué se supone que debía hacer? —Edogo se sintió molesto y sorprendido ante el tono de su padre.

—¿Le oís? —preguntó Ezeulu sin dirigirse a nadie en particular—. A ver, primogénito mío, oyes a alguien decir que tu padre ha cometido un sacrilegio y me preguntas qué debías haber hecho. Cuando yo tenía tu edad, habría sabido qué hacer. Habría salido y le habría roto la cabeza al tipo en vez de quedarme escondido en la casa de los espíritus.

Edogo se enfadó de veras, pero se mordió la lengua.

—Cuando tú tenías mi edad, tu padre no mandó a uno de sus hijos a que rindiera culto al dios de los blancos.

Se marchó a su cabaña lleno de amargura porque le hubieran insultado después de interrumpir su tarea de tallar para ver qué sucedía en casa.

«Culpo a Obika por el genio que tiene —pensó Ezeulu—, ¡Pero lo prefiero a este cenizo frío!»

Se inclinó hacia atrás, apoyó la cabeza en la pared y empezó a rechinar los dientes.

Era un día aciago para el sumo sacerdote, uno de esos días que parecía haber empezado con mal pie. Por si no hubiera aguantado suficiente humillación, recibió la visita, al atardecer, de un joven de Umunneora. Debido a la hostilidad entre la aldea de Ezeulu y Umunneora, no le ofreció nuez de cola por si acaso le diera después dolor de estómago y lo atribuyera a la hospitalidad de Ezeulu. El hombre no perdió

tiempo en comunicar su mensaje.

—Me envía Ezidemili.

—Ah, ¿sí? Espero que esté bien.

—Está bien —respondió el mensajero—, aunque en realidad no lo está.

—No te entiendo. —Ezeulu estaba plenamente alerta—. Si traes un mensaje dímelo, porque no tengo tiempo de escuchar a un chico que habla con adivinanzas.

El joven ignoró el insulto.

—Ezidemili quiere saber qué vas a hacer a propósito del sacrilegio que se ha cometido en tu casa.

—¿Qué es lo que se ha cometido? —preguntó el sumo sacerdote, controlando la ira con las manos juntas.

—¿Quieres que repita lo que acabo de decir?

—Sí.

—De acuerdo. Ezidemili quiere saber cómo vas a purificar tu casa de la profanación que ha cometido tu hijo.

—Regresa y dile a Ezidemili que coma mierda. ¿Me has oído? Dile a Ezidemili que dice Ezeulu que se llene la boca de mierda. Y tú, jovencito, vete en paz porque el mundo ya no es lo que era. Si el mundo fuera como tiene que ser, habría hecho algo para que te acordaras por siempre del día en que metiste la cabeza en la boca del leopardo.

El joven quiso decir algo, pero Ezeulu no le dejó.

—Si quieres hacer algo con tu vida, acepta mi consejo y no digas una palabra más aquí.

Ezeulu se puso de pie completamente erguido y con gesto amenazador; el joven decidió seguir su consejo y se levantó para marcharse.

EL capitán T. K. Winterbottom se quedó mirando el memorándum que tenía delante irritado y con cierto desprecio. Venía del lugarteniente general a través del delegado, pasando por el oficial superior del distrito, con comentarios que los dos últimos habían añadido antes de pasarle la pelota al siguiente. Al capitán le molestó especialmente el tono del acta del oficial superior del distrito. Era prácticamente una reprimenda por lo que le complacía describir como la intransigencia de Winterbottom con respecto al tema de la designación de jefes de poblado. Quizá al capitán Winterbottom no le habría importado tanto si el acta hubiera sido escrita por cualquier otra persona; pero Watkinson era tres años más joven que él, y sin embargo había sido promocionado pasándole por delante.

—Cualquier idiota puede conseguir una promoción —se decía a sí mismo Winterbottom, y también a sus ayudantes— con tal de que no se dedique a otra cosa que a intentarlo. Los que nos tomamos en serio nuestro trabajo no tenemos tiempo de intentarlo.

Encendió la pipa y empezó a moverse por su espaciosa oficina. La había diseñado él mismo y la había hecho abierta y aireada. Mientras deambulaba oyó, aunque siempre se oían, los cantos de los presos mientras cortaban la hierba fuera. Era impresionante lo que había crecido con las lluvias. Se asomó a la ventana y observó a los presos un rato. Uno de ellos llevaba el ritmo con algo que parecía una piedra contra una botella vacía y cantó un solo breve; los demás cantaron el estribillo y movieron los machetes al compás. El capitán Winterbottom se sacó la pipa, la puso en el alféizar de la ventana, juntó las manos alrededor de la boca y gritó: «¡Callaos!». Todos miraron hacia arriba y al ver quién era pararon la música. A partir de ese momento, los machetes empezaron a moverse con un ritmo irregular. Entonces el capataz, que estaba de pie a la sombra de un mango a poca distancia, pensó que sería mejor llevar a sus hombres a otro punto donde no molestaran al oficial del distrito, y los hizo marchar en doble fila a otra parte de Government Hill. Todos llevaban monos de yute de un color blanco sucio y una gorra a juego, y dos de ellos llevaban casco. El solista agarró su piedra y su botella. En cuanto se instalaron en otro sitio entonó una canción, y las cuchillas empezaron a balancearse de arriba abajo al compás:

Quando yo corto la hierba y tú la cortas,
¿qué derecho tienes a insultarme?

De vuelta en su mesa, el capitán Winterbottom releyó el memorándum:

Mi propósito en estos párrafos se limita a recalcar a todos los oficiales que

trabajan entre las tribus en las que no existe un dirigente local la necesidad vital de desarrollar sin más dilación un sistema eficaz de gobierno indirecto basado en las instituciones nativas.

Para muchas naciones coloniales, la Administración nativa significa un gobierno de hombres blancos. Todos ustedes saben que el Gobierno de su Majestad considera errónea esta política. En lugar de la alternativa de gobernar directamente a través de administradores, está el método de intentar construir una civilización más avanzada, mientras nos esforzamos en purgar el sistema indígena de sus abusos, que arraigue sólidamente en la raza nativa, y que se cimente en los corazones, las mentes y los pensamientos de la gente, y así por tanto la podremos edificar más fácilmente, moldeándola y encauzándola a través de normas más coherentes con las ideas modernas y los estándares más elevados, y que, a la vez, capte la auténtica fuerza del espíritu del pueblo, en vez de aniquilar todo eso y tratar de empezar desde cero. No debemos destruir el ambiente africano, la mente africana, los cimientos de la raza...

Palabras, palabras y más palabras. Civilización, mente africana, ambiente africano. ¿Su Señoría ha salvado alguna vez a un hombre enterrado vivo hasta el cuello, con un trozo de ñame asado en la cabeza para atraer a los buitres? Volvió a caminar de un lado a otro de la oficina. Pero ¿por qué no le decía alguien a ese imbécil que toda esa maldita empresa era una inutilidad y una estupidez? Sabía por qué. Tenían miedo de perder su promoción o la Orden del Imperio Británico.

El señor Clarke entró para decir que se marchaba a su primer viaje por el distrito. El capitán Winterbottom lo despidió con un gesto de la mano y unas palabras, «Buen viaje», pronunciadas casi sin mirarlo. Pero cuando se daba la vuelta para salir lo llamó.

—Cuando vaya a Umuaro averigüe todo lo que pueda, con toda discreción, por supuesto, sobre Wright y su nueva carretera. He oído todo tipo de historias feas sobre latigazos y esas cosas. No me hace falta saber mucho para decir que me espero cualquier cosa de Wright, desde acostarse con las nativas hasta azotar a sus hombres... De acuerdo, hasta la semana que viene. Cuídese. Recuerde: cuidado con el agua. Buen viaje.

Aquella breve interrupción hizo que el capitán Winterbottom retomara el memorándum del lugarteniente general con menos rabia. Se sintió resignado y cansado. La tragedia de la Administración colonial británica era que el hombre que estaba al pie del cañón, que conocía bien a sus africanos y que sabía de lo que hablaba, acababa anulado por las decisiones de unos ingenuos en el cuartel general.

Hacía tres años que habían presionado al capitán Winterbottom para que, en

contra de su criterio, nombrara a un juez tribal en Okperi. Tras una larga discusión había elegido a un tal James Ikedi, un tipo inteligente y uno de los primeros que habían recibido una educación misionera en la región. Pero ¿qué pasó? A los tres meses de su nombramiento, el capitán Winterbottom empezó a oír rumores de su prepotencia. Había montado un tribunal ilegal y una cárcel privada. Se llevaba a la primera mujer que se le antojaba sin pagar la dote tradicional. El capitán Winterbottom investigó a fondo el asunto y destapó muchos más escándalos graves. Decidió suspender al tipo durante seis meses y lo retiró del cargo. Pero, a los tres meses, el oficial superior, que acababa de volver de un permiso y no tenía conocimientos de primera mano del asunto, ordenó que se rehabilitara al granuja en el cargo. En cuanto recuperó el poder, le faltó tiempo para organizar un enorme sistema de extorsión masiva.

En aquella época, se puso en marcha un gran programa de construcción de carreteras y canales, justo después de una epidemia de viruela. James Ikedi se asoció con un capataz de carreteras conocido por sus borracheras, que entre los nativos se había ganado el título de «Derribacasas». Hacía tiempo que el capitán Winterbottom había revisado y aprobado los planes de carreteras y canales y, en la medida de lo posible, no interferían con los terrenos de la gente. Pero aquel capataz se dedicó a intimidar a la gente; les decía que si no le daban dinero la nueva carretera pasaría por en medio de sus casas. A los que le informaban del asunto, el jefe les decía que no podía hacer nada; que el capataz cumplía las órdenes del blanco y que quien no tuviera dinero debía pedirlo prestado a su vecino o vender sus cabras o sus ñames. El capataz cobraba su cuota y se marchaba a otra casa, después de seleccionar a los más ricos de cada pueblo. Y para convencerlos de que iba en serio derribó las casas de tres personas que se demoraron en el pago, aunque no se había planeado ninguna carretera ni canal a más de un kilómetro de sus casas. Sobra decir que el jefe Ikedi se llevaba una buena tajada de aquel impuesto ilegal.

Al recordar aquel incidente, el capitán Winterbottom encontraba alguna justificación a favor del capataz. Era un hombre de otro clan; a los ojos de los nativos, un extranjero. Pero ¿qué excusa se podía aducir a favor de un hombre que era pariente y jefe de los locales? El capitán Winterbottom solo podía atribuirlo a una clase de crueldad que solo África producía. Era esa crueldad elemental propia de la constitución psicológica de los nativos, que a los europeos idealistas les resultaba tan difícil comprender.

Desde luego, el jefe Ikedi era muy listo y no había dejado una sola huella; cuando el capitán Winterbottom comenzó a investigar este segundo escándalo fue imposible incriminarlo. De manera que el capitán Winterbottom perdió su primera presa durante su mandato; sin embargo, no le cabía la menor duda de que tarde o temprano lo pillaría. En cuanto al capataz, lo condenó a dieciocho meses de trabajos forzados.

El capitán Winterbottom no dudaba de que el jefe Ikedi seguía siendo igual de corrupto y prepotente, solo que ahora era más listo. Lo último que hizo fue que su pueblo le hiciera *obi* o rey, de manera que pasó a denominarse Su Alteza Ikedi I, *Obi* de Okperi. ¡En un pueblo que detestaba la monarquía! Eso era lo que la Administración británica se dedicaba a hacer con los igbo, hacer brotar una docena de reyes como setas donde jamás habían existido.

El capitán Winterbottom se quedó dormido sobre el memorándum del lugarteniente general y decidió que apenas podía hacer nada por frenar aquella estúpida directriz. Ya había sacrificado sus oportunidades de promoción por decir lo que pensaba en demasiadas ocasiones; casi todos los oficiales que habían entrado con él en el Servicio de Nigeria ya habían ascendido, mientras que él ni siquiera era oficial superior de distrito. No era algo que le importara demasiado, pero no parecía tener sentido continuar con su oposición al gobierno indirecto si los compañeros que hasta entonces habían estado de acuerdo con él habían dado un giro repentino y lo habían acusado de no implementarlo. En ese momento su deber estaba claro, y se le ordenaba designar un jefe. Pero no debía repetir el error de buscar un listo entre los que se habían educado en la misión. En lo que concernía a Umuaro, ya estaba prácticamente decidido. Iría a por aquel sacerdote nativo de aspecto llamativo que en el conflicto por la tierra entre Okperi y Umuaro había dicho la verdad. Si todavía estaba vivo, claro. El capitán Winterbottom recordaba haberlo visto un par de veces durante sus visitas de rutina a Umuaro. Pero de eso hacía al menos dos años.

6

EL ultraje que había cometido el hijo de Ezeulu contra la pitón sagrada era un asunto muy serio, y Ezeulu era el primero en reconocerlo. Pero ante la mala voluntad de los vecinos, y especialmente ante el insolente mensaje que le envió el sacerdote de Idemili, no le quedó otro remedio que desafiarlos a todos. Estaba asombrado con la calumnia que incluso quienes consideraba sus amigos estaban propagando contra él.

«Es bueno que de vez en cuando ocurran desgracias como esta —se dijo—, para saber lo que piensan nuestros vecinos y amigos. Solo cuando sopla el viento se les ve el culo a los pájaros».

Mandó llamar a su mujer y le preguntó dónde estaba su hijo. Ella se quedó de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y no dijo nada. Los dos días anteriores había estado muy resentida con su marido, porque había sido él quien había enviado a Oduche a la iglesia, contra su criterio. ¿Por qué afilaba ahora el machete para matarlo por hacer lo que le habían enseñado en la iglesia?

—¿Con quién hablo? ¿Con una persona o con una talla de nkwu?

—No sé dónde está.

—¿Que no lo sabes? Ja, ja, ja —se rio maquinalmente, y se puso serio de nuevo—. Sé lo que estás pensando y lo que quieres decir: que quien trae a casa leña infestada de hormigas no debería quejarse de que le visiten los lagartos. Tienes razón. Pero no me digas que no sabes dónde está tu hijo.

—¿Ahora resulta que es mi hijo?

Él ignoró la pregunta.

—No me digas que no sabes dónde está porque es mentira. Haz el favor de decirle que salga de donde lo hayas escondido. Jamás he matado a nadie y no voy a hacerlo ahora con mi propio hijo.

—No volverá a esa iglesia.

—Eso también es mentira. He dicho que seguirá yendo, y así será. A quien no le guste, que venga y se me suba a la chepa.

Aquella tarde regresó Oduche; parecía un pollo mojado. Saludó a su padre con temor, pero él le ignoró por completo. En el patio, las mujeres lo recibieron con poco entusiasmo. Los niños pequeños, especialmente Obiageli, se acercaron a tocarlo, a ver si había cambiado de algún modo.

Aunque Ezeulu no quería que nadie pensara que estaba preocupado ni que lo compadecieran, no ignoraba las implicaciones religiosas del acto de Oduche. Reflexionó mucho sobre lo ocurrido la noche del incidente. Todo el mundo conocía bien la costumbre de Umuaro y no le hacía ninguna falta que el sacerdote de Idemili viniera a darle instrucciones al respecto. Hasta los niños de Umuaro sabían que, para aplacar a Idemili, quien matara a una serpiente sin querer debía organizar un funeral

por la serpiente casi tan completo como el funeral por una persona. Pero no había nada escrito con respecto a quien metiera a la serpiente en una caja. En lugar de decir que aquello no era un delito, Ezeulu afirmaba que no era tan grave como para que el sacerdote de Idemili le enviara un mensaje insultante. Era la clase de delito que cada cual resolvía con su dios personal. Además faltaban pocos días para la celebración del Festival de las Hojas de Calabaza. Era él, Ezeulu, quien debía purificar a continuación los seis pueblos de este y de incontables pecados más, antes de la temporada de la siembra.

Poco después del regreso de Oduche, Ezeulu recibió la visita de uno de sus parientes políticos de Umuogwugwu. Aquel hombre, Onwuzuligbo, era uno de los que se había presentado a Ezeulu hacía un año por la época de la siembra para averiguar por qué a su pariente, y esposo de la hija de Ezeulu, le habían dado una paliza y le habían sacado del pueblo.

—Parece como si la muerte anduviera cerca —dijo Ezeulu.

—¿A qué viene eso, pariente? ¿Me parezco en algo a la muerte?

—Cuando se tiene la visión de algo raro, quizá sea porque se esté acercando la muerte.

—Tienes razón, pariente, desde luego que ha pasado mucho tiempo desde que vine a verte. Pero, como dice el refrán, lo mismo que mata a la rata madre impide que sus crías abran los ojos. Si todo va bien, esperamos poder ir y venir otra vez como deben hacer los familiares.

Ezeulu ordenó a su hijo, Nwafo, que trajera una nuez de cola de su madre. Entretanto, cogió el cuenquito de madera que contenía un terrón de arcilla blanca.

—He aquí un trozo de nzu —dijo, e hizo rodar la tiza hacia su invitado, que la cogió y dibujó en el suelo, entre sus piernas, tres líneas rectas y una cuarta entre ellos dos. Después se pintó el dedo gordo de un pie y le devolvió la tiza a Ezeulu, quien volvió a guardarla.

Después de comer nuez de cola, Onwuzuligbo se aclaró la garganta, dio las gracias a Ezeulu y le hizo una pregunta:

—¿Se encuentra bien nuestra esposa?

—¿Vuestra esposa? Está bien. No tiene ninguna preocupación, excepto el hambre. Nwafo, dile a Akueke que venga a saludar al pariente de su esposo.

Nwafo regresó enseguida y anunció que ya venía. Akueke entró casi inmediatamente. Saludó a su padre y le dio la mano a Onwuzuligbo.

—¿Cómo está tu mujer, Ezinma? ¿Se encuentra bien?

—Hoy está bien. Lo que no sabemos es cómo se encontrará mañana.

—¿Y tus hijos?

—Nuestro único problema es el hambre.

—¡Ah! —dijo Akueke—. Eso no es verdad. Mira lo bien alimentado que estás tú.

Cuando Akueke salió de vuelta al patio, Onwuzuligbo le dijo a Ezeulu que su pueblo lo había enviado para decirle que les gustaría hacerle una visita a la mañana siguiente.

—No voy a fugarme de mi casa —dijo Ezeulu.

—No venimos en son de guerra. Venimos a charlar juntos, como hacen los parientes.

Ezeulu se sentía agradecido ante un acontecimiento feliz en una semana de problemas y humillaciones. Mandó llamar a su primera esposa, Matefi, y le dijo que se preparara para cocinar al día siguiente para su familia política.

—¿Qué familia? —preguntó.

—El marido de Akueke y sus parientes.

—En mi cabaña no hay mandioca, y hoy no hay mercado.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—No quiero que hagas nada. Pero puede que Akueke tenga algo de mandioca... ¿por qué no se lo preguntas a ella?

—Va a haber que poner límites a esa locura que dicen que tienes. Me dices que vaya yo a buscarte la mandioca. ¿Qué tiene que ver Akueke? ¿Acaso es mi esposa? Eres mala y te lo he dicho muchas veces. Está claro que no haces nada de buena gana si no es para ti o para tus hijos. Es mejor que no te diga hoy lo que pienso de ti. —Hizo una pausa—. Si quieres que los dos vivamos en esta casa, ve y haz lo que te he mandado. Si viviera la madre de Akueke, no crearía una división entre sus hijos y los tuyos, y lo sabes de sobra. Sal de aquí antes de que me levante.

Aunque Ezeulu estaba deseando que su hija Akueke regresara con su marido, nadie esperaba que lo dijera abiertamente. Aquel que diera a entender que su hija no era siempre bienvenida en su casa o que encontraba molesta su presencia, lanzaba al marido el mensaje de que la podía tratar todo lo mal que quisiera. De manera que, cuando el marido de Akueke regresó para anunciar que tenía la intención de llevarse a su mujer de vuelta a casa, Ezeulu fingió que objetaba.

—Está bien que un hombre se lleve a su mujer a casa —dijo—. Pero te recuerdo que cuando empiece la siembra hará un año que empezó a vivir en mi casa. ¿Trajiste ñames, yuca o mandioca para alimentarla a ella y a su hija? ¿O crees que todavía les queda algo del último desayuno que tomaron en tu casa el año pasado?

Ibe y su familia emitieron algunos ruiditos a modo de disculpa.

—Lo que quiero saber —dijo Ezeulu— es cómo me vas a pagar por cuidar a tu mujer durante un año.

—Pariente, te comprendo muy bien —dijo Onwuzuligbo—. De eso nos encargamos nosotros. Sabes que es imposible devolver toda la deuda que tiene un hombre con su suegro. Al comprar una cabra pagamos por ella y pasa a ser nuestra, pero al casarnos con una mujer debemos pagar hasta la muerte. No negamos que te

debemos mucho; nuestra deuda es mayor incluso de lo que dices. ¿Qué hay de todos los años desde que nació hasta que nos la llevamos? Por supuesto que tenemos una gran deuda contigo, pero te rogamos que nos des tiempo.

—Te daré la razón —dijo Ezeulu—, pero lo hago por cobardía.

Además de los dos hijos mayores de Ezeulu, Edogo y Obika, estaba también su hermano pequeño. Se llamaba Okeke Onenyi. Apenas había hablado, pero en aquel momento le pareció que su hermano estaba demasiado dispuesto a ceder y decidió hablar.

—Os saludo, parientes. No he hablado hasta ahora porque el hombre que no tiene el don de la palabra dice que sus allegados han dicho todo lo que hay que decir. Desde que habéis empezado a hablar he escuchado con mucha atención a ver si oía una cosa que no he oído. Cada persona se casa por una razón diferente. Aparte de los hijos que todos deseamos, unos hombres quieren una mujer que les cocine, otros quieren una mujer que les ayude en el campo y otros quieren a una mujer a quien puedan pegar. Lo que quiero oír de vuestras bocas es si nuestro pariente ha venido porque ahora no tiene a quién pegar cuando se despierta por las mañanas.

Onwuzuligbo prometió de parte de su familiar que no volvería a maltratarse a Akueke. Después Ezeulu mandó llamarla para preguntarle si quería volver con su marido. Ella vaciló y después dijo que se iría, si eso satisfacía a su padre.

—Estimados parientes, os saludo —dijo Ezeulu—. Akueke regresará, pero no hoy. Necesitará un poco de tiempo para prepararse. Hoy es oye; volverá a vuestra casa al oye siguiente al próximo. Tratadla bien a su regreso. Los hombres valientes no pegan a sus mujeres. Sé que los esposos se pelean y no hay ninguna abominación en ello. Incluso entre hermanos y hermanas del mismo útero se dan desacuerdos; cuánto más entre dos extraños. Podéis tener vuestras diferencias, pero no dejéis que acaben en peleas. No diré nada más de momento.

Ezeulu se sintió agradecido a Ulu por propiciar de manera tan inesperada la solución a la pelea entre Akueke y su marido. Estaba seguro de que Ulu lo hacía con la intención de ponerle en el estado de ánimo adecuado para purificar las seis aldeas antes de la cosecha. Aquella misma tarde, sus seis ayudantes fueron a recibir sus órdenes y él los envió de vuelta para que cada cual anunciara en su pueblo que la Fiesta de las Hojas de Calabaza se celebraría el siguiente *nkwo*.

Ugoye estaba todavía cocinando la cena cuando sonó el *ogene* del pregonero. Tenía fama de hacer siempre la comida tarde. Aunque Ezeulu regañaba a menudo a Matefi por su tardanza, era Ugoye quien se merecía una reprimenda mayor. Pero era más lista que la esposa mayor: nunca se le hacía tarde cuando le tocaba cocinar para su marido. Sin embargo, los demás días se oía su mortero hasta bien entrada la noche. Era aún más descuidada cuando, como en aquellos días, se le prohibía cocinar para los varones adultos a causa de su impureza.

Su hija Obiageli y la hija de Akueke, Nkechi, se estaban contando cuentos. Nwafo se sentó en el pequeño asiento de adobe al pie del pilar central de la cabaña y se dedicó a observar a todos con aire de superioridad y a señalarles sus errores.

Ugoye removió la sopa en el fuego y chupó el cucharón por debajo para probarla. El sonido del *ogene* la pilló en plena acción.

—Callad, niños, dejadme escuchar lo que dice.

Gong, gong, gong, gong. «¡Escucha, Ora Obodol Ezeulu me ha pedido que anuncie que el Festival de las Hojas de Calabaza se celebrará el próximo *nkwo*». Gong, gong, gong, gong. «Ora Obodo! Ezeulu me ha pedido...»

Obiageli había interrumpido su cuento para que su madre pudiera oír el mensaje del pregonero. Mientras esperaba con impaciencia, se fijó en el cucharón y, por mantenerse ocupada, lo sacó del cuenco de madera donde estaba y comenzó a lamerlo.

—Glotona —dijo Nwafo—. Chupa, chupa, que eso hace que a las niñas no les salga barba.

—¿Y dónde está tu barba, grandullón? —le preguntó Obiageli.

Gong, gong, gong, gong. «Gentes de la aldea. El sumo sacerdote de Ulu me ha ordenado que diga a todos los hombres y mujeres que el Festival de las Primeras Hojas de Calabaza se celebrará el próximo día de mercado *Nkwo*». Gong, gong, gong, gong.

La voz del pregonero se oía cada vez menos a medida que se llevaba su mensaje por el camino principal de Umuachala.

—¿Volvemos al principio del cuento? —preguntó Nkechi.

—Sí —dijo Obiageli—. A Nwaka Dimkpolo le cae encima la gran fruta ukwa y lo mata. Yo canto el cuento y vosotros respondéis.

—Pero yo ya he respondido —protestó Nkechi—, ahora me toca cantar.

—Calla, que lo vas a estropear. Sabes que no habíamos terminado de contarle cuando apareció el pregonero.

—No cedas, Nkechi —dijo Nwafo—. Quiere aprovecharse de ti porque es mayor que tú.

—Tú calla y no te metas, Nariz de Termitero.

—Ya verás, llorica...

—No le hagas caso, Nkechi. Después te tocará a ti cantar y yo te responderé.

Nkechi accedió y Obiageli comenzó a cantar de nuevo:

¿Quién castigará al Agua en mi nombre?

E-e Nwaka Dimkpolo.

La Tierra se encargará de secarme esta agua.

E-e Nwaka Dimkpolo.

¿Quién castigará a la Tierra de mi parte?

—No, no, no —interrumpió Nkechi.

—¿Qué le va a pasar a la Tierra, tonta? —preguntó Nwafo.

—Lo he dicho a propósito, para poner a prueba a Nkechi —dijo Obiageli.

—Es mentira, mira lo mayor que eres y ni siquiera sabes contar un cuento fácil.

—Si te molesta, ven y súbete a mi chepa, Nariz de Termitero.

—Madre, si Obiageli vuelve a meterse conmigo, le pego.

—Atrévete a tocarla y ya verás cómo te curo esa locura esta noche.

—Vamos a cambiar de cuento —dijo Obiageli—. Este no tiene final.

Mientras hablaba, cogió el cucharón que acababa de pasar otra vez por la olla de sopa que estaba al fuego. Pero su madre se lo quitó.

EL mercado se llenaba de hombres y mujeres procedentes de todas partes. Al ser un día especial, las mujeres se ponían sus telas más elegantes y sus joyas de marfil y de cuentas, según la riqueza de sus maridos o, en algunos casos excepcionales, la fuerza de sus propios brazos. La mayoría de los hombres traían vino de palma en jarras que llevaban sobre la cabeza o en calabazas que se colgaban al costado, atadas a una cuerda. Los primeros en llegar tomaban posiciones a la sombra de los árboles y empezaban a beber con amigos, parientes y allegados. Los que llegaban más tarde se sentaban al sol, cuando todavía no hacía calor.

El extranjero que acudiera por primera vez a aquel festival podría marcharse con la impresión de que Umuaro no había estado más unido en toda su historia. En el ambiente de aquel encuentro, la hostilidad entre Umunneora y Umuachala parecía, momentáneamente, poco importante. Si el día anterior se hubieran encontrado dos hombres de las dos aldeas, habrían observado con desconfianza y sospecha los movimientos de cada cual; al día siguiente volverían a hacerlo. Pero aquel día bebían juntos vino de palma en abundancia, porque ningún hombre en sus cabales llevaría veneno a una ceremonia de purificación; para eso más le valía exponerse a una tormenta después de ingerir una buena cantidad de medicina poderosa y maligna. La esposa más joven de Ezeulu se miró el pelo en un espejo que sostenía entre los muslos. No podía evitar la sensación de que ella había peinado a Akueke mucho mejor de lo que Akueke la había peinado a ella. Pero le gustaban los dibujos negros de uli y las rayas de color amarillo claro de ogalu pintados en el cuerpo. Otros años hubiera sido de las primeras en llegar al mercado, alegre y despreocupada. Pero aquel año le parecía que tenía que arrastrar los pies por el peso que sentía en la mente. Iba a rezar por la purificación de su cabaña, que Oduche había profanado. Había dejado de ser una de las muchas mujeres de Umuaro que participaban en el rito general que incluía a todas. Aquel día se sentía especialmente necesitada. El peso del sentimiento casi le quitaba el placer de lucir sus pulseras de plata nuevas, que le habían granjeado tanta envidia y hostilidad por parte de Matefi, la otra mujer de su marido.

No había terminado de sacar brillo al marfil cuando Matefi apareció, antes de marcharse al mercado *Nkwo*. La llamó:

—¿Está lista la madre de Obiageli?

—No. Vamos después. No hace falta que esperéis.

Una vez arreglada, Ugoye salió por detrás de su cabaña para coger la calabaza que había plantado con esmero después de la primera lluvia; cortó cuatro hojas, las ató con una cuerda de banano y regresó al interior. Puso las hojas sobre un taburete y se acercó a la estantería de bambú para mirar la olla de sopa y el fufú que Obiageli y Nwafo tomarían a mediodía.

Akueke se paró en el umbral y echó un vistazo al interior de la cabaña de Ugoye.

—¿No estás lista todavía? ¿Por qué andas de acá para allá, como una gallina en busca de un nido? —le preguntó—. A este paso, no vamos a encontrar sitio en el mercado.

Entonces entró en la cabaña con su propio manajo de hojas de calabaza. Se fijaron en lo bonitos que eran sus respectivos vestidos y Akueke alabó el marfil de Ugoye una vez más.

En cuanto salieron, Akueke le preguntó:

—¿Por qué crees que estaba enfadada Matefi esta mañana?

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿No es la mujer de tu padre?

—Tenía la cara como un mortero. ¿Te preguntó si estabas lista para salir?

—Sí, pero ño fueron más que palabras.

—Mira que he conocido a gente mala —dijo Akueke—, pero a nadie como ella. Su maldad salta a la vista. Lleva llena de bilis desde anteayer, cuando mi padre le mandó que cocinara para mi marido y sus parientes.

Los días *nkwo* normales las voces del mercado salían en todas direcciones como el sonido del viento que se acerca. Aquel día era como si todas las abejas del mundo pasaran por encima de las cabezas de la gente. La gente seguía entrando por todos los caminos de Umuaro. En cuanto salieron de su casa, Ugoye y Akueke se unieron a uno de aquellos torrentes de personas. Todas las mujeres de Umuaro llevaban un manajo de hojas de calabaza en la mano derecha; la que no llevaba nada era una extranjera de algún pueblo vecino que venía a ver el espectáculo. Al acercarse a *Nkwo* el ruido se oyó cada vez más alto hasta que les ahogó la conversación.

Llegaron justo a tiempo de ver la llegada de las cinco mujeres de Nwaka, que causaron sensación. En lugar de tobilleras, llevaban unos enormes rulos de marfil que iban desde el tobillo casi hasta la rodilla, lo que les obligaba a ir a un paso calculado y lento, parecido al desfile de una Máscara ijele al subir y bajar cada pie en su pesada ceremonia. Iban vestidas con telas de terciopelo multicolores que, como el marfil, no eran una novedad en Umuaro, pero nunca se habían visto con tanta profusión en la familia de un solo hombre.

Obika y su buen amigo Ofoedu se sentaron con otros tres jóvenes de Umuagu sobre una esterilla tejida de forma rudimentaria, sobre las raíces de un árbol ogbu que quedaban al descubierto. Había en medio dos jarras negras de vino de palma. Justo fuera de su círculo, había a un lado una jarra vacía. Uno de ellos estaba ya borracho, pero no parecía que ni Obika ni Ofoedu hubieran tomado todavía una gota.

—Obika, ¿es verdad que tu novia no ha vuelto desde su primera visita?

—Sí, amigo —replicó Obika alegremente—. A mí todo me sale al revés que al resto de la gente; si bebo agua, se me queda pegada entre los dientes.

—No le hagáis caso —dijo Ofoedu—. La madre de la chica está enferma y su

padre le pidió que se quedara en casa a cuidarla una temporada.

—Ajá, ya sabía que la historia que oí no podía ser cierta. ¿Cómo iba a vacilar una joven novia ante un apuesto *ugonachomma* como Obika?

—Ah, amigo, no te creas eso —dijo el que estaba medio borracho—. Puede que no le gustara el tamaño de su pene.

—¡Pero si no lo ha visto! —repuso Obika.

—Venga ya, habláis con unos nenes que se chupan el dedo: ¡no se la ha visto!

Poco después sonó el gran *ikolo*. Convocaba uno a uno a los seis pueblos de Umuaro según el orden tradicional: Umunneora, Umuagu, Umuezeani, Umuogwugwu, Umuisiuzo y Umuachala. Al llamar a cada aldea se oía un enorme grito en el mercado. Aquella vez las llamó empezando por la más joven. La gente se dio prisa en terminar la bebida antes de la llegada del sumo sacerdote.

El *ikolo* sonaba sin parar; a veces llamaba a nombres de gente importante de Umuaro como Nwaka, Nwosisi, Igboneme y Udezue. Pero casi todo el tiempo llamaba a las aldeas y a sus deidades. Al final se detuvo en el saludo a Ulu, la divinidad de todo Umuaro.

Obiozo Ezikolo ya era un anciano, pero en su dominio de rey de los tambores no conocía rival. Hacía muchos años, cuando era joven, las seis aldeas habían decidido concederle el título de Ozo por su maestría, que causaba conmoción entre sus enemigos en épocas de guerra. Era increíble la fuerza que tenía para tocar, a su edad, cuando solo subir al *ikolo* era una proeza para un hombre que tuviera la mitad de sus años. Los que estaban cerca se situaron alrededor del tambor y miraron hacia arriba para admirar al viejo que lo tocaba. Un hombre levantó la voz con un saludo de homenaje. Él le devolvió el grito: «Ninguna vieja es demasiado anciana para bailar la danza que conoce». La gente se echó a reír.

El *ikolo* se había hecho en los viejos tiempos con un árbol iroko gigante en el mismo lugar donde se había talado. El *ikolo* era tan antiguo como el mismo Ulu, bajo cuya orden se cortó el árbol y se ahuecó el tronco para hacer de él un tambor. Llevaba desde aquella época en el mismo sitio expuesto al sol y a la lluvia. Su cuerpo estaba tallado con figuras de hombres y de pitones, y se habían cortado unos pequeños escalones a un lado; sin ellos no se podía subir a tocar el tambor. Cada vez que se tocaba el *ikolo* con motivo de una guerra se decoraba con cráneos ganados en batallas anteriores. Pero aquel día se tocaba en son de paz.

Un enorme *ogene* sonó tres veces desde el altar de Ulu. El *ikolo* lo siguió y tocó una música interminable en honor de la divinidad. Al mismo tiempo, los mensajeros de Ezeulu comenzaron a despejar el centro del mercado. Aunque cada uno iba armado de un látigo de hoja de palma, no les resultó fácil. La multitud estaba emocionada, y solo a base de pelear consiguieron despejar un pequeño espacio en el corazón del mercado, desde donde trabajaron frenéticamente con los látigos hasta

obligar a la gente a retroceder para formar un gran círculo en los bordes. Las mujeres con sus hojas de calabaza causaban una enorme dificultad porque todas luchaban por asegurarse un sitio en la fila de delante. Los hombres no necesitaban estar tan cerca y se quedaron en la parte de atrás del círculo.

El *ogene* volvió a sonar. El *ikolo* comenzó a saludar al sumo sacerdote. Las mujeres agitaron las hojas delante de sus caras, murmurando oraciones a Ulu, el dios que mata y salva.

Se celebró la aparición de Ezeulu con un grito fuerte que debió de oírse en todas las aldeas vecinas. Corrió hacia delante, se paró bruscamente e hizo frente al *ikolo*.

—Continúa hablando —le dijo—. Ezeulu escucha lo que dices.

Entonces se agachó, hizo tres o cuatro pasos de baile y volvió a levantarse.

Vestía de rafia ahumada desde la cadera hasta la rodilla. Tenía pintada de tiza blanca la mitad izquierda del cuerpo, desde la frente hasta los tobillos. Alrededor de la cabeza lucía una banda de cuero con una pluma de águila que apuntaba hacia atrás. Con la mano derecha sostenía a Nne *Ofo*, la madre de todos los bastones de la autoridad en Umuaro, y con la izquierda un largo bastón de hierro que emitía un chasquido cada vez que golpeaba con la punta en la tierra. Dio algunos pasos haciendo una pausa con cada pie. Luego corrió otra vez hacia delante como si hubiera visto a un camarada en el espacio abierto; estiró el brazo y movió su bastón a izquierda y a derecha. Los que estaban más cerca oyeron el choque del bastón de Ezeulu con otro que nadie vio. Al ver esto, muchos huyeron aterrorizados del sacerdote y de las presencias ocultas a su alrededor.

Al acercarse al centro del mercado, Ezeulu representó la Primera Llegada de Ulu y cómo cada uno de los cuatro Días le puso obstáculos en su camino.

En aquella época, cuando los lagartos iban solos o por parejas, todo el pueblo se reunió y me eligió para llevar a su nueva divinidad. Yo les dije:

—¿Quién soy yo para llevar su antorcha en mi cabeza descubierta? El hombre que sabe que tiene un ano pequeño no se traga la semilla *udala*.

Me dijeron:

—No tengas miedo. El hombre que envía a su hijo a coger una musaraña le dará también agua para que se lave las manos.

Yo les dije:

—Que así sea.

Y nos pusimos a trabajar. Aquel día era *Eke*: trabajamos durante el *Oye* y también durante el *Afo*. Cuando amaneció en *Nkwo* y el sol llevó su sacrificio, yo llevé mi *alusi* y, con toda la gente detrás de mí, partí hacia aquel viaje. Un hombre cantaba con la flauta a mi derecha, y otro replicaba a mi izquierda. La multitud de gente que me seguía en comitiva me daba fuerza. De pronto algo

me cayó en la cara. A un lado llovía y al otro estaba seco. Volví a mirar y vi que era *Eke*. Le dije:

—¿Eres tú, *Eke*?

Me respondió:

—Soy yo, *Oye*, el que comenzó a cocinar antes que el otro y por eso tiene más ollas rotas.

Cogí un gallo blanco y se lo di. Lo cogió y me abrió paso. Dejé atrás tierras de cultivo y bosques y noté que la cabeza me pesaba demasiado. Miré fijamente y vi que era *Afo*. Le hablé:

—¿Eres tú, *Afo*?

Me respondió:

—Soy yo, *Afo*, el gran río que no puede salarse.

Yo le contesté:

—Yo soy Ezeulu, el jorobado, más terrible que un leproso.

Afo se encogió de hombros y me dijo:

—Adelante, lo tuyo es peor que lo mío.

Avancé, el sol me hirió con sus rayos y la lluvia me empapó. Entonces me encontré con *Nkwo*. Miré a su izquierda y vi a una anciana, cansada, bailando una extraña danza en la colina. Miré a la derecha y vi un caballo y un carnero. Di muerte al caballo, limpié mi machete en el carnero y así extirpé aquel mal.

En aquel momento, Ezeulu estaba en el centro del mercado. Clavó el bastón de metal en la tierra y lo dejó vibrar mientras bailaba unos cuantos pasos más ante el *ikolo*, que no había parado para respirar desde que apareció el sacerdote. Todas las mujeres agitaron las hojas de calabaza frente a ellas.

Ezeulu volvió a mirar a los hombres y las mujeres de Umuaro, sin fijar la vista en ninguno. Entonces sacó el bastón del suelo, lo cogió con la mano izquierda mientras sostenía a la Madre de *Ofo* con la derecha, saltó hacia delante y comenzó a correr dando vueltas alrededor del mercado.

Las mujeres emitieron un aullido largo y estremecedor, y se produjeron más empujones en la fila de delante. Cuando el sumo sacerdote se acercaba en su carrera a alguna parte de la multitud, las mujeres de allí se agitaban las hojas alrededor de la cabeza y se las lanzaban. Era como tener encima un enjambre de miles y miles de insectos voladores.

Ugoye, que se había abierto paso a empujones hasta la primera fila, murmuró su plegaria una y otra vez mientras se acercaba el sumo sacerdote al lugar del círculo donde estaba ella:

Gran Ulu que mata y salva, te suplico que limpies mi casa de toda

profanación. Si he cometido una con mi boca o sí la he visto con mis ojos, si la he escuchado con mis oídos o la he pisado con mis pies, o si ha entrado por mis hijos o mis amigos o la familia, te ruego que la dejes salir detrás de esas hojas.

Agitó su manajo en círculo alrededor de la cabeza y se lo tiró con toda su fuerza al sumo sacerdote cuando pasó por delante de ella.

Los seis mensajeros seguían de cerca al sacerdote; a veces, alguno de ellos se agachaba de prisa, cogía un manajo de hojas al azar y continuaba corriendo. El *ikolo* adoptó un ritmo febril durante el vuelo del sumo sacerdote, especialmente en los momentos finales cuando, completado el círculo del mercado, siguió corriendo a velocidad creciente hasta el altar del santuario con los mensajeros pegados a sus talones. En cuanto desaparecieron, el *ikolo* dejó de sonar abruptamente con un último «com». La tensión acumulada que se había apoderado del mercado y parecía acelerarle cada vez más el pulso explotó con aquel último toque del tambor y dejó exhalar un dilatado y profundo suspiro. Pero el momento de alivio fue muy breve. La multitud pareció enfervorizarse enseguida al saber que su sumo sacerdote estaba a salvo en su altar, triunfante sobre los pecados de Umuaro que enterraba a gran profundidad con los seis manajos de ramos.

Como si alguien les hubiera hecho una señal, todas las mujeres de Umunneora salieron del círculo y comenzaron a correr alrededor del mercado, pisando la tierra con fuerza. Al principio fue al azar, pero enseguida todo el mundo comenzó a dar patadas al unísono y surgió una enorme nube de polvo de entre los pies. Solo a quienes los pies les pesaban demasiado por la edad o por el marfil se quedaron fuera de la multitud. Después de recorrer el mercado, la gente volvió a unirse a los que seguían de pie. Entonces las mujeres de Umuagu salieron de todas partes del gran círculo para comenzar su propia carrera. Las demás esperaban y aplaudían; nadie corrió en un turno que no fuera el suyo. Cuando llegó el turno de las mujeres de la sexta aldea, las hojas de calabaza colocadas tan cuidadosamente alrededor del círculo estaban aplastadas y pisoteadas en el polvo.

En cuanto acabaron las carreras, la multitud comenzó a dispersarse de nuevo en grupitos de amigos y parientes. Akueke buscó a su hermana mayor, Adeze, a quien había visto la última vez corriendo con las demás mujeres de Umuezeani. No buscó muy lejos porque Adeze llamaba la atención entre cualquier muchedumbre. Era alta, con la piel de color de bronce; si hubiera sido un hombre se habría parecido a su padre aún más que Obika.

—Creí que ya habrías vuelto a casa —dijo Adeze—. Acabo de ver a Matefi, pero me ha dicho que no te había visto.

—¿Cómo iba a verme? No soy lo suficientemente grande para que me vea.

—¿Ya habéis vuelto a pelearos? Me pareció notárselo en la cara. ¿Qué le has hecho esta vez?

—Hermana, deja a Matefi y sus problemas a un lado y hablemos de cosas más alegres.

En aquel momento se les unió Ugoye.

—He estado buscándoos por todo el mercado —dijo.

Abrazó a Adeze, a quien llamaba «Madre de mi Esposo».

—¿Cómo están tus niños? —preguntó Adeze—. ¿Es verdad que les has enseñado a comer pitones?

—¿Tú crees que tiene gracia? —Ugoye parecía muy herida—. No me extraña que fueras la única persona de Umuaro que no se molestó en venir a preguntarme qué pasaba.

—¿Pasó algo? Nadie me dijo nada. ¿Hubo un incendio, o murió alguien?

—No hagas caso a Adeze, Ugoye —le dijo su hermana—, es peor que su padre.

—¿Esperabas que el leopardo presumiera de ser diferente del leopardo?

Ninguna respondió.

—No te enfades conmigo, Ugoye. Me enteré de todo. Pero nuestros enemigos y los que nos tienen envidia esperaban vernos correr de un lado a otro confundidos. No iba a ser Adeze quien les diera esa satisfacción. Esa loca, Akueni Nwosisi, cuya familia ha cometido todos los sacrilegios posibles en Umuaro, vino a verme para expresarme su compasión. Le pregunté si no era preferible alguien que había metido una pitón en una caja a alguien a quien se hubiera pescado detrás de la casa copulando con una cabra.

Ugoye y Akueke se echaron a reír. Visualizaban claramente a su agresiva hermana al hacer aquella pregunta.

—¿Nos acompañas?

—Sí, tengo que ver a los niños. Y a lo mejor puedo poner un par de multas a Ugoye y a Matefi: me temo que cuidan a mi padre sin muchas ganas.

—Por favor, esposo, te lo suplico —gritó Ugoye fingiendo miedo—. Hago lo que puedo. Es tu padre quien me maltrata. Y cuando hables con él —añadió seria—, pregúntale por qué tiene que correr como un antílope a su edad. El año pasado, después de la ceremonia, no pudo levantarse en cuatro días.

—¿No lo sabes? —preguntó Akueke, y miró a hurtadillas a ver si había algún hombre cerca; no había nadie; aun así bajó la voz—. ¿No sabes que en su juventud solía correr como *ogbazulobodo*? Como corre Obika ahora.

—Sois vosotros, especialmente vosotras dos, quienes le lleváis por mal camino. Le gusta pensar que es más fuerte que cualquier joven de hoy día, y vosotras le animáis. Si fuera mi padre le diría la verdad.

—¿No es tu marido? —le preguntó Adeze—. Si se muriera mañana, ¿no tendrías

que sentarte sobre cenizas y cocinar durante siete mercados? ¿Serás tú o seré yo quien vaya vestida de estameña durante un año?

—¿Qué te contaba? —preguntó Akueke, y cambió de tema—. El otro día vinieron mi marido y sus parientes.

—¿Para qué venían?

—¿Para qué iban a venir?

—Así que están cansados de esperar, los animalitos del bosque. Creí que estaban esperando a que fueras a suplicarles tú con vino de palma.

—Como insultes a la familia de mi marido me enfado —dijo Akueke, fingiendo ira.

—Por favor, perdóname. No sabía que habíais vuelto a ser aceite de palma y sal. ¿Cuándo vuelves con él?

—El día de mercado después del próximo oye.

LA carretera nueva que construía el señor Wright para unir Okperi con su enemigo, Umuaro, estaba en la fase final. Aun así, no quedaría terminada hasta el comienzo de la estación de las lluvias si seguía con la cuadrilla de jornaleros que tema. Había pensado en aumentar el número de trabajadores pero el capitán Winterbottom le había dicho que, lejos de autorizar un aumento de la cuadrilla, estaba pensando precisamente en un recorte, puesto que ya se había gastado más dinero del concedido en ese año económico para grandes obras públicas. El señor Wright había jugado con la idea de reducir la paga de los trabajadores de tres peniques al día a dos. Pero eso no habría conducido a un aumento significativo de la mano de obra; ni siquiera la paga habría logrado el resultado deseado, por mucho que el señor Wright hubiera albergado la idea de tratar a los hombres con tanta mezquindad. En realidad, se había encariñado bastante con la cuadrilla y ya se sabía los nombres de sus líderes. Muchos eran, por supuesto, vagos hasta la médula y solo respondían con un trato inflexible. Pero una vez que te acostumbrabas a ellos resultaban bastante entretenidos. Eran leales como perros domésticos y tenían una increíble capacidad para improvisar canciones. En cuanto se les contrató el primer día y se les dijo lo que se les pagaría, inventaron una canción de trabajo. Su líder cantaba «Lebula toro toro» y los demás replicaban «Al día», a la vez que balanceaban los machetes o blandían las guadañas. Era una canción de trabajo de lo más eficaz, y la cantaron durante muchos días:

Lebula toro toro.

Al día.

Lebula toro toro.

Al día.

¡Y también la cantaban en inglés!

Fuera como fuese, al señor Wright solo le quedaba una alternativa si quería terminar la carretera antes de junio y marcharse de aquel agujero. Tenía que utilizar mano de obra a la que no pagara. Pidió permiso para hacerlo y, tras la debida reflexión, el capitán Winterbottom le dio su aprobación. En la carta donde se lo comunicaba señaló que era política de la Administración recurrir a aquel método solo en circunstancias extraordinarias... «Los nativos no pueden ser una excepción al aforismo de que el trabajador merece su paga».

El señor Wright, que se había acercado a Government Hill desde su campamento de carretera de la Dirección de Obras Públicas, a unos ocho kilómetros, para ir a recoger la respuesta a su petición, leyó el papel por encima, lo arrugó y se lo metió en el bolsillo de sus pantalones cortos color caqui. Como todos los tipos prácticos, sentía

poco respeto por la cinta roja de los sellos administrativos.

Cuando se ordenó a los líderes de Umuaro proporcionar la mano de obra necesaria para la nueva carretera ancha del blanco, convocaron una reunión y decidieron ofrecer los servicios de las dos últimas quintas que habían dado el paso de niños a hombres: la quinta denominada Otakagu, y la siguiente, apodada Omumawa.

Esos dos grupos nunca se habían llevado bien. Se pasaban la vida peleándose, como dos hermanos seguidos. De hecho, se decía que el grupo de los mayores, que cuando pasó al estado de hombres tomó el nombre de «Devorador como el Leopardo», despreciaba de tal modo a sus hermanos pequeños que cuando los admitieron en el grupo de los hombres les pusieron el apodo de Omumawa, que quería decir que el elote que los hombres se ataban entre las piernas era un truco para tapar los penes de los niños chicos. Era una buena broma, y se impuso al intento del nuevo grupo de escoger un nombre más apropiado. Por esta razón mantenían una rencilla contra Otakagu, y cualquier reunión entre ellos era como juntar el fuego con la pólvora. Lo único que el señor Wright pedía eran dos días a la semana, de manera que los dos grupos se organizaron para trabajar por separado en días *eke* alternos. En esas ocasiones, el blanco dejaba a la cuadrilla remunerada, que había convertido en una fuerza ordenada y bastante cualificada, para supervisar a la pandilla de Umuaro, que trabajaba de balde aunque sin ninguna disciplina.

Por su familiaridad con la lengua de los blancos, el carpintero, Moses Unachukwu, aunque era mucho mayor que los chicos de los dos grupos, se había prestado a organizarlos y a transmitirles las palabras del blanco. Al principio el señor Wright desconfiaba de él, como desconfiaba de todos los nativos que se daban aires de superioridad, pero enseguida le pareció muy útil e incluso pensó después en darle alguna pequeña recompensa, una vez terminada la carretera. Entretanto, la reputación de Unachukwu experimentó un ascenso sin precedentes. Una cosa era afirmar que hablaba la lengua de los blancos y otra que se le viera hablándola en realidad. La historia se difundió por los seis pueblos. Lo único que lamentó Ezeulu fue que uno de Umunneora tuviera aquel prestigio. Sin embargo, pensó que pronto su propio hijo llegaría a gozar del mismo honor o incluso mayor.

Al grupo Otakagu le tocaba trabajar en la nueva carretera al día siguiente del Festival de las Hojas de Calabaza. El segundo hijo de Ezeulu, Obika, y su amigo Ofoedu pertenecían a ese grupo. Pero habían bebido tanto vino de palma el día de antes que cuando todo el mundo se fue a trabajar estaban todavía dormidos. Obika, que había llegado a la cama haciendo esos casi al cantar el gallo, se resistió al esfuerzo conjunto de su madre y su hermana por despertarlo.

Resultaba que el día del festival Obika y Ofoedu habían estado bebiendo con tres hombres en el mercado, y uno de ellos les había lanzado un reto. La conversación había derivado en la cantidad de vino de palma que un buen bebedor podía tomar sin

llegar a perder la conciencia.

—Todo depende de la palma y de quién hace el vino —dijo uno de los hombres.

—Sí —dijo su amigo, Maduka—. Depende del árbol y de quién lo hace.

—No es así. Depende del que bebe. Puedes traer cualquier árbol de Umuaro, y a cualquiera que haga vino —dijo Ofoedu—, y yo beberé hasta llenarme la barriga y me iré a casa con la mirada sobria.

Obika estaba de acuerdo con su amigo.

—Es cierto que hay árboles más fuertes que otros, y que algunos hacen mejor vino que otros, pero un buen bebedor estará por encima de ellos.

—¿Habéis oído hablar del árbol de palma de mi pueblo al que llaman Okposalebo?

Obika y Ofoedu dijeron que no.

—Quien no haya oído hablar de Okposalebo y presuma de ser un buen bebedor se engaña.

—Lo que dice Maduka es verdad —dijo uno de los otros—. Nunca se vende en el mercado el vino de este árbol, y no hay quien beba tres cuernos y encuentre después el camino de vuelta su casa.

—Este Okposalebo es un árbol muy viejo. Se llama «Rompefamilias» porque hasta dos hermanos se pelearían como si fueran desconocidos después de beber dos cuernos de su vino.

—Cuéntanos otro cuento —repuso Obika mientras rellenaba su cuerno—. Si quien hace el vino añade medicina, eso ya es otra cosa, pero si te refieres al líquido que produce el árbol, entonces te digo que nos cuentes otro cuento.

En aquel momento, Maduka les desafió.

—No es bueno hablar demasiado. Este árbol de palma no está en tierras lejanas, sino en Umuaro. Vámonos a casa de Nwokafo y le pedimos una calabaza de este árbol. Cuesta mucho; puede que la calabaza valga *ego-nese*, pero lo pagaré. Si vosotros dos os bebéis tres cuernos cada uno y llegáis bien a casa, pierdo yo. Pero si no, tendréis que darme *ego-neli* cuando volváis a estar sobrios.

Ocurrió como había dicho Maduka. Los dos fanfarrones se quedaron dormidos donde estaban sentados, y cuando cayó la noche los dejó allí y se fue a dormir a su cama. Pero salió dos veces por la noche y los encontró todavía durmiendo. Cuando por fin se despertó por la mañana, se habían ido. Deseó haberlos visto partir. Así la próxima vez que oyeran a los mayores hablar del vino de palma no abrirían la boca de aquella manera.

A Ofoedu no parecía haberle ido tan mal como a Obika. Al despertarse y ver que ya brillaba el sol, se marchó corriendo a casa de Ezeulu a llamar a Obika. Aunque gritaron su nombre y lo zarandearon, no dio señales de moverse. Al final, Ofoedu le echó encima una calabaza de agua fría y se despertó. Después se fueron los dos a

trabajar en la carretera nueva con los de su grupo. Eran como un par de Máscaras nocturnas sorprendidas a pleno sol.

Ezeulu, que se encontraba postrado en su *obi* exhausto por el festival, se despertó con la conmoción del patio. Preguntó a Nwafo a qué venía todo aquel ruido y se enteró de que intentaban despertar a Obika. No dijo más, solo hizo rechinar los dientes. El comportamiento del joven era como una losa en la cabeza de su padre. En pocos días, se dijo Ezeulu, llegaría la flamante novia de Obika. Habría venido antes si su madre no se hubiera puesto enferma. ¡Menudo marido se iba a encontrar al llegar! Un hombre que no podía vigilar su cabaña de noche porque estaba borracho perdido de vino de palma. ¿Dónde estaba la virilidad de un marido así? Un hombre que no podía proteger a su mujer si llamaban a la puerta maleantes nocturnos...

—*Tufia!* —escupió el anciano sacerdote.

No podía aguantar la indignación.

Aunque Ezeulu no preguntó detalles, sabía sin que nadie se lo dijera que Ofoedu estaba implicado en el último episodio. Había repetido hasta la saciedad que aquel tipo, Ofoedu, no tenía la más mínima hombría. Apenas habían pasado dos años desde que mandó a todo el mundo ir a la carrera a casa de su padre bajo una falsa alarma de incendio por la que su padre, que no era rico, tuvo que pagar una cabra como multa. Ezeulu había advertido muchas veces a Obika de que una persona así no era un amigo adecuado para quien quisiera hacer algo de provecho en su vida. Pero Obika no le había hecho caso y aquel día tan inútil era elegir a uno de los dos como elegir entre nueces de palma podridas y un mortero roto.

Al ponerse en marcha para unirse a los de su quinta anduvieron en silencio. Obika sentía un vacío en la parte de arriba del cuerpo, como si se le hubiera quedado entumecida la cabeza tras el rocío de toda una noche. Pero le sentó bien andar; y volvió a sentir que su cabeza le pertenecía.

Tras la última curva en el estrecho camino antiguo, vieron a poca distancia delante de ellos una amplia abertura que era el comienzo de la carretera nueva. Se abrió ante ellos como el día después de la noche.

—¿Qué te parece lo que nos dio Maduka? —preguntó Ofoedu.

Era la primera vez que uno de los dos mencionaba el incidente del día anterior. Obika no replicó. Se limitó a emitir un sonido, a medio camino entre una señal de alivio y un gruñido.

—No era vino de palma puro —dijo Ofoedu—. Habían añadido unas hierbas muy potentes. Ahora que lo pienso, fuimos tontos por seguir a un hombre tan peligroso hasta su propia casa. ¿Te acuerdas de que él no bebió ni un solo cuerno?

Obika no dijo nada.

—No pienso pagarle *ego-neli*.

—¿En algún momento pensaste que ibas a pagar? —Obika parecía sorprendido

—. Yo considero todo lo que dijimos ayer como palabras pronunciadas en honor al vino de palma.

Estaban ya en la parte construida de la nueva carretera. Hacía que uno se sintiera perdido como un grano de maíz en una bolsa de piel de cabra vacía. Obika se cambió el machete de la mano izquierda a la derecha y la hoz de la derecha a la izquierda. La sensación de estar expuesto en aquel espacio abierto le hizo ponerse en estado de alerta.

Como la carretera nueva no iba en la dirección de ningún río o mercado, Ofoedu y Obika no se cruzaron con muchos paisanos; solo de cuando en cuando con algunas mujeres que llevaban grandes montones de leña.

—¿Qué es eso que oigo? —preguntó Obika.

Estaban ya cerca del viejo y descortezado árbol *egbu* desde donde los espíritus nocturnos llamados Onyekulum comenzaban su viaje llenos de canciones y cotilleos en la despreocupada estación que seguía a la cosecha.

—Iba a preguntártelo. Suena a canción de funeral.

Al acercarse a la zona de obras se les despejó la duda. Era ciertamente el lamento fúnebre con el que se llevaba a los cadáveres a su entierro en el bosque:

¡Mira, una pitón!

¡Mira, una pitón!

Sí, ahí en medio del camino.

Los dos hombres la reconocían ahora y también reconocieron a los que cantaban, que eran los hombres de su quinta. Se echaron a reír a la vez. Alguien había dado un toque irreverente a aquella antigua canción y la había transformado en una canción de trabajo medio familiar, medio extraña y divertida. Ofoedu estaba seguro de que Nweke Ukpaka, con el humor malicioso que le caracterizaba, había tenido algo que ver.

La llegada de Obika y su amigo provocó un cambio entre los trabajadores. Dejaron de cantar y dejó de oírse el sonido de los machetes cortando al compás los troncos de árboles. Los que estaban agachados con azadas para nivelar las partes despejadas se levantaron, con los pies plantados bien aparte y cubiertos de tierra roja.

Nweke Ukpaka levantó la voz y gritó:

—*Kwo-kwo-kwo-kwo-kwo!*

Todos los hombres replicaron:

—*Kwo-o-o-oh!*

Todo el mundo se rio de aquella imitación del sonido que hacían las mujeres al recibir un regalo.

El señor Wright se irritó aún más, de manera peligrosa. Agarró el látigo con la

mano derecha con más firmeza y se colocó la otra mano en la cadera, con gesto amenazador. El casco blanco le hacía parecer aún más achaparrado de lo que era. Moses Unachukwu le hablaba excitado, pero él no parecía escuchar. Miraba fijamente a los dos que llegaban tarde y a Moses le pareció que los ojos se le hacían cada vez más pequeños. Los demás se preguntaban qué pasaría. Aunque el blanco llevaba siempre un látigo, rara vez lo usaba; y cuando lo había hecho, parecía medio en broma. Pero aquella mañana debía de haberse levantado con mal pie. Tenía una cara de rabia que echaba humo.

Al darse cuenta de la postura del hombre, Obika adoptó una pose más orgullosa al andar. Esto provocó más risa entre los hombres. Intentó pasar por delante del señor Wright, quien, incapaz de controlar su ira, sacudió el látigo con violencia. Restalló de nuevo y golpeó a Obika en la oreja, lo que le puso furioso. Tiró el machete y la guadaña y se dispuso a atacar. Pero Moses Unachukwu se interpuso entre los dos. A la vez, uno de los dos asistentes del señor Wright se adelantó de un salto y agarró a Obika mientras le daba media docena más de latigazos en la espalda desnuda. No peleó; solo tembló como el cordero expiatorio que debe recibir en silencio los golpes de los bailarines en su funeral, antes de que se le corte el pescuezo. Ofoedu también tembló, pero por una vez en su vida veía una pelea ante la cual no podía hacer otra cosa que quedarse mirando.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre atacar a un blanco? —gritó Moses Unachukwu, realmente sorprendido—. He oído que en casa de tu padre no hay una sola persona cuerda.

—¿En qué estás pensando al decir eso? —preguntó un hombre del pueblo de Obika que había oído en la afirmación de Unachukwu la hostilidad entre Umuachala y Umunneora.

La multitud que hasta entonces miraba en silencio se lanzó de pronto a la pelea y enseguida se profirieron amenazas en voz alta por todas partes, y más de uno metió el dedo en el ojo ajeno. Parecía mucho más fácil lidiar con un viejo incidente que con uno nuevo, sin precedentes.

—Silencio, monos negros, ¡a trabajar! —El señor Wright tenía una voz desagradable pero potente. Inmediatamente se hizo una tregua. Se volvió a Unachukwu y le dijo—: Diles que no pienso tolerar más negligencia.

Unachukwu lo tradujo.

—Diles que esta maldita obra tiene que estar terminada en junio.

—Dice el blanco que como no terminéis la obra a tiempo os vais a enterar de quién es.

—Se acabó la tardanza.

—¿Cómo dice?

—¿Cómo que qué digo? ¿No entiendes el inglés? He dicho que se acabó lo de

llegar tarde.

—Ajá. Dice que a trabajar duro, que se acabó lo de comer mierda.

—Tengo una pregunta para el blanco y quiero que me responda.

Era Nweke Ukpaka.

—¿Qué dice ese?

Unachukwu vaciló y se rascó la cabeza.

—Ese hombre quiere hacerle una pregunta, señor.

—Nada de preguntas.

—Sí, señor. —Se volvió hacia Nweke—. Dice el blanco que no ha venido aquí para responder a tus preguntas.

La gente se quejó. Wright gritó que como no empezaran a trabajar en aquel instante se iban a enterar. No hacía falta traducir aquello: estaba bastante claro.

Se oyó de nuevo el sonido de los machetes al caer sobre los troncos, y los que trabajaban con azadas volvieron a doblarse. Pero mientras trabajaban concertaron una reunión.

No sirvió para nada. El primer desacuerdo tenía que ver con la presencia de Moses Unachukwu. Mucha gente (principalmente del pueblo de Umuachala) pensaba que un hombre de otra quinta no debiera estar presente en sus deliberaciones. Otros señalaron que se trataba de una reunión especial para hablar sobre el blanco, y que por esa razón sería una tontería excluir al único miembro del clan que conocía las costumbres de aquellos blancos. En aquel momento Ofoedu se levantó y, para sorpresa de todos, se unió a los que querían que Moses se quedara.

—Pero yo tengo motivos diferentes —añadió—. Quiero que diga delante de todos lo que le dijo al blanco sobre la familia de Obika. Quiero que diga delante de todos si es verdad que incitó al blanco a pegar a nuestro hermano. Que se vaya cuando haya respondido a estas preguntas. ¿Me preguntáis por qué debe marcharse? Os lo voy a decir. Esta reunión es de la quinta de Otakagu. Él pertenece a la de Akakanma. Y dejadme recordaros a todos, especialmente a los que os dedicáis a murmurar y a interrumpirme, que también es de la religión de los blancos. Pero ahora no quiero hablar de eso. Lo único que digo es que Unachukwu tendría que responder a las preguntas que he hecho, y que después de eso debería irse con todos sus conocimientos sobre las costumbres de los blancos; todo el mundo sabe cómo las aprendió. Hemos oído esa historia de que cuando se marchó de Umuaro se fue a trabajar, como si fuera una mujer, a la cocina de los blancos a lamerles los platos...

El resto del discurso de Ofoedu se ahogó en el tumulto que estalló. Era típico de Ofoedu, decían algunos, abrir la boca y soltar palabras sin siquiera darles un mordisco con los dientes. Según otros, había dicho una gran verdad. De cualquier manera, llevó mucho tiempo restablecer la calma. Moses Unachukwu dijo algo, pero nadie lo oyó hasta que cesó el jaleo, cuando ya tenía la voz ronca.

—Si queréis que me vaya, me voy ahora mismo.

—¡No, no te vayas!

—¡Te damos permiso para que te quedes!

—Si me voy no será por los ladridos de ese perro loco. Si quedara un poco de vergüenza en el mundo, ¿cómo podría esa bestia del bosque, que no fue capaz de darle un segundo entierro a su padre, estar ahí ante todos vosotros y echar mierda por la boca?

—¡Basta ya!

—¡No hemos venido aquí a insultarnos unos a otros!

Al retomar la discusión, alguien sugirió que debían ir a los ancianos de Umuaro y decirles que no podían seguir trabajando en la carretera del blanco. Pero cuando un orador tras otro reveló las implicaciones de dar aquel paso, se acabó el apoyo. Moses les dijo que la respuesta del blanco sería encarcelar a sus líderes en Okperi.

—Ya sabéis lo bien que nos llevamos con los de Okperi. ¿Creéis que el hombre de Umuaro que vaya a la cárcel allí saldrá vivo? Por otra parte, ¿olvidáis que estamos en luna de siembra? ¿Queréis cosechar en la cárcel cuando vuestros padres deben una vaca? Hablo como vuestro hermano mayor. He viajado a Olu y he trabajado en Igbo, y os digo que no hay escapatoria con los blancos. Están aquí. Cuando el Sufrimiento llama a vuestra puerta y le decís que no tiene sitio, él os dice que no os preocupéis, porque trae su propio taburete. Así son los blancos. Antes de que ninguno de vosotros tuviera edad de atarse un elote entre las piernas yo vi con mis propios ojos lo que hicieron los blancos en Abame. En aquel momento me di cuenta de que no había escapatoria. De la misma manera que la luz del día triunfa sobre la oscuridad, los blancos destruirán todas nuestras costumbres. Los blancos tienen el poder que viene del Dios verdadero y quema como el fuego. Este es el Dios sobre el que predicamos cada octavo día...

Los que se oponían a Unachukwu gritaban ahora que era la reunión de un grupo de jóvenes de la misma quinta, que no se habían congregado allí para ponerse a masticar con él la semilla de la estupidez, tal como denominaban a su nueva religión.

—Estamos hablando de la carretera de los blancos —se oyó decir a alguien en voz más alta.

—Sí, estamos hablando de la carretera de los blancos. Pero cuando se caen las paredes de la casa, el techo ya no se sostiene. Los blancos, la nueva religión, los soldados, la carretera... es todo lo mismo. Los blancos tienen pistolas, machetes y arcos y llevan fuego en la boca. No luchan con una sola arma.

El siguiente en hablar fue Nweke Ukpaka.

—Aquello que un hombre no sabe es más grande que él. Quienes queremos que Unachukwu se marche olvidamos que ninguno de nosotros sabe decir «ven» en el idioma de los blancos. Deberíamos escuchar su consejo. ¿Van a coger nuestros padres

sus machetes y sus azadas para venir aquí a trabajar en nuestro lugar mientras nosotros nos quedamos en casa? Sé que muchos de nosotros queremos luchar contra el blanco. Pero solo un tonto va a buscar al leopardo sin un arma encima. Los blancos son como la sopa caliente que hay que tomar despacio, despacio, desde los bordes del cuenco. Umuaro estaba aquí antes de que llegaran los blancos de su propia tierra a buscarnos. Nosotros no les pedimos que vinieran a visitarnos; tampoco son nuestros parientes ni nuestra familia política. No les hemos robado sus cabras ni sus gallinas; tampoco les hemos quitado sus tierras ni sus mujeres. De ningún modo les hemos ofendido. Aun así, han venido a causarnos problemas. Lo único que sabemos es que nuestro *ofó* se mantiene entre ellos y nosotros. El forastero no matará a su anfitrión con visitarle; que cuando se marche no lo haga con la espalda hinchada a golpes. Sé que los blancos no desean nada bueno a Umuaro. Por eso debemos mantener sujeto nuestro *ofó* y no darles motivo para decir que hicimos esto o que no hicimos lo otro. Puesto que, si les damos motivo, lo celebrarán. ¿Por qué? Porque la misma casa que han querido derribar se habrá incendiado por sí sola. Por esta razón continuaremos trabajando en su carretera; y cuando terminemos les preguntaremos si tienen más trabajo para nosotros. Pero cuando estamos ante un blanco que nos toma por imbéciles, a veces es bueno recordarle que sabemos lo que él sabe pero hemos decidido hacernos los tontos para que haya paz. Este blanco piensa que somos tontos; así que vamos a hacerle una pregunta. Era lo que quería decirle esta mañana, que no ha querido escuchar. Tenemos el dicho de que un hombre puede negarse a hacer lo que se le pide pero no puede negarse a que se le pregunte; sin embargo parece que el blanco no tiene un dicho similar en su tierra. De cualquier modo, lo que queremos que Unachukwu le pregunte es por qué no se nos paga por trabajar en su carretera. He oído que en el resto de Olu y de Igbo, dondequiera que la gente hace este tipo de trabajo, se le paga. ¿Por qué a nosotros no?

Ukpaka tenía el don de la persuasión, y nadie habló después de su intervención. Así se tomó la única decisión de la reunión. El grupo Otakagu le pidió a Unachukwu que averiguara en algún momento, cuando conviniera acercarse a aquel blanco, por qué no les había dado dinero por trabajar en su carretera.

—Le haré llegar vuestro mensaje —dijo Unachukwu.

—Ese no es el mensaje completo —dijo Nwoye Udora—. No basta con preguntarle por qué no se nos paga. Él sabe por qué y nosotros también lo sabemos. Sabe que en Okperi se paga a los que hacen esta clase de trabajo. Así que deberíais hacerle la siguiente pregunta: si a los demás se les paga por este trabajo, ¿por qué a nosotros no se nos paga? ¿Es distinto nuestro trabajo? Es importante preguntar si el nuestro es diferente.

Llegaron a ese acuerdo y se disolvió la reunión.

—Qué buenas palabras —le dijo alguien a Nwoye Udora al salir del mercado—.

A lo mejor el blanco nos aclara si hemos matado a su padre o a su madre.

Ezeulu no estaba tan agotado como se temía su mujer más joven. Era cierto que le dolían los pies y los muslos y que la saliva le sabía amarga. Pero había prevenido los peores efectos de su ejercicio por medio de un ungüento de sándalo que le untaron en cuanto regresó a casa, y de un fuego de leña que ardió junto a su cama baja de caña toda la noche. No había medicina igual al ungüento de sándalo y el fuego.

Si alguien le hubiera mencionado la preocupación de su esposa más joven, Ezeulu se habría echado a reír. Demostraba lo poco que le conocían a uno sus esposas especialmente cuando, como Ugoye, eran menores que los hijos mayores. Si Ugoye hubiera conocido a su marido en los primeros años de su sacerdocio, en su juventud, se habría dado cuenta de que el agotamiento que tenía después del festival no tenía nada que ver con su avanzada edad. De ser así, Ezeulu se hubiera rendido a los años. Sus hijas restaron importancia a la preocupación de la joven esposa porque sabían más. Sabían que era una conclusión necesaria al festival. Era parte del sacrificio. ¿Quién era capaz de pisotear los pecados y las abominaciones de Umuaro en el polvo y no sangrar? Ni siquiera podía un sacerdote tan poderoso como Ezeulu.

La historia de que el blanco había azotado a Obika se difundió por los pueblos mientras su grupo se reunía en el mercado a la sombra de los árboles ogbu. La mujer de Edogo, que volvía del bosque con un montón de leña en la cabeza, fue quien la hizo llegar a casa de Ezeulu. Los lloros de la madre y la hermana de Obika despertaron a Ezeulu. Se quitó la esterilla con la que se había tapado y se puso en pie de un salto, imaginando la muerte de alguien. Pero en ese momento oyó hablar a la mujer de Edogo, cosa que no sucedería si alguien hubiera muerto. Se sentó al borde de la cama y llamó en voz alta a la mujer de Edogo. Ella entró inmediatamente en el *obi* seguida de su marido, que tallaba una puerta de iroko para la casa de un hombre con títulos cuando regresó su mujer.

—¿Qué contabas? —preguntó Ezeulu a Amoge.

Ella le repitió la historia que había oído.

—¿Le dio con el látigo? —preguntó sin comprender—. ¿Qué delito cometió?

—Los que me lo contaron no lo dijeron.

Ezeulu torció el gesto mientras pensaba.

—Creo que salió tarde. Pero el blanco no azotaría a un hombre hecho y derecho que además es mi hijo. Se le pediría que pagara una multa a su grupo por llegar tarde; no se le daría de latigazos. A lo mejor fue él quien pegó primero al blanco...

A Edogo le conmovió la aflicción que su padre sentía y a la vez trataba de ocultar. Era como para haber sentido celos de su hermano pequeño, pero no fue así.

—Creo que iré a *Nkwo*, se reunirán allí —dijo Edogo—. No acabo de entender esta historia.

Volvió a su cabaña, sacó su machete y se preparó para salir.

Su padre, que todavía intentaba comprender cómo podía haber sucedido aquello, lo llamó, y al verlo entrar en el *obi* le aconsejó que no fuera imprudente.

—Por lo que conozco a tu hermano, es muy probable que él haya dado el primer golpe. Especialmente si estaba borracho al salir de casa.

Ya había un cambio en su tono de voz, que casi hizo sonreír a Edogo.

Volvió a ponerse en marcha, vestido solo con la tela que se ponía para trabajar, una banda de tela larga y fina que se pasaba entre las piernas y se ataba a la cintura con un extremo que caía delante y otro detrás.

La madre de Obika gimoteaba y se pasaba la mano por los ojos al salir del patio.

—¿Adonde va esa? —preguntó Ezeulu—. Ya veo alistarse a todos los que van a ir a pegar al blanco.

Volvió a reírse al ver a Matefi darse la vuelta después de oírlo:

—¡Vuelve a tu cabaña, mujer!

Edogo había llegado al camino principal y giró hacia la izquierda.

Ezeulu se sentó en el panel de iroko con la espalda apoyada en la pared, desde donde veía las entradas a su patio. La mente le daba vueltas en todas direcciones al intentar en vano encontrarle el sentido a la historia de los latigazos. Pensó en el blanco que lo había hecho. Ezeulu lo había visto y escuchó su voz cuando habló con los ancianos de Umuaro sobre la carretera nueva. Al difundirse la historia de que por primera vez un blanco venía a hablar con los ancianos, Ezeulu había pensado que sería su amigo Wintabota, el Destructor de Rifles. Se llevó una gran desilusión al ver que era otro blanco. Wintabota era alto y erguido, y se comportaba como un hombre importante. Tenía una voz como el trueno. Aquel otro hombre era bajo y gordo, peludo como un mono. Hablaba de forma rara sin abrir la boca. Ezeulu pensó que debía de ser algún peón al I servicio de Wintabota.

Aparecieron algunas personas en el cruce entre el camino principal y los senderos que llevaban hacia la casa de Ezeulu. Hizo un gesto de saludo con la cabeza, pero los hombres siguieron adelante.

Ezeulu llegó a la conclusión de que, a menos que su hijo hubiera cometido una falta, iría en persona a Okperi e informaría sobre el blanco a su superior. Su reflexión se vio interrumpida con la súbita aparición de Obika y Edogo. Detrás de ellos venía un tercero a quien reconoció como Ofoedu. Ezeulu no lograba acostumbrarse a aquel joven que seguía el rastro a su hijo como un buitre a un cadáver. Le invadía una ira tan grande que también él arremetió contra su hijo.

—¿Cuál fue la causa de los latigazos? —preguntó a Edogo sin hacer caso a los otros dos.

La madre de Obika y todos los demás familiares se acercaron al *obi* de Ezeulu.

—Llegaron tarde al trabajo.

—¿Por qué llegasteis tarde?

—¡No he venido a contestar a las preguntas de nadie! —gritó Obika.

—Muy bien, puedes contestarme o callarte. Pero te advierto que esto es solo el principio de lo que te va a traer el vino de palma. La muerte que acaba con un hombre se presenta como apetencia.

Obika y Ofoedu se marcharon.

LA casa de Edogo estaba construida a partir de una de las cuatro paredes de la de su padre, de manera que compartían esa pared. Tenía un patio pequeño, con dos cabañas, una para Edogo y otra para su mujer, Amoge. Era pequeña puesto que, al igual que las casas de muchos primogénitos varones, no era más que un hogar temporal donde el hombre esperaba hasta heredar la casa del padre.

Hacía poco que se había construido otra casa al otro lado de la de Ezeulu, para su segundo hijo, Obika. Pero no era tan pequeña como la de Edogo. También tenía dos cabañas, una para Obika y otra para la novia que estaba a punto de llegar.

La casa de Ezeulu quedaba a un lado del camino principal y desde allí se veía la de Edogo a la izquierda y la de Obika a la derecha.

Al salir Obika con su amigo, Edogo regresó a la sombra del ogbu frente a su casa para retomar el encargo de la puerta. Estaba casi terminada, y cuando lo estuviera pensaba dejar de tallar una temporada y dedicarse a sus cultivos. Envidiaba a algunos de los maestros talladores como Agwuegbo, cuyas tierras cultivaban sus aprendices y sus clientes.

Mientras trabajaba la madera, se le fue la mente a la cabaña de su mujer, de donde le llegaban los lloros de su único hijo. Era el segundo, después de que muriera el primero a los tres meses de nacer. El que había muerto había traído la enfermedad al mundo; tenía una protuberancia en mitad de la cabeza. Pero el segundo, Amechi, había sido diferente. Parecía haber nacido lleno de vida. Sin embargo, a los seis meses, cambió de la noche a la mañana. Dejó de mamar del pecho de su madre y se le volvió la piel del color de las hojas de malanga quemadas. Algunos dijeron que quizá la leche de Amoge se había vuelto amarga. Le ordenaron que se sacara un poco en un cuenco para ver si mataba a una hormiga. Pero la hormiguita que metieron sobrevivió, de manera que no podía ser por culpa de la leche.

Edogo sufría intensamente por el niño. Algunas personas decían que quizá fuera otra vez el primer niño, que había vuelto a nacer. Pero Edogo y Amoge nunca hablaban de ello; ella, en particular, tenía miedo. Puesto que lo que se decía en voz alta tenía el poder de convertir el miedo en una verdad viva, no se atrevían a hablar antes de tiempo.

En su cabaña, Amoge estaba sentada en un taburete bajo, con el hijo que lloraba colocado en el ángulo de sus pies, que había acercado a los del niño para que se tocaran los talones. Al cabo de un rato, levantó con los pies al niño, y lo cambió de postura; en el suelo quedó una mancha redonda de un excremento líquido verdoso. Miró alrededor de la habitación pero no encontró lo que quería. Entonces gritó «¡Nwanku! ¡Nwanku! ¡Nwanku!», y un perro negro y delgado entró corriendo desde el exterior y se lanzó a por los excrementos, que desaparecieron en cuatro o cinco

lengüetazos. Después se sentó en el suelo y meneó la cola. Amoge movió al niño entre los pies una vez más pero esta vez lo único que quedó fue una manchita verde. A Nwanku no le pareció que el tamaño le compensara como para levantarse; se limitó a estirar el cuello, la lamió con el borde de la lengua y volvió a sentarse a esperar. Pero el niño había terminado, por lo que el perro empezó pronto a intentar cazar una mosca con los dientes.

Los pensamientos de Edogo se negaban a quedarse fijos en la puerta que tallaba. Una vez más, dejó el martillo y cambió el cincel de la mano izquierda a la derecha. El niño acababa de dejar de llorar y Edogo comenzó a cavilar sobre la reciente conversación entre su padre y su hermano. El problema de Ezeulu era que, una vez que veía algo, no podía dejar de pensar en ello. Aunque todo el mundo estaba de acuerdo en que nada bueno le podía traer a Obika su amistad con Ofoedu, Obika ya no era un niño y, si se negaba a escuchar consejos, era mejor dejarlo en paz. Eso era lo que su padre no era capaz de entender. Tenía que seguir tratando como niños a sus hijos adultos y, a la menor oposición, se desataba una buena pelea. Por eso parecía que, cuanto más crecían sus hijos mayores, más a disgusto se encontraba con ellos. Edogo recordaba lo bien que se llevaba con su padre de pequeño y cómo con el paso de los años había trasladado el afecto que le tenía primero a Obika, después a Oduche y finalmente a Nwafo. Pensándolo bien, en realidad, Edogo no recordaba que su padre hubiera mostrado nunca mucho afecto hacia Oduche. Parecía haberse detenido demasiado tiempo con Obika (el hijo varón que más se parecía a él) y después se saltó a Oduche para pasar a Nwafo. ¿Qué sucedería si el anciano tuviera otro hijo más? ¿Dejaría de prestar atención a Nwafo? Quizá. ¿O había una razón más compleja? ¿Había algo en el chico que hiciera pensar al padre que por fin había llegado su sucesor en el sacerdocio? Algunos veían en Nwafo la viva imagen de su padre. En realidad, a Edogo le parecía un alivio que cayera sobre Nwafo el collar del adivino cuando su padre muriera. «No quiero ser el sumo sacerdote», se oyó decir a sí mismo en voz alta. Miró a su alrededor por instinto para comprobar que nadie le había oído. “En cuanto a Obika —pensó—, no parece que dé muchas vueltas en su cabeza a cosas como el sacerdocio”. Eso dejaba solo a Oduche y a Nwafo. Sin embargo, Oduche no contaba desde que su padre lo enviara a aprender la nueva religión. A Edogo le invadió un extraño pensamiento. ¿No habría enviado su padre a Oduche a aprender la religión de los blancos para inhabilitarlo con respecto al sacerdocio de Ulu? Soltó el cincel con el que alisaba distraído la intersección de rayas sobre la puerta de iroko. ¡Eso lo explicaba todo! Así el sacerdocio pasaría a su hijo pequeño, su preferido. La razón que Ezeulu había aducido con respecto a su extraña decisión nunca había sonado muy convincente. Si, como decía, lo único que quería era que uno de sus hijos se convirtiera en sus ojos y sus oídos en aquella nueva asamblea, ¿por qué no había enviado a Nwafo, a quien tenía siempre más presente en

sus pensamientos? No, no era esa la razón. El sacerdote quería intervenir en la elección de su sucesor. Eso era lo que cualquiera que conociera a Ezeulu esperaba de él. Aun así, ¿no era eso ir demasiado lejos? La elección de un nuevo sacerdote era asunto de la divinidad. ¿Permitiría esta que el viejo sacerdote forzara la elección de su sucesor? Que ni Edogo ni Obika parecieran atraídos por el cargo no podía impedir que la divinidad, resentida, eligiera a uno de ellos o incluso a Oduche. Edogo se sintió confundido al dar vueltas a aquellos pensamientos. Si Ulu lo eligiera a él, ¿qué haría? Nunca le había preocupado la idea, porque siempre había dado por hecho que Ulu no lo escogería. Sin embargo, tal y como veía ahora las cosas, no tenía ninguna certeza sobre ello. ¿Se alegraría si las cuentas del collar del adivino cayeran a su favor? No lo sabía. Quizá la única satisfacción segura sería saber que la divinidad habría frustrado la preferencia de su padre por sus hijos pequeños. Desde *Ani-Mmo*, adonde iban los muertos, Ezeulu vería la ruina de todos sus planes.

A Edogo le sorprendió ese grado de mala voluntad hacia su padre y trató de calmarse. Recordó lo que su madre decía cuando vivía: que el único defecto de Ezeulu era que esperaba que todo el mundo (sus esposas, sus hijos, sus parientes, sus amigos e incluso sus enemigos) pensara y actuara como él.

«Cualquiera que se atreviera a decirle que no era un enemigo». Olvidaba el dicho de los mayores, de que quien buscaba un compañero que actuara exactamente igual que él estaba condenado a vivir en soledad.

Ezeulu permanecía sentado en el mismo sitio mucho después de su pelea con Obika. Tenía la espalda apoyada en la pared y la mirada fija en los caminos que llevaban a su casa. De vez en cuando parecía estudiar el altar familiar colocado ante la pared del dintel bajo enfrente de él. A su izquierda había un largo asiento de adobe cubierto con pieles de cabra. En aquella parte de la cabaña, el alero estaba retirado hacia atrás, de manera que Ezeulu pudiera observar el cielo a la espera de la luna nueva. Durante el día, la luz de la cabaña entraba sobre todo por aquella parte. Nwafo ocupó el banco de adobe, frente a su padre. Al otro lado de la habitación, a la derecha de Ezeulu, estaba su cama baja de bambú. A su lado ardía una hoguera de troncos de ukwa.

Con la misma mirada fija, Ezeulu comenzó de pronto a hablar a Nwafo.

—Un hombre jamás miente a su hijo —dijo—. Acuérdate siempre. Decir «Me lo contó mi padre» es pronunciar todo un juramento. No eres más que un niño pequeño, pero yo no era más mayor cuando mi padre empezó a confiarme algunas cosas. ¿Me oyes?

Nwafo dijo que sí.

—Ya ves lo que le ha pasado a tu hermano. Dentro de unos días vendrá su novia y a él nadie le llamará niño. El forastero que lo vea ya no preguntará «¿De quién es hijo?», sino «¿Quién es?». De su mujer tampoco dirán «¿De quién es hija?», sino

«¿Con quién está casada?». ¿Me entiendes?

Nwafo vio que a su padre empezaba a brillarle la cara de sudor. Alguien se acercaba hacia la cabaña y se calló.

—¿Quién es?

Ezeulu entornó los ojos en su esfuerzo por ver.

Nwafo saltó del banco de adobe y se acercó al centro de la cabaña para ver.

—Es Ogbuefi Akuebue.

Akuebue era uno de los pocos hombres de Umuaro cuyas palabras escuchaba Ezeulu. Los dos hombres eran de la misma quinta. Al acercarse habló en voz alta y preguntó:

—¿Sigue vivo el dueño de esta casa?

—¿Quién es este hombre? —preguntó Ezeulu—. ¿No decían que habías muerto hace dos mercados contando hasta el próximo *afo*?

—A lo mejor no sabes que hace mucho que murieron todos los de tu quinta. ¿Acaso esperas que te salgan hongos en la cabeza antes de enterarte de que te ha llegado la hora?

Akuebue estaba ya dentro de la cabaña pero mantenía la postura que había adoptado al pasar por el dintel bajo, con la mano derecha apoyada en la rodilla y el cuerpo doblado por la cintura. Sin recuperar su altura completa, dio la mano al sumo sacerdote. Después extendió su piel de cabra en el suelo cerca del banco de adobe y se sentó.

—¿Cómo están los tuyos?

—Están calladitos.

Así respondía Akuebue a las preguntas sobre su familia. A Nwafo le divertía mucho. Se imaginaba a las esposas y los niños de aquel hombre sentados en silencio con las manos entre las vestimentas.

—¿Y los tuyos? —preguntó a Ezeulu.

—No ha muerto nadie.

—¿Y eso de que el blanco azotó a Obika?

Ezeulu abrió ambas palmas de las manos hacia el cielo y no dijo nada.

—¿De qué delito le acusaron?

—Amigo, hablemos de otras cosas. Hubo una época en que un suceso así me habría provocado una fiebre; pero esos tiempos ya pasaron. Ya nada me afecta. Nwafo, ve a decirle a tu madre que me traiga una nuez de cola.

—Esta mañana decía que se le habían terminado sus nueces de cola.

—Entonces vete a pedírsela a Matefi.

—¿Tienes que preocuparte por la nuez de cola cada vez que vengo? No soy ningún forastero.

—A mí nadie me enseñó que la nuez de cola fuera una comida para forasteros —

dijo Ezeulu—. Y, por otra parte, ¿no se dice también que es un idiota quien trata a su hermano peor que a un desconocido? Pero yo sé lo que temes; me he enterado de que has perdido todos los dientes.

Al decirlo fue a por una tiza de barro blanco que estaba en una caja de madera con forma de cabeza de lagarto y la lanzó rodando por el suelo hacia Akuebue, que la cogió y dibujó cuatro líneas rectas en el suelo. Después se pintó el dedo gordo del pie derecho y le devolvió la tiza rodando por el suelo a Ezeulu, quien la colocó de nuevo en la caja de madera.

Nwafo regresó enseguida con una nuez de cola en otro cuenco.

—Enséñasela a Akuebue —le dijo su padre.

—Ya la he visto —repuso Akuebue.

—Y después pártela.

—No. La nuez de cola del rey vuelve a sus manos.

—Si tú lo dices...

—Desde luego que lo digo.

Ezeulu le cogió el cuenco a Nwafo y se lo colocó entre las piernas. A continuación cogió la nuez de cola con la derecha y rezó una oración. Movía la mano bruscamente hacia delante al pronunciar cada frase, con la palma abierta hacia arriba y el dedo gordo sujetando la nuez de cola sobre los otros cuatro dedos.

—Larga vida a ti, Ogbuefi Akuebue, y a todos los tuyos. También yo deseo una larga vida con los míos. Aun así, la vida no vale lo suficiente si no tenemos lo necesario para vivirla bien, y hay una clase de vida lenta y cansada que es peor que la muerte.

—Dices la verdad.

—Que el bien llegue para quien está en lo más alto y para quien está en lo más bajo. Pero que se ahogue de envidia quien esté celoso de la posición de otro.

—Que así sea.

—Que reine el bien en las tierras igbo y en el país de los pueblos ribereños.

Entonces partió la nuez de cola apretándola con las palmas y arrojó los pedazos al cuenco que estaba en el suelo.

—¡Ay, ay, ay! —dijo emitiendo un silbido—. Mira lo que ha pasado. Los espíritus tienen ganas de comer.

Akuebue estiró el cuello para ver.

—Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Desde luego que tienen hambre.

Ezeulu cogió un lóbulo y lo tiró fuera. Después cogió otro y se lo llevó a la boca. Nwafo se acercó, cogió el cuenco del suelo y sirvió a Akuebue. Durante un breve instante, ninguno de los hombres habló; solo rompía el silencio el sonido de la nuez de cola al ser triturada entre los dientes.

—Qué raro el comportamiento de las nueces de cola —dijo Ezeulu después de

tragar dos veces—. No recuerdo la última vez que vi una de seis pepitas.

—Desde luego que es muy raro, y solo lo ves cuando no lo buscas. Ni siquiera es fácil encontrar una de cinco. Hace unos años tuve que comprar cuatro o cinco cestas de nuez de cola antes de encontrar una con cinco lóbulos para un sacrificio. Nwafo, ve a la cabaña de tu madre y tráeme una calabaza grande con agua fría... Este calor no viene con las manos vacías.

—Yo creo que hay agua en el cielo —dijo Ezeulu—. Es el calor que hace antes de la lluvia.

Al decirlo se levantó, se inclinó un poco y dio unos pasos hacia su cama de bambú y cogió de allí su bolsa piel de cabra. La bolsa estaba cosida con destreza; parecía como si la cabra que había vivido dentro hubiera sido sacada fuera como quien arranca un caracol de su caparazón. Tenía cuatro patitas y la cola estaba intacta. Ezeulu se llevó la bolsa a su asiento y metió el brazo en busca de su tarro de rapé. Cuando lo encontró lo puso en el suelo y comenzó a buscar la cucharita de marfil. Enseguida la encontró y dejó la bolsa a un lado. Volvió a coger el frasquito blanco, lo levantó para ver cuánto rapé le quedaba y después le dio un golpecito al tapón. Lo abrió y vertió un poquito en su mano izquierda.

—Dame un poco para aclararme la cabeza —dijo Akuebue, que acababa de beberse el agua.

—Ven tú a por ella —replicó Ezeulu—. No esperarás que saque el rapé y me dé también el paseo para buscarte una esposa, y de paso una cama donde dormir.

Akuebue se levantó medio recto con la mano derecha en la rodilla y la izquierda abierta hacia Ezeulu.

—No voy a discutir contigo —dijo—. Tuyos son el ñame y el cuchillo.

Ezeulu pasó dos cucharadas del rapé de su propia palma a la de Akuebue y después sacó más del frasco para él.

—Es un buen rapé —dijo Akuebue.

Tenía un resto de polvo marrón en uno de los orificios de la nariz. Se puso otro montoncito en la uña del pulgar de la mano izquierda y se lo llevó al otro orificio; echó la cabeza hacia atrás y lo inhaló tres o cuatro veces. Le quedó polvillo en ambos orificios. Ezeulu utilizó la cuchara de marfil en vez de la uña del pulgar.

—No compro mi rapé en el mercado —dijo Ezeulu—. Esa es la razón.

Edogo entró con una calabaza de vino de palma que llevaba colgada al cuello con una cuerda corta. Saludó a Akuebue y a su padre y dejó la calabaza.

—No sabía que tuvieras vino de palma —dijo Ezeulu.

—Me lo ha mandado el dueño de la puerta que estoy tallando.

—¿Y por qué lo traes aquí, en presencia de este amigo mío que heredó la barriga de todos sus difuntos parientes?

—Pero yo no he oído a Edogo decir que fuera para ti. —Se volvió hacia Edogo y

le preguntó—: ¿O sí lo has dicho?

Edogo se rio y dijo que era para los dos.

Akuebue sacó de su bolsa un cuerno grande de vaca y lo golpeó tres veces contra el suelo. Después frotó el borde con la palma de la mano para quitar la suciedad. Ezeulu sacó su cuerno de la bolsa que tenía al lado y la sujetó para que la llenara Edogo. Después de servirle cogió la calabaza, se la acercó a Akuebue y también le llenó el cuerno. Antes de beber, Ezeulu y Akuebue se inclinaron un poco hacia el suelo y murmuraron una invitación apenas audible a sus ancestros.

—Me duele todo el cuerpo —dijo Ezeulu—, y no creo que esté preparado para volver a beber vino de palma.

—Estoy seguro de que no —dijo Akuebue, que se había bebido de un trago el primer cuerno y arrugó la cara como si esperara oír un ruido dentro de su cabeza que le dijera si el vino era bueno o no.

Edogo cogió el cuerno de su padre y se sirvió con moderación. Entró Oduche, saludó a su padre y a Akuebue y se sentó con Nwafo en el asiento de adobe. Desde que se había convertido a la religión de los blancos llevaba siempre una túnica de tela de toalla en lugar del elote entre las piernas. Edogo rellenó el cuerno y se lo ofreció, pero Oduche no bebió.

—¿Y tú, Nwafo? —preguntó Edogo.

También él dijo que no.

—¿Cuándo te vas a Okperi? —le preguntó Ezeulu.

—Pasado mañana.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Dicen que por dos mercados.

Ezeulu pareció dar vueltas a aquello en su cabeza.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Quieren examinarnos sobre nuestro conocimiento del libro sagrado.

Akuebue se encogió de hombros.

—No sé yo si vas a ir —dijo Ezeulu—. Que pasen estos días y ya lo decidiré.

Nadie se atrevió a replicar. Oduche conocía demasiado bien a su padre como para protestar. Akuebue bebió otro cuerno de vino y empezó a hacer rechinar los dientes. La voz que había esperado había hablado y había decretado que el vino era bueno. Golpeó el cuerno sobre el suelo unas cuantas veces y rezó mientras lo hacía.

—Larga vida al hombre que crío este vino, para que continúe su buen trabajo. Larga vida también a todos cuantos lo bebimos. Por el país de Olu y de los igbo.

Frotó el borde de su cuerno antes de guardarlo en su bolsa.

—Toma otro cuerno de vino —dijo Edogo.

Akuebue se frotó la boca con el dorso de la mano antes de responder.

—La única medicina contra el vino de palma es el poder decir que no.

Aquella afirmación pareció traer a Ezeulu de vuelta a la gente que lo rodeaba.

—Antes de que entraras —le dijo a Akuebue—, le decía a mi hijo pequeño que hasta el más mentiroso del mundo le dice la verdad a su propio hijo.

—Así es —dijo Akuebue—. Un hombre puede jurar por su divinidad más temida que lo que le ha dicho su padre es verdad.

—Si un hombre no tiene claro el límite entre su tierra y la de su vecino —continuó Ezeulu—, ha de decirle lo siguiente a su hijo: «Yo creo que está aquí, pero si hay una disputa no lo jures ante una divinidad».

—Eso es cierto —dijo Akuebue.

—Pero cuando un hombre ha dicho la verdad y sus hijos prefieren escuchar una mentira...

Su voz se había elevado con cada palabra hacia el tono peligroso de una maldición. De pronto se paró con un movimiento violento de la cabeza. Cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más tranquilo.

—Por eso un forastero puede azotar a un hijo mío y quedar indemne, porque mi hijo ha decidido desoír todo lo que yo digo. Si no fuera así, ese extranjero ya se habría enterado de lo que significa contrariar a Ezeulu: los perros le habrían lamido las cuencas de los ojos. Me lo habría tragado entero y lo habría vomitado. Le habría afeitado la cabeza sin mojarle el pelo.

—Entonces, ¿fue Obika quien golpeó primero? —preguntó Akuebue.

—¿Cómo voy a saberlo? Lo único que puedo decir es que iba ciego de vino de palma cuando se marchó de aquí por la mañana. Y cuando volvió hace un rato se le notaba todavía en los ojos.

—Pero dicen que él no pegó primero —dijo Edogo.

—¿Estabas tú allí? —le preguntó su padre—. ¿Te fiarías de lo que te diga un hombre bebido como para jurar ante una divinidad? Si estuviera seguro de mi hijo, ¿crees que estaría aquí sentado hablando contigo mientras que el hombre que me ha metido el dedo en el ojo se va a dormir a su casa? Como mínimo, pronunciaría unas palabras que le harían enterarse del poder de mi lengua.

Empezaba a gotearle el sudor por la frente.

—Es verdad lo que dices —dijo Akuebue—. Pero, tal y como yo lo veo, tenemos algo pendiente hasta que averigüemos por quienes lo vieron si Obika fue el primero en atacar o...

Ezeulu no le dejó terminar.

—¿Por qué debería ir por ahí persiguiendo a unos desconocidos para que me cuenten lo que hizo o lo que dejó de hacer mi hijo? Soy yo quien debería explicárselo a ellos.

—Es verdad. Pero echemos primero a la bestia salvaje y acusemos después a la gallina. —Akuebue se volvió hacia Edogo—. ¿Dónde se ha metido Obika?

—No parece haberte enterado de lo que he dicho —repuso Ezeulu—. ¿Dónde...?

Edogo lo interrumpió.

—Ha salido con Ofoedu. Se ha ido porque nuestro padre no le ha preguntado qué pasó antes de echarle la culpa.

Aquella acusación por sorpresa fue para Ezeulu como una picadura de hormiga negra. Pero se contuvo y, para sorpresa de todos, se apoyó en la pared y cerró los ojos. Al volver a abrirlos, empezó a silbar bajito. Akuebue asintió cuatro o cinco veces, como si hubiera desvelado una verdad inesperada. Ezeulu hizo un ligero movimiento de cabeza de lado a lado y de arriba abajo a la vez que silbaba.

—Eso es lo que yo les digo a mis hijos —les dijo Akuebue a Edogo y a los otros dos chicos—. Les digo que un padre siempre tiene más sentido común que sus hijos.

Estaba claro que lo había dicho para aplacar a Ezeulu; pero también estaba claro que decía la verdad.

—Aquellos de vosotros que penséis que sabéis más que vuestro padre olvidáis que es él quien os entrega su propio sentido común. Por eso, el chico que intenta discutir con su padre termina con el elote del viejo tapándole los ojos. ¿Por qué hablo así? Porque no soy ningún extraño en la cabaña de vuestro padre y no temo decir lo que pienso. Sé lo mucho que vuestro padre le ha implorado a Obika que renuncie a su amistad con Ofoedu. ¿Por qué no le ha hecho caso Obika? Es porque todos, y no solo Obika, sino todos vosotros, con ese pequeñuelo incluido, os creéis más listos que vuestro padre.

Mis hijos son iguales. Pero olvidáis una cosa. Olvidáis que la mujer que comenzó a cocinar antes que otra debe tener más utensilios rotos. Cuando nosotros los mayores hablamos no es porque nos sepan dulces las palabras; es porque vemos algo que vosotros no veis. Nuestros antepasados idearon un proverbio para eso, decían que cada vez que vemos a una anciana pararse en una danza y señalar varias veces en la misma dirección, podemos estar seguros de que en algún punto cerca de ahí le sucedió algo hace mucho tiempo que tocó la raíz de su vida. Cuando regrese Obika, cuéntale lo que he dicho, Edogo. ¿Me oyes?

Edogo asintió. Se preguntaba si era verdad que un padre nunca mentía a sus hijos.

Akueke se giró sobre las nalgas y se situó frente a Ezeulu.

—Umuaro puede estar orgulloso —dijo— de que nunca aceptamos que una parte tenga razón y la otra esté equivocada. He hablado a tus hijos y no temo hablarte a ti. Creo que eres demasiado duro con Obika. Aparte de tu alto cargo de sumo sacerdote, tienes también la bendición de una gran familia. Recuerda que tiene que haber todo tipo de personas en cada familia: buenos y malos, valientes y cobardes; quienes traen riqueza y quienes la malgastan, los que dan buenos consejos y los que solo hablan las palabras del vino de palma. Por eso podemos decir que, toques la melodía que toques

en la casa de un gran hombre, siempre habrá alguien que baile al son del tambor. Te saludo.

AUNQUE TONY CLarke llevaba ya seis semanas en Okperi, la mayor parte de su equipaje, incluida su vajilla, había llegado hacía solo un par de semanas; de hecho, llegó la víspera de su excursión a la selva. Por eso no había podido invitar antes al capitán Winterbottom a comer.

Mientras esperaba a que llegara su invitado, el señor Clarke sintió una cierta ansiedad. Uno de los problemas de vivir en un sitio como aquel, donde no había más que otros cuatro europeos (tres de los cuales se suponía que debían estar bajo el control de la Administración), era que uno tenía que vérselas solo frente a un invitado como Winterbottom. No era la primera vez que coincidían en un acto social, desde luego; de hecho, habían cenado juntos hacía poco y la cosa no había quedado del todo en un punto muerto. Pero, en aquella ocasión, Clarke había sido el invitado, sin responsabilidad alguna. Aquel día sería el anfitrión, y por tanto le tocaba a él ocuparse de que no decayera la conversación durante el largo y arduo ritual del alcohol, la comida, el café y más alcohol hasta la medianoche. Ojalá hubiera podido invitar a alguien como John Wright, de quien se había hecho amigo en el último viaje. Sin embargo, la mezcla habría sido un desastre.

Durante su viaje, Clarke había compartido una noche con Wright en la solitaria Casa de Descanso con tejado de paja a las afueras de Umuaro. Wright llevaba ya más de dos semanas viviendo en un ala de la Casa de Descanso. Aquella casa tenía dos enormes habitaciones, cada una con una cama de campaña y una vieja mosquitera, una tosca mesa de madera y un armario. Justo detrás del edificio principal había un cobertizo con tejado de paja que se utilizaba como cocina. A unos treinta metros había también una cabaña sobre una letrina excavada y con un asiento de madera. Un poco más allá, en la misma dirección, había otra cabaña donde se alojaban los sirvientes y porteadores, a quienes se llamaba a veces «los chicos de la hamaca». La Casa de Descanso propiamente dicha estaba rodeada por un seto desigual de una planta local que Clarke no había visto nunca antes.

El sitio tenía todo el aspecto de no haber tenido un guarda desde que el último desapareciera en el bosque con dos camas de campaña. Se trajeron otras camas, pero la llave de la casa y de la letrina pasó a guardarse en el cuartel general, de manera que, cada vez que un europeo saliera de viaje y necesitara alojamiento allí, el jefe administrativo de la oficina del capitán Winterbottom tenía que acordarse de dar la llave a su porteador principal o al sirviente. En una ocasión, el oficial de policía, el señor Wade, emprendió el camino a Umuaro y al jefe administrativo se le olvidó aquel detalle, por lo que tuvo que andar diez o doce kilómetros de noche para llevarle la llave. Afortunadamente para él, el señor Wade no había sufrido ninguna molestia personal, puesto que el día antes de salir había enviado a sus criados a que limpiaran

la casa.

Mientras paseaba por el recinto de la Casa de Descanso, Tony Clarke tuvo la sensación de estar a cientos de kilómetros de Government Hill. Era imposible creer que solo estuviera a diez o doce kilómetros de allí. Hasta el sol parecía ponerse en una dirección diferente. No le extrañaba que para los nativos, según se decía, dar un paseo de diez kilómetros fuera como viajar al extranjero.

Más tarde, aquella noche, él y Wright se sentaron en la terraza de la Casa de Descanso y este le invitó a ginebra. En aquel remoto rincón, lejos del ambiente rígido alrededor de Winterbottom en Government Hill, Clarke descubrió que Wright le caía muy bien. También descubrió, encantado y asombrado, que en ciertas circunstancias era capaz de beber tanta ginebra como cualquier oficial veterano de la costa.

Solo habían coincidido en contadas ocasiones, pero aquella noche conversaron como viejos amigos. Clarke pensó que, a pesar de su aspecto achaparrado y tosco, era un inglés bueno y honesto. Le resultó muy reconfortante poder hablar con alguien libre del defecto de la petulancia y que no se tomara demasiado en serio a sí mismo.

—¿Qué piensas que diría el capitán, Tony, si viera a su oficial más joven hablar en tono amable y cordial con un vulgar constructor de carreteras? —Tenía la cara colorada y un aire casi infantil.

—No lo sé, ni me importa mucho —repuso Clarke. Quizá debido al efecto de la ginebra en el cerebro, añadió—: Ya me gustaría, después de unos cuantos años en África, lograr hacer algo tan importante como tu carretera...

—Lo que dices es muy amable por tu parte.

—¿Habrá una celebración para inaugurarla?

—El capitán ha dicho que no. Dice que ya hemos gastado más de lo previsto según lo votado.

—¿Qué importa eso?

—Eso quisiera saber yo. Y sin embargo nos gastamos cientos de libras en nombrar tribunales nativos por toda la región que, en mi opinión, nadie quiere.

—Aun así, debo decir que no es culpa del capitán. —Clarke acababa de adoptar el tono ligeramente desdeñoso de Wright al referirse a Winterbottom—. Es la política oficial, con la cual me consta que el capitán no está del todo de acuerdo.

—Maldita política oficial.

—Eso mismo diría el capitán.

—¿Sabes?, en realidad, el capitán no es una mala persona; yo creo que en el fondo es un tipo bastante decente. Hay que comprenderle por lo mal que lo ha pasado.

—¿Te refieres a lo de las promociones?

—Aquí también le han tratado mal, según me han dicho —dijo Wright—. La verdad es que no estaba pensando en eso. Me refería a su vida familiar. Fíjate,

durante la guerra, mientras el pobre hombre luchaba en Camerún contra los alemanes, apareció un listo que se llevó a su mujer.

—¿De verdad? No tenía ni idea.

—Pues sí. Dicen que le afectó muchísimo. A veces creo que fue esa pérdida personal durante la guerra lo que le hizo aferrarse a ese ridículo trabajo de capitán.

—Es muy probable. Es el tipo de hombre que se tomaría muy mal que le dejara su mujer, ¿no crees? —dijo Clarke.

—Exacto. Los hombres tan rectos como él no pueden soportar una cosa así.

Esa tarde, Clarke se enteró de todos los detalles de la crisis matrimonial de Winterbottom y lo lamentó. Wright también pareció tocado por la compasión por el hecho mismo de contar la historia. Sin ningún propósito consciente, dejaron de decir «el capitán» en tono despectivo y acabaron llamando a Winterbottom por su nombre.

—En el fondo, lo que le pasa a Winterbottom es que es demasiado serio como para acostarse con las nativas —dijo Wright, con cara de haber reflexionado en profundidad.

El sobresalto de Clarke le sacó de sus pensamientos y, por un breve instante, olvidó completamente a Winterbottom. Ya le había venido varias veces a la cabeza aquella cuestión: ¿hasta dónde llegaba la práctica de los blancos de acostarse con nativas?

—No parece comprender que se sabe que incluso los gobernadores han tenido amantes morenas. —Se pasó la lengua por los labios.

—No creo que sea una cuestión de saber o no saber —dijo Clarke—. Es un hombre de principios muy elevados, una especie de misionero. Creo que su padre fue pastor de la Iglesia de Inglaterra... muy distinto del mío, que es empleado del Banco de Inglaterra.

Se rieron los dos a carcajadas. Cuando, por la mañana, Clarke se acordó de aquella ocurrencia se dio cuenta de la cantidad de alcohol que debía de haber ingerido para que le pareciera divertida una broma tan mala.

—Creo que tienes razón con respecto a eso de ser como un misionero. Lo suyo hubiera sido venir aquí con la Sociedad de la Iglesia Misionera, o una congregación por el estilo. Por cierto, últimamente se le ha visto con la doctora misionera de Nkisa. Por supuesto que cada uno tenemos nuestros gustos, pero yo jamás hubiera imaginado que una doctora misionera pudiera divertir mucho a un hombre en este sitio dejado de la mano de Dios.

Clarke quería preguntarle sobre las nativas, si eran mejores que las blancas y muchos otros detalles, pero ni bajo el efecto de la ginebra fue capaz de sacar el tema. En lugar de eso, se dedicó a cambiar de asunto y perdió su gran oportunidad. Se aguantó las ganas de hablar sobre los pensamientos que le habían rondado desde que había empezado a ver a las chicas que andaban por allí desnudas. Después se

mordería los labios, lamentándolo.

—Según lo que había oído de Winterbottom en la oficina central —dijo—, esperaba encontrarme con una especie de payaso.

—Ya lo sé. Es la broma de Enugu, ¿no?

—Cada vez que anunciaba que me iba a Okperi, me decían: «¡Vaya! ¿Con el viejo Tom?». Y me miraban con cara de pena. Me preguntaba qué le pasaría al viejo Tom, pero nadie añadía nada. Entonces un día oí a un oficial muy veterano decirle a otro: «El viejo Tom siempre te recuerda que llegó a Nigeria en mil novecientos diez, pero nunca menciona que no ha trabajado un solo día en todo este tiempo». Es increíble la de lenguas viperinas que hay por Enugu.

—Bueno —dijo Wright con un bostezo—, yo tampoco diría que el viejo Tom es el tipo más trabajador que he conocido... pero claro, aquí, ¿quién lo es? Desde luego, ni uno solo de la banda de Enugu.

A Clarke se le pasaban todas estas cosas por la cabeza mientras aguardaba la llegada de Winterbottom. Se sentía culpable, como a quien se pesca después de criticar con un extraño a un miembro del grupo a sus espaldas. Por otra parte, se dijo a sí mismo en defensa propia, tampoco habían dicho nada de Winterbottom que pudiera considerarse poco caritativo. Lo único que pasaba era que se había enterado de algunos detalles de la vida de aquel hombre y le compadecía. Y aquel sentimiento justificaba lo que sabía.

Se metió por enésima vez en la cocina aquella tarde, para supervisar al cocinero, que asaba un pollo en un fuego de leña. Menudo horror si salía tan duro como el último que Clarke había comido. Desde luego que el pollo nativo era duro y muy pequeño. Pero quizá tampoco había por qué quejarse: un pollo adulto y bien criado no costaba más de dos peniques. Aun así, tampoco estaría mal pagar un poco más de vez en cuando por un buen pollo inglés, jugoso y tierno. El gesto del cocinero parecía decir que Clarke se metía demasiadas veces en la cocina.

—¿Qué tal va?

—Intento, señor, pero pollo duro duro —dijo el cocinero, frotándose con el antebrazo los ojos inflamados por el humo.

Clarke miró distraído a su alrededor y regresó a la terraza del bungalow. Se sentó y volvió a mirar el reloj: eran las siete menos cuarto y todavía faltaba media hora. Comenzó a pensar en temas de conversación. Su viaje reciente podría haberle proporcionado temas de sobra para la velada, pero acababa de escribir y presentar un informe al respecto.

«¡Qué curioso!», se dijo. ¿Por qué le ponía tan nervioso que viniera Winterbottom a cenar? ¿Le tenía miedo? ¡De ningún modo! Entonces, ¿a qué venía aquella agitación? ¿Por qué le resultaba tan incómodo el encuentro con Winterbottom después de haberse enterado de unas cuantas historias a través de Wright, que por

otra parte eran de dominio público? Clarke reflexionó sobre la naturaleza del conocimiento. El hecho de que uno supiera determinadas cosas de los amigos o los colegas, ¿suponía una desventaja? Quizá. En caso afirmativo, era prueba de lo falsa que era la suposición común de que, cuanta más información se pudiera conseguir sobre los demás, más poder se tenía sobre ellos. Quizá esa información le ponía a uno en situación de desventaja, porque le hacía sentirse responsable e incluso compadecer a los demás. Clarke se levantó y se puso a dar vueltas, de manera algo afectada. A lo mejor esa era la verdadera diferencia entre los administradores coloniales británicos y los franceses. Estos decidían lo que querían hacer y lo hacían. Los británicos, por su parte, nunca hacían nada sin enviar antes una comisión investigadora para descubrir todos los hechos, que luego los dejaba atados de pies y manos. Se sentó de nuevo, con la cara resplandeciente de satisfacción.

La cena fue casi completamente satisfactoria. Solo hubo dos o tres momentos violentos a lo largo de la velada; por ejemplo, al principio, cuando el capitán Winterbottom dijo:

—Acabo de leer su informe sobre el viaje. Está claro que ya va usted acostumbrándose a cumplir con sus obligaciones aquí.

—Fue muy emocionante —dijo Clarke, intentando quitar importancia a su parte en la exitosa historia—. Es una región increíble. Me puedo imaginar cómo se siente usted al ver cómo se desarrolla tan satisfactoriamente un distrito bajo su mandato.

Se mordió la lengua justo antes de decir «su sabio mandato». Aun así, se preguntó si su intento evidente de devolver el cumplido le habría salido bien.

—Hay una cosa que de todos modos me preocupa —dijo Winterbottom como si no hubiera oído la última frase de Clarke—. Dice usted que no es verdad lo que se cuenta sobre los latigazos de Wright a los nativos.

A Clarke le dio un vuelco el corazón. Era lo único falso en todo el informe. De hecho, había olvidado por completo investigar aquello, incluso si hubiera sabido cómo hacerlo. Solo al regresar a Okperi se encontró con una breve y reciente entrada garabateada a lápiz que rezaba «Wright y los nativos» en la segunda página de su cuaderno del viaje. Al principio le había inquietado; después había llegado a la conclusión de que, si Wright hubiera empleado métodos poco ortodoxos, se habría enterado sin tener que hacer una investigación. Al no haber oído nada al respecto, se podía decir que aquellas historias eran falsas. En cualquier caso, ¿cómo se iba a investigar una cosa así? ¿Se acercaba uno al primer nativo que viera y le preguntaba si había sido azotado por Wright? ¿O había que preguntárselo a Wright? Por lo que Clarke le había conocido, no pensaba que fuera de esa clase de hombres.

—Mi criado es un nativo de Umuaro —continuó Winterbottom—, y acaba de regresar después de pasar dos días en su casa; me ha contado que reina la confusión en el pueblo porque Wright azotó a un hombre bastante importante. Pero quizá no sea

verdad.

Clarke esperaba no dejarse traicionar en su confusión. Reaccionó con rapidez y dijo:

—No oí nada sobre el terreno.

Las palabras «sobre el terreno» le picaron a Winterbottom como tres avispas. ¡Menuda cara tenía aquel tipo! Llevaba menos de una semana y ya hablaba como si él fuera oficial de distrito y Winterbottom su nuevo criado, o un estúpido administrativo de la oficina central. ¡Sobre el terreno...! Pero decidió no insistir en el tema. Estaba inmerso en su plan de designar a dos jefes nativos importantes en el distrito y en toda la comida no habló de otra cosa. A Clarke le sorprendió que pasara a hablar en un tono mucho menos intenso; al observarlo desde el otro lado de la mesa, le pareció de pronto un tipo viejo y cansado. Pero pronto se le pasó y pareció recuperar un ligero entusiasmo en la voz.

—Creo que le conté la historia del sacerdote indígena que me causó una impresión excelente al decir la verdad en el conflicto de las tierras entre la gente de aquí y los de Umuaro.

—Sí, creo que sí.

Clarke observaba nervioso a su invitado, en apuros para cortar un bocado de pollo. ¡Malditos pájaros nativos!

—Pues he decidido nombrarlo jefe de Umuaro. He repasado los archivos del caso y he averiguado que el título de este hombre es Eze Ulu. El prefijo eze significa en igbo «rey». De manera que este hombre es una especie de sacerdote-rey.

—Eso quiere decir, supongo —repuso Clarke—, que este nombramiento no debería resultarle algo completamente ajeno.

—Exacto. Aunque debo decir que todavía no conozco a un igbo que no se haya dedicado a adoptar un aire de superioridad, como ese libertino al que hicimos jefe aquí. Ahora se hace llamar Su Alteza *Obi* Ikedi I de Okperi. El único título que no le he oído utilizar es el de Fidei Defensor.

Clarke abrió la boca para decir que el amor a los títulos era un defecto universal, pero se lo pensó dos veces.

—Ese era un tipo insignificante hasta que lo nombramos jefe, y ahora se da unos aires como si no hubiera sido otra cosa en su vida. Lo mismo pasa con los empleados de los tribunales y también con los mensajeros. Todos se las arreglan para convertirse en pequeños tiranos con su propia gente. Parece que es un rasgo del carácter de los negros.

El criado vestido de blanco reluciente salió de la oscura cocina tratando de mantener el equilibrio con el resto de las patatas cocidas y la coliflor en una mano, y el pollo en la otra. Se oía el crujido de su almidonado uniforme al andar hacia el capitán Winterbottom, hasta que se quedó de pie a su derecha.

—Ve al otro lado, Stephen —dijo Clarke, irritado.

Stephen sonrió y se movió.

—No, no voy a tomar más —dijo Winterbottom, y girándose hacia Clarke añadió —: Este cocinero es bueno; no se suele tener tanta suerte con el primero que se consigue.

—Aloysius no es de primera, pero supongo... No, no voy a tomar más, Stephen.

Mientras saboreaban una macedonia de fruta fresca hecha con papaya, plátano y naranjas, Winterbottom retomó el tema de sus jefes nativos.

—En cuanto a Umuaro, les he encontrado un jefe —dijo con una de sus escasas sonrisas—, y vivirán felices por siempre jamás. Pero no estoy tan seguro con respecto a los de Abame, que de cualquier modo son una banda bastante salvaje.

—¿Es el pueblo que asesinó a Macdonald? —preguntó Clarke, con la atención dividida entre la conversación y la fruta, que estaba ya un poco agria.

—Correcto. En realidad, han dejado de ser problemáticos, al menos para nosotros; la expedición de castigo les dio una lección ciertamente inolvidable. Pero siguen cooperando muy poco. Son los que menos cooperan en todo el distrito con el tribunal nativo. El año pasado se trataron casi una docena de casos, ninguno de los cuales presentaron ellos.

—Eso es muy desalentador —dijo Clarke, que no estaba seguro de si había querido hablar con ironía o no.

Pero, en cuanto Winterbottom comenzó a ponerle al corriente de los detalles de sus planes de tribunales nativos para las dos áreas, Clarke no pudo evitar quedar impresionado ante aquel aspecto nuevo del carácter del tipo. A pesar de que sus superiores invalidaran su oposición al nombramiento de jefes nativos, ahora no escatimaba esfuerzos para asegurar el éxito de aquella política. El profesor de Ética de Clarke en Cambridge era muy aficionado a la frase «la cristalización de la civilización». Eso era.

Mientras se tomaba el whisky con soda después del café, la oposición del capitán Winterbottom se reavivó por unos instantes, lo cual solo confirmó la nueva opinión de Clarke sobre él.

—Lo que me parece tremendo —dijo Winterbottom— no es tanto la política equivocada de nuestra Administración como nuestra falta de consistencia. Fíjese en el caso de los jefes nativos. Cuando sir Hugh Macdermot llegó por primera vez como gobernador, envió a su secretario de Asuntos Nativos a investigar todo este tema. El tipo se metió a fondo y pasó mucho tiempo desvelando lo absurdo del sistema, tal y como yo lo había indicado desde el principio. De cualquier modo, por lo que dijo en una conversación privada, estaba de acuerdo en que claramente había sido un desastre absoluto. Eso fue en mil novecientos diecinueve. Recuerdo que yo volvía de un permiso...

Su voz se tiñó de una extraña emoción y Clarke vio que enrojecía. Recuperó el control de sí mismo y continuó:

—Hace ya más de dos años de eso, y todavía no sabemos nada del informe de aquel hombre. Sin embargo, el lugarteniente general ahora nos pide que procedamos con la política anterior. ¿A qué puede uno atenerse?

—¡Qué frustrante! —dijo Clarke—. ¿Sabe?, el otro día pensaba en nuestra afición a las comisiones de investigación. Me parece que eso es precisamente lo que nos diferencia de los franceses. Ellos saben lo que quieren y lo hacen. Nosotros organizamos una comisión para conseguir toda la información, como si los datos significaran algo. Nos imaginamos que cuantos más datos obtengamos sobre los africanos, más fácil será gobernarlos. Pero los datos...

—Los datos son importantes —interrumpió Winterbottom—, y las comisiones de investigación podrían tener su utilidad. El defecto de nuestra Administración es que siempre designa a la gente equivocada, y deja de lado el consejo de quienes llevamos aquí muchos años.

Clarke sintió una rabia impotente hacia el tipo por no permitirle terminar, y también lamentó no haber sido capaz de articular su idea tan magníficamente como lo había hecho previamente en su interior.

LA primera vez que Ezeulu salió de su casa después del Festival de las Hojas de Calabaza fue para visitar a su amigo Akuebue. Lo encontró sentado en el suelo de su *obi* preparando ñames de siembra que al día siguiente le iban a plantar unos trabajadores que había contratado. Estaba sentado con un cuchillo corto de mango de madera en la mano, entre dos montones de ñames. El montón más grande estaba a su derecha en el suelo y el pequeño estaba en una cesta larga de la cual sacaba los ñames de uno en uno; los miraba detenidamente, los pelaba y los colocaba en el montón grande. Los desperdicios quedaban justo delante de él, entre los dos montones: pieles de ñame marrones, en forma circular, extraídas de la parte trasera de cada ñame, y brotes grises, prematuros, recortados de la parte de delante.

Se saludaron con un apretón de manos. Ezeulu sacó la piel de cabra que llevaba enrollada bajo el brazo, la extendió en el suelo y se sentó. Akuebue le preguntó por su familia y continuó ocupado con sus ñames.

—Están todos bien —replicó Ezeulu—. ¿Y los tuyos?

—Están calladitos.

—Qué ñames tan grandes, tienen muy buen aspecto. ¿Son de tu granero o del mercado?

—¿Sabes mi parte de la tierra de Anietiti...? Sí, se cultivaron allí. —Es una tierra muy buena— dijo Ezeulu, asintiendo varias veces. —Una tierra así hace que hasta los más vagos parezcan grandes agricultores.

Akuebue sonrió.

—Tú quieres sonsacarme algo, pero no lo vas a conseguir.

Dejó el cuchillo y levantó la voz para llamar a su hijo Obielue, que le respondió desde el patio y apareció enseguida, sudoroso.

—¡Ezeulu! —dijo a modo de saludo.

—Hijo mío.

Se volvió hacia su padre para ocuparse del mensaje.

—Dile a tu madre que Ezeulu la saluda. Que traiga nuez de cola si le queda.

Obielue salió al patio.

—Aunque yo no recuerdo haber probado la nuez de cola la última vez que fui a casa de mi amigo. —Akuebue dijo esto como si estuviera hablando solo.

Ezeulu se rio.

—¿Qué decimos que le pasa al que come y luego pone la boca como si no hubiera comido en su vida?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Que se le seca el ano. ¿Nunca te lo contó tu madre?

Akuebue se levantó muy despacio por el dolor de cadera.

—La vejez es una enfermedad —dijo, intentando enderezarse con una mano en la cadera. Cuando estaba casi erguido, se rindió—. Cada vez que me siento un rato tengo que empezar a volver a andar, como si fuera un niño.

Sonrió al dar unos pasitos hacia la pared baja de la entrada a su *obi*, sacó un cuenco de madera con un trozo de tiza y se lo ofreció a su invitado. Ezeulu cogió la tiza y dibujó cinco líneas con ella en el suelo: tres hacia arriba, una recta en la parte de arriba y otra debajo. Después se pintó el dedo gordo de un pie y se puso una capa ligera alrededor del ojo izquierdo.

Solo una de las dos esposas de Akuebue estaba en casa; entró en el *obi* a saludar a Ezeulu y a decir que la esposa mayor se había ido a inspeccionar sus bananos en busca de fruta madura. Obielue regresó con la nuez de cola. Le cogió el cuenco a su padre, lo sopló para quitar el polvo y se lo ofreció a Ezeulu con la nuez dentro.

—Gracias —dijo Ezeulu—. Dásela a tu padre, que la parta él.

—No —dijo Akuebue—. Te ruego que la partas tú.

—Eso no puede ser. No se esquivaba a un hombre para luego meterse en su casa.

—Ya lo sé —dijo Akuebue—, pero ya ves que tengo las manos ocupadas; te ruego que me sustituyas y te encargues tú de officiar.

—Un hombre no puede estar tan ocupado como para no poder partir la primera nuez de cola del día en su casa; deja el ñame, que no se va a escapar.

—Pero esta no es la primera nuez de cola del día; ya he partido varias.

—Puede ser, pero no has partido ninguna en mi presencia. La hora a la que se despierta un hombre es su amanecer.

—De acuerdo —repuso Akuebue—, si tú me lo ordenas, yo lo hago.

—Claro que te lo ordeno. No es nuestra costumbre limpiarnos los ojos con un palillo de las orejas.

Akuebue cogió la nuez de cola en la mano y dijo:

—Larga vida a los dos.

Y la partió.

Desde la llegada de Ezeulu se habían oído dos tiros en el vecindario; en aquel momento sonó otro.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Se va a abandonar el bosque para cazar en las casas?

—Ah, ¿no te has enterado? Ogbuefi Amalu está muy enfermo.

—¿Es verdad eso? ¿Hasta el punto de disparar fusiles?

—Sí. —Akuebue bajó la voz en señal de respeto por la mala noticia—. ¿Qué día fue ayer?

—*Eke* —replicó Ezeulu.

—Sí, fue el *eke* pasado... Volvía a casa de las tierras que había ido a chapear cuando le dio el ataque. Antes de llegar a casa temblaba de frío en pleno calor de

mediodía. Ya no podía sujetar el cuchillo porque tenía los dedos agarrotados.

—¿Qué han dicho que tiene?

—Por lo que he visto esta mañana, creo que es arumno.

—Por favor, no lo repitas.

—No te he dicho que me lo dijeran Nwokonkwo ni Nwokafo; te digo lo que he visto con mis propios ojos.

Ezeulu comenzó a hacer rechinar los dientes.

—Fui a verle esta mañana. Parecía como si la respiración le raspara los costados con una cuchilla sin afilar.

—¿A quién han contratado para que le cure? —preguntó Ezeulu.

—A uno de Umuofia, un tal Nwodika. Esta mañana les he dicho que, si yo hubiera estado allí cuando lo decidieron, les habría aconsejado que fueran directamente a Aninta. Allí hay un doctor que cura las enfermedades en un abrir y cerrar los ojos.

—Pero si es la enfermedad de los espíritus, como dices, no hay medicina que valga, excepto linimento y un buen fuego.

—Así es —dijo Akuebue—, pero no podemos quedarnos doce días cruzados de brazos mirando a un enfermo. Tenemos que tantear todo hasta que pase lo que tenga que pasar. Por eso mencioné al curandero de Aninta.

—Creo que te refieres a Aghadike, al que llaman Anyanafummo.

—Lo conoces. Es ese.

—Conozco a mucha gente en Olu y en Igbo. Aghadike es un gran médico y un gran adivino. Pero ni siquiera él puede llevar una batalla hasta la casa del Gran Dios.

—Eso no lo puede hacer nadie.

Se oyó otra vez la escopeta.

—Eso de soltar disparos es como dar palos de ciego —dijo Ezeulu—. ¿Cómo vamos a espantar a los espíritus con el ruido de una escopeta? Si fuera así de fácil, cualquiera que tuviera suficiente dinero para comprar un barril de pólvora viviría hasta que le salieran setas en la cabeza. Si yo estuviera enfermo y me trajeran a un curandero que supiera más de caza que de hierbas, lo despediría y buscaría otro.

Los dos se sentaron un rato en silencio. A continuación, Akuebue dijo:

—Por lo que vi esta mañana, puede que oigamos algo antes del próximo amanecer.

Ezeulu hizo un movimiento de cabeza de arriba abajo varias veces.

—Es una historia muy triste, pero tampoco podemos ir por ahí y prender fuego al mundo entero.

Akuebue, que había dejado los ñames a un lado, retomó la tarea con la excusa proverbial de que en el frío del harmatán se saluda desde la hoguera.

—Eso es lo que dice nuestro pueblo —replicó Ezeulu—. Y también dicen que

quien visita a un artesano ocupado se encuentra con un anfitrión hurraño.

Se oyó el fusil una vez más. Pareció irritar a Ezeulu.

—Voy a acercarme hasta allí, a decirle al hombre que si no tiene ninguna medicina que ofrecer al enfermo no malgaste la pólvora que usarán en su funeral.

—A lo mejor se cree que la pólvora es tan barata como la ceniza —dijo Akuebue, y añadió, más serio—: Si pasas por allí de camino a tu casa, no les digas nada que pueda hacerles pensar que le deseas algo malo a su pariente. Podrían decirte: «¿Qué valor tiene la pólvora en comparación con la vida de un hombre?».

A Ezeulu no le hizo falta mirar dos veces al enfermo para ver que no llegaría a los doce días que los espíritus daban a quienes contraían aquella enfermedad. Si como Akuebue había dicho no se oía nada al día siguiente, habría que contarle.

El pecho del hombre estaba revestido de una espesa capa de unguento que se había endurecido y resquebrajado por todas partes. Un gran leño ardía en una hoguera junto a la cama de bambú donde yacía, y había un fuerte olor a las hierbas que ardían sobre él. Su respiración sonaba como la leña seca que se parte. No reconoció a Ezeulu, que, al entrar, saludó a los que estaban en la habitación con un gesto de los ojos y se dirigió directamente a la cama, donde permaneció un rato largo mirando en silencio al enfermo. Después fue y se sentó con el grupito de parientes que hablaban en voz muy baja.

—¿Qué ha hecho para merecer esto? —preguntó.

—Eso es lo que preguntábamos todos —replicó uno de los hombres—. Nos han dicho que no se puede prever; una mañana te despiertas y te encuentras con la tibia deformada.

El herborista estaba sentado fuera del grupo y no participaba en la conversación. Ezeulu observó la habitación y vio cómo la habían fortificado para que no entraran los espíritus. Del tejado colgaban tres calabazas largas tapadas con tacos de hojas de banano. Había otra calabaza con forma de panza, de las que se solían utilizar para transportar el vino de palma, colgada justo encima del enfermo. Alrededor del cuello de la calabaza había un cordel de cauris y dentro un ramillete de plumas de papagayo que se movían, y de las que solo asomaban las puntas. Parecía como si algo hiciera hervir la parte de abajo de manera que obligara a las plumas a dar vueltas alrededor de la boca de la calabaza. Dos pollos que acababan de ser sacrificados colgaban a los lados, boca abajo.

El enfermo, cuyo silencio solo se veía interrumpido por el sonido de su respiración, comenzó de pronto a gemir. Todo el mundo dejó de hablar. El curandero, con un círculo de tiza blanca pintado alrededor de un ojo y con un gran amuleto cubierto de cuero en su muñeca izquierda, se levantó y salió afuera. Había colocado la dinamita dentro de una botella cuadrada, que anteriormente había contenido una bebida picante de los blancos que se llamaba *Nje-nje*. Al cargar la pistola salió a la

parte de atrás de la casa y disparó. Cundió la alarma entre todos los gallos y las gallinas del vecindario, como si hubieran visto un animal salvaje.

Al regresar a la cabaña encontró al enfermo aún más agitado; decía cosas sin sentido.

—Traedme su *ofo* —dijo.

El hermano del enfermo cogió el pequeño bastón de mando de madera que estaba en el altar de la casa, sujeto con cuerdas a una viga. El curandero, en cuclillas junto a la cama, lo cogió, abrió la mano derecha del enfermo y se lo puso en ella.

—¡Sujétalo! —le ordenó mientras apretaba los dedos resecos del anciano alrededor del bastón—. ¡Agárralo y diles que no! ¿Me oyes? ¡Diles que no!

Pareció como si el significado de su orden atravesara muchos filtros atascados hasta llegar a la mente del enfermo y los dedos comenzaron a cerrarse despacio, como garras, alrededor del bastón.

—Muy bien —dijo el curandero, a la vez que comenzaba a quitar su propia mano y a dejar el *ofo* en la mano de Amalu, que ya lo tenía sujeto—. ¡Diles que no!

Pero, en cuanto separó su mano por completo, los dedos de Amalu se abrieron con una sacudida y el *ofo* cayó al suelo. Los familiares congregados en la cabaña intercambiaron miradas elocuentes, aunque nadie dijo una palabra.

Al poco rato, Ezeulu se levantó en ademán de irse.

—Cuidadlo bien —dijo.

—Que te vaya bien —replicaron los demás.

Cuando Obika vio llegar a su novia acompañada de su familia, se sorprendió de haber sido capaz de dejarla marchar sin tocarla en su visita anterior. Aunque sabía que pocos jóvenes de su edad habrían sido capaces de contenerse, tal y como la antigua costumbre exigía, lo correcto era lo correcto. Obika comenzó a admirar aquella nueva imagen de sí mismo como defensor de la tradición: como el lagarto que se caía de lo alto del árbol iroko, se sentía con derecho a alabarse a sí mismo si nadie más lo hacía.

La novia llegó en compañía de su madre, que acababa de curarse de una larga enfermedad, y de varias chicas de su edad, así como de amigas de su madre. La mayoría de las mujeres cargaban en la cabeza bultos con la dote de la novia, a la que todas habían contribuido: ollas, cuencos de madera, cepillos, un mortero, esterillas, cazos, vasijas de aceite de palma y cestas de yuca, pescado ahumado, mandioca fermentada, alubias, terrones de sal y de pimienta. Traían también dos paños, dos bandejas y una olla de hierro, que eran productos de los blancos, comprados en el nuevo comercio de Okperi.

Las tres casas de Ezeulu y sus hijos estaban repletas de parientes y de amigos antes de que apareciera la novia con sus familiares y amigas. Unas veinte muchachas la atendían, todas ellas engalanadas, aunque la novia destacaba entre todas. No solo

era más alta que cualquiera de ellas, sino que era mucho más llamativa en su aspecto y su porte. Llevaba un peinado diferente, que la favorecía en su inminente transición a la plenitud de mujer: trenzas en lugar de dibujos hechos a cuchilla.

Las chicas entonaron una canción cuyo título era «Ifeoma». Había llegado una maravilla, decían, de manera que todo el que tuviera cosas buenas debía ponerlas a sus pies como ofrenda. Hicieron un círculo a su alrededor y ella bailó al ritmo de la canción. Su prometido y otros miembros de la familia de Ezeulu atravesaron el círculo, de uno en uno o de dos en dos, para ponerle monedas en la frente. Ella sonreía y dejaba que le cayeran a los pies, de donde una de las niñas las recogía y las metía en un cuenco.

La novia se llamaba Okuata. Era alta como su padre, que procedía de una raza de gigantes. Los rasgos de la cara eran finos y algunos ya la llamaban Oyilidie, porque era tan hermosa como su marido. Tenía los pechos en curva hacia arriba, lo que evitaría que se le cayeran y le colgaran demasiado pronto.

Llevaba el pelo a la nueva moda otimilv. ocho trenzas en zigzag, en líneas perfectas desde la nuca hasta la parte de delante de la cabeza, que terminaban en mechones cortos hacia arriba como una guirnalda de gruesas cerdas que iba siguiendo la línea del pelo de oreja a oreja. A la cintura llevaba nada menos que quince collares de jigida, la mayor parte del color de la sangre, pero dos o tres eran negros y algunos de los de color sangre contenían discos negros. Al día siguiente se ataría un paño a la cintura como una mujer adulta y en lo sucesivo su cuerpo dejaría de ser visible ante los demás. Los collares de jigida tintineaban cuando bailaba. Le cubrían la cintura y la parte de arriba de las nalgas. Por delante le colgaban unos collares encima de otros desde el ombligo hasta los genitales, que cubrían en su mayor parte y, en conjunto, proyectaban una sombra oscura. Las demás chicas iban vestidas igual, aunque la mayoría llevaba menos collares de jigida.

El banquete que siguió duró hasta la puesta de sol. Hubo ollas de potaje de ñame, fufú, sopa de hojas de malanga y sopa de egusi, dos patas de cabra cocidas, dos fuentes grandes de pescado asa cocido, sacado entero de la sopa, y barriles de vino dulce de palma de rafia.

Cada vez que las mujeres sacaban un nuevo y succulento plato de comida, la que llevaba la voz cantante entonaba la antigua canción de gratitud:

Kwo-kwo-kwo-kwo-kwo!

Kwo-o-o-oh!

¡Vamos a comer otra vez todo lo que queramos!

¿Quién invita?

¿Quién es?

El que invita es Obika Ezeulu.

Ayo-o-o-o-o-oh!

Pero, al final, su madre y el montón de gente que la acompañaba se marcharon rumbo a su pueblo y la dejaron allí. Okuata se sintió huérfana y se le saltaron las lágrimas. Su suegra se la llevó a su cabaña, donde debía permanecer hasta que se celebrara el sacrificio en el cruce de caminos.

En cuanto llegó el hechicero que habían contratado para officiar la ceremonia, el grupo emprendió el camino. Estaban Obika, su hermanastro mayor, su madre y la novia. Ezeulu no iba con ellos porque rara vez salía de su *obi* de noche. Oduche se negó a ir para no ofender al catequista que predicaba contra los sacrificios.

Tomaron el camino que llevaba a Umuezeani, la aldea de donde procedía la novia. Ya reinaba la oscuridad y no se veía la luna. La lámpara de aceite de palma que llevaba la madre de Obika daba poca luz, porque tenía que poner una mano alrededor de la mecha para proteger la llama del viento. Aun así, se apagó dos veces y tuvo que acercarse a varias casas junto al camino para volver a encenderla: primero a la casa de Anosi y después a la cabaña de la viuda de Membolu.

El hechicero, que se llamaba Aniegboka, andaba en silencio delante del grupo. Era bajito, aunque al hablar subía el volumen de la voz como lo haría cualquiera para llamar desde un patio cerrado a un vecino duro de oído. Aniegboka no era uno de los curanderos famosos del clan; había sido elegido porque se llevaba bien con la familia de Ezeulu y, por otra parte, el sacrificio que iba a llevar a cabo tampoco requería una habilidad excepcional. Los niños del vecindario, que lo conocían, salían despavoridos en cuanto lo veían, porque, según decían, podía convertir a una persona en perro con darle un azote en el trasero. Pero se reían de él cuando no estaba delante, porque tenía un ojo que parecía un cauri estropeado. Por lo visto, el propio Aniegboka se había hecho de niño daño en el ojo, con la punta afilada de un asta de banano que se dedicaba a lanzar al aire y a recoger al vuelo.

Caminando en la oscuridad, el grupo se cruzó con algunas personas, a quienes solo reconocían por la voz al saludarse. La débil luz de la lámpara parecía aumentar la oscuridad a su alrededor, de manera que les resultaba difícil verse unos a otros.

Se oía un suave y constante repiqueteo procedente de la bolsa grande de piel que Aniegboka llevaba colgada al hombro. La novia sujetaba un cuenco de arcilla en una mano y una gallina en la otra. De vez en cuando la gallina chillaba, como hacen cuando un intruso las molesta en el corral por la noche. Andando en medio de la fila, Okuata era consciente de la felicidad y el miedo que sentía a la vez. Obika y Edogo iban abriendo camino con los machetes. Hablaron en algunos momentos, pero la mente de Obika no estaba en lo que decían. Su oído se esforzaba por captar el más ligero tintineo de los jigida de su novia. Distinguía sus pasos de todos los que le seguían. También él sentía ansiedad. Cuando se llevara a su mujer a su cabaña

después del sacrificio, ¿se la encontraría «entera» (como se suele decir) o descubriría, enfadado y humillado, que había llegado otro y se había llevado antes su premio? Eso no podía pasar. Todos los que la conocían eran testigos de su buen comportamiento. Obika ya había elegido una cabra enorme como regalo para su suegra si se demostraba que su mujer era virgen, aunque no sabía qué haría como al final resultara que no se la podía dar.

Obika llevaba una jarrita de agua que agarraba por el cuello con la mano izquierda. Su hermano llevaba un ramo de hojas de palma tiernas cortadas de la parte alta del árbol.

Enseguida llegaron al cruce del camino que llevaba al pueblo de la novia, el que ella había recorrido aquel mismo día por la mañana. Anduvieron una pequeña distancia y se pararon. El curandero eligió un lugar en medio del camino y le pidió a Obika que cavara un agujero allí.

—Deja ahí la lámpara —le dijo a la madre de Obika.

Ella le obedeció; su hijo se agachó y comenzó a cavar.

—Hazlo más ancho —dijo el curandero—. Sí, así.

Los tres hombres estaban en cuclillas; las mujeres, arrodilladas con el tronco erguido. La luz de la lámpara de aceite ardía ahora con fuerza.

—Dejad de cavar —dijo el curandero—. Ya es bastante profundo. Sacad la tierra suelta.

Mientras Obika sacaba la tierra roja con las dos manos, el curandero comenzó a sacar de su bolsa los objetos para el sacrificio: cuatro ñames pequeños, cuatro trozos de tiza blanca y una flor de lirio silvestre.

—Dame el *omu*.

Edogo le pasó el ramo de hojas de palma. Arrancó cuatro hojitas y apartó el resto. Luego se dirigió a la madre de Obika.

—Déjame el *ego nano*.

Ella se soltó un trocito anudado de la tela del elote, sacó un montoncito de cauris y se los dio. Él los contó con cuidado en el suelo en lotes de seis, como haría una mujer antes de comprar o vender en el mercado. Había cuatro lotes e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Se puso de pie y colocó a Okuata junto al agujero, arrodillada en dirección a su pueblo. Después se situó frente a ella al otro lado del agujero, con los objetos del sacrificio extendidos a su derecha. Los otros se quedaron un poco más atrás.

Cogió uno de los ñames y se lo dio a Okuata. Ella lo agitó por encima de su cabeza y lo metió en el agujero. El curandero añadió los otros tres. Después le dio uno de los trozos de tiza blanca y ella hizo lo mismo que con el ñame. Le pasó también las hojas de palma y la flor de lirio silvestre y al final le dio un lote de seis cauris que ella se puso en la mano, para llevar a cabo la misma acción. Al final

pronunció la absolución:

—Todos los males que hayáis visto con los ojos, o pronunciado por la boca, o escuchado con los oídos o pisado con los pies o que os hayan causado vuestros padres o vuestras madres, todos ellos los entierro aquí mismo.

Al pronunciar las últimas palabras, cogió el cuenco de arcilla y lo colocó boca abajo sobre los objetos en el agujero. Después volvió a meter la tierra suelta. La mulló un par de veces, de manera que al terminar se veía un montón ligeramente elevado sobre la superficie del camino.

—¿Dónde está el agua? —preguntó.

La madre de Obika le acercó el jarro. La novia, que ya se había levantado, se inclinó y cogiendo agua en la mano comenzó a lavarse la cara, las manos y los brazos, los pies y las piernas hasta la rodilla.

—No olvides —dijo el adivino una vez que terminó ella— que no debes pasar por este camino hasta mañana por la mañana, aunque atacaran los guerreros abam y tuvieras que huir para salvar la vida.

—El Gran Dios no dejará que tenga que salir corriendo, ni hoy ni mañana —dijo su suegra.

—Sabemos que no —dijo Aniegboka—, pero aun así debemos hacer las cosas de acuerdo con la tradición. —Después se dirigió a Obika y le dijo—: He cumplido con lo que me pediste. Tu mujer te dará nueve varones.

—Gracias —dijeron Obika y Edogo al unísono.

—Esta gallina se vendrá conmigo a mi casa —dijo, y mientras se colgaba la bolsa en el hombro, agarró a la gallina por las patas, que tenía atadas con una cuerda de banano.

Debió de darse cuenta de que ellos miraban una y otra vez al ave.

—Me la voy a comer yo solo. No se os ocurra venir a verme mañana por la mañana porque no la voy a compartir. —Se rio una vez más—. ¿No se dice que el flautista tiene que dejar de tocar de vez en cuando para sonarse la nariz?

El curandero no paró de fanfarronear durante todo el camino; presumió de la gran consideración de la que gozaba entre clanes distantes. Los demás le escuchaban a medias y de vez en cuando decían algo. Okuata fue la única que no abrió la boca.

Al llegar a lio Agbasioso, el adivino les dejó y cogió una curva a la derecha. En cuanto estuvo lo bastante lejos como para no oírlos, Obika preguntó si era costumbre allí que el adivino se llevara la gallina a casa.

—Había oído que algunos lo hacían —dijo su madre—. Pero es la primera vez que lo veo. Mi propia gallina está enterrada con el resto del sacrificio.

—Pues yo no lo he oído jamás —dijo Edogo—. Me parece que no sigue la tradición, y que pillá todo lo que puede.

—A nosotros nos tocaba poner la gallina —dijo la madre de Obika—, y lo hemos

hecho.

—Yo quería habérselo preguntado.

—No, hijo mío, mejor que no lo hicieras. No era momento de discusiones ni peleas.

Antes de retirarse a su propia casa, Obika y su esposa, Okuata, se acercaron a saludar a Ezeulu.

—Padre, ¿es costumbre que el adivino se lleve a su casa la gallina que se ha comprado para el sacrificio?

—No, hijo mío. ¿Es lo que ha hecho Aniegboka?

—Sí. Quería hablar con él, pero mi madre me ha hecho una seña para que no dijera nada.

—No es costumbre hacerlo. Que sepas que muchos curanderos son unos glotones con una barriga muy grande. —Se dio cuenta de la cara de preocupación de la mujer de Obika—. Llévate a tu esposa a casa y no te preocupes por eso. Si un adivino quiere comerse las entrañas del sacrificio como si fuera un buitre, es asunto suyo y de su *chi*. Tú has cumplido con tu parte, que era poner el animal.

Cuando le dejaron, Ezeulu tuvo la sensación de que se le ensanchaba el corazón, con un placer que no había sentido en mucho tiempo. ¿Había cambiado Obika? No solía acercarse a su padre a hacerle preguntas con un gesto de tanta preocupación en la cara. Akuebue siempre había dicho que en cuanto Obika tuviera que ocuparse de una mujer cambiaría de costumbres. Quizá fuera a producirse ese cambio. Le vino otro pensamiento a la cabeza, a modo de confirmación: en el pasado, Obika habría echado una bronca al adivino y le habría hecho enterrar la gallina. Se sonrió.

AUNQUE OKUATA se levantó al amanecer sintiéndose tímida, y rara con la tela que le cubría el cuerpo, era una timidez orgullosa. Podía acercarse a saludar a sus suegros sin sentir vergüenza porque se había demostrado que estaba «entera». Su marido estaba ya ocupado con el envío de la cabra y otros regalos a su madre, a Umuezeani, por haberle entregado una novia en condiciones. Se sentía muy aliviada, puesto que, aunque siempre había sabido que era virgen, no podía evitar un miedo secreto que de vez en cuando le susurraba al oído y le causaba algún sobresalto que otro. Le sucedía cuando recordaba aquel juego a la luz de la luna en el que Obiora le había puesto el pene entre los muslos. Aunque era cierto que solo había conseguido jugar a la entrada, no se sentía del todo segura.

No había dormido mucho, no tanto como su marido, pero se sentía satisfecha. A veces intentaba olvidarse de su bienestar para pensar cómo se habría sentido si las cosas hubieran sido de otro modo. Le aguardarían años de andar como quien teme que se le hunda el suelo bajo los pies. Todas las chicas conocían a Ogbanje Omenyi, de quien se contaba que su marido había mandado traer un machete de casa de sus padres para recortar la maleza a los lados del camino que tenía entre los muslos.

Aquella mañana todos los niños de la familia de Ezeulu querían ir a por agua al río porque la nueva esposa iba a ir. Hasta la pequeña Obiageli, que odiaba el riachuelo por las afiladas piedras que había en los alrededores, se apresuró a sacar su vasija. Por primera vez se echó a llorar cuando su madre le dijo que se quedara a cuidar al niño de Amoge.

La hermana pequeña de Obika, Ojiugo, andaba a toda prisa de un lado a otro mirando con aires de superioridad a la novia, porque hasta el niño más pequeño sabía diferenciar su cabaña de las demás del patio de su padre. La madre de Ojiugo, Matefi, se daba los mismos aires, aunque de modo más circunspecto, lo que la ponía aún más en evidencia. Sobra decir que lo que ansiaba era quedar por encima de su coesposa más joven y demostrarle que era mucho más honorable tener una nuera que dedicarse a comprar ajorcas de marfil mientras los niños andaban por ahí muertos de hambre.

—Haced el favor de volver pronto —les dijo a su hija y a la esposa de su hijo—, antes de que se seque este escupitajo en el suelo.

Y escupió.

—Lo único que puede demorarnos es el baño —dijo Nwafo—. Si ahora solamente sacamos agua y nos bañamos otro día...

—Estás loco, hijo —le dijo su madre, que hasta entonces había fingido ignorar a su coesposa mayor—. A ver, vuelve del río con el cuerpo de ayer y me dices quién está más loco, si tú o yo.

La vehemencia con la que lo dijo era desproporcionada con respecto a la causa de

su enojo. En realidad, no se enfadaba por lo que había propuesto su hijo, sino por su falta de lealtad al unirse al alegre alboroto de la otra cabaña.

—¿Y tú qué haces ahí arrastrándote como un ciempiés? —le recriminó Matefi a su hija—. ¿Te vas a pasar el día en el río en vez de trabajando?

Oduche se puso su elote largo de rayas, que le llegaba hasta la rodilla, y la camiseta blanca que normalmente llevaba a la iglesia o al colegio, lo que enojó aún más a su madre que la propuesta de Nwafo, pero logró contenerse y no decir ni una palabra.

Poco después de que se marchara el grupo, Obiageli entró en la cabaña de Ezeulu con el niño de Amoge a la espalda, que claramente era ya demasiado grande para ella; casi arrastraba una de las piernecitas.

—Esta gente está mal de la cabeza —dijo Ezeulu—. ¿A quién se le ha ocurrido dejarte a cargo de un niño que está enfermo? Llévaselo a su madre ahora mismo.

—Puedo cargar con él —dijo Obiageli.

—¿Quién carga con quién? Te he dicho que se lo lleves a su madre.

—Se ha ido al río —dijo Obiageli, dando un brinco en un intento por impedir que se le resbalara el niño de la espalda—. Pero puedo con él, ¿ves?

—Ya sé que puedes —dijo Ezeulu—, pero está enfermo y no deberíais tenerlo dando botes por ahí. Llévaselo a tu madre.

Obiageli asintió y se fue hacia el patio interior, aunque Ezeulu sabía que seguía cargando al niño, que acababa de echarse a llorar. La vocecilla de la valiente Obiageli trataba de ahogar los lloros y de dormirle con una nana:

Dile a madre que su hijo está llorando,
dile a madre que su hijo está llorando
y después prepara un guiso de úzízá;
eso, un guiso de úzízá.

Hazle una sopita de pimienta,
que deje muertos de hipo
a los pajaritos que se la beban.

La cabra de madre está en el granero,
ay, los ñames están en peligro;
la cabra de padre está en el granero,
ay, verás cómo se zampan los ñames.

¡Mira ese cervatillo que se acerca!
¿Lo ves? ¡Ha metido un pie en el agua
y le ha pillado la serpiente!

¡Se retira!

Ja, ja. Ja kulo kulo!

Bienvenido a casa,
halcón viajero.
Ja, ja. Ja kulo kulo!
Dime, ¿dónde está la pieza
de tela que compraste?
Ja, ja. Ja kulo kulo!

—¡Nwafo! ¡Nwafo! —gritó Ezeulu.

—¡Nwafo se ha ido al río! —replicó su madre desde su cabaña.

—¿Que Nwafo ha hecho qué? —preguntó Ezeulu.

Ugoye decidió acercarse al *obi* y explicarle en persona que Nwafo se había ido por decisión propia.

—Nadie le ha mandado que vaya —dijo.

—¿Nadie le ha mandado que vaya? —replicó Ezeulu, imitando el tono de voz de un niño—. ¿Has dicho que nadie le ha mandado que vaya? ¿No sabes que tiene que barrer mi cabaña por las mañanas? ¿O esperas que reciba a la gente y reparta nuez de cola en una cabaña sucia? ¿Partía tu padre la nuez de cola encima de la ceniza de la hoguera del día anterior? Las abominaciones que todos os dedicáis a cometer en esta casa caerán un día sobre vuestras cabezas. Si Nwafo está hecho un gallito y no te hace caso, ¿por qué no le has dicho a Oduche que venga a limpiarme la cabaña?

—Oduche se ha ido con todos.

Ezeulu decidió no seguir hablando. Su mujer se marchó, para volver enseguida con dos escobas. Barrió la cabaña con la escoba de hojas de palma y la parte de delante del *obi* con un manojo más grande y más fuerte de okeakpa.

Al salir de su cabaña, Obika la vio barrer la entrada y le preguntó:

—¿Ahora barres tú el *iru-ezti*? ¿Dónde se ha metido Nwafo?

—Nadie viene al mundo con una escoba en la mano —respondió irritada.

Subió el volumen de la canción que tarareaba. Debido a la longitud de la escoba, la empuñaba como si fuera un remo. Ezeulu se sonrió. Al terminar, recogió la basura en un montoncito y lo llevó al terreno que quedaba a la derecha, donde se proponía plantar yuca esa estación.

Akuebue había planeado visitar a Ezeulu justo después del almuerzo, para festejar con él la alegría de la boda de su hijo. Pero quería comentarle otros asuntos importantes y por eso decidió ir pronto, antes de que se llenara la casa de otros visitantes en busca de vino de palma. Aunque habían hablado muchas veces de estas cosas, Akuebue había oído aquellos días ciertos rumores muy preocupantes. Se referían a Oduche, el tercer hijo de Ezeulu, enviado por su padre a aprender los secretos de la magia de los blancos. Desde el principio, Akuebue había tenido dudas sobre el sentido de lo que había hecho Ezeulu, pero este le había persuadido de lo

acertado de su decisión. Sin embargo, ahora esto lo utilizaban los enemigos de Ezeulu para dañar su reputación. La gente decía: «Si el sumo sacerdote de Ulu envía a su hijo a los que matan y comen a la serpiente pitón, además de cometer otras atrocidades, ¿qué espera que haga la gente corriente? El lagarto que siembra la confusión en el funeral de su madre, ¿cómo va a pretender que los extranjeros carguen con el peso de honrar a la muerta?».

Y ahora el hijo mayor de Ezeulu se había unido, aunque a escondidas, a los opositores de su padre. Había ido a casa de Akuebue el día anterior para pedirle que, como amigo más íntimo de Ezeulu, se presentara en su casa y le hablara sin pelos en la lengua.

—¿Qué te pasa?

—El padre debe mantener unida a su familia, en vez de sembrar discordia entre sus hijos.

Cada vez que Edogo tenía una preocupación le entraba un tartamudeo terrible, y eso fue lo que le sucedió en aquel momento.

—Te escucho.

Edogo le dijo que la razón por la que Ezeulu había mandado a Oduche con los de la religión nueva era para hacer que Nwafo heredara el cargo de sumo sacerdote.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Akuebue. Antes de que Edogo le respondiera, agregó—: Hablas de Nwafo y de Oduche, pero ¿qué pasa contigo y con Obika?

—A Obika no le interesan nada estas cosas... y a mí tampoco.

—Sin embargo, Ulu no pregunta a nadie si le interesan o no estas cosas. Como le interesas tú, va a ir a por ti... Incluso puede que elija al que se ha ido con los de la nueva religión.

—Es verdad —dijo Edogo—, pero lo que me preocupa es que mi padre le haga creer a Nwafo que va a ser el elegido. Si, como bien dices, mañana llega Ulu y elige a otro, habrá un conflicto en la familia; mi padre ya no estará entre nosotros, y yo no puedo dejar de dar vueltas en la cabeza a este asunto.

—Lo que dices es muy cierto y me parece normal que te preocupes por achicar el agua antes de que te llegue al tobillo. —Se quedó pensativo y añadió—: Pero no creo que haya ningún conflicto, porque, al fin y al cabo, Nwafo y Oduche son hijos de la misma madre. Es una suerte que a ti y a Obika no os interese esto.

—Pero ya conoces a Obika —replicó Edogo—. Cualquiera día de estos se levanta y dice que eso es lo que quiere.

El anciano y el hijo de su amigo mantuvieron una larga conversación. Al levantarse Edogo para marcharse (había anunciado su intención de irse tres o cuatro veces antes de ponerse de pie), Akuebue le prometió que hablaría con Ezeulu. Sintió pena y un cierto desprecio por el joven. ¿Por qué no se atrevía a abrir la boca como

un hombre y decir que quería ser sacerdote en lugar de esconderse detrás de Oduche y de Obika? Esa era la razón por la que Ezeulu no lo tenía en cuenta. Así pues, ¿tenía la esperanza de que el afa pronunciara su nombre cuando llegara el día? El chico no va a caer donde alguien recoja su cuerpo, pensó. No hace falta que venga un oráculo a decir que no vale para sumo sacerdote. El maíz maduro se reconoce con una sola mirada.

Aun así, Akuebue compadeció a Edogo. Sabía cómo se destronaba al primogénito para que los hermanos pequeños recibieran alguna atención. Sin duda, esa era la razón por la cual, desde la fundación de Umuaro y durante siete generaciones, Ulu había decidido dar un solo hijo varón a cada uno de sus sucesivos sumos sacerdotes.

Aquella mañana, de camino al arroyo, la novia, que en su vida apenas había visto camisetas blancas, se interesó más de lo debido por Oduche y aquella nueva religión que traía tales maravillas. Para poner freno a su entusiasmo, la celosa de Ojiugo le susurró que los devotos del novedoso culto mataban y comían serpientes pitón. La novia, que como cualquiera de Umuaro había oído hablar del caso de Oduche y la pitón, preguntó preocupada:

—¿La mató? Nos dijeron que lo único que hizo fue meterla en una caja.

Por desgracia, Ojiugo era una de esas personas incapaces de hablar en voz baja, y Oduche oyó lo que había dicho. El chico corrió hacia Ojiugo y, en palabras de Nwafo cuando después relató el incidente, le soltó un trueno en la cara. Por su parte, Ojiugo casi le tiró su vasija y atacó a Oduche con las pulseras de metal que llevaba en las muñecas, con unas bofetadas bien fuertes. Oduche respondió con ferocidad y le dio un violento golpe con la rodilla en la barriga. Muchos de los que intentaron separarlos criticaron a Oduche y le insultaron. Pero Ojiugo no soltaba a su hermano y le decía llorando: «¡Mátame hoy mismo! ¡Tienes que matarme! ¿Me oyes, zampaserpientes? ¡Tienes que matarme!». Mordió a uno de los que intentaban separarla y arañó a otro.

—Dejadla en paz —dijo una de las mujeres, exasperada—. Si quiere que la maten, dejad que la maten.

—No digas esas cosas. ¿No estabas tú aquí cuando casi la mata de una patada en la tripa?

—¿Es que ella no puede parar de azuzarle? —preguntó una tercera.

—No, por lo visto, no —dijo la segunda mujer—. El chico parece uno de esos que se envalentonan en cuanto ven a una mujer.

La multitud se dividió inmediatamente entre los que apoyaban a Ojiugo y los que pensaban que ya se había vengado lo suficiente. Estos últimos aconsejaron a Oduche que hiciera oídos sordos a los insultos de Ojiugo, que no le contestara y que regresara al río.

—La cría del halcón no falla a la hora de devorar polluelos —dijo Oyilidie, a quien había mordido una vez Ojiugo—. Esta es una bruta; ha salido a su madre.

—¿Tenía que haber salido a tu madre, o qué? —intervino Ojinika, una mujer corpulenta que estaba peleada con Oyilidie.

La gente decía que, a pesar de su aspecto duro y de la rapidez con la que se enzarzaba en discusiones, solo tenía fuerza en la boca, y que hasta un niño de dos años podía derribarla con solo soplar.

—No se te ocurra abrir esa boca asquerosa delante de mí, ¿me oyes? —dijo Oyilidie—. O me comeré las semillas de okra que tienes ahí dentro. A lo mejor se te ha olvidado...

—Anda, vete a comer mierda —gritó Ojinika.

Ya estaban las dos midiéndose la una a la otra, de puntillas y sacando pecho.

—¿Y a estas dos qué les pasa? —preguntó otra—. Apartaos, que voy a pasar.

Ojiugo llegó a casa entre sollozos. Nwafo y Oduche habían vuelto antes, pero la madre de Ojiugo no se había dignado preguntarles por los demás. Al ver entrar a Ojiugo quiso preguntarle si habían tenido que esperar a que el río volviera de algún viaje o se despertara de algún sueño, pero se contuvo.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Ojiugo siguió gimoteando. Su madre la ayudó a descargar la vasija de agua y le preguntó de nuevo qué le pasaba. Antes de decir nada, Ojiugo entró en la cabaña, se sentó en el suelo y se secó los ojos. Entonces contó la historia. Matefi observó la cara de su hija y vio lo que parecía la huella de los cinco dedos de Oduche. Inmediatamente comenzó a lanzar gritos de protesta y lamentos para que lo oyera todo el vecindario.

Ezeulu caminó lo más tranquilamente que pudo hasta el patio interior y preguntó a qué venía aquel jaleo. Matefi lloró más fuerte.

—Cierra la boca —le ordenó Ezeulu.

—¡Me dices que cierre la boca —gritó Matefi— cuando Oduche se ha llevado a mi hija al río y le ha pegado una paliza de muerte! ¡Cómo voy a callarme si me traen un cadáver! Mírale la cara; ahí están marcados los cinco dedos del chaval... — chillaba en un tono cada vez más alto, que retumbaba en la cabeza.

—¡Te he dicho que cierres la boca! ¿Te has vuelto loca?

Matefi dejó de gritar. Se quejó resignada:

—He cerrado la boca. ¿Por qué no voy a cerrar la boca? Después de todo, Oduche es hijo de Ugoye. Sí, que se calle Matefi.

—¡Que no se le ocurra a nadie decir mi nombre! —gritó la otra esposa saliendo de su cabaña, donde había permanecido sentada como si el ruido del patio viniera de un clan lejano—. He dicho que nadie mencione mi nombre.

—Eh, tú, cierra la boca —le dijo Ezeulu—. Nadie ha dicho tu nombre.

—¿No la has oído decir mi nombre?

—¿Y qué pasa si lo ha hecho? Ve y tírate encima de ella, si puedes.

Ugoye gruñó y regresó a su cabaña.

—¡Oduche!

—Sí.

—¡Ven aquí!

Oduche salió de la cabaña de su madre.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ezeulu.

—Pregúntaselo a Ojiugo y a su madre.

—Te he preguntado a ti. Y como vuelvas a decirme que le pregunte a otra persona, vendrá un perro esta mañana a lamerte las cuencas de los ojos. ¿Dónde habéis aprendido a hablarme así? —Los miró a todos, con aspecto de leopardo agazapado—. Al primero que abra la boca y vuelva a decir pío le enseñaré que, cuando los espíritus enmascarados hablan, se guarda silencio.

Volvió a mirar a su alrededor, se dio la vuelta y regresó a su *obi*, porque la ira apagó su interés por el motivo de la riña.

La prisa de Akuebue por sacar el tema de Oduche resultó poco prudente. Tenía mucho afán por acabar antes de que llegara más gente, pues no había duda de que enseguida se llenarían las tres casas familiares. Volverían varios de los que habían estado allí la noche anterior, y vendrían muchos más por primera vez, ya que con el hambre reinante, cuando en la mayoría de los graneros solo quedaban los ñames para la siembra, nadie podía permitirse perder la oportunidad de dar un bocado y beber del cuerno en la casa de un rico. Akuebue sabía que, en cuanto llegara el primero, tendría que dejar de hablar con Ezeulu; de manera que no perdió el tiempo. Si hubiera sabido lo molesto que estaba Ezeulu, quizá hubiera esperado a hacerlo otro día.

Ezeulu lo escuchó en silencio, más irritado a cada momento que pasaba y tratando de contenerse, con las manos detrás de la espalda.

—¿Ya has terminado? —preguntó a Akuebue cuando este dejó de hablar.

—Sí, ya he terminado.

—Te saludo. —Su mirada perdida no se dirigió a su invitado, sino hacia el dintel—. No puedo decirte que hayas hecho nada malo; no has dicho nada reprochable que no se le pueda decir a un amigo. Yo no estoy ciego ni sordo. Sé que Umuaro está dividido y confuso y sé que algunos se reúnen en secreto para convencer a los demás de que yo soy la causa del problema. Pero ¿por qué me va a quitar eso el sueño? Esas historias no son nuevas y terminarán como las demás. Cuando lleguen las lluvias, habrán pasado cinco años desde que ese mismo hombre dijera en una reunión secreta en su casa que si Ulu no luchaba de su parte en su vergonzosa guerra lo destronarían.

Ulu y yo seguimos esperando a que venga a derrocarlos. Lo que me molesta no es que un cretino pedante al que le cuelgan vacíos los testículos se olvide de quién es solo porque se hizo rico de milagro; no, lo que me molesta es que el cobarde del sacerdote de Idemili se esconda detrás de él y le aliente.

—Son celos —dijo Akuebue.

—¿Celos de qué? No soy el primer Ezeulu de Umuaro, ni él es el primer Ezidemili. Si su padre y el padre de su padre y los que les precedieron no tuvieron celos de mis antepasados, ¿por qué iba a estar él celoso de mí? No, no son los celos sino la imbecilidad; es como meter la cabeza en la olla. Pero, si son celos, que siga adelante. Por mucho que la mosca que se posa en un montón de estiércol se dé aires de grandeza, no podrá mover el montón.

—Todo el mundo conoce a esos dos —dijo Akuebue—. Todos sabemos que si conocieran el camino a *Ani-Mmo* irían a pelearse con nuestros antepasados por haber entregado el sacerdocio de Ulu a Umuachala en vez de a su pueblo. No me preocupan. Lo que me preocupa es lo que dicen todos los del clan.

—¿Y quién le cuenta al clan lo que andan diciendo? ¿Qué sabe el clan? A veces, Akuebue, me haces reír. Estabas aquí, ¿o es que entonces no habías nacido?, cuando el clan decidió hacer la guerra a Okperi por un terreno que no nos pertenecía. ¿No me levanté a advertirle a Umuaro lo que pasaría? Y al final, ¿quién tenía razón? Lo que yo dije, ¿sucedió o no?

Akuebue no respondió.

—Sucedió todo tal y como yo había advertido.

—Eso no lo dudo —dijo Akuebue y, en un repentino arrebato de impaciencia y de imprudencia, agregó— Pero olvidas una cosa: que nadie, por muy importante que sea, puede hacer prevalecer su criterio frente al del clan. Piensa lo que quieras sobre lo que hiciste en aquella disputa por los terrenos, pero estás equivocado. Umuaro siempre dirá que los traicionaste ante los blancos. Y también dirán que los has vuelto a traicionar hoy por mandar a tu hijo a unirse en la profanación de la tierra.

La respuesta de Ezeulu demostró a Akuebue una vez más que hasta para su mejor amigo el sacerdote era inescrutable. Ni sus propios hijos lo conocían. Akuebue no estaba seguro de la respuesta que había imaginado, pero desde luego no era la risa que oyó en aquel momento. Sintió ansiedad y temor, como quien se topa con un loco riendo en un camino solitario. Aunque no tuvo tiempo de analizar aquel extraño sentimiento de miedo, volvería a experimentarlo más adelante, y solo entonces comprendería su significado.

—No me hagas reír —volvió a decir Ezeulu—. Así que ¿traicioné a Umuaro a favor de los blancos? Déjame que te haga una pregunta: ¿quién trajo aquí a los blancos? ¿Ezeulu? Declaramos la guerra a Okperi, que son nuestros hermanos de sangre, por un terreno que no nos pertenecía y tú les reprochas a los blancos que se metieran por medio. ¿No sabes que cuando dos hermanos están peleados se lleva la cosecha un forastero? ¿Cuántos blancos había en el pelotón que destruyó Abame? ¿Lo sabes? Cinco. —Se sujetó la mano derecha con los cinco dedos extendidos—. Cinco. A ver, ¿alguna vez habías oído que cinco personas, aunque tocaran el cielo

con la cabeza, pudieran derrotar a todo un clan? Imposible. Con todo su poderío y su magia, los blancos no hubieran podido derrotar a todo Olu y a Igbo si no les hubiéramos ayudado. ¿Quién les mostró el camino hasta Abame? No han nacido allí; entonces, ¿cómo encontraron el camino? Se lo enseñamos nosotros, y lo seguimos haciendo. Así que no me venga nadie ahora a quejarse de que los blancos han hecho esto o lo otro. El que trae leña infestada de hormigas a su cabaña no debería quejarse cuando se encuentre con la visita de los lagartos.

—No puedo negar nada de lo que dices. Cometimos muchos errores en el pasado, por lo que no deberíamos repetirlos en el presente. Sabemos lo que hicimos mal, de manera que podemos corregirlo. Ya sabemos cuándo empezó a caernos esta lluvia encima...

—No estoy tan seguro —dijo Ezeulu—. Lo sepamos o no, no debemos olvidar una cosa. Hemos enseñado a los blancos el camino hasta nuestras casas y les hemos ofrecido taburetes para sentarse. Si ahora queremos que se vayan, tendremos que esperar a que se cansen de su visita o echarlos. ¿Crees que para echarlos sirve de algo el cargarle con la culpa de todo a Ezeulu? Inténtalo, y, si lo consigues, en cuanto me entere, vendré a estrecharte la mano. Yo hago las cosas a mi manera y así actuaré. Veo cosas donde muchos están ciegos. Por eso soy a la vez conocido e inescrutable. Eres mi amigo y sabes si soy un ladrón, un asesino o un hombre honrado. Pero no puedes saber quién toca el tambor que hace bailar a Ezeulu. Veo el mañana; por eso puedo contárselo a Umuaro: «Dejadlo porque es un camino hacia la muerte o haced esto porque será provechoso». Si me escuchan, bien; si se niegan, también bien. Ya he pasado la época de bailar para recibir regalos. Conociste a mi padre, que fue sacerdote antes que yo. Conociste a mi abuelo, aunque con los ojos de un niño.

Akuebue asintió.

—¿No acabó mi padre con el ichi en Umuaro? Se alzó con todo su poderío y dijo: «No seguiremos marcando nuestros rostros como si fueran puertas ozo».

—Eso fue lo que hizo.

—¿Y cuál fue la respuesta de Umuaro? Lo maldijeron; dijeron que sus hombres parecerían mujeres. Dijeron: «¿Cómo va a probarse la valentía de un hombre?». ¿Y quién se hace hoy esas preguntas?

Akuebue pensó que ya se había mostrado suficientemente de acuerdo con Ezeulu como para ser capaz de volver a disentir.

—No se puede poner en duda lo que dices —dijo—, pero, si es cierto lo que nos han contado, tu padre no estuvo solo en aquella lucha. Se dice que había más gente contraria al ichi en Umuaro que...

—¿Es así como te contó tu padre la historia? Yo oí otra diferente. De cualquier modo, lo importante es que el sumo sacerdote los guio y que ellos le siguieron. Pero si hay habladurías sobre esto, ¿qué me dices de los acontecimientos de la época de mi

padre? No eras un niño cuando mi padre abolió la costumbre que hacía de todo hijo nacido de una viuda un esclavo a menos que...

—No soy yo quien debe cuestionar las cosas que dices, Ezeulu. Soy tu amigo y puedo hablarte como quiera; pero eso no quiere decir que me olvide de que la mitad de ti es humana y la otra mitad es espíritu. Y aunque lo que cuentas de tu padre y de tu abuelo es muy cierto, todo eso sucedió en su época, y lo que pasa hoy no es lo mismo; ni siquiera hay similitud alguna. Tu padre y tu abuelo no hicieron lo que hicieron para agradar a un forastero...

Aquello hirió a Ezeulu profundamente, pero de nuevo contuvo la ira con firmeza.

—No me hagas reír —dijo—. Si llegara alguien y te dijera que Ezeulu envió a su hijo a una extraña religión para agradar a otro hombre, ¿qué le dirías? Yo te digo que no me hagas reír. ¿Quieres que te explique por qué mandé a mi hijo? Pues escucha. Cuando llega una enfermedad desconocida, no se puede curar con hierbas corrientes. Para hacer un hechizo buscamos el animal cuya sangre corresponda a su poder; si un pollo no sirve, buscamos una cabra o un carnero; si eso no es suficiente, mandamos traer un toro. Pero a veces tampoco un toro es suficiente, por lo que debemos buscar a un ser humano. ¿Crees que lo que nos gusta es escuchar el grito de la muerte en medio de los borbotones de sangre? No, amigo, lo hacemos porque hemos llegado al final de todo y sabemos que no servirán ni un gallo ni una cabra ni un toro. Y nuestros antepasados nos han dicho que incluso toda una desventurada generación puede verse empujada hasta el extremo, y colgar encima de un fuego con la espalda partida en dos. Cuando esto sucede, puede que sacrifiquen a los de su propia sangre. Eso es lo que querían decir nuestros sabios al afirmar que el hombre que no tiene otro sitio donde poner la mano para pedir ayuda se la pone en su propia rodilla. Por eso nuestros antepasados, al verse empujados hasta el límite por los guerreros abam, no sacrificaron a un extranjero, sino a uno de los suyos, y crearon la gran medicina a la que llamaron Ulu.

Akuebue hizo crujir los dedos y movió la cabeza de arriba abajo. «Así que se trata de un sacrificio —se dijo a sí mismo—. De manera que Edogo tenía razón después de todo, aunque pareciera tan necio en aquel momento». Hizo una pausa y después habló en voz alta:

—¿Qué pasa si este chico al que has sacrificado resulta ser el elegido de Ulu cuando se te busque y ya no se te encuentre?

—Deja que la divinidad se ocupe de eso. Cuando llegue la hora a la que te refieres, Ulu no te pedirá consejo ni ayuda. Que eso no te quite el sueño.

—Claro que no, como si no tuviera bastante con mis propios problemas... ¿por qué debería volver a casa con los tuyos? ¿Dónde iba a encontrar sitio para ponerlos? Sin embargo, debo repetir lo que te dije antes y, si no quieres escucharlo, tápate las orejas. Cuando hablaste sobre la guerra contra Okperi no estabas solo. También yo

estaba en contra, como muchos otros. Pero si mandas a tu hijo con los extranjeros que se dedican a profanar nuestra tierra, te quedarás solo. Si quieres ve y escríbetelo en esa pared, para que te recuerde que te lo advertí.

—¿Quién ha de decir cuándo ha sido profanada la tierra de Umuaro, tú o yo? — La boca de Ezeulu esbozó una mueca de altiva indiferencia—. Y respecto a lo de estar solo, ¿no crees que es algo que debería resultarme ya tan familiar como lo es la tierra para los muertos? Amigo mío, no me hagas reír.

Nwafo, que había entrado en la cabaña de su padre cuando Akuebue decía que Ezeulu era mitad hombre y mitad espíritu, no entendía la discusión. Pero ya había visto escenas que también parecían peligrosas y que no acababan en nada serio. De manera que no se sorprendió cuando su padre le dijo que le pidiera a su madre aceite de palma rociado con pimienta molida. Al volver vio que Ezeulu ya había bajado su cesta. La cesta tenía una tapa ajustada y colgaba del techo justo sobre la hoguera, junto con la falda de rafia de Ezeulu, dos calabazas y algunas mazorcas de maíz de la estación anterior escogidas por su buena calidad para plantarlas. La cesta, el maíz y la falda de rafia tenían un color negruzco por el humo.

Ezeulu abrió la cesta redonda, sacó una pata de cabra cocida y ahumada y cortó una tira para Akuebue y otra más pequeña para él.

—Creo que necesito algo para envolverla —dijo Akuebue.

Ezeulu ordenó a Nwafo que cortara un trozo de hoja de banano. La colocó encima de los troncos que ardían al fuego hasta que se puso ligeramente mustia y perdió su crujiente frescura; se la pasó a Akuebue, que partió la carne por la mitad, envolvió la parte más grande en la hoja de banano y la guardó en su bolsa. Después empezó a comer la otra mitad, mojándola en el aceite de palma con pimienta.

Cuando los dos forasteros llegaron a la entrada de la casa de Ezeulu, el escolta dio unas palmadas y dijo:

—¿Está en casa el dueño?

Tras una pequeña pausa, Ezeulu respondió:

—Pasad y lo veréis.

El escolta se inclinó y atravesó el dintel bajo; el otro le siguió. Ezeulu les dio la bienvenida y les indicó que se sentaran.

El mensajero judicial se sentó en el banco de adobe, pero el escolta se quedó de pie. Una vez que se hubieron saludado, se presentó a Ezeulu como el hijo de Nwodika, de Umunneora.

—Me pareció ver la cara de tu padre en cuanto entraste —dijo Akuebue.

—Cierto —dijo Ezeulu—. Cualquiera que lo mire sabe que ve a Nwodika. Tu amigo parece venir de muy lejos.

—Sí, venimos de Okperi...

—¿Vivís en Okperi? —preguntó Ezeulu.

—Sí —replicó Akuebue—. ¿No has oído hablar de uno de nuestros jóvenes que vive con los blancos en Okperi?

Ezeulu lo sabía, por supuesto, pero fingió no saber nada.

—¿De verdad? —preguntó—. Hoy día no me entero de muchas cosas. Así que ¿habéis salido de Okperi esta mañana y ya habéis llegado? Qué bueno ser joven y fuerte. ¿Cómo están los del pueblo de mi madre? Ya sabéis que mi madre era de Okperi.

—Aunque no había más que felicidad y risas cuando nos fuimos, no puedo decir lo que habrá sucedido desde entonces.

—¿Y quién es tu compañero?

—Es el mensajero principal del blanco, del Destructor de Fusiles.

Ezeulu hizo crujir los dedos y asintió.

—¿Así que este es el mensajero de Wintabota? ¿Es de Okperi?

—No —dijo el escolta—, es del clan de Umuru.

—¿Qué tal estaba Wintabota cuando os fuisteis? Hace mucho que no le vemos por aquí.

—Bien. Este hombre es su ojo.

Al mensajero principal no parecía gustarle mucho la conversación. En su mente estaba enfadado con aquel hombre de bosque con aires de superioridad que hacía como que conocía al oficial del distrito. El escolta se daba cuenta y hacía lo imposible por dejar clara su importancia.

—Bienvenido, forastero —dijo Ezeulu—. ¿Cómo te llamas?

—Se llama Jekopu —dijo el escolta—. Como decía, nadie ve al Destructor de Fusiles sin su consentimiento. No hay una sola persona en Okperi que no sepa quién es Jekopu. El Destructor de Fusiles me pidió que le acompañara en este viaje porque no conoce esta zona.

—Sí —dijo Ezeulu con una mirada elocuente en dirección a Akuebue—. Correcto. El blanco envía a uno de Umuru y al de Umuru le enseña el camino uno de Umuaro. —Se rio—. ¿Qué te había dicho, Akuebue? Nuestros sabios tenían razón al decir que, por muchos espíritus que conspiran para que muera un hombre, no sucederá nada hasta que su dios personal no intervenga en la deliberación.

Los dos hombres se quedaron perplejos. Entonces el hijo de Nwodika dijo:

—Así es; pero nuestra misión no tiene nada que ver con la muerte.

—No, no he dicho eso. Es solo una forma de hablar. Tenemos un dicho según el cual la serpiente nunca es tan larga como el palo con el que comparamos su longitud. Sé que Wintabota no mandará una misión de muerte a Ezeulu. Somos buenos amigos. Lo que he dicho es que ningún forastero puede llegar a Umuaro si no le enseña el camino un hijo de la tierra.

—Es verdad —dijo el escolta—. Hemos venido...

—Amigo —interrumpió el mensajero principal—, tú ya has cumplido con tu cometido; el resto me toca a mí. Así que mete la lengua en su sitio.

—Perdóname. Me retiro.

Ezeulu mandó a Nwafo a por nuez de cola a casa de Matefi. En aquel momento entraron Obika y Edogo, quienes se habían enterado de que había un mensajero del blanco en la cabaña de su padre. Cuando llegó, la nuez de cola se mostró a todos y se partió.

—¿Han vuelto ya los que enviaste al mercado a por vino de palma? —preguntó Ezeulu.

Obika dijo que no.

—Ya me imaginaba que no. El que quiere comprar vino de palma no se queda parado en su casa hasta que se haya vendido todo el vino del mercado.

Seguía con la espalda apoyada en la pared, con una pierna un poco despegada del suelo y las manos cruzadas alrededor de la espinilla.

Al quitarse su gorro azul y ponérselo en la rodilla, el mensajero judicial dejó al descubierto su cabeza bien afeitada y brillante de sudor; el borde le había dejado un círculo alrededor de la cabeza. Carraspeó y habló, casi por primera vez:

—Mis saludos a todos. —Sacó un librito del bolsillo superior y lo abrió al estilo de los blancos—. ¿Quién de vosotros es Ezeulu? —preguntó mirando primero el libro y después a la concurrencia en la cabaña.

Nadie habló; se quedaron mudos de asombro. Akuebue fue el primero en recuperarse.

—Mira a tu alrededor y cuéntate los dientes con la lengua —le dijo—. Siéntate, Obika, acostúmbrate a escuchar a los forasteros que hablan de nariz.

—¿Y tú dices que eres de Umuru? —preguntó Ezeulu—. ¿No hay ancianos y sacerdotes allí?

—No te tomes a mal mi pregunta. El blanco tiene su propia manera de hacer las cosas. Antes de hacer algo te preguntará tu nombre primero y la respuesta ha de salir de tu propia boca.

—Si todavía te queda una pizca de sentido común en la barriga —dijo Obika—, sabrás que no estás en la casa del blanco sino en Umuaro, en la casa del sumo sacerdote de Ulu.

—Calla, Obika. Ya has oído lo que ha dicho Akuebue sobre los forasteros que hablan de nariz. ¿Sabes si tienen sumos sacerdotes en su tierra o en la tierra del blanco?

—Dile a ese joven que no se le ocurra hablarme en ese tono. Si no ha oído hablar de mí, que pregunte a quienes me conocen.

—Vete a comer mierda.

—¡Cierra la boca! —rugió Ezeulu—. Este hombre ha hecho un viaje desde la

tierra de mi madre hasta mi casa y os prohíbo que le insultéis. Además, no es más que un extranjero. Si no nos gusta su mensaje, no debemos pelearnos con él sino con quien le haya enviado.

—Tienes toda la razón —dijo Akuebue.

—No tengo nada que decir —repuso el escolta.

—Me has hecho una pregunta —continuó Ezeulu dirigiéndose al mensajero—. Ahora te voy a responder. Yo soy Ezeulu, de quien hablabas. ¿Satisfecho?

—Gracias. Aquí somos todos hombres hechos y derechos, pero en cuanto abrimos la boca distinguimos a los niños de los hombres. Ya hemos hablado mucho; unas palabras han sido útiles, y otras, no; unas proceden de la sobriedad, y otras de la ebriedad. Ha llegado el momento de explicaros a qué he venido, ya que el sapo no corre de día a menos que le persigan. No he hecho el camino de Okperi hasta aquí para estirar las piernas. Vuestro propio pariente os ha contado que el capitan Wintabor-tom me ha encargado muchos de sus asuntos. Es el jefe de los blancos en esta zona. Hace más de diez años que lo conozco y todavía no sé de un blanco que no tiemble ante él. Al enviarme aquí no me dijo que tuviera ningún amigo en Umuaro. —Sonrió con desdén—. Pero ya comprobaré mañana si es verdad lo que dices, cuando te lleve ante él.

—¿De qué hablas? —dijo Akuebue, alarmado.

El mensajero judicial continuó mostrando una sonrisa amenazadora.

—Sí —dijo—. Tu amigo Wintabota —pronunció el nombre a la manera ignorante de su audiencia— ha ordenado que te presentes mañana por la mañana ante él.

—¿Dónde? —preguntó Edogo.

—Dónde va a ser, en su oficina de Okperi.

—Está loco —dijo Obika.

—No, amigo, si alguien está loco aquí eres tú. En fin, que se prepare Ezeulu ahora mismo. Afortunadamente, la nueva carretera hace que hasta un tullido quiera ir de paseo. Salimos esta mañana en cuanto cantó el gallo y cuando nos quisimos dar cuenta ya estábamos aquí.

—He dicho que el tipo está loco. ¿Quién...?

—No está loco —dijo Ezeulu—. Es un mensajero y debe transmitir el mensaje como se lo han transmitido a él. Deja que termine.

—Ya he terminado —dijo el otro—. Pero pido que quien sea responsable de este joven le dé algún que otro consejo, por su propio bien.

—¿Seguro que nos has comunicado todo el mensaje?

—Sí, el blanco no es como los negros: no malgasta palabras.

—Te saludo —dijo Ezeulu—, y te doy la bienvenida de nuevo: Nno!

—Ah, se me olvidaba una cosa —dijo el mensajero judicial—. Viene mucha gente a ver al blanco y puede que tengas que esperar tres o cuatro días en Okperi

antes de que te toque el turno. Ya sé que un hombre como tú no querrá pasar muchos días fuera de su pueblo. Si te portas bien conmigo, lo organizaré para que le veas mañana. Está todo en mis manos; si yo digo que el blanco ha de ver a tal persona, la ve. El chico de tu clan te dirá lo que como.

Sonrió y volvió a ponerse la gorra en la cabeza.

—Eso no tiene importancia —dijo Ezeulu—. No va a causar ninguna pelea. No creo que lo que te metas en esa barriguilla tuya te sitúe muy por encima de mí. Si es así, aquí están mis parientes para ayudar. —Hizo una pausa y pareció disfrutar ante la ira del mensajero por la mención a su pequeña talla—. Tú tienes que regresar, no obstante, y dile a tu blanco que Ezeulu no se va de su cabaña. Si quiere verme, que venga aquí. El hijo de Nwodika que te enseñó el camino puede enseñárselo a él también.

—¿Sabes lo que dices, amigo? —preguntó el mensajero sin dar crédito a lo que oía.

—Eres un mensajero, ¿sí o no? —preguntó Ezeulu—. Vuelve a tu casa y comunícale mi mensaje a tu amo.

—No discutamos por esto —intervino rápidamente Akuebue para salvar la situación, que su espíritu le decía que era peligrosa—. Si el mensajero del blanco nos da un poco de tiempo, hablaremos en voz baja.

—¡Basta de cuchicheos! —dijo Ezeulu indignado—. Acabo de transmitir mi mensaje.

—Danos un poco de tiempo —le dijo Akuebue al mensajero, que accedió y salió afuera—. Sal con él —le dijo al escolta.

Ezeulu no participó en la consulta que siguió. Cuando el mensajero y su compañero volvieron a la cabaña, fue Akuebue quien les dijo que, por respeto hacia el blanco, Ezeulu había accedido a enviar a su hijo, Edogo, para que fuera a buscar el mensaje destinado a su padre.

—En Umuaro no es costumbre rechazar una convocatoria, aunque nos neguemos a hacer lo que se nos ordena. Ezeulu no quiere rechazar la llamada del blanco, por lo que envía a su hijo.

—¿Es esa vuestra respuesta? —preguntó el mensajero.

—Sí —replicó Akuebue.

—No la voy a transmitir.

—Entonces vete al bosque y come mierda —dijo Obika—. ¿Ves adonde apunta mi dedo? A ese arbusto.

—Nadie va a comer mierda —dijo Akuebue y, dirigiéndose al mensajero, agregó—: Nunca he oído de ningún mensajero que escogiera el mensaje que iba a transmitir. Ve y dile al blanco lo que dice Ezeulu. ¿O acaso eres tú el blanco?

Ezeulu, que se había apartado un poco de los demás, volvió a limpiarse los

dientes con el palillo.

EN cuanto el mensajero y su escolta salieron de la cabaña de Ezeulu de vuelta a Okperi, el sumo sacerdote ordenó al anciano que tocaba el *ikolo* gigante que convocara a los ancianos y a los *ndichie* a una reunión urgente al atardecer. Enseguida el *ikolo* comenzó a hablar a los seis pueblos. Por todas partes los ancianos y los hombres con títulos oyeron la señal y se prepararon para la reunión. Quizá fuera la amenaza de la guerra, aunque nadie hablaba ya de guerras en esa época de blancos. Era más probable que la divinidad de Umuaro hubiera revelado a través de la adivinación alguna injusticia con la que debía acabarse pronto o si no... Pero fuera lo que fuera (una llamada a prepararse para la batalla o a celebrar un sacrificio comunitario) era urgente, pues el *ikolo* no se tocaba fuera de la estación excepto en grandes emergencias, cuando, como decía el refrán, un animal más fuerte que el nte aparecía atrapado en la trampa del nte.

La reunión comenzó en cuanto las aves se metieron en los corrales, y siguió hasta la noche. Si hubiera sido de día, los niños que habían traído los taburetes para sus padres se habrían quedado jugando por los alrededores del mercado, esperando a que terminara el encuentro para llevárselos a casa. Los que vivían cerca del mercado se trajeron ellos mismos sus taburetes; los demás vinieron con pieles de cabra enrolladas bajo el brazo. Ezeulu y Akuebue llegaron los primeros. Pero, en cuanto se sentaron, empezaron a entrar en el *Nkwo* los demás ancianos y los hombres con títulos de todas las aldeas de Umuaro. Al principio, todo el que entraba saludaba a los que estaban allí, pero, al llenarse el espacio, los que llegaban solo saludaban con un apretón de manos a quienes tenían más cerca y a otros tres o cuatro de la multitud.

La reunión se celebró bajo el eterno árbol *ogbu*, sobre cuyas raíces enredadas se habían sentado generaciones de ancianos de Umuaro para tomar decisiones importantes. Enseguida se juntaron casi todos y el torrente de los que llegaban se convirtió en un mero goteo. Ezeulu dirigió una consulta rápida a los que estaban sentados más cerca de él y todos acordaron que era el momento de explicar a Umuaro por qué se había convocado a todos. El sumo sacerdote se levantó, se ajustó la toga y pronunció el saludo que, a la vez, era una llamada a Umuaro para que todos hablaran al unísono.

—*Umuaro kwenu!*

—*Hem!!*

—*Kwenu!*

—*Hem!!*

—*Kwezuenu!*

—*Hem!!*

—Os agradezco que hayáis dejado en casa vuestras muchas tareas para responder

a mi llamada. A veces un hombre llama y nadie le responde. Un hombre así se parece al que sueña una pesadilla. Gracias por no dejarme llamar en vano, como el que sufre una pesadilla.

Oyó cómo alguien hablaba a la vez que él. Miró alrededor y vio que era Nwaka, de Umunneora. Ezeulu dejó de hablar un rato y se dirigió a él.

—Ogbuefi Nwaka, te saludo —dijo.

Nwaka carraspeó e interrumpió lo que estaba diciendo a los que estaban cerca de él. Ezeulu continuó.

—Os daba las gracias por lo que habéis hecho. Nuestro pueblo dice que, si le das las gracias a un hombre por lo que ha hecho, tendrá la voluntad de hacer más. Pero aquí hay una gran omisión por la que pido perdón. No se convoca a Umuaro sin traer al menos una vasija de vino de palma. Pero me he llevado una sorpresa y, como sabéis, lo inesperado sacude también a los valientes...

Entonces les contó la historia de la visita del mensajero judicial.

—Queridos miembros del clan —dijo a modo de conclusión—, con eso me encontré esta mañana al despertarme. Ogbuefi Akuebue estaba allí conmigo y lo vio. Reflexioné durante bastante tiempo y decidí que Umuaro viera y escuchara conmigo lo que yo he visto y he escuchado; porque cuando uno está solo y ve una serpiente puede preguntarse si es una serpiente normal o la pitón intocable. Así que me dije a mí mismo: «Mañana reúno a Umuaro y se lo cuento». Pero una parte de mi mente habló y me dijo: «¿Tú sabes lo que puede pasar por la noche o al amanecer?». Por eso, aunque no tenga vino de palma para ofreceros, pensé que debía convocaros. Si sobrevivimos habrá tiempo de sobra para el vino de palma. A menos que el pene muera joven, habrá de comer carne peluda. Cuando llegue el día de la caza iremos todos a cazar al patio trasero del segador. Os saludo a todos.

Durante un largo rato nadie se levantó a responder; los gobernantes de Umuaro allí congregados se pusieron a hablar entre ellos y se levantó un murmullo. Ezeulu se sentó en su taburete y miró fijamente al suelo. Ni siquiera replicó cuando Akuebue le dijo que ya había dicho lo necesario. Finalmente, Nwaka, de Umunneora, se levantó.

—*Umuaro kwenu!*

—*Hem!!*

—*Umuaro kwenu!*

—*Hem!!*

—*Kwekwanu 020!*

—*Hem!!*

Se colocó bien la túnica, que se le había soltado por el hombro izquierdo.

—Todos hemos oído lo que ha dicho Ezeulu. Ha hablado muy bien y quiero agradecerle que se haya dirigido a todos y nos haya convocado. ¿Estáis de acuerdo?

—Continúa —replicaron los hombres.

—Cuando un padre reúne a sus hijos no debe preocuparse por ofrecerles vino de palma. En realidad, son ellos quienes deberían traerle vino de palma. Doy las gracias de nuevo al sacerdote de Ulu. Que le pareciera necesario llamarnos y contarnos estas cosas demuestra la alta estima en que nos tiene, y se lo agradecemos. Aunque hay algo que a mí no me queda claro en esta convocatoria, quizá otros sí lo vean y puedan explicármelo. Ezeulu nos ha contado que el gobernador blanco le ha pedido que vaya a Okperi. Lo que no tengo claro es si es malo que alguien pida a un amigo que le visite. Cuando hacemos una fiesta, ¿no mandamos a buscar a nuestros amigos para que vengan y compartan su alegría con nosotros, y no nos piden ellos que vayamos a sus celebraciones? El blanco es amigo de Ezeulu y ha mandado a buscarlo. ¿Qué tiene eso de raro? A mí no me ha llamado, ni tampoco a Udeozo; no ha ido a buscar al sacerdote de Idemili, ni al de *Eru*; tampoco mandó a buscar al sacerdote de Udo ni le pidió al sacerdote de Ogwugwu que fuera a verlo. Se lo ha pedido a Ezeulu. ¿Por qué? Porque son amigos. ¿O piensa Ezeulu que su amistad no es tanta como para entrar en su casa? ¿Quiere que la amistad del blanco sea solo de palabra? ¿No nos dijeron nuestros ancianos que en cuanto le demos la mano al leproso querrá un abrazo? A mí me parece que Ezeulu le ha dado la mano a un hombre de cuerpo blanco.

Aquello provocó un murmullo de aprobación e incluso risas. Como muchas de las cosas terribles que hacen que los hombres se encojan de miedo, casi siempre se denominaba a la lepra con una expresión eufemística: «cuerpo blanco». El aplauso y las risas se mezclaron con el saludo «Dueño de las Palabras» a Nwaka. Esperó a que se acallaran las voces y dijo:

—El que tenga ganas de reír que lo haga; pero a mí no me hace ninguna gracia.

Ezeulu estaba sentado en la misma posición en la que se había quedado al terminar su discurso.

—Lo que quiero decir es lo siguiente —continuó Nwaka—: el que mete leña infestada de hormigas en su cabaña ya sabe que le espera la visita de los lagartos. Pero si Ezeulu nos dice ahora que se ha cansado de la amistad del blanco, nuestro consejo debería ser el siguiente: «Tú hiciste el nudo y deberías saber también cómo deshacerlo. Tú metiste en casa esta boñiga que apesta; ahora te toca a ti sacarla afuera». Afortunadamente, no cuesta mucho volver a sacar afuera el hechizo maligno que se trae pinchado en un palo. He oído una o dos voces murmurando que va contra la tradición que el sacerdote de Ulu viaje lejos de su casa. Quiero hacer una pregunta a esas personas: ¿sería la primera vez que fuera Ezeulu a Okperi? ¿Quién fue el testigo del blanco el año que luchamos por nuestras tierras y las perdimos? —Esperó a que dejara de oírse el murmullo generalizado—. He terminado de hablar. Os saludo a todos.

Hablaron otros. Aunque nadie fue tan duro como Nwaka, solo dos se

pronunciaron claramente contra sus ideas. Quizá otros estuvieran en contra también, pero no hablaron. La mayoría de quienes hablaron dijeron que sería una imprudencia ignorar la llamada del blanco; ¿habían olvidado lo que les había pasado a los clanes que habían reñido con él? Nwokeke Nnabenyi trató de expresarlo aún con más suavidad. Dijo que debían elegir a seis ancianos que acompañaran a Ezeulu.

—¡Ve tú si tienes ganas de ir de paseo! —gritó Nwaka.

—Ogbuefi Nwaka, por favor, no me interrumpas cuando hablo. Tú ya te has levantado a responder lo que te correspondía y nadie te ha contestado de mala manera.

Repitió su sugerencia de que seis ancianos de Umuaro acompañaran a su sumo sacerdote a Okperi. Entonces Ezeulu se puso en pie. El rostro le brillaba a la luz de una hoguera que se había encendido a poca distancia. Cuando habló se hizo el silencio. Sus palabras no dejaban entrever la ira que le ardía en el pecho. Como siempre, no sentía ira por la abierta hostilidad que había demostrado Nwaka en su discurso, sino por las melosas palabras de gente como Nnabenyi. Le recordaban a las ratas que roen la planta del pie del que duerme, que la muerden primero y soplan después para aliviar la herida y hacer que la víctima se calme y se vuelva a dormir.

Saludó a Umuaro y comenzó a hablar casi con regocijo en la voz.

—No os he reunido porque esté perdido o porque mis ojos hayan visto a mis oídos. Lo único que quería era ver cómo os tomabais esta historia. Ya lo veo y estoy satisfecho. Algunas veces damos un trozo de ñame a un hijo y le pedimos que nos dé un poquito, no porque queramos comérselo sino porque queremos poner a prueba a nuestro hijo. Queremos saber si es la clase de persona que compartirá lo suyo o que se aferrará a todo cuando sea mayor. Vosotros ya sabéis si Ezeulu es o no la clase de hombre que huye porque el blanco le ha enviado un mensaje. Si le hubiera robado una cabra o hubiera matado a su hermano o me hubiera acostado con su mujer, entonces saldría disparado al bosque en cuanto oyera su voz. Pero no le he ofendido en nada. En cuanto a lo que haré, ya lo había decidido antes de ordenar al *ikolo* que os reuniera. Pero si hubiera hecho algo sin hablar antes con vosotros, podríais haberos dado la vuelta y haber preguntado: «¿Por qué no nos lo contó?». Ya os lo he contado y tengo la conciencia tranquila. No hace falta decir mucho más. Cuando llegue la hora de hablar, hablaremos hasta cansarnos, y quizá nos sorprenda encontrar otros oradores en Umuaro aparte de Nwaka. Por el momento os saludo por responder a mi llamada. *Umuaro kwenu!*

—Hem!!

Uno de los que siguió a Ezeulu a casa aquella noche y que se ofreció a acompañarle a Okperi por la mañana fue su hermanastro menor, Okeke Onenyi, un famoso curandero. Pero Ezeulu rechazó su ofrecimiento, como había rechazado el de los demás, entre ellos, el de su amigo Akuebue. Había tomado la decisión de ir solo y

no la iba a cambiar.

En cuanto hizo su oferta y fue rechazada, Okeke Onenyi se levantó para marcharse, aunque habían comenzado a caer las primeras gotas de una tormenta.

—¿No esperas un rato a ver el cielo? —preguntó Edogo.

—No, hijo mío —replicó Onenyi y, fingiendo un tono desenfadado, agregó—: Solo los que llevan malas hierbas en el cuerpo deben tener miedo a la lluvia.

Salió a la intemperie, con la tormenta echándosele encima. Los rayos iluminaban con destellos la oscuridad a intervalos cortos, irregulares; a veces había una luz intensa y clara y otras veces parpadeaba antes de extinguirse, como si el viento veloz apagara su llama.

Se oyó la voz de Okeke Onenyi a todo volumen entre el viento y el trueno, cantando y silbando una canción que lo acompañara en la oscuridad.

Ezeulu no le dijo nada para disuadirlo de salir con aquella lluvia, aunque, por otra parte, rara vez tenía algo que decirle. Era difícil verlos como hermanos, pero, incluso si hubieran tenido una relación más cercana, Ezeulu tampoco habría dicho nada, porque su mente no estaba allí en la cabaña con ellos. De hecho, había dicho durante mucho tiempo que aquella lluvia presagiaba una luna nueva. Pero nadie entendió lo que quería decir.

Aunque Ezeulu y su hermano no eran enemigos, tampoco eran amigos. Ezeulu tenía fama de tener manía a los curanderos, de quienes decía que la mayoría eran unos charlatanes glotones. La auténtica medicina, decía, había muerto con la generación de su padre, y los que todavía la practicaban eran unos aprendices.

El padre de Ezeulu había sido ciertamente un gran hechicero y curandero. Había hecho innumerables prodigios, pero lo que la gente más comentaba era su capacidad de hacerse invisible. En la época de la terrorífica guerra entre Umuaro y Aninta, nadie de un clan se atrevía a acercarse al otro. Pero el sumo sacerdote atravesaba Aninta tan a menudo como quería. Iba siempre con su hijo, Okeke Onenyi, que entonces era un niño. Le daba una escoba pequeña para que la llevara en la mano izquierda y le decía que no hablara ni saludara a ningún transeúnte, sino que anduviera por el borde del camino. El chico iba delante y el sumo sacerdote lo seguía a distancia, teniéndolo siempre a la vista. El caminante que se cruzaba con ellos se paraba de pronto antes de llegar a su altura, y se ponía a buscarlos entre la maleza, al otro lado del camino, como un cazador que escuchara el rumor de un animal. Tenía que mirar detenidamente hasta que el chico y su padre pasaban por detrás de él, y solo entonces se daba la vuelta para continuar su camino. A veces algún caminante se quedaba parado al verlos acercarse y se daba la vuelta por el camino por el que había venido.

Okeke Onenyi aprendió sobre muchas hierbas y mucha anwansi o magia de su padre. Pero nunca aprendió un hechizo particular que se llamaba Oti-anyá afu-uzo.

Había pocos sacerdotes en la historia de Umuaro en cuya persona coincidieran el sacerdocio con la medicina y la magia, como el último Ezeulu. Cuando eso sucedía, su poder era ilimitado. Okeke Onenyi decía siempre que la causa de la frialdad entre él y su hermanastro Ezeulu era el resentimiento de este por la división de poderes entre ellos. «Olvida que el conocimiento de las hierbas y la anwansi están escritos en las líneas de la mano de una persona; se cree que nuestro padre se lo quitó a él deliberadamente y me lo dio a mí. ¿Acaso me ha oído a mí quejarme de que el sacerdocio fuera para él?», decía Okeke Onenyi.

Como era de esperar, así veían el alejamiento entre ellos aquellos a quienes caía mal Ezeulu. Les faltaba tiempo para decir que el orgullo y la envidia eran lo que hacía que Ezeulu fuera tan desdeñoso del renombre de su hermano como curandero. Le criticaron por haber escogido a un hechicero que no valía nada, incapaz de ganarse tres comidas al día, para el sacrificio de «Cubrir a la Novia» para la mujer de Obika, en lugar de llamar a su hermano.

Pero otros, como Akuebue, que conocían más a Ezeulu, replicaban que algo le habría hecho Okeke Onenyi a Ezeulu. Aunque no se sabía de qué se trataba, se sabía que era imperdonable, impropio de la relación entre hermanos. El problema era que Ezeulu nunca se había desahogado con sus amigos sobre el tema, de manera que quienes lo defendían no tenían más que conjeturas para defenderlo. Unos decían que Okeke Onenyi había cerrado el útero de la primera mujer de Ezeulu después de darle solo tres hijos.

—Eso no puede ser —solía ser la respuesta—. Todo el mundo sabe quiénes son los brujos de Umuaro, y Okeke Onenyi no es uno de ellos. No es el tipo de hombre que echa una maldición a una mujer que no le ha hecho daño ninguno, y menos aún a la mujer de su hermano.

—Ya, pero no olvidéis que Okeke Onenyi le guarda mucho rencor a Ezeulu —decían otros—. Recuerda que, cuando eran pequeños, el padre le hizo creer a Okeke que sería el elegido para el sacerdocio y que, a la muerte del anciano, Okeke casi cuestionó la decisión del oráculo.

—Puede que sea así —diría la otra parte—. Pero todos conocemos a nuestros curanderos e insistimos en que Okeke Onenyi nunca ha sido acusado por ningún hombre de sellar el útero de su mujer. Además, los brujos que continúan con prácticas tan perversas como catar carne humana nunca prosperan con los hijos. ¡Pero mira la casa de Okeke Onenyi, rebosante de hijos e hijas!

Aquel último argumento era incontestable, especialmente cuando se señalaba que el mejor amigo de Okeke Onenyi en la familia de Ezeulu era Edogo, ¡el hijo de la misma mujer a quien se suponía que había hecho daño! De hecho, se sabía que a Ezeulu le tenía muy descontento la relación entre Edogo y su tío. Quizá dijera solo por despecho que las tallas que hacía el uno valían lo mismo que las curaciones que

hacía el otro.

—¿Esos dos? —dijo una vez—. Un mortero roto y un puñado de nueces de palma podridas.

El capitán Winterbottom llevaba dos días con sensación de debilidad y cansancio excesivo. La llegada de las lluvias no pareció traerle el alivio esperado. Tenía las encías más pálidas que nunca y los pies fríos. No le tocaba todavía un brote de malaria, pero esos eran los síntomas típicos. Por supuesto que no tenía el miedo de un novato, como buen veterano de la costa: la fiebre lo dejaba a uno fuera de juego unos días, eso era todo.

Tony Clarke se mostró debidamente impresionado.

—Debería ir al médico —le dijo, a sabiendas de que era lo típico que decía un novato.

—¿Médicos? ¡Dios bendito! ¿Por una fiebre? No, chico, solo tienes que tener cuidado la primera vez. El pobre Macmillan no fue lo bastante prudente, a pesar de que se lo advertí. A mí me ha dado la fiebre cada año sin excepción en la última década, y cuando la has tenido tantas veces dejas de darle importancia. No, lo único que necesito es un cambio de aires de una semana, y me verás sano como una manzana. El viaje a Enugu me sentará de maravilla.

Planeaba visitar el cuartel general al cabo de dos días. Por razones evidentes, quería dejar resuelto el asunto del nombramiento de un jefe con funciones de juez principal de Umuaro antes de reunirse con los tipos de allá. Le resultaba imposible resolverlo en dos días, pero quería dejar ver que había dado los primeros pasos. Era de los que creen firmemente en dejar la casa en orden, para encontrársela así a la vuelta. De manera que le dejó por escrito a Tony Clarke numerosas tareas de las que ocuparse. «He mandado mensajeros a Umuaro a buscar a Ezeulu para que tengamos una conversación preliminar, a partir de la cual fijaré una fecha apropiada para que se le designe jefe y juez del distrito en presencia de los ancianos y *ndichie* de su clan». El capitán Winterbottom disfrutaba dejando perplejos a los demás europeos usando palabras en igbo que, según él, hablaba con soltura.

Después de haber hecho estas gestiones en beneficio de Ezeulu, el capitán Winterbottom se enfureció, y con toda la razón, cuando el mensajero regresó con la insultante respuesta del prepotente sacerdote nativo. Inmediatamente firmó una orden de arresto, en calidad de magistrado, y dio instrucciones a dos policías para que fueran a por él a Umuaro a primera hora de la mañana siguiente.

—En cuanto llegue —le dijo a Clarke—, enciérrelo en el calabozo. No quiero verlo hasta que vuelva de Enugu. A ver si para entonces ha aprendido buenos modales. No voy a consentir que mis nativos se crean que pueden tratar a la Administración con este desprecio.

Quizá fuera por el arrebató de furia; o quizá su criado tuviera razón sobre la

causa, pero aquella mañana, cuando se marcharon los dos policías a Umuaro para detener a Ezeulu, Winterbottom sufrió un colapso y empezó a delirar. Lo único inteligible que decía una y otra vez era: «Tengo los pies fríos, ¡ponme ahí la bolsa de agua caliente!». Su sirviente calentó agua, la metió en la bolsa de goma y se la colocó en los pies. Winterbottom gritó que estaba templada. El criado introdujo agua hirviendo, pero aun así no estaba suficientemente caliente. Se dedicó a cambiar el agua cada pocos minutos y aun así el capitán se quejaba. Cuando Tony Clarke, que no sabía conducir, localizó a Wade para que llevara al capitán en su viejo Ford al hospital, a diez kilómetros de allí, tenía los pies gravemente escaldados. Pero eso no se descubrió hasta el día siguiente en el hospital.

Clarke y Wade se quedaron asombrados y bastante intimidados cuando la doctora Mary Savage, la severa y poco femenina misionera a cargo del hospital, se echó a llorar aterrorizada al ver al capitán Winterbottom. Comenzó a llamarlo por su nombre una y otra vez, «Tom, Tom», y a comportarse como si no fuera una profesional. Pero aunque el ataque de pánico fue breve, y enseguida recuperó el control de sí misma y de la situación, fue lo bastante obvio como para que se dieran cuenta algunas de las enfermeras nativas y de las encargadas de sala, que no solo lo propagaron por el hospital sino también por el pueblecito de Nkisa. Tanto en el hospital como en el pueblo se conocía a la doctora Savage como Omesike o «la Que Actúa con Poderío», y nadie esperaba que llorase por un paciente y menos aún si resultaba ser el capitán Winterbottom, a quien maliciosamente llamaban «su esposo».

Winterbottom estuvo delirando tres días, durante los cuales la doctora Savage apenas abandonó la cabecera de su cama. Llegó a aplazar las operaciones que llevaba a cabo cada miércoles, que en el pueblo llamaban «el Día de Abrir las Tripas». Siempre era un día triste, y el mercadillo diario que había surgido alrededor de la verja del hospital para atender las necesidades de los pacientes de clanes lejanos atraía a menos mujeres los miércoles que cualquier otro día de la semana. Se había observado también que hasta el cielo sabía de aquel día de muerte, y se ponía sombrío y de luto.

La doctora Savage repasó su lista de operaciones y, satisfecha al ver que no había ninguna que se pudiera considerar muy urgente, decidió aplazarlas hasta el viernes. El estado del capitán Winterbottom solo había mejorado ligeramente, y había poca esperanza. El día siguiente y el próximo serían decisivos, y gran parte del éxito dependería de una atención esmerada durante este umbral crítico. Lo llevaron a una sala especial, donde estaba solo, y no se permitió entrar a nadie excepto a la doctora Savage y a su única enfermera europea.

El criado del capitán Winterbottom, John Nwodika, recibió la orden de guiar a los dos policías a Umuaro, tal y como lo había hecho con el mensajero. Pero se había prometido a sí mismo que jamás volvería a escoltar a un representante del gobierno a

su clan. Su propósito se reforzó en aquel caso, al enterarse de que los policías irían a buscar al sumo sacerdote de Ulu armados con una orden de arresto y esposas. Sin embargo, como no podía darse la vuelta y decirle a su amo: «No, no voy a ir», asintió e ideó un plan. Por ello, cuando fueron a buscarle los dos policías antes del primer canto del gallo, se lo encontraron temblando de un repentino ataque de iba. Envuelto en una vieja manta que el capitán Winterbottom le había regalado para el hijo al que su mujer había dado a luz hacía cuatro meses, John se las arregló, con gran esfuerzo, para explicarles cómo llegar. Una vez que llegaran a Umuaro, dijo, cualquier chiquillo les enseñaría la casa de Ezeulu. Aquello resultó ser literalmente cierto.

Los policías llegaron a Umuaro a la hora del almuerzo. Enseguida se encontraron con un hombre que llevaba una vasija de vino y lo abordaron.

—¿Dónde está la casa de Ezeulu? —preguntó el superior, el cabo Matthew Nweke.

El hombre miró con recelo a los forasteros de uniforme.

—Ezeulu... —dijo al cabo de un rato, con pinta de hacer un esfuerzo enorme por recordar—. ¿Qué Ezeulu?

—¿A cuántos Ezeulu conoces? —le preguntó el cabo irritado.

—¿A cuántos Ezeulu conozco? —repitió el hombre—. No conozco a ningún Ezeulu.

—Entonces, ¿por qué me has preguntado que qué Ezeulu si no conoces a ninguno?

—¿Por qué te he preguntado...?

—¡Cállate! ¡Maldito imbécil! —gritó el policía en inglés.

—Te digo que no conozco a ningún Ezeulu. No soy de aquí.

Pararon a otras dos personas, que les respondieron más o menos igual. Uno de ellos llegó a decir que el único Ezeulu que conocía era un tipo de Umuofia, que quedaba a un día entero de viaje en dirección este.

A los policías no les sorprendió lo más mínimo. La única forma eficaz de hacer que la gente hablara era asustarla. Pero el funcionario europeo les había advertido que no recurrieran a la violencia ni a las amenazas ni a las esposas, a menos que el tipo opusiera resistencia. Esa era la razón por la que se habían mostrado tan comedidos. Pero en aquel momento se convencieron de que, a menos que hicieran algo drástico, podían seguir dando vueltas por Umuaro hasta que se pusiera el sol sin encontrar la casa de Ezeulu. De manera que al siguiente que trató de contestarles con evasivas le dieron una bofetada y, para remachar, también le enseñaron las esposas. Aquello funcionó y el tipo los llevó a las inmediaciones de la casa que buscaban y se la señaló.

—No tenemos la costumbre —les dijo a los policías— de enseñar a los acreedores el camino a casa de nuestro vecino, así que no puedo acompañaros.

Era un razonamiento aceptable y los policías lo soltaron. El hombre huyó tan deprisa como pudo para impedir que ni por un instante los habitantes de la casa le vieran la espalda mientras se daba a la fuga.

Los policías entraron con paso firme en la cabaña y se encontraron con una anciana que se chupaba las encías desdentadas. Los miró con evidente cara de susto y no pareció entender una sola pregunta. No parecía recordar ni su propio nombre.

Afortunadamente, apareció un niño pequeño con un trocito de loza para llevarle a su madre carbón ardiendo para la hoguera. Fue él quien guio a los hombres hasta la curva del camino que llevaba a la casa de Ezeulu. En cuanto el niño salió con ellos, la anciana cogió su bastón y salió cojeando a una velocidad increíble hasta casa de la madre del niño, a informarla de su comportamiento. Después regresó a su cabaña... mucho más despacio, encorvada tras su tieso bastón. Se llamaba Nwanyieke, y era una viuda sin hijos. Al poco rato oyó llorar al niño, Obielue.

Entretanto, los policías llegaron a la cabaña de Ezeulu. Ya no estaban de humor para juegos. Hablaron con brusquedad e inmediatamente mostraron todas sus armas.

—¿Quién de vosotros se llama Ezeulu? —preguntó el cabo.

—¿Qué Ezeulu? —preguntó Edogo.

—Como vuelvas a preguntarme qué Ezeulu te parto la boca y te saco semillas de okra. —Repitió la pregunta—: ¿Quién se llama Ezeulu aquí?

—Y yo digo: ¿qué Ezeulu? ¿No conocéis al que buscáis?

Los otros cuatro hombres que estaban en la cabaña no abrieron la boca. Mujeres y niños se apiñaron en la puerta de la cabaña que daba al patio interior. Se les notaba el miedo y la ansiedad en el rostro.

—De acuerdo —dijo el cabo en inglés—. Ahora mismo vas a saber qué Ezeulu. Dame eso.

La última frase se la dirigió a su compañero, que inmediatamente se sacó las esposas del bolsillo. Para la gente del campo, las esposas o iga eran las armas más mortíferas de los blancos. La visión de un combatiente reducido a la indefensión y la impotencia con un cerrojo de hierro era la última humillación, un tratamiento que solo se daba a los lunáticos violentos.

De manera que cuando el fiero policía enseñó las esposas y se acercó hacia Edogo, Akuebue dio un paso adelante, como el anciano de la casa, y habló en tono razonable. Pidió a los policías que no se enfadaran con Edogo.

—Solo ha hablado como un joven. Como sabéis, el idioma de los jóvenes es «golpea y destruye»; pero el del anciano siempre es de conciliación.

Les dijo que Ezeulu y su hijo habían salido a primera hora de la mañana a responder a la llamada del blanco. Los policías se miraron el uno al otro. Ciertamente, se habían cruzado con un hombre y un hijo que se le parecía. Se acordaban de ellos porque habían sido las primeras personas con quienes se habían

cruzado andando en dirección contraria, y también porque ambos tenían un aspecto muy distinguido.

—¿Cómo es? —preguntó el cabo.

—Es alto como el árbol iroko y tiene la piel reluciente como el sol. De joven lo llamaban Nwa-anyanwu.

—¿Y su hijo?

—Como él. Igualito.

Los policías intercambiaron unas palabras en la lengua de los blancos, para gran admiración de los del pueblo.

—Hace un rato cuando nos cruzamos con esos dos por la carretera —dijo el cabo.

—Hace un gran rato ya —dijo su compañero—. Pero no podemos volver así... hemos caminado todo este camino solo para nada.

El cabo reflexionó. El otro continuó:

—A veces, gente miente. Y yo no quiero que nos metan en un lío.

El cabo siguió pensando. Estaba seguro de que le habían dicho la verdad, pero hacía falta asustarlos un poco, aunque solo fuera para sacarles una «cola» considerable. Les habló en igbo:

—Creemos que podéis estar mintiéndonos, de manera que debemos estar seguros y también evitar que nos castigue el blanco. Lo que vamos a hacer es llevarnos a dos de vosotros, esposados, a Okperi. Si encontramos a Ezeulu allí, os soltamos; si no... —Completó la frase con un movimiento de cabeza hacia un lado que hablaba más claro que cualquier palabra—. A ver, ¿a quiénes nos llevamos?

Los otros deliberaron con preocupación y Akuebue tomó de nuevo la palabra, para rogar a los representantes del gobierno que creyeran su historia.

—¿Qué sentido tendría engañar a los mensajeros del blanco? —preguntó—. ¿Adonde escaparemos después? Si volvéis a Okperi y no está allí Ezeulu, volved y no os llevéis a dos, sino a todos nosotros.

El cabo meditó y accedió.

—Pero no podemos venir y marcharnos así, sin nada. Cuando os visita un espíritu enmascarado, tenéis que aplacar sus huellas con ofrendas. El blanco es el espíritu enmascarado de hoy.

—Cierto —dijo Akuebue—; el espíritu enmascarado de hoy es el blanco y sus mensajeros.

Pidieron a la primera mujer de Ezeulu que preparara un potaje de ñame con pollo para los dos. Comieron, bebieron vino de palma, descansaron un rato y se prepararon para la vuelta. Akuebue les dio las gracias por la visita y les dijo que si hubieran encontrado al dueño de la casa allí los hubiera agasajado aún más con su hospitalidad. En cualquier caso, ¿se dignarían aceptar aquella pequeña nuez de cola de su parte? Puso dos gallos vivos delante de ellos y Edogo colocó un cuenco de madera que

contenía dos chelines. El cabo les dio las gracias, aunque repitió a la vez la advertencia de que, si le habían mentido sobre Ezeulu, el gobierno se encargaría de que se vieran las orejas con sus propios ojos.

El repentino colapso del capitán Winterbottom el mismo día en que envió a los policías a detener al sumo sacerdote de Umuaro era tremendamente significativo. El primero que señaló la conexión fue John Nwodika, el segundo sirviente del capitán. Era exactamente lo que se temía: el sacerdote le había hecho un poderoso conjuro. Así pues, a pesar de todo, el poder se mantenía en su sitio.

—¿No os lo dije? —preguntó a uno de los criados después de que se llevaran al amo al hospital—. ¿Por qué creéis que me negué a seguir a los policías? —dijo con cierto tono de orgullo en la voz—. Nuestro amo cree que se libra de nuestra medicina por ser blanco.

Volvió a hablar en inglés para que le entendiera el criado de Clarke, que acababa de entrar y no hablaba igbo.

—Yo le dije que el *juju* de los negros no era juego ninguno, pero él se rio con carcajadas. Cuando dejó de reírse me llamó: «John», y yo le contesté: «Sí, señor», y él me dijo: «Hablas como los paletos del campo». Y yo le dije: «Ya verá, un día de estos verá lo que pase». ¿Os dais cuenta ahora?

La historia de los poderes mágicos de Ezeulu se extendió por Government Hill de la mano de la historia del misterioso colapso del capitán Winterbottom. Cuando el señor Clarke regresó del hospital, su sirviente le preguntó cómo estaba el gran amo. Este meneó la cabeza y dijo:

—Me temo que está bastante mal.

—Lo siento, señor —respondió el criado, con cara de gran preocupación—. Dicen que ese hombre hizo un mal *juju* para el extranjero...

—Prepárame el baño, ¡rápido!

Clarke se encontraba tan agotado que no estaba de humor para la cháchara de su empleado. Así se perdió la oportunidad de escuchar la causa de la enfermedad del capitán que, más allá de Government Hill, ya circulaba por Okperi. A los dos días, Wright se lo contó.

Los otros sirvientes de Government Hill estaban a la espera, en la cocina, de las noticias frescas del criado. Se marchó a preparar el baño y les susurró que no había esperanza, que Clarke le había dicho que se temía lo peor.

Después, por la tarde, Clarke y Wade volvieron a acercarse en coche al hospital. Aunque no pudieron ver al paciente ni a la doctora, la enfermera Warner les dijo que no había mejoría. Por primera vez desde que había empezado todo aquello, Tony Clarke sintió ansiedad. A la vuelta condujeron en silencio.

Al llegar se encontró con un mensajero del tribunal local fuera de su bungalow.

—Buenas tardes, señor —dijo el hombre.

—Buenas tardes —replicó Clarke.

—Ya ha llegado el hechicero de Umuaro.

Hablaba en tono temeroso, como si estuviera informando sobre una plaga de viruela en el pueblo.

—¿Cómo dices?

El hombre le dio más detalles, hasta que por fin Clarke comprendió que se refería a Ezeulu.

—Enciérrale en el calabozo hasta mañana por la mañana.

Clarke hizo ademán de entrar en el bungalow.

—¿Ha dicho el señor que lo meta yo en el calabozo?

—¡Eso he dicho! —gritó Clarke—. ¿Estás sordo?

—No es que esté sordo, señor, pero que...

—¡Lárgate!

El mensajero mandó limpiar el calabozo y extendió una esterilla nueva, de manera que pareciera una habitación de invitados. Después se dirigió a Ezeulu, que había estado sentado con Obika, desde que habían llegado en el tribunal y le habló con buenos modales.

—El blanco importante está enfermo, pero el otro te da la bienvenida —dijo—. Dice que ya es de noche y que te recibirá mañana.

Ezeulu no le respondió. Le siguió al oscuro calabozo y se sentó en la esterilla. Obika también se sentó. Ezeulu sacó su frasco de rapé.

—Ahora te mando una lámpara —dijo el mensajero.

Enseguida llegaron John Nwodika y su mujer, que llevaba un pequeño paquete en la cabeza. Cuando lo bajó, resultó ser una enorme ración de fufú y un cuenco de sopa amarga. John Nwodika hizo una bola de fufú, la mojó en la sopa y se la tragó para demostrar que no estaba envenenada. Ezeulu les dio las gracias a él y a su mujer, que resultó ser la hija de un amigo suyo de Umuagu, pero se negó a comer.

—La comida no es lo que me preocupa ahora —dijo.

—Te lo ruego, come un poco... solo una bola —dijo el hijo de Nwodika.

Pero no hubo forma de convencer al anciano.

—Obika comerá por los dos.

—La gallina no come de las entrañas de una cabra —dijo el otro, pero el anciano se negó otra vez.

El mensajero regresó con una lámpara de aceite de palma y Ezeulu le dio las gracias.

Cuando el cabo Matthew Nweke, que había ido a Umuaro con otro policía, regresó a su casa, se encontró a sus mujeres llorando en silencio y a una multitud de gente en su vivienda de una sola habitación. Se asustó y pensó en su hijito, que tenía sarampión. Se precipitó hacia la esterilla donde yacía y lo tocó; estaba completamente

espabilado.

—¿Qué pasa? —preguntó a continuación.

Nadie decía una palabra. El cabo, a quien llamaban capo, se volvió hacia uno de los policías que estaban allí y le dirigió la pregunta. El hombre carraspeó y le contó que no esperaban verlos vivos a él ni a su compañero, especialmente porque el hombre al que debían detener había llegado por su cuenta. El capo quería explicarle que se habían cruzado, pero el otro no le dejó. Continuó hablando sin parar y dio un parte completo de todo lo que había pasado desde por la mañana, y terminó con las últimas noticias del hospital de Nkisa y el anuncio de que el capitán Winterbottom no vería el amanecer.

En aquel momento entró John Nwodika.

—Pero ¿tú no te encontrabas mal esta mañana? —preguntó el capo.

—Eso es lo que he venido a contarte. La enfermedad fue una advertencia del sumo sacerdote. Me alegro de haberla escuchado; si no, estaríamos contando ahora otra historia.

Entonces John les explicó cómo el sumo sacerdote ya estaba al corriente de la enfermedad de Winterbottom antes de que nadie se lo contara.

—¿Qué ha dicho? —preguntaron una o dos personas a la vez.

—Ha dicho lo siguiente: «Si está enfermo, sanará». No sé lo que ha querido decir, pero me pareció notarle un retintín de burla en la voz.

Al principio, al capo Matthew Nweke no le preocupó demasiado. Tenía una protección personal fuerte que un gran dibia de su pueblo le había preparado durante su último permiso. Pero al oír más cosas sobre Ezeulu empezó a sentirse más inseguro. Al final le hizo una consulta rápida al policía que le había acompañado a Umuaro y decidieron que, para estar tranquilos, debían ir a ver a algún dibia local inmediatamente. Llegaron a la casa del hombre pasadas las diez y media de la noche. En el pueblo se le conocía como «el Arco que Tira al Cielo».

En cuanto llegaron les explicó el objeto de su misión.

—Habéis hecho bien en venir a mí de inmediato, porque ciertamente os habéis metido en la boca de un leopardo. Pero hay algo más grande que un leopardo. Por eso os doy la bienvenida, porque habéis llegado a un refugio seguro.

Les dijo que no debían comer nada que hubieran traído de Umuaro. Debían traer los dos gallos y el dinero para el sacrificio, que llevarían y depositarían en el camino. Para lo que ya habían comido les dio una poción para beber y también para mezclar con el agua del baño.

MIENTRAS cenaba el fufú y la sopa de hojas amargas, Obika miró a su padre con el rabillo del ojo y se dio cuenta de su inquietud. Sabía que no merecía la pena preguntarle nada en aquel estado de ánimo. Incluso en sus mejores momentos, Ezeulu solo hablaba cuando quería, y no cuando la gente se lo pedía.

Se levantó, se dirigió hacia la estrecha puerta y después pareció cambiar de idea o acordarse de algo que debía de haberse traído. Regresó a donde tenía su bolsa de piel de cabra y buscó su frasco de rapé. Cuando lo encontró se dirigió de nuevo hacia la puerta, salió afuera y dijo que iba a orinar.

Había decidido que mientras estuviera en Okperi no buscaría la luna nueva. Pero el ojo es ávido y mira lo que su dueño no desea ver. De manera que, al orinar fuera del calabozo, sus ojos buscaron la luna nueva. Sin embargo, el cielo tenía una apariencia extraña, indefinible; era imposible señalar un punto en concreto y decir que la luna iba a salir por allí. Ezeulu se asustó por un momento pero, al pensarlo mejor, creyó que no tenía motivo de alarma. ¿Por qué había de resultarle familiar el cielo de Okperi? Al fin y al cabo, cada tierra tenía su propio cielo.

Aquella noche, Ezeulu soñó con una gran asamblea de ancianos de Umuaro, los mismos con quienes había hablado hacía unos días. Pero, en lugar de él, era su abuelo quien se levantaba a hablar. Ellos se negaban a escuchar. Gritaban al unísono: «¡Que se calle! ¡No queremos oírlo!». El sumo sacerdote subió el volumen de la voz y les suplicó que le escucharan, pero ellos se negaron; decían que debían achicar agua mientras solo les llegara al tobillo. «¿Por qué tenemos que depender de él para que nos diga la estación del año? ¿Hay alguien aquí que no pueda ver la luna desde su propia casa? Y de todas formas, ¿qué poder tiene Ulu en el presente? Aunque salvó a nuestros padres de los guerreros abam, es incapaz de librarnos a nosotros de los blancos. Deshagámonos de él, como nuestros vecinos de Aninta expulsaron y quemaron a Ogba, que hizo oídos sordos a las peticiones de la gente y se dedicó a hacer otras cosas, como matar a los de Aninta en lugar de a sus enemigos». Entonces la gente agarró al sumo sacerdote, que ya no era su abuelo sino él mismo, y comenzaron a zarandearlo entre unos y otros. Algunos le escupían a la cara y le llamaban el «sacerdote del dios muerto».

Ezeulu se despertó sobresaltado, como si se hubiera caído desde lo alto.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Obika en la oscuridad.

—Nada. ¿He dicho algo?

—Te peleabas con alguien y decías que ya verías quién echaba a quién.

—Debe de haber arañas en las vigas.

Se sentó en su esterilla. No había sido un sueño, sino una visión. No había sucedido en la media luz de un sueño, sino en la claridad del mediodía.

Su abuelo, a quien había conocido con ojos de niño, había resurgido con toda claridad tras toda una vida en la que su imagen se había vuelto más borrosa y poco definida.

Ezeulu cogió su rapé y se puso un poco en cada orificio de la nariz para poder pensar con claridad. Ahora que Obika se había vuelto a dormir, se sentía libre de contemplar las cosas él solo. Pensó una vez más en su infructuosa y apresurada búsqueda de la puerta de la luna nueva. De manera que hasta en el pueblo de su madre, que visitaba con frecuencia de niño y cuando era joven y que después de Umuaro conocía mejor que cualquier otro pueblo... incluso allí, era medio forastero. Experimentó un sentimiento de pérdida, doloroso y agradable a la vez. Había sufrido una pérdida transitoria de su categoría de sumo sacerdote, un hecho penoso; pero, después de dieciocho años, era un alivio prescindir de ella durante un tiempo. Lejos de Ulu, se sintió como un hijo cuyo severo progenitor se hubiera ido de viaje. Pero lo que más le deleitaba era pensar en la venganza que había empezado a imaginar desde que escuchara a Nwaka sentado en el mercado.

Aquellos pensamientos eran un esfuerzo deliberado por distraerse. Al cabo de un rato, Ezeulu recobró la calma después de la enloquecedora pesadilla. Podía examinarla más detenidamente y, de pronto, vio una cosa clara. Su pelea con el blanco era insignificante en comparación con el asunto que debía arreglar con los suyos. Durante muchos años, se había dedicado a advertir a los de Umuaro que no se dejaran arrastrar por unos cuantos envidiosos. Pero se habían tapado los oídos. Habían seguido dando pasos a cada cuál más peligroso y habían ido demasiado lejos. Se habían aprovechado demasiado como para que el dueño no se diera cuenta de que le estaban robando. Había llegado la hora de la batalla, puesto que, hasta que no se combate a quienes construyen un camino por en medio de la casa de uno, no se les pone freno. A Ezeulu se le tensaron los músculos para la lucha. Si el blanco lo detuviera un día, o mejor un año, al no verlo en el lugar donde debía estar, su divinidad haría unas cuantas preguntas a Umuaro.

De acuerdo con las órdenes del capitán Winterbottom de poner a Ezeulu en su sitio y darle una lección de cortesía con la Administración, el señor Clarke se negó a verlo al día siguiente, tal y como había prometido el mensajero principal. De hecho, se negó a verlo durante cuatro días.

La segunda mañana, en el coche de camino al hospital de Nkisa, Clarke y Wade se toparon con un sacrificio a un lado del camino. No era una novedad ver sacrificios en los caminos y no solían parar, pero aquel les dejó impresionados por lo fastuoso de su aspecto. Wade frenó y salieron a verlo. En lugar de la habitual gallina blanca, había dos gallos ya criados. Los demás objetos eran normales: ramos de hojas verdes de palma cortadas de la parte alta del árbol, un cuenco de arcilla con dos nueces de cola dentro y un trozo de tiza. Sin embargo, todas estas cosas las vieron después; lo

primero que les llamó la atención al llegar al lugar del sacrificio fue un florín inglés.

—¡Qué increíble! —dijo Wade.

—Eso sí que es raro... un sacrificio de lo más extravagante. Me pregunto qué será todo esto.

—A lo mejor es para que se recupere el representante del rey —dijo Wade con cierta ligereza. Después pareció caer en la cuenta de algo y se puso serio—. No me gusta nada; me da igual que usen sus cauris y sus manilas, pero la cabeza de Jorge V...

Clarke se rio entre dientes, pero dejó de hacerlo inmediatamente cuando Wade metió la mano en el cuenco y cogió la pieza de plata, la limpió primero con unas hojas, después con sus calcetines de lana y se la guardó en el bolsillo.

—¡Dios santo! ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—No voy a permitir que se arrastre al rey de Inglaterra en un asqueroso *juju* —replicó Wade entre risas.

Clarke se quedó muy preocupado con el incidente. Se había convencido a sí mismo de que admiraba a la gente como Wade y Wright, que parecían hacer un trabajo importante sin tomarse demasiado en serio a sí mismos, y que siempre buscaban el lado divertido de las cosas. Pero aquella falta de sensibilidad (y sin duda era una falta de consideración escandalosa la profanación de un sacrificio ajeno), ¿formaba parte del talante de los que veían el lado cómico de la vida? En ese caso, ¿no era preferible la seriedad, con su inevitable petulancia, de un Winterbottom?

Sin conciencia clara de ello, Clarke se preparaba para asumir el peso de la Administración en el caso de que muriera Winterbottom. Tendría que asumir la responsabilidad de defender a sus nativos, si era necesario, de las faltas de consideración de blancos como Wade.

Aquella misma mañana, Ezeulu mandó a Obika a Umuaro, a que informara a su familia de la situación, y a que trajera a su esposa más joven para que le hiciera las comidas. Pero John Nwodika, miembro de su clan, no quiso ni oír hablar de ello.

—No hace falta —dijo—. Mi esposa es la hija de tu amigo de toda la vida y no va a consentir que mandes traer a otra mujer. Aunque no podamos ofrecerte la misma comida que tomarías en tu casa, de cada dos granos que podamos llevarnos a la boca, uno será para ti, y además te daremos un vaso de agua para tragarlo.

Ezeulu no podía rechazar un ofrecimiento así. No podía ofender a la hija de su amigo, Egonwanne, que por la próxima cosecha haría tres años que había muerto, aunque tuviera algo en contra del hijo de Nwodika. De manera que le dijo a Obika que no le enviara a Ugoye sino que le mandara una buena cantidad de ñames y otros alimentos.

Ezeulu tenía razones de peso para que le disgustara el hijo de Nwodika. Era precisamente del pueblo de Umuaro que se dedicaba sistemáticamente a meter el

dedo en el ojo a Ezeulu; se decía que su trabajo consistía en lamer los platos de la cocina del blanco en Okperi... una degradación para un hijo de Umuaro. Lo peor de todo era que había guiado al insolente mensajero del blanco hasta la casa de Ezeulu. Al final del primer día en Okperi, Ezeulu comenzó a ablandarse con él, al ver que hasta un miembro hostil del propio clan podía convertirse en amigo en una tierra lejana. Ciertamente, el Okperi de Government Hill era un país extranjero para Ezeulu; no era el mismo Okperi que había conocido en su niñez y su juventud, el pueblo de su madre, Nwanyieke. Aunque quedara algo de aquel antiguo Okperi, Ezeulu no tenía la más mínima intención de buscarlo en aquella situación vergonzante. ¿Dónde iba a encontrar los ojos con los que mirar los antiguos rincones y las viejas caras? En realidad, era una suerte el sentirse así, porque lo libraba de la humillación de tener que escuchar que estaba preso y que no era libre de salir y entrar cuando quisiera.

Mientras cenaba aquella noche, oyó las voces de los niños que daban la bienvenida a la luna nueva. «Onwa atu-o-o-o! Onwa atu-o-o-o!», se oía por todas partes en Government Hill. Pero el fino oído de Ezeulu detectó voces que cantaban en un dialecto extraño. No entendía lo que decían, excepto la palabra «luna». Seguro que eran los hijos de aquella gente que hablaba igbo de forma rara, como con voz nasal.

La primera vez que Ezeulu oyó a los niños, casi se le salió el corazón por la boca. Aunque contaba con ello, no estaba preparado cuando sucedió; su mente había sufrido una amnesia temporal. No obstante, se recuperó rápidamente. Efectivamente, su divinidad debía de estar preguntándose dónde se había metido, y Umuaro tendría que dar una explicación.

Durante los primeros días de su ausencia, hubo una gran preocupación en casa de Ezeulu. Aunque estaban en medio de la estación de la siembra, nadie fue a trabajar. La mujer de Obika, Okuata, se marchó de su cabaña solitaria y se fue a la de su suegra. Edogo se marchó de su casa y se instaló en el *obi* de su padre, a la espera de noticias. Los vecinos y la gente que pasaba por allí entraban y preguntaban: «¿Han vuelto?». Después de un tiempo, la cosa empezó a enfadar a Edogo, especialmente cuando la pregunta venía de gente que solo quería cotillear.

Obika regresó al día siguiente, a mediodía. Al principio, nadie se atrevió a hacerle preguntas; a algunas mujeres parecía que se les iban a saltar las lágrimas en cualquier momento. En aquella situación tan grave y tensa, Obika no pudo resistir la tentación de asustarlos un poco más. Se acercó a la cabaña con cara de estanque embarrado, entró y se desplomó en el suelo, como si hubiera ido corriendo todo el camino desde Okperi. Pidió agua fría, que le trajo su hermana. Después de beber y poner la calabaza en el suelo, Edogo le hizo la primera pregunta.

—¿Dónde está la persona a quien acompañaste? —le preguntó, evitando lo ominoso de pronunciar su nombre.

Ni siquiera Obika era capaz de bromear después de aquello. Hizo una breve pausa y dijo:

—Se encontraba bien cuando me marché.

La rigidez provocada por el miedo en los rostros de la gente se relajó.

—¿Dónde lo dejaste?

—¿Cuándo vuelve a casa?

—¿A quién respondo? —Obika trató de recuperar la tensión anterior, pero era demasiado tarde—. No tengo siete bocas. Cuando lo dejamos allí esta mañana, el blanco no había dicho nada. Ni siquiera lo vimos porque decían que estaba a punto de morir.

Aquella noticia causó un pequeño revuelo. Por las historias que se contaban sobre el blanco, no se les había ocurrido que podía ponerse enfermo como la gente corriente.

—Sí, ya está medio muerto. Pero había dado el mensaje para Ezeulu a su hermano menor, que a su vez estaba tan afectado por lo sucedido que se le olvidó recibirnos. Así que Ezeulu me dijo: «Prepárate para volver a casa y que no piensen que nos ha pasado nada malo». Por eso he vuelto.

—¿Quién le lleva comida? —preguntó Ugoye.

—¿Os acordáis del hijo de Nwodika, el que guio hasta aquí al primer mensajero del blanco? —replicó Obika, aunque no a Ugoye sino a los hombres—. Resulta que su mujer es la hija del amigo de Ezeulu de toda la vida en Umuagu. Ha cocinado para nosotros desde ayer y dice que, mientras ella esté viva, Ezeulu no tiene que mandar a buscar a otra mujer a su casa.

—¿He oído bien? —preguntó Akuebue, que hasta entonces apenas había dicho nada—. ¿Has dicho que la esposa de uno de Umunneora está cocinando para Ezeulu?

—Sí.

—Por favor, no vuelvas a contarme un cuento de esos. Edogo, prepárate, nos marchamos a Okperi.

—Ezeulu no es ningún niño —dijo Anosi, su vecino—. No se le puede decir con quién puede o no comer.

—¿Me has oído, Edogo? Prepárate. Yo me voy a casa a coger mis cosas.

—No quiero quitaros la intención de ir —dijo Obika—, pero no habléis como si solo vosotros tuvierais sentido común. Ezeulu y yo no hablamos con los ojos cerrados. Anoche Ezeulu rechazó la comida, a pesar de que el hijo de Nwodika la probó delante de nosotros. Pero esta mañana Ezeulu ya se había percatado de que el hombre no tenía malas intenciones.

A Akuebue no le convenció lo que dijeron los demás. Conocía suficientemente a los hombres de Umunneora. En cuanto a los que decían que Ezeulu no era un niño, desconocían la amargura de su corazón. Akuebue lo conocía mejor que sus hijos y

sus esposas. Sabía que no descartaría morir lejos con tal de atormentar a sus enemigos en el pueblo. Era posible que Nwodika tuviera las manos limpias, pero uno debía asegurarse de ello, incluso a riesgo de ofenderlo. ¿Quién se traga una flema por temor a ofender a los demás? Pues mucho menos tragar veneno.

El vecino de Ezeulu, Anosi, cuya opinión no se había tenido en cuenta al principio de la deliberación y que había permanecido callado desde entonces, intervino con la opinión contraria.

—Yo creo que Akuebue tiene razón en lo que dice. Dejad que vaya con Edogo y se quede tranquilo viendo que todo va bien. Pero dejad que los acompañe Ugoye, con ñames y otras cosas; de ese modo, su visita no ofenderá a nadie.

—Pero ¿a qué viene este miedo a ofender a alguien? —preguntó Akuebue impaciente—. No soy ningún niño, sé hacer cortes limpios de sangre. Pero no temeré ofender a uno de Umunneora si de eso depende la vida de Ezeulu.

—Es verdad —dijo Anosi—. Tienes toda la razón. Mi padre decía que es el miedo a ofender lo que hace que uno trague veneno. Si entras en casa de un hombre malo y te saca una nuez de cola, y no te gusta cómo la ha sacado, tu mente te dice que no te la comas. Pero si te da miedo ofender a tu anfitrión te tragas la ukwalanta. Estoy de acuerdo con Akuebue.

Quizá nadie echaba tanto de menos a Ezeulu como Nwafo; y ahora su madre también se marchaba. Pero aquel segundo golpe le resultó más llevadero al pensar que Edogo se iba con ellos.

La ausencia de Ezeulu le había permitido a Edogo expresar su resentimiento contra el favorito del anciano. Como primogénito, Edogo había tomado posesión temporal de la cabaña de su padre mientras esperaba su regreso. Nwafo, que apenas salía de la cabaña, comenzó a sentir la hostilidad de su hermanastro, que no le permitía estar allí. Aunque era un niño, era maduro y sabía cuándo se le miraba con benevolencia o con maldad. No hacía falta que Edogo dijera nada para que Nwafo se diera cuenta de que sobraba. Edogo le había dicho el día anterior que dejara de quedarse sentado junto al *obi* mirando a los mayores y que se fuera a la cabaña de su madre. Nwafo salió y se echó a llorar: era la primera vez en su vida que le decían que no era bienvenido en la cabaña de su padre.

A lo largo de aquel día se mantuvo apartado hasta que regresó Obika y entraron todos los del patio y los vecinos para oír las noticias. Aunque ocupó su sitio habitual con aire desafiante, Edogo no le dijo nada... ni siquiera pareció fijarse en él.

La hermana de Nwafo, Obiageli, lloró un buen rato cuando su madre y los demás se marcharon a Okperi. La promesa de Oduche de cogerle *icheku* y *udala* no la consoló. Al final, Obika la amenazó con llamar al temido espíritu enmascarado llamado Ichele. Aquello produjo un resultado inmediato. Obiageli se sentó en un rincón del *obi* y lloriqueó en silencio.

Al caer la tarde, la mente de Nwafo retomó el tema que le había preocupado desde el día anterior. ¿Qué pasaría con la luna nueva? Sabía que su padre la había estado esperando antes de irse. ¿Le seguiría hasta Okperi o esperaría a que volviera? Si aparecía en Okperi, ¿con qué gong iba a recibirla Ezeulu? Nwafo miró el *ogene* junto a la pared y el palo con el que se tocaba, que asomaba por el hueco. Lo mejor que podía hacer la luna nueva era esperar a que volviera Ezeulu al día siguiente.

Sin embargo, al anoecer, Nwafo se sentó en el sitio de su padre. No tuvo que esperar mucho para ver la delgada luna creciente. Parecía muy pequeña y reticente. Nwafo cogió el *ogene* con la intención de tocarlo, pero el miedo le paralizó la mano.

Ezeulu seguía recreando en su cabeza las voces de los niños de Government Hill cuando el hijo de Nwodika y su mujer le trajeron la cena. Como era habitual, el hijo de Nwodika cogió una bola de fufú, la mojó en la sopa y se la tragó. Ezeulu comió con buen apetito. Aunque si le hubieran dado a elegir no hubiera comido sopa de egusi, esta estaba tan bien cocinada que apenas se notaba que fuera egusi. El pescado que llevaba debía de ser asa o algo igual de bueno, y estaba semiahumado, lo ideal para esa clase de pescado. El fufú tenía una textura exquisita, ni demasiado ligera ni demasiado pesada; indudablemente, la mandioca se había aligerado con plátanos verdes.

Había tomado la mitad de la comida cuando llegaron su hijo, su mujer y su amigo. El mensajero principal, cuya más importante obligación era vigilar a los presos del calabozo, los condujo hasta él. Al principio, Ezeulu temió que hubiera sucedido algo malo en el pueblo. Pero al ver los ñames que traían recuperó la calma.

—¿Por qué no habéis esperado hasta mañana?

—No sabíamos si saldrías hacia casa por la mañana —dijo Akuebue.

—¿A casa? —Ezeulu soltó una carcajada. Se reía por no llorar—. ¿Quién habla de ir a casa? Todavía no he visto al blanco que ordenó que me fueran a buscar. Dicen que está a punto de morir. A lo mejor quiere que sacrifiquen a un sumo sacerdote en su funeral.

—¡Que la tierra de Umuaro nos libre! —dijo Akuebue, y los otros lo repitieron.

—¿Acaso estamos en Umuaro ahora? —preguntó Ezeulu.

—Si ese hombre está enfermo y no ha dejado un mensaje para ti, deberías venir a casa y volver cuando se encuentre bien —dijo Edogo, que no consideraba que aquel fuera el lugar apropiado para que Akuebue y su padre se enzarzaran en una batalla de palabras.

—No quiero hacer este viaje dos veces. No, me quedaré aquí sentado hasta que logre entender este asunto.

—¿Sabes cuánto tiempo le durará la enfermedad? Puede que te estés aquí...

—Si la enfermedad le dura hasta que maduren los frutos de la palmera en la punta de la hoja, esperaré. ¿Cómo está la familia, Ugoye?

—Estaban todos bien cuando nos marchamos.

Su cuello parecía más corto, después de haber llevado toda la carga a la cabeza.

—¿Qué tal los niños? ¿Y la mujer de Obika? ¿Y los demás?

—Estaban todos bien.

—¿Y los tuyos? —preguntó a Akuebue.

—Todos calladitos cuando me marché. Nadie estaba enfermo, solo había hambre.

—Eso es un mal menor —dijo el hijo de Nwodika—. El hambre es mejor que la enfermedad. —Conforme hablaba salió a sonarse la nariz. Regresó frotándosela con el dorso de la mano—. Nwego, no hace falta que esperes a recoger los cacharros. Ya los llevo yo a casa. Ve a buscar algo de comer para estas personas.

Su mujer cogió la carga que había traído Ugoye en la cabeza y las dos mujeres se fueron a preparar otra comida.

No había tiempo que perder y, en cuanto salieron las mujeres, Akuebue tomó la palabra.

—Obika nos ha contado cómo te han cuidado el hijo de Nwodika y su mujer.

—Lo habéis visto con vuestros propios ojos —dijo Ezeulu con la boca llena de pescado.

—Gracias —dijo Akuebue a John Nwodika.

—Gracias —dijo Edogo.

—No hemos hecho nada que haya que agradecer. ¿Qué pueden hacer un pobre y su mujer? Sabemos que Ezeulu come carne y pescado en su propia casa, pero mientras esté aquí compartiremos con él hasta la última pepita de palma que comamos. Una mujer no puede poner encima de su esposo más que la longitud de su pierna.

—Cuando Obika nos lo contó, yo me dije que no había nada como viajar.

—Cierto —dijo Ezeulu—. El joven macho cabrío dijo que, si no hubiera sido por su estancia en el clan de su madre, no hubiera aprendido a poner cara de mando. —Se rio para sí mismo—. Yo debería haber viajado más a menudo al pueblo de mi madre.

—Eso te ha quitado la expresión seria que tenías ayer en la cara —dijo Akuebue—. Cuando me contaron que te estaba cuidando uno de Umunneora, les contesté que eso era mentira. ¿Cómo iba a ser verdad con la guerra que tenemos entre nosotros?

—Eso es para los que se quedan allí, en nuestras tierras —dijo el hijo de Nwodika—. Yo no llevo esas guerras conmigo cuando viajo. Nuestros sabios decían que quien viaja a tierras lejanas no debería hacerse enemigos. Yo lo suscribo.

—Es verdad —dijo Akuebue, pensando la mejor manera de explicar el motivo de su viaje. Después de una breve pausa decidió hacerlo abiertamente, de un machetazo, como se decía que la gente de Nsugbe partía los cocos—. Nuestro viaje tiene dos objetivos. Hemos traído a Ugoye para que le quite un peso de encima a la mujer de Nwodika, y para dar las gracias al propio Nwodika y decirle que, hagan lo que hagan

los de su clan en nuestras tierras, hoy por hoy, él es un hermano para Ezeulu y su familia.

Mientras lo decía, Akuebue ya tenía el brazo metido en su bolsa de piel de cabra, en busca de su nuez de cola y su hoja de afeitar. Durante el breve silencio que siguió, llevó a cabo rápidamente el rito del lazo de sangre entre Edogo y Nwodika. Ezeulu y Akuebue observaron en silencio a los dos jóvenes que tomaban cada uno un lóbulo de la nuez de cola untada con la sangre del otro.

—¿Cómo es que te pusiste a trabajar para el blanco? —preguntó Akuebue cuando retomaron la conversación.

El hijo de Nwodika carraspeó.

—¿Cómo es que me puse a trabajar para el blanco? Debo decir que lo planeó mi *chi*. En aquella época no sabía nada de los blancos; no hablaba su lengua ni conocía sus costumbres. En la próxima estación seca hará tres años. Fui de Umunneora a Okperi con los compañeros de mi quinta a aprender una danza nueva, como habíamos hecho durante muchos años en la estación seca después de la cosecha. Para mi asombro, me encontré con que mi amigo Ekemezie, en cuya casa me quedaba siempre durante aquellas visitas, y que se quedaba en mi casa cada vez que nuestro pueblo era anfitrión del suyo, ya no pertenecía al grupo de bailarines de Okperi. Lo busqué por todas partes entre el gentío que vino a darnos la bienvenida. Otro amigo, que se llamaba Ofodile, me llevó a su casa y fue allí donde me enteré de que Ekemezie se había ido a trabajar con el blanco. No sé cómo me sentí al oír la noticia. Era como si me hubieran dicho que mi amigo había muerto. Intenté averiguar más sobre aquel trabajo con el blanco a través de Ofodile, pero este hombre no es capaz de sentarse a contar una historia de principio a fin. Al día siguiente, Ekemezie vino a verme y me llevó a ver este Gorment Heel. Me llamó por mi nombre y yo respondí. Dijo que cada cosa a su tiempo; se baila cuando toca bailar. Pero, me dijo, un hombre en sus cabales no se queda persiguiendo pequeños roedores en el bosque cuando sus compañeros van a cazar grandes animales. Me dijo que me dejara de bailes y que me uniera a la caza del dinero de los blancos. Yo me quedé asombrado. Ekemezie me llamó Nwabueze y yo le dije que efectivamente me llamaba así. Me dijo que la carrera por el dinero del blanco no podía esperar hasta el día siguiente o hasta que estuviéramos preparados para alistarnos; si la rata no corría con cierta rapidez, debía apartarse a un lado y dejar sitio a la tortuga. Dijo que otras personas de clanes pequeños, gente que solíamos despreciar, habían sido muy bien acogidos, mientras que nuestro propio pueblo ignoraba todo esto por completo.

Los tres hombres escucharon en silencio. Akuebue chasqueó mentalmente los dedos y se dijo: «Ya sé por qué a Ezeulu le ha gustado desde el principio: piensan igual». Sin embargo, era la primera vez que Ezeulu oía la opinión de Nwodika sobre el blanco, y su cara resplandecía de satisfacción... solo que ocultó su complacencia,

porque, una vez que tomaba partido en un tema, no quería parecer ansioso por la aprobación de los demás; no era asunto suyo, sino de los demás.

—Así que, hermanos —continuó el hijo de Nwodika—, así fue como empecé a trabajar para el blanco. Al principio me puso a limpiar los hierbajos de su jardín, pero al cabo de un año me llamó y me dijo que se me daba bien el trabajo manual y me llevó a trabajar dentro de su casa. Me preguntó mi nombre y le dije que me llamaba Nwabueze; pero era incapaz de pronunciarlo, así que dijo que me llamaría Johnu. — Aquello le hizo sonreír durante un instante—. Sé que algunos en el clan han ido diciendo que cocino para el blanco. Pero su hermano no ve siquiera el humo del fuego; lo único que hago es ordenar las cosas de su casa. Ya sabéis que los blancos no son como nosotros: si ponen un plato aquí, se enfadan si aparece allí. Así que yo hago la ronda todos los días y me ocupo de que cada cosa esté en su sitio. Pero os digo que no aspiro a morirme trabajando de sirviente. Mi proyecto es empezar un pequeño negocio de tabaco en cuanto haya reunido un poco de dinero. Gente de otras regiones está haciendo mucho dinero con este comercio, y también con el de las telas. La gente de Elumelu, Aninta, Umuofia y Mbaino es la que controla el gran nuevo mercado; ellos deciden lo que se hace. ¿Hay alguien de Umuaro entre esos ricos? Ni uno. A veces me avergüenza decir de dónde soy cuando me lo preguntan. No participamos en el mercado; no trabajamos en las oficinas del blanco; no estamos en ningún sitio. Por eso me llevé una tremenda alegría cuando el blanco me llamó el otro día y me dijo que había un sabio en mi pueblo que se llamaba Ezeulu. Le dije que sí. Me preguntó si vivía todavía, y le dije que sí. Me dijo: «Acompaña al mensajero principal y dile que tengo que hacerle unas preguntas sobre las costumbres de su pueblo porque sé que es un hombre sabio». Yo me dije: «Esta es nuestra oportunidad de hacer que el blanco se fije en nuestro clan». Pero no sabía que acabaría así.

Inclinó la cabeza hacia delante y miró al suelo muy disgustado.

—No es culpa tuya —dijo Akuebue—. Siempre sucede eso: uno ve algo, coge una piedra y apunta. Pero la piedra rara vez da en el blanco.

—Yo me siento culpable de todo esto —dijo el hijo de Nwodika con tristeza.

—Mira que eres desconfiado —dijo Ezeulu.

Los demás se habían ido a pasar la noche a casa del hijo de Nwodika, y dejaron a Akuebue y a Ezeulu solos en el pequeño calabozo.

—Lo que yo defiendo es que uno se muere cuando lo decide su *chi*.

—Pero este hombre no va a envenenarme porque sea de Umunneora.

—No sé —dijo Akuebue, negando con la cabeza—. Todos los lagartos yacen apoyados en la barriga, así que no podemos decir a cuál de ellos le duele la tripa.

—No. Pero te digo que el hijo de Nwodika es sincero conmigo. Distingo a uno que usa venenos con la misma claridad que a un leproso.

Akuebue volvió a negar con la cabeza. Ezeulu apenas veía el movimiento a la

débil luz de la lámpara de aceite de palma.

—¿No le observaste cuando sacaste la cuestión de los lazos de sangre? —prosiguió Ezeulu—. Si hubiera tenido malos pensamientos, se los hubieras visto en mitad de la frente. No, ese hombre no es peligroso. Al contrario, actúa como los de antaño, cuando los pueblos se llevaban bien. Hoy día hay demasiados listos; y no es sabiduría lo que tienen, sino una cosa que ensucia la nariz.

—¿Cómo se puede dormir con todos estos mosquitos? —preguntó Akuebue, dando golpetazos con su matamoscas a diestro y siniestro.

—Pues todavía no los has visto; espera a que apaguemos la lámpara. Quería pedirle al hijo de Nwodika que me trajera un manojo de hojas de arigbe para intentar echarlos con el humo. Pero con tu llegada se me ha olvidado. Anoche nos acribillaron. —Él también agitó su cola de caballo—. ¿Has dicho que están todos bien en tu familia? —preguntó, para no seguir hablando de sí mismo.

—Están todos calladitos —replicó Akuebue, bostezando con la cabeza hacia atrás.

—Cuéntame la historia de Udenkwo. Sabes que al final no pudiste terminar de contármela.

—Así es —dijo Akuebue, reanimado—. Si te dijera que Udenkwo me tiene contento, me engañaría a mí mismo. Es mi hija, pero te digo que ha salido a su madre en todo. Ya le he dicho mil veces que la mujer que lleva la cabeza sobre un cuello tieso como si llevara una vasija de agua no durará mucho con ningún marido. No he oído la historia de mi familia política, pero, por lo que me contó Udenkwo, yo diría que la pelea fue por un motivo sin importancia. A mi yerno le dijeron que trajera un gallo para un sacrificio. Al llegar a casa señaló uno y les dijo a los niños que lo agarraran y que lo ataran. Resultó ser el gallo de Udenkwo y ella empezó la pelea. Eso es lo que me dijo. Yo le pregunté si pretendía que su marido fuera a comprar un gallo al mercado teniendo gallos sus esposas.

Me contestó que por qué tenía que ser siempre su gallo, en lugar del de la otra esposa, o si habían dicho los espíritus que solo podían comer el pollo de Udenkwo. Yo le pregunté si había contado las veces que le había cogido su gallo y que cómo iba a saber un hombre a quién pertenecía cada gallo. No me contestó. Lo único que sabía era que, cada vez que mi yerno quería un gallo para algún sacrificio, pensaba en ella.

—¿Eso fue todo?

—Eso fue todo.

Ezeulu sonrió.

—Ni que nuestros yernos hicieran sacrificios cada día de mercado.

—Justo lo que yo le dije. Pero, como te decía, Udenkwo es como su madre. Lo que de verdad la molestó fue que mi yerno no se arrodillara para suplicarle.

Ezeulu guardó silencio, con aspecto de recapacitar.

—Cada uno resuelve los asuntos de su familia a su manera —dijo finalmente—. Lo que yo hago es que cuando necesito una cosa así, llamo a una de mis esposas y le digo que me hace falta tal o cual cosa para un sacrificio y que me lo consiga. Yo sé que puedo cogerlo, pero prefiero pedirle a ella que lo traiga. Nunca se me olvidará lo que mi padre le dijo a su amigo cuando yo era pequeño: «En nuestra tradición no se espera que el hombre se arrodille ante una mujer y se golpee la frente contra el suelo para pedirle perdón o suplicarle que le haga un favor. Pero el sabio sabe que puede ser necesario que él le diga en secreto: “Te lo suplico”. Nadie más debe enterarse de estas cosas, y la mujer, si tiene un poco de cabeza, no presumirá de ello ni abrirá la boca para contarlo. Si lo hace, la tierra sobre la que el hombre se humilló la destruirá por completo». Eso es lo que le dijo mi padre a su amigo, que decía que el hombre nunca estaba equivocado en su propia casa. Jamás he olvidado esas palabras de mi padre. El gallo de mi mujer me pertenece porque el dueño de una persona es el dueño de todo lo que posea esa persona. Pero no hay una sola manera de matar a un perro.

—Es verdad —reconoció Akuebue—. Pero es mi yerno quien debería oír esas palabras. En cuanto a mi hija, no quiero que siga pensando que cada vez que su marido le levanta la voz tiene que echarse el bebé a la espalda, coger al mayor de la mano y volver a mi casa. Mi madre no se comportaba así. Udenkwo lo aprendió de su madre, mi mujer, y se lo transmitirá a sus hijos, porque cuando la vaca pasta en zonas de hierba alta, los terneros le miran la boca.

Fue al cuarto día cuando Ezeulu fue repentinamente llamado a ver al señor Clarke. Siguió al mensajero que trajo la orden hasta el pasillo de la oficina del blanco. Había mucha más gente allí, algunos sentados en el banco grande y el resto en el suelo de cemento. El mensajero dejó a Ezeulu en el pasillo y entró en una sala contigua donde trabajaba mucha gente para el blanco en varias mesas. Ezeulu vio al mensajero a través de una ventana hablando con un hombre que parecía ser el jefe de todos aquellos trabajadores. El mensajero señaló en su dirección y el otro hombre lo siguió con la vista y vio a Ezeulu. Pero no hizo otra cosa que asentir y seguir escribiendo en un gran cuaderno. Cuando terminó de escribir, abrió una puerta que conectaba con otra habitación, entró en ella y desapareció. No estuvo allí mucho tiempo; cuando salió, hizo señas a Ezeulu para que entrara y lo llevó a donde estaba el blanco. Escribía, curiosamente, con la mano izquierda. Lo primero que se le ocurrió a Ezeulu al verlo fue preguntarse si algún negro llegaría alguna vez a alcanzar aquella maestría de escribir en el cuaderno con la mano izquierda.

—¿Te llamas Ezeulu? —preguntó el intérprete después de que hablara el blanco. La repetición del insulto fue demasiado para Ezeulu, pero logró contenerse.

—¿Me has oído? El blanco quiere saber si te llamas Ezeulu.

—Dile al blanco que vaya a preguntarle a su padre y a su madre cómo se llaman.

El blanco y su intérprete hablaron entre ellos. El blanco arrugó el ceño y después

sonrió y explicó algo al intérprete, quien le dijo a Ezeulu que no había insulto alguno en la pregunta, que ese era el modo de hacer las cosas de los blancos. El blanco observó a Ezeulu con una especie de regocijo. Cuando el intérprete terminó, adoptó un gesto tenso y comenzó de nuevo. Reprendió a Ezeulu por mostrarse poco respetuoso ante las órdenes del gobierno y le advirtió que si volvía a hacerlo se le impondría un castigo severo.

—Dile —repuso Ezeulu— que todavía estoy esperando a que me comunique su mensaje.

Pero aquello no se tradujo. El blanco agitó la mano enfadado y habló más alto. No hacía falta que nadie le dijera a Ezeulu que el blanco había dicho que no se le volviera a interrumpir. Clarke se tranquilizó y empezó a explicar las ventajas de la Administración británica. Si aquella charla, que en un principio no quería dar, la hubiera dado otro, a Clarke le hubiera parecido autocomplaciente. Pero no pudo resistirlo: ante la arrogante indiferencia de aquel sacerdote nativo a quien estaban a punto de hacer un gran favor, al colocarlo por encima de su gente, y que en lugar de mostrarse agradecido les hacía un desprecio, a Clarke no se le ocurrió otra cosa que decir. Cuanto más hablaba, más se enfadaba.

Al final, gracias a su considerable autodisciplina y a los intervalos para respirar que permitía la comunicación a través de un intérprete, Clarke se recuperó y logró controlarse. Después le hizo la propuesta a Ezeulu.

La expresión en la cara del sacerdote no cambió cuando le dieron la noticia. Se quedó callado. Clarke sabía que le llevaría un tiempo asimilar la propuesta con todas sus implicaciones.

—Bueno, ¿acepta o no?

Clarke puso la típica cara de los benefactores, un gesto de «Sé que esto te va a dejar impresionado».

—Dile al blanco que Ezeulu no va a representar a nadie, excepto a Ulu.

—¿Qué? —gritó Clarke—. ¿Este tío está loco?

—Creo que sí, señor —dijo el intérprete.

—En ese caso, que se lo lleven otra vez al calabozo.

Clarke estaba furioso. ¡Menuda cara! ¡Un brujo que se burlaba en público de la Administración británica!

LA reputación de Ezeulu en Government Hill había sufrido un serio declive durante los días siguientes a su llegada, en los cuales no hubo ninguna noticia sobre la muerte del capitán Winterbottom. Sin embargo, su fama resurgió después de su negativa a ser representante del blanco. No se recordaba un acto de rebeldía de tal calibre en toda Igbolandia. Quizá pareciera estúpido escupir el bocado que la fortuna le había puesto en la boca, pero en ciertas circunstancias un hombre así imponía respeto.

Ezeulu, por su parte, se sintió plenamente satisfecho con el modo en que habían salido las cosas. Había saldado las cuentas pendientes con el blanco y de momento podía olvidarse de él. Pero no era fácil olvidar, y al repasar los acontecimientos de los días pasados casi se convenció de que el blanco, Wintabota, había tenido buenas intenciones, pero que en la práctica habían resultado frustradas por culpa de todos los intermediarios, como el mensajero principal y ese cachorro blanco maleducado. Después de todo, se recordó a sí mismo, había sido Wintabota quien años atrás lo ensalzara como un hombre que decía la verdad entre todos los testigos de Okperi y Umuaro. Fue él quien más adelante le aconsejó que enviara a uno de sus hijos a aprender la sabiduría de su raza. Todo aquello constituía una prueba de la buena voluntad del blanco hacia Ezeulu. No obstante, ¿qué valor tenía la buena voluntad si le había causado aquella vergüenza e indignidad? La mujer que en un momento dado sentía el vacío de su vida gritaba: «¿Qué importa que mi marido me odie, mientras me traiga ñames cada mañana?».

De cualquier modo, se dijo Ezeulu a sí mismo, Wintabota tendría que dar explicaciones sobre la actuación de sus mensajeros. Un hombre podía andar por un mercado atiborrado de gente con todo el cuidado, pero, si se enganchaba el borde de su túnica y rasgaba la vestimenta de otro, se le atribuía a él y no a su traje la responsabilidad de reparar el desperfecto.

A pesar de lo sucedido, Ezeulu sentía ante todo que estaba a la par con el blanco. Todavía no le había dicho la última palabra, pero en aquel momento el conflicto más importante que tenía era con su propio pueblo y el blanco constituía, sin saberlo, su aliado. Cuanto más se le retuviera en Okperi, mayor sería el agravio y también sus recursos para el combate.

Al principio, pocos creyeron en Umuaro la historia de que Ezeulu había rechazado la oferta del blanco de ser juez del distrito. Sus enemigos se preguntaban cómo era capaz de rechazar aquello por lo que se habían urdido intrigas durante tantos años. Pero Akuebue y otros se encargaron de divulgar la historia hasta el último rincón de Umuaro y pronto llegó a los pueblos vecinos.

Nwaka de Umunneora desdeñó la historia, y solo cuando ya no podía negarla encontró su propia explicación.

—Ese hombre es un lunático orgulloso —dijo—. Eso demuestra lo que siempre he dicho a la gente, que heredó la locura de su madre.

Como cada cosa que Nwaka decía con malicia, esta tenía algo de verdad. Efectivamente, Nwanyieke, la madre de Ezeulu, había sufrido varios ataques esporádicos de locura. Se decía que si su marido no hubiera sabido tanto de hierbas podría haber sufrido delirios constantes.

Sin embargo, a pesar de Nwaka y de otros implacables enemigos de Ezeulu, el número de personas que empezó a pensar que se le había tratado de mala manera crecía en Umuaro de día en día. Cada vez le visitaba más gente en Okperi; un día recibió a nueve personas, varias de las cuales le trajeron ñames y otros regalos.

A las dos semanas de su ingreso en el Hospital de la Misión de Nkisa, el capitán Winterbottom se había recuperado lo suficiente como para que a Tony Clarke se le permitiera una visita... de cinco minutos. La doctora Savage permaneció en la puerta con un reloj de bolsillo.

Estaba increíblemente pálido, parecía casi un cadáver sonriente.

—¿Qué tal le va la vida? —preguntó.

Clarke apenas podía contener las ganas de hablar. Le contó a toda velocidad la historia del rechazo de Ezeulu a aceptar el cargo de jefe y juez del distrito, como si quisiera arrancar una respuesta a Winterbottom antes de que cerrara la boca para siempre.

—Déjelo ahí encerrado hasta que aprenda a cooperar con la Administración.

—Le he dicho que no debía hablar —dijo la doctora Savage, interponiéndose entre ambos con una forzada sonrisa.

El capitán Winterbottom había cerrado los ojos y tenía ya peor aspecto. Tony Clarke se sintió culpable y se marchó inmediatamente, aunque notó que se le había quitado un peso de encima. De regreso a Government Hill, pensó con admiración en la facilidad con la que el capitán Winterbottom, a pesar de estar enfermo, era capaz de utilizar las palabras adecuadas. Negarse a cooperar con la Administración.

Después de la negativa de Ezeulu a asumir la jefatura, Clarke hizo un intento a través del secretario jefe de la Administración para convencerle de que cambiara de idea, sin éxito. En consecuencia, la situación se hizo intolerable. ¿Debía dejar al hombre preso o debía soltarlo? Si hacía lo segundo, la reputación de la Administración caería por los suelos, especialmente en Umuaro, donde justo empezaba a despegar después de un largo periodo de hostilidad hacia el cristianismo y la Administración. Según había leído Clarke, Umuaro había opuesto más resistencia al cambio que cualquier otro clan en toda la región. Su primera escuela llevaba funcionando tan solo un año más o menos, y se había establecido una nueva misión, todavía en ciernes después de varios fracasos. ¿Qué efecto tendría en un distrito así el retorno triunfante de un brujo que había desafiado a la Administración?

Pero Clarke no era el tipo de persona que encerrara a alguien sin haberse quedado antes con la conciencia tranquila, y la seguridad de que no solo era justo sino que también lo parecía. Tras recibir la respuesta pensó que sus escrúpulos anteriores habían sido un poco tontos, pero, aun así, los había sentido. Lo que todavía le preocupaba era que, si dejaba al tipo en la cárcel, ¿qué escribiría en el informe? ¿De qué delito le acusaría? ¿De dejar en ridículo a la Administración? ¿De negarse a ser jefe? Ese punto, aparentemente trivial, irritaba a Clarke como una mosca a la hora de la siesta. Aunque comprendía que no tenía importancia, el asunto seguía sin resolverse; en todo caso, se complicaba. No podía darle una palmadita a un viejo, sí, un tipo muy viejo, y dejarlo en la cárcel sin una explicación razonable. Qué tontería, ciertamente, todo aquello, ahora que Winterbottom le había dado la respuesta. La moraleja de aquella historia era que si los veteranos oficiales de la costa, como Winterbottom, no eran más sabios que los novatos, al menos eran astutos, y tampoco había que desechar alegremente sus opiniones.

El capitán Winterbottom sufrió una recaída en su recuperación, y no se permitió que nadie fuera a verlo en otros quince días. Entre los criados y el personal africano de Government Hill, primero corrió el rumor de que había enloquecido, y después se dijo que se había quedado parálítico. La reputación de Ezeulu siguió creciendo con aquellos rumores. Puesto que todo el mundo sabía ya por qué lo habían encarcelado, era imposible no compadecerlo. No había hecho ningún mal al blanco y tenía razones para apuntarle con su *ofò*. En aquella posición, cualquier cosa que hiciera Ezeulu para vengarse no solo estaba justificada sino que debía ser contundente, y lo sería. John Nwodika explicaba que Ezeulu era como la víbora que nunca atacaba antes de sacar sus siete colmillos mortíferos uno detrás de otro; si su torturador no tenía sentido común para salir corriendo y salvar su vida, no podría echar la culpa a nadie sino a sí mismo. Ezeulu había hecho suficientes advertencias al blanco durante los cuatro mercados que llevaba preso. De manera que no se le podría acusar si contraatacaba y hacía que su enemigo perdiera el juicio o el movimiento de un lado del cuerpo, dejando el otro retorcido para toda la vida, lo que era peor que la muerte misma.

Ezeulu llevaba treinta y dos días en la cárcel. Aunque el blanco había enviado emisarios para suplicarle que cambiara de idea, no había tenido el coraje de volver a verlo en persona... o eso decía la historia que llegó a Okperi. Por fin, una mañana, el octavo día *eke* de mercado desde su detención, se le informó de que tenía la libertad de volver a casa. El mensajero principal y el secretario jefe se quedaron desconcertados cuando, después de entregarle el mensaje, Ezeulu se echó a reír con todas sus fuerzas.

—¿De manera que el blanco se ha cansado?

Los dos sonrieron al confirmárselo.

—Creí que era más combativo.

—Los blancos son así —dijo el secretario jefe.

—Prefiero tratar con quien tira la piedra y saca la cabeza para recibirla, no con uno que empieza una pelea y, cuando llega la hora, se echa a temblar y le da cagalera. Por el gesto de la cara, los dos hombres parecían estar de acuerdo con él.

—¿Sabéis cómo me llaman mis enemigos del pueblo? —preguntó Ezeulu.

En aquel momento entró John Nwodika para expresar su júbilo por lo sucedido.

—Preguntadle a él, os lo dirá. Me llaman el amigo del blanco. Dicen que Ezeulu trajo al blanco a Umuaro, ¿no es así, hijo de Nwodika?

—Es verdad —dijo el otro, un poco confuso al tener que confirmar una historia cuyo principio no había oído.

Ezeulu mató una mosca que se le había posado en la barbilla. Cayó al suelo y se miró la palma de la mano con la que la había matado; después la frotó contra la esterilla para quitarse la mancha y la observó otra vez.

—Dicen que los traicioné ante el blanco.

Seguía mirándose la palma de la mano. A continuación pareció preguntarse a sí mismo qué hacía contándoles aquellas cosas a unos extraños y se calló.

—No deberías darle muchas vueltas a todo esto —dijo John Nwodika—. ¿Cuántos de esos que te critican en tu pueblo son capaces de mantener un combate con el blanco como tú lo has hecho y dejarlo en el suelo tirado boca arriba?

Ezeulu se rio.

—¿A eso lo llamáis combate? No, queridos parientes. No hemos luchado; solo nos hemos mirado las manos el uno al otro. Volveré, pero antes de hacerlo quiero luchar con mi propio pueblo, cuyas manos conozco como la palma de las mías. Me marchó al pueblo a desafiar a los que se han dedicado a meterme el dedo en el ojo, que salgan a las puertas de sus casas y peleen conmigo y que quien derribe al otro le despoje de su ajorca.

—Es el desafío de *Eneke* Ntulukpa a los hombres, las bestias y los pájaros —dijo John Nwodika, emocionado como un niño.

—¿Lo conoces? —preguntó Ezeulu encantado.

John Nwodika se puso a cantar el canto burlón con el que el pájaro *eneke* había desafiado en una ocasión al mundo. Los dos forasteros se echaron a reír: era típico de John Nwodika.

—El que venza y derribe al otro —dijo Ezeulu cuando acabó la canción— le quitará la ajorca.

La repentina liberación de Ezeulu era la primera decisión importante que había tomado Clarke por sí mismo. Había pasado exactamente una semana desde su visita a Nkisa para buscar una definición satisfactoria del delito del preso, y durante esos días había adquirido mucha más seguridad en sí mismo. En las cartas que había escrito a su padre y a su prometida después del incidente se reía de su anterior condición de

novato: una señal de su creciente aplomo. La carta del gobernador que le autorizaba a tomar las decisiones del día a día y a abrir la correspondencia confidencial que no fuera dirigida personalmente a Winterbottom había contribuido, sin duda, al aumento de su confianza en sí mismo.

El mensajero trajo dos cartas. Una tenía un aspecto impresionante; venía sellada con cera roja, la clase de carta a la que los jóvenes funcionarios de la Administración aludían, en tono de broma, con la frase «Secreto de Estado: quemar antes de abrir». La examinó con cuidado y observó que no era una carta personal para Winterbottom. Se sintió como quien acaba de ser iniciado en una sociedad secreta importante. La dejó a un lado para leer primero la otra carta. Resultó no ser más que el telegrama semanal de Reuter, enviado como carta ordinaria desde la oficina telegráfica más cercana, a unos ochenta kilómetros. Traía la noticia de que, en una revuelta, unos campesinos rusos que se oponían al nuevo régimen se habían negado a cosechar.

—Les está bien empleado —dijo, y la apartó; al final del día la llevaría al tablón de anuncios del Casino del Regimiento.

Se sentó y cogió el otro paquete.

Era un informe del secretario de Asuntos Nativos sobre el gobierno indirecto en Nigeria oriental. La nota que había agregado el lugarteniente general decía que el informe se había debatido a fondo en la reciente reunión de funcionarios superiores de la Administración celebrada en Enugu, a la que el capitán Winterbottom no había podido asistir debido a su grave enfermedad. Continuaba diciendo que, a pesar de lo adverso del informe adjunto, no se había dado ninguna otra directriz con respecto a nuevas políticas. Eso era asunto del gobernador. Pero, como habría que tomar decisiones en una dirección u otra, se desaconsejaba continuar con los nombramientos de jefes de distrito nativos en nuevas áreas. De manera significativa, destacaba en el informe la crítica al tema del jefe de distrito de Okperi. La carta concluía con una petición a Winterbottom, para que llevara el asunto con tacto, de manera que la Administración evitara crear confusión entre los nativos o dar la impresión de indecisión o de falta de coherencia, lo que causaría un daño incalculable.

Al cabo de unos días, cuando Clarke pudo hablar con Winterbottom sobre el informe y la carta del lugarteniente general, aquel mostró una asombrosa falta de interés, sin duda como consecuencia de la fiebre. Le oyó farfullar algo así como: «¡Al carajo con el lugarteniente!».

AUNQUE estaban en plena estación de las lluvias, Ezeulu y su compañero salieron hacia su casa una mañana seca y prometedora. Su compañero era John Nwodika, que no quería ni oír el plan de Ezeulu de hacer el viaje solo. Ezeulu le suplicó que no se molestara, pero fue en vano.

—Un hombre de tu posición no debe hacer un viaje así solo —le dijo—. Si te empeñas en volver hoy mismo, debo acompañarte. Si no, puedes esperar hasta mañana, que viene Obika a visitarte.

—No puedo quedarme ni un día más —dijo Ezeulu—. Soy como la tortuga que se quedó atrapada en una fosa de excremento todo el tiempo entre dos mercados; cuando al octavo día vinieron en su ayuda a sacarla de allí, gritó: «Deprisa, deprisa, que no aguanto este hedor».

Así pues, se pusieron en marcha. Ezeulu llevaba su elote amarillo brillante bajo la toga blanca, más gruesa y basta, que pasaba bajo el antebrazo derecho y se ataba en el hombro izquierdo. En el mismo hombro llevaba colgada su bolsa piel de cabra. Con la mano derecha agarraba el alo, un bastón largo, de hierro, terminado en una punta afilada como la de una lanza, que todo hombre con título llevaba en las ocasiones importantes. Le cubría la cabeza un gorro rojo ozo rodeado de una tira de cuero que sujetaba una pluma de águila con la punta ligeramente hacia atrás. John Nwodika vestía una gruesa camisa marrón sobre un pantalón caqui.

No hubo cambios de tiempo hasta que llegaron a la mitad del camino entre Okperi y Umuaro. Entonces pareció como si la lluvia dijera: «Es la hora perfecta; no hay casas en el camino donde puedan guarecerse». Quitó las dos manos del recipiente que la contenía y cayó con inmenso y profuso abandono.

—Refugiémonos bajo un árbol durante un rato, a ver si para un poco —dijo John Nwodika.

—Es peligroso estar debajo de un árbol en una tormenta así. Sigamos. No somos sal ni llevamos encima hierbas malélicas. Yo, desde luego, no.

De manera que siguieron adelante, con la tela colgada del cuerpo como si estuviera aterrada. La bolsa de piel de cabra de Ezeulu estaba llena de agua y sabía que ya se le había estropeado el tabaco. El gorro rojo tampoco había sido nunca amigo del agua, y quedó peor aún. Pero Ezeulu no se deprimió; en todo caso, sentía esa especie de euforia que a veces producía la lluvia torrencial, la sensación embriagadora que lanzaba a los niños desnudos a la lluvia, cantando:

Mili zobe ezobe!

Ka mgbaba ogwogwo!

No obstante, había en la euforia de Ezeulu un elemento de amargura. Aquella lluvia era parte del sufrimiento al que había estado expuesto y por el que debía obtener la máxima reparación. Cuanto más sufriera a partir de entonces, mayor sería el placer de la venganza. Comenzó a imaginar futuros agravios que se irían amontonando unos sobre otros.

Dobló el índice de la mano izquierda y se lo pasó por la frente y los ojos para retirar el agua que los cegaba. Aquella ancha carretera nueva era como un cenagal revuelto. El bastón de Ezeulu había dejado de golpear la tierra con ruido sordo; la punta afilada se hundía un palmo hasta tocar tierra sólida con un chasquido. De vez en cuando, la lluvia amainaba de pronto como si quisiera escuchar. Solo entonces era posible distinguir cada árbol y la maleza con las hojas blandas, empapadas. Sin embargo, aquellos instantes de calma eran fugaces; enseguida desaparecían bajo nuevas olas de lluvia torrencial.

La lluvia era buena para el cuerpo solo si duraba poco tiempo y cesaba después. Cuando caía sin parar, el cuerpo comenzaba a enfriarse, y la lluvia aquel día no parecía conocer el límite. Se prolongó mucho, hasta que Ezeulu notó que tenía los dedos alrededor del bastón como garras de hierro.

—Aquí tienes tu recompensa por haberte molestado en acompañarme —dijo a John Nwodika. Tenía la voz pastosa y carraspeó.

—Eres tú quien me preocupa.

—¿Yo? ¿Por qué ha de preocuparse nadie por un viejo cuyos ojos han dormido ya más de lo necesario? No, hijo mío. El viaje que me espera es muy pequeño al lado de lo que he dejado atrás. Dondequiera que ahora vaya la llama, yo guardaré la antorcha.

Cayó otra ráfaga de lluvia, que extinguió la respuesta de John Nwodika.

Los familiares de Ezeulu se preocuparon mucho al verlo llegar entumecido y con escalofríos. Encendieron una hoguera en su choza mientras su mujer, Ugoye, le preparaba un linimento. Pero lo primero que necesitaba era agua para lavarse los pies, que tenía enfangados hasta las pulseras ozo de los tobillos. Después se untó el ungüento de pasta de cáscara de coco y se lo restregó por el pecho, mientras Edogo le frotaba la espalda. Matefi, a quien le tocaba cocinar para Ezeulu aquella noche (hasta en su ausencia habían llevado los turnos al día), había empezado ya a preparar sopa utazi. Ezeulu se la tomó caliente y comenzó a sentir el cuerpo otra vez.

La tormenta ya había amainado cuando Ezeulu llegó a casa y enseguida cesó por completo. Lo primero que hizo después de tomar la sopa utazi fue mandar a Nwafo a casa de Akuebue, a anunciarle su llegada.

Akuebue estaba moliendo su rapé cuando Nwafo le dio la noticia. Dejó sin terminar lo que estaba haciendo y guardó el rapé medio molido en una botellita con la hoja de un cuchillo especial. Después arrastró con una pluma las partículas más finas hacia el centro de la piedra de moler y las metió también en la botella. Volvió a pasar

la pluma por la piedra grande y la pequeña hasta haber guardado todo el polvo en la botella. Retiró las dos piedras y llamó a una de sus esposas para decirle adonde iba.

—Si Osenigwe te pide que le prestes las piedras —le dijo al echarse su paño en el hombro—, dile que aún no he terminado.

Había ya gente congregada en la cabaña de Ezeulu cuando llegó Akuebue. Estaban allí todos los vecinos, y cada uno de los que pasaba por allí dejaba sus asuntos para otro momento y se acercaba a saludarlo. Ezeulu apenas hablaba; aceptaba los saludos, hacía una señal con la cabeza y los devolvía con la mirada. No había llegado su hora de hablar o de actuar. Primero debía sufrir hasta el límite porque el hombre temible en la acción es el que se somete primero al máximo sufrimiento. Ese era el terror que infundía la víbora; primero sufría todas las provocaciones, dejaba incluso que el enemigo le pisara el tronco; debía esperar y sacar los siete colmillos uno detrás de otro. Finalmente le decía a su torturador: «¡Aquí estoy!».

Todos los esfuerzos por incluir a Ezeulu en la conversación fracasaron o tuvieron poco éxito. Cuando sus invitados sacaron el tema de su negativa a ser el jefe de distrito del blanco, se limitó a sonreír. No era porque le disgustara la gente que le rodeaba o las cuestiones que comentaban. Disfrutó con todo e incluso deseó que el hijo de Nwodika se hubiera quedado allí para que les contara a los demás lo sucedido; pero solo había hecho una breve parada y después se había vuelto a su pueblo a pasar la noche antes de volver a Okperi por la mañana. Ni siquiera se había quitado el barro de los pies.

—Me vuelvo a la lluvia —había dicho—. Lavarse los pies ahora es como limpiarse el culo antes de cagar.

Como si supiera lo que Ezeulu pensaba en aquel momento, uno de los que había entrado a verlo dijo:

—El blanco ha encontrado en ti un contrincante a su altura. Pero no entiendo una parte de esta historia: el papel que ha desempeñado el hijo de Nwodika de Umunneora. Cuando vuelva la calma, tendrá que responder a un par de preguntas.

—Estoy contigo —dijo Anosi.

—El hijo de Nwodika ya nos ha explicado —dijo Akuebue, que actuaba como portavoz de Ezeulu— que hizo lo que hizo para ayudar a Ezeulu.

El otro soltó una carcajada.

—¿De verdad? ¡Menudo inocente! Supongo que se lleva el cuenco de fufú a los agujeros de la nariz. ¡Cuéntame otro cuento!

—Nunca confíes en los de Umunneora. Eso es lo que yo digo —agregó Anosi, el vecino de Ezeulu—. Si uno de Umunneora me dijera que parara, echaría a correr y, si me dijera que echara a correr, me quedaría en el sitio.

—Este es distinto —dijo Akuebue—. Viajar le ha cambiado.

—¡Ja, ja, ja! —rio Ifeme—. Ese habrá aprendido más picaresca en el extranjero de la que le enseñó su madre. Akuebue, hablas como un niño.

—¿Sabéis por qué ha estado toda la tarde lloviendo? —preguntó Anosi—. Es porque la hija de Udendu se va de uri. Así que los fabricantes de lluvia de Umunneora decidieron estropearle la fiesta al de su clan. No solo odian a los demás, se odian incluso más a sí mismos. Su maldad lleva gorra.

—Cierto. Está preñada y criando a un niño al mismo tiempo.

—Así es. Son familia de mi madre, pero a mí lo único que me inspiran es miedo.

Ifeme se levantó para marcharse. Era achaparrado y fuerte y hablaba muy alto, como si cada conversación fuera una pelea.

—Tengo que irme, Ezeulu —vociferó a tal volumen que se le oyó desde las cabañas de las mujeres—. Damos gracias a la gran divinidad y a Ulu por haberte librado del mal en tu viaje. A lo mejor pensaste que como no fui a visitarte estaba enfadado contigo. No, señor, no hay conflicto alguno entre Ezeulu e Ifeme. Todo el tiempo pensaba en ir a verte; mis ojos te veían, pero mis pies se quedaban atrás. Me decía: «Mañana mismo voy a verlo», pero cada día me daba una orden diferente. Como decía antes: «Nno».

—A mí me pasó exactamente lo mismo —dijo Anosi—. Me decía: «Mañana voy sin falta», como el sapo que perdió la oportunidad de que le creciera la cola por decir: «Ya voy, ya voy».

Ezeulu movió la espalda de la pared donde estaba apoyado; parecía prestar toda su atención a su nieto Amechi, que intentaba en vano abrirle el puño cerrado. Pero seguía concentrado en la conversación y decía alguna palabra cuando era necesario. Levantó la vista un instante y dio las gracias a líeme por su visita.

Amechi empezó a ponerse más nervioso y de pronto se echó a llorar, a pesar de que Ezeulu le había dejado que le abriera el puño.

—Ven, Nwafo, llévalo con su madre. Me parece que se va a dormir.

Nwafo se acercó, se arrodilló y le ofreció la espalda a Amechi. Este, en vez de subirse, dejó de llorar, apretó su puñito y le dio un golpe a Nwafo en medio de la espalda. Aquello hizo que la gente se echara a reír, y el niño miró a su alrededor con churretes de lágrimas en la cara.

—Hala, Nwafo, vete; no le gustas... eres malo. Prefiere a Obiageli.

Efectivamente, Amechi se colgó inmediatamente de la espalda de Obiageli.

—Míralo —dijeron dos o tres voces a la vez.

A Obiageli le costó ponerse de pie, hizo una ligera flexión y después, con un súbito movimiento de cintura, empujó al niño hacia arriba y salió andando.

—Con cuidado —dijo Ezeulu.

—No te preocupes —dijo Anosi—. Sabe hacerlo muy bien.

Obiageli se dirigió a la casa de Edogo, entonando su nana:

Dile a madre que su hijo está llorando,
dile a madre que su hijo está llorando
y después prepara un guiso de úzízá;
eso, un guiso de úzízá.

Hazle una sopita de pimienta,
que deje muertos de hipo
a los pajaritos que se la beban.

La cabra de madre está en el granero,
ay, los ñames están en peligro;

la cabra de padre está en el granero,
ay, verás cómo se zampan los ñames.

¡Mira ese cervatillo que se acerca!

¿Lo ves? ¡Ha metido un pie en el agua
y le ha pillado la serpiente!

¡Se retira!

Ja, ja. Ja kulo kulo!

Bienvenido a casa,
halcón viajero,

Ja, ja. Ja kulo kulo!

Dime, ¿dónde está esa pieza
de tela que compraste?

Ja, ja. Ja kulo kulo!

Desde el exilio, a Ezeulu le resultaba fácil pensar en Umuaro como una entidad hostil. Pero de vuelta en su cabaña ya no lo veía de una manera tan simple. No podía considerar como enemigos a todas aquellas personas que habían dejado sus tareas o que se habían detenido en su camino para darle la bienvenida. Algunos, como Anosi, podían ser insignificantes, inútiles, quizá aficionados al cotilleo e incluso maliciosos; pero eran muy distintos del enemigo con quien había soñado en Okperi.

A lo largo del día siguiente, contó cincuenta y siete visitantes, sin incluir a las mujeres. Seis de ellos habían traído vino de palma; su yerno Ibe y sus parientes habían traído dos grandes vasijas de un vino excelente y un gallo. Aquel día parecía que había una fiesta en la cabaña de Ezeulu. Llegaron a visitarle dos o tres personas de Umunneora, el pueblo enemigo. De nuevo, al final del día, Ezeulu continuó con su división de Umuaro entre gente corriente que no tenía otra cosa que buena voluntad hacia él y aquellos cuya ambición les llevaba a destruir la unidad central de los seis pueblos. Desde el momento en que hizo aquella división comenzó, aun con cierta reserva, a albergar sentimientos de reconciliación. Sabía que podía decir con justicia que, si un dedo tenía aceite, pringaba a los demás; sin embargo, ¿era correcto dar la

espalda a todas aquellas personas que habían mostrado tanta preocupación por él durante su exilio y desde su regreso?

Ese conflicto interior se resolvió al tercer día de la manera más inesperada. Su último visitante de aquel día había sido Ogbuefi Ofoka, uno de los hombres más valiosos de Umuaro, aunque no era uno de los que visitaban a menudo a Ezeulu. Ofoka tenía fama de decir lo que pensaba. No era de los que alababan a quien le ofrecía vino de palma. En lugar de dejar que le cegara el vino de palma, Ofoka lo tiraba, se guardaba el cuerno en su bolsa de piel de cabra y hablaba con franqueza.

—He venido a decirte «Nno», a dar gracias a Ulu y también a Chukwu por no permitir que te golpearas el pie contra una roca —dijo—. Quiero decirte que todo Umuaro suspiró aliviado el día que volviste a pisar tu cabaña. Nadie me ha enviado a traerte este mensaje, pero creo que deberías saberlo. ¿Por qué lo digo? Porque sé en qué estado de ánimo te marchaste. Soy uno de los que apoyó a Nwaka de Umunneora cuando dijo que debías ir a hablar con el blanco.

La cara de Ezeulu no mostró cambio alguno.

—¿Has oído lo que te he dicho? —continuó Ofoka—. Soy uno de los que dijo que no nos interpondríamos entre el blanco y tú. Si quieres, dime que no vuelva a pisar tu casa cuando termine de hablar. Quiero que sepas, por si no lo sabías, que los ancianos de Umuaro no se pusieron de parte de Nwaka contra ti. Todos le conocemos a él y al que está detrás de él; no nos engañamos. ¿Por qué le dimos la razón? Porque estábamos confundidos. ¿Me oyes? Los ancianos de Umuaro tienen cierta confusión. Puedes decir que Ofoka te lo contó. Reina la confusión entre todos nosotros. Somos como el cachorro del proverbio, que intentó responder a dos llamadas a la vez y se rompió la mandíbula. Primero nos dijiste, hace cinco años, que era una tontería desafiar al blanco. No te escuchamos; luchamos contra él y nos quitó los fusiles y los partió por la mitad. Así que sabemos que tenías razón. Pero, justo cuando empezábamos a aprender la lección, llegas tú y nos dices ahora que desafiamos a ese mismo blanco. ¿Qué esperabas que hiciéramos?

Hizo una pausa para que Ezeulu le respondiera, cosa que su interlocutor no hizo.

—Si mi enemigo dice la verdad, yo no voy a decir que no la escuché porque la haya dicho el enemigo. Lo que Nwaka dijo era la verdad. Dijo: «Ve a hablar con el blanco, porque te conoce». ¿No era cierto? Lo dijo con malicia, pero dijo la verdad. ¿Quién de los nuestros podría haber ido y podría haber luchado contra él como lo has hecho tú? Una vez más: «Nno». Si no te gusta lo que te he dicho, mándame un mensaje prohibiéndome volver a tu casa. Me voy.

Aquello resumía el argumento al que Ezeulu llevaba dando vueltas los tres días anteriores. Quizá si Akuebue le hubiera dicho lo mismo, no hubiera tenido el mismo peso; viniendo de alguien que no era amigo ni enemigo, le cogió desprevenido y dio en el blanco.

Sí, el sumo sacerdote debía seguir adelante y hacer frente al peligro antes de que llegara a su gente. Esa era la responsabilidad de su sacerdocio. Así había sido desde el primer día en que los seis pueblos acosados se reunieron y dijeron al antepasado de Ezeulu: «Tú te encargarás de esta divinidad». Al principio sintió miedo. ¿Qué poder tenía él en el cuerpo como para hacerse cargo de tamaña responsabilidad? Pero su gente le cantó su apoyo y el flautista giró la cabeza. Así que se puso de rodillas y le montaron la deidad sobre la cabeza. Se levantó transformado en un espíritu. La gente siguió cantando detrás de él, que dio un paso adelante en aquel primer y decisivo viaje, increpando incluso a los cuatro días en el cielo para dejarle paso.

Era un pensamiento muy intenso, y decidió dejarlo de lado para descansar. Llamó a su hijo, Oduche.

—¿Qué haces?

—Una cesta.

—Siéntate.

Oduche se sentó en la cama de adobe frente a su padre. Tras una breve pausa, Ezeulu fue al grano y le habló directamente. Le recordó a su hijo la importancia de saber lo que sabía el blanco.

—Te he enviado para que seas mis ojos allí. No hagas caso de lo que diga la gente... los que no saben dónde tienen la mano izquierda y la derecha. Ningún hombre miente a su hijo; ya te lo he dicho antes. Si alguien te pregunta por qué te han mandado a aprender esas cosas nuevas, diles que un hombre debe bailar la danza que prevalece en su época.

Se rascó la cabeza y siguió hablando relajado.

—Cuando estaba en Okperi, vi a un joven blanco que escribía en su cuaderno con la mano izquierda. Por sus acciones, pude ver que tenía poco sentido común. Pero tenía poder; podía gritarme a la cara y hacer lo que le diera la gana. ¿Por qué? Porque sabía escribir con la izquierda. Por eso te llamé a ti. Quiero que aprendas y domines el saber de este hombre, de tal forma que si de pronto te despiertan y te preguntan en qué consiste, seas capaz de responder. Debes aprender hasta que sepas escribirlo todo con la mano izquierda. Eso es todo lo que quería decirte.

Una vez se desvaneció la emoción por el retorno de Ezeulu, la vida familiar volvió a ser la de antes. Los niños estaban especialmente contentos con el fin del medio luto que habían vivido durante más de una luna.

—Cuéntanos un cuento —le decía Obiageli a su madre, Ugoye.

En realidad, era Nwafo quien la había incitado.

—¿Que os cuente un cuento con todos los cacharros tirados por ahí sin fregar?

Nwafo y Obiageli se pusieron a trabajar inmediatamente. Apartaron el pequeño mortero para moler la pimienta, le dieron la vuelta y pusieron las vasijas pequeñas en la repisa de bambú. Ugoye cambió la vela casi quemada de la palmatoria por una

nueva de las que estaban en un montón empapadas de aceite de palma.

Ezeulu se había comido hasta el último bocado de la cena que le había preparado Ugoye, lo que debería haber dejado encantada a cualquier mujer. Pero en una familia grande siempre había algo que podía arruinar la satisfacción de alguien. Para Ugoye ese algo era la esposa mayor de su marido, Matefi. Hiciera lo que hiciera Ugoye, la envidia de Matefi nunca la dejaba en paz. Si hacía una comida sencilla en su cabaña, Matefi decía que mataba de hambre a los niños para comprarse pulseras de marfil; si mataba un gallo, como aquella tarde, Matefi decía que lo hacía para ganarse el favor de su marido. Por supuesto, nunca le decía estas cosas a la cara, pero Ugoye acababa enterándose de los cotilleos. Aquella tarde, cuando Oduche preparaba el pollo en la hoguera, entró Matefi y carraspeó.

Después de ordenar la habitación, Nwafo y Obiageli extendieron una esterilla y se sentaron junto al taburete de su madre.

—¿Qué cuento queréis oír?

—El de Onwero —dijo Obiageli.

—No —dijo Nwafo—, ese ya lo hemos oído muchas veces. Cuéntanos el de...

—Vale —interrumpió Obiageli—. Cuéntanos el de *Eneke Ntulukpa*.

Ugoye hizo memoria y encontró lo que buscaba:

Había una vez un hombre que tenía dos esposas. La mayor tenía muchos hijos, pero la más joven tenía solo un hijo. La esposa mayor era mala y le tenía envidia. Un día el hombre y su familia se fueron a trabajar a sus tierras, que estaban en la frontera entre el mundo de los hombres y el de los espíritus...

Ugoye, Nwafo y Obiageli estaban sentados formando un grupito al lado del hogar. Oduche estaba algo apartado, cerca de la entrada del único dormitorio, sosteniendo su nuevo libro, *Azu Ndu*, bajo la luz amarillenta del candil. Sus labios se movían en silencio mientras deletreaba y formaba las primeras palabras de la cartilla:

a b a aba

e g o ego

i r o iro

a z u azu

o m u omu

Entretanto, Ezeulu había continuado dándole vueltas en la cabeza a la batalla que se avecinaba, y empezó a considerar con la sensibilidad de los cuernos de un caracol la posibilidad de la reconciliación, o, si eso era excesivo, la reducción del área de conflicto. En el fondo de su mente estaba la seguridad de que, por supuesto, la lucha no empezaría hasta después del tiempo de la cosecha, al cabo de otras tres lunas. Así que había tiempo de sobra. Quizá era esta confianza en que no había ninguna prisa lo que le hacía barajar otras posibilidades: dejar de lado su resolución y, llegado el momento, reformularla. ¿Por qué iba un hombre a tener prisa en chuparse los dedos;

acaso los iba a colgar de una viga? O quizá la idea de la reconciliación surgía de un sentimiento genuino. En cualquier caso, Ezeulu no podía permitirse pasar mucho más tiempo con la mente dividida en dos.

—*Ta! Nwanu!* —ladró Ulu en su oído, como lo haría un espíritu en el de un niño impertinente—. ¿Quién te ha dicho a ti que esta es tu guerra?

Ezeulu se echó a temblar y no dijo nada, agachando la mirada hacia el suelo.

—Te he preguntado que quién te ha dicho a ti que esta es tu guerra y que puedes arreglarla a tu manera, como mejor te convenga. Quieres salvar a los amigos que te trajeron vino de palma, ja, ja, ja.

Solo los locos podían reproducir a veces la amenaza y la burla de la risa de las deidades: una risa seca, como la de un esqueleto.

—Procura no interponerte entre mi víctima y yo, o pueden caerte golpes que no estaban destinados a ti. Ve a casa y duerme y déjame a mí arreglar mi pelea con Idemili, cuya envidia busca destruirme para que su pitón recupere el poder. Ahora dime si eso tiene algo que ver contigo. Te digo que vayas a casa a dormir. En cuanto a mí y a Idemili, lucharemos hasta el final. ¡Y el que consiga derribar al otro le despojará de su ajorca!

Después de eso, no había nada más que decir. ¿Quién era Ezeulu para decirle a su dios cómo luchar contra el celoso culto de la pitón sagrada? Era una pelea entre dioses. Él no era más que una flecha en el arco de su dios. Esta idea embriagó a Ezeulu como vino de palma. Se le amontonaban las ideas, y los acontecimientos pasados cobraban un significado nuevo y emocionante. ¿Por qué había encerrado Oduche a una pitón en su caja? Le habían echado la culpa a la religión del blanco, pero ¿cuál era la verdadera causa? ¿Y si el muchacho fuera solo una flecha en manos de Ulu?

¿Y la religión del blanco, y el blanco mismo? Este pensamiento se acercaba a la profanación, pero ahora mismo Ezeulu quería seguir su razonamiento hasta el final. Sí, ¿qué pasaba con el blanco? Después de todo, en una ocasión se había aliado con Ezeulu, y en cierto sentido había vuelto a tomar partido por él últimamente al enviarle al exilio, dándole así un arma con la que combatir a sus enemigos.

Si Ulu se había fijado en el hombre blanco como un aliado desde el principio, eso explicaría muchas cosas. Explicaría la decisión de Ezeulu de enviar a Oduche a aprender las costumbres del blanco. Era cierto que Ezeulu había ofrecido otras explicaciones para su decisión, pero eso fue lo que se le pasó por la cabeza en aquel momento. Una mitad de él era un hombre, y la otra mitad mmo, la parte que se pintaba con tiza blanca en las celebraciones religiosas importantes. Y la mitad de lo que hacía era obra de ese lado espiritual.

SEGÚN un dicho de Umuaro, hasta el eco de los acontecimientos más llamativos empezaba a amortiguarse después de dos semanas de mercado. Así ocurrió con el confinamiento y el regreso de Ezeulu. Aunque la gente no habló de otra cosa durante una temporada, la historia se convirtió paulatinamente en una más de la vida de las seis aldeas, o al menos eso fue lo que pensó la gente.

Hasta en la casa de Ezeulu se volvió a la rutina de los turnos diarios. La mujer de Obika se quedó embarazada; Ugoye y Matefi siguieron comportándose como dos esposas celosas; Edogo volvió a sus tallas de madera, que había dejado de lado en la estación de la siembra; Oduche progresó en su nueva fe, en la lectura y en la escritura; Obika, después de un breve descanso, volvió a entregarse con entusiasmo al vino de palma. Su mesura temporal se debió a que era consciente de que el exceso de vino de palma era malo para el hombre que quería satisfacer a su mujer: le hacía jadear encima de ella como el lagarto que caía del árbol iroko y le hacía quedar mal con ella. Pero, una vez que Okuata se quedó embarazada, él dejó de hacerle caso.

El mismo Ezeulu parecía haber dejado de lado sus agravios, y ya no los mencionaba en su ofrenda diaria de nuez de cola y vino de palma a sus antepasados o en el sencillo rito que llevaba a cabo en cada luna nueva. Su esposa más joven también había vuelto a quedarse embarazada, después de descansar durante un año tras la muerte de su hijo pequeño. Así pues, comenzó a responder a las invitaciones para dormir con él en su cabaña, lo que no supuso una mejora en su relación con Matefi, que ya no podía tener hijos.

Las fiestas y festivales menores del año se celebraron en la estación adecuada. Algunas eran comunes a las seis aldeas de Umuaro y otras se limitaban a alguna de ellas. Los de Umuagu celebraban su *Mgba Agbogho* o «Combate de las Doncellas»; Umunneora guardaba su fiesta anual en honor a Idemili, dueño de la serpiente pitón. Los seis pueblos juntos celebraban el retiro denominado *Oso Nwanadi* para aplacar a los espíritus resentidos de los miembros del clan caídos en la guerra o en otras circunstancias por la causa de Umuaro.

Cesó la copiosa lluvia, como siempre, para dar paso al habitual periodo de sequía, imprescindible para que los ñames produjeran grandes tubérculos entre hojas exuberantes. En resumen, la vida siguió como si no hubiera pasado nada, o como si jamás fuera a pasar nada.

La aldea de Ezeulu, Umuachala, celebraba una fiesta menor entre la estación de las lluvias y el festival más importante del año, el del Ñame Nuevo. Se llamaba *Akwu Nkro* y su ritual era escaso, solo una ofrenda de las viudas en memoria de sus difuntos esposos. Todas las viudas de Umuachala preparaban fufú y sopa de nuez de palma aquella noche y la dejaban fuera de sus cabañas. A la mañana siguiente aparecían los

cuencos vacíos porque los esposos habían venido desde *Ani-Mmo* y se habían tomado la comida.

Se suponía que el *Akwu Nkro* de aquel año era más interesante porque la quinta de Obika iba a presentar una nueva Máscara ancestral ante la aldea. La llegada de una nueva Máscara era siempre un acontecimiento importante, y más en aquella ocasión en que se trataba de una Máscara de alto rango. Los últimos días había habido mucho trasiego entre los miembros de la quinta de Otakagu. Aunque los que tuvieran un papel destacado en la ceremonia serían sin duda objeto de envidia y de malevolencia, y debían estar bien cubiertos de magia protectora, también los demás debían untarse alguna sustancia en los brazos que actuara como defensa, extendida sobre cortes superficiales.

Los preparativos se llevaron a cabo en secreto, de conformidad con los espíritus ancestrales. En los últimos años se pensaba que era necesario reforzar la defensa del misterio en Umuaro. A los ancianos les había quedado claro que, aunque ninguna mujer se atrevía a comentarlo abiertamente, cada vez que veían una Máscara no les resultaba muy difícil adivinar quién era el hombre que había detrás. Lo único que había que hacer era buscar a la gente que rodeaba a la Máscara y ver quién faltaba. Para superar aquella dificultad, los ancianos habían dictaminado que cada vez que un grupo o una aldea quisieran sacar una Máscara, deberían ir a buscarla fuera del pueblo. De manera que los de la quinta de Otakagu se habían ido hasta Umuogwugwu a seleccionar al hombre que llevaría la Máscara. Eligieron a un tal Amumegbu, cuya presencia en el pueblo se mantuvo en secreto aunque permaneció en Umuachala durante los preparativos.

Tanto Edogo como Obika tenían relación con la Máscara que debía venir. No solo pertenecía a la quinta de Obika, sino que este también había sido elegido como uno de los dos hombres que debían matar a los carneros en su presencia. Edogo participaba porque había tallado la Máscara.

Poco después del mediodía, Obika estaba sentado en el suelo de su cabaña, a horcajadas sobre la piedra en la que afilaba su machete. Le caían gotas de sudor por la cara y se mordisqueaba el labio inferior con los dientes al trabajar. Ya había utilizado un puñado de sal para afilar la piedra y de vez en cuando exprimía un poco de zumo de lima en la cuchilla. Había dos cáscaras junto a la piedra con otras dos frutas sin cortar. Obika llevaba tres días trabajando en su machete nuevo a ratos sueltos, y ya estaba lo suficientemente afilado como para cortar el pelo. Se levantó y salió a mirarlo a la luz. Lo sujetó ante él y al torcer la muñeca lo hizo brillar como un espejo al sol. Pareció satisfecho, regresó a su cabaña y lo guardó. Después atravesó el patio interior y vio a su mujer echar agua de la vasija grande en un cuenco, fuera de la cabaña. Se irguió con aire cansado y lanzó un escupitajo, como solía hacer en los últimos tiempos.

—Hola, vieja —le dijo en broma.

—Ya te he dicho que deberías venir a deshacer lo que me has hecho —repuso ella con una sonrisa.

Poco después empezaron a oírse en el pueblo los sonidos propios del acontecimiento que se avecinaba. Media docena de hombres fueron corriendo por todas las esquinas tocando el *ogene* en busca de la Máscara, pues nadie sabía por cuál de los miles de termiteros de Umuachala aparecería. Siguieron buscándola durante mucho tiempo; el sonido del gong de metal y de sus pies al acercarse tenía a la aldea en vilo. En cuanto empezó a bajar el calor, todo el pueblo entró en el ilo.

El ilo de Umuachala era uno de los más grandes de Umuaro, y el mejor cuidado. A veces lo llamaban lio Agbasioso, porque su longitud intimidaba a los mejores corredores. En una de sus cuatro esquinas estaba la casa *okwolo*, desde donde los iniciados en los misterios de los espíritus ancestrales contemplaban el espectáculo en el ilo. El *okwolo* era una choza alta, distinta de las demás, que solo tenía dos paredes, una lateral y una trasera. Desde la entrada se veían los tramos de escalones que ascendían por todo el ancho de la choza e iban desde el suelo casi hasta el tejado. Los ancianos del pueblo se sentaban en los peldaños más bajos, que tenían la mejor vista, y los demás se sentaban atrás en la parte alta. Detrás del *okwolo* había un árbol *udala* que, como todos los *udala* de Umuaro, estaba consagrado a los espíritus ancestrales. Muchos niños jugaban bajo sus ramas, incluso en aquel momento, a la espera de que de vez en cuando cayera un fruto maduro, de color marrón claro. El árbol estaba cargado de la tentadora fruta, pero todos, jóvenes y mayores, tenían prohibido arrancarla del árbol. Quien rompiera la norma recibiría la visita de los espíritus enmascarados de Umuaro y tendría que borrar sus huellas con cuantiosas multas y sacrificios.

Aunque Ezeulu y Akuebue fueron puntuales, había ya muchísima gente en el ilo cuando llegaron. Todo el mundo en Umuachala parecía estar allí o de camino, y llegaba mucha gente de los otros pueblos de Umuaro. Mujeres y niñas, chicos mayores y niños estaban congregados en el ilo y habían formado ya un gran corro, cada vez más atestado con la gente que entraba; el ruido subía de volumen por momentos. No había jóvenes con el látigo en mano para mantener a la multitud alejada del centro; ya se despejaría solo en cuanto llegara la Máscara.

De pronto se armó un revuelo y un alboroto en un punto del gentío y se extendió rápidamente por todas partes. Unos preguntaban a quienes tenían al lado qué era aquello, y señalaban con el dedo. Allí, en un rincón más tranquilo del ilo, estaba sentado Otakekpele, a quien se conocía en todo Umuaro como un brujo maligno. Más de dos veces había tenido que coger nuez de cola de la palma de la mano de un difunto para jurar que no tenía nada que ver con su muerte. Por supuesto, había sobrevivido a cada juramento, lo cual podía ser señal de inocencia. Sin embargo,

nadie lo creía; se decía que las dos veces había salido corriendo a su casa para beber pociones con el poder de contrarrestar todas las ordalías.

Por lo que se sabía de él y por el modo en el que se sentaba apartado de la gente, estaba claro que no solo había venido a ver una nueva Máscara. Los perversos utilizaban a menudo una ocasión así para poner a prueba el poder de su magia o para medir su fuerza con la de otros. Circulaban historias sobre Máscaras a quienes había pillado desprevenidas y que se habían quedado paralizadas en un lugar durante varios días, o incluso habían sido derribadas y habían caído al suelo.

Quizá lo más sospechoso de Otakekpele fuera su postura. Estaba sentado como un cojo, sobre las piernas dobladas. Decían que esa era la posición de lucha del jabalí cuando aparecía un leopardo: excavaba un agujero en la tierra, se sentaba encima con los testículos escondidos y esperaba con las cerdas de su cabeza de hierro de punta. Por regla general, el leopardo se marchaba de allí, en busca de cabras y ovejas.

La multitud miraba a Otakekpele con desaprobación; pero nadie lo desafió, porque era peligroso hacerlo, sobre todo porque, en el fondo, lo que esperaba la mayoría era contemplar el espectáculo del combate entre dos fuerzas poderosas. Si la quinta de Otakagu decidía sacar una Máscara nueva sin esforzarse demasiado por cuidar los detalles, era responsabilidad suya. De hecho, la mayor parte de aquellos encuentros no producían ningún resultado visible, bien porque había un equilibrio entre los distintos poderes o porque el objeto del ataque era más fuerte que el agresor.

La llegada de la Máscara causó una enorme estampida. Las mujeres y los niños se dispersaron y salieron corriendo en dirección contraria, dando gritos con el placer del peligro. Volvieron enseguida, porque todavía ni siquiera se veía a la Máscara; solo se oía el *ogene* y los cantos de la comitiva. El gong de metal y las voces se oían cada vez más alto y la gente miró a su alrededor para asegurarse de que la vía de escape estaba despejada.

Hubo otra estampida cuando los primeros heraldos de la Máscara entraron en el ilo desde el camino estrecho por donde se la esperaba. Los jóvenes iban vestidos con rafia y blandían machetes que brillaban con la luz cuando los lanzaban hacia arriba o los chocaban a modo de saludo entre unos y otros, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Corrían de acá para allá y a veces se lanzaban acelerados en una dirección arbitraria. En ese punto la gente se dispersaba y el hombre frenaba en seco y se ponía a andar de puntillas.

El gong y las voces se oían ya con bastante claridad, aunque a veces se perdían en medio del tumulto. Lo más probable era que la Máscara hubiera parado un rato, pues tardaba en aparecer. Los hombres del cortejo siguieron cantando su canción.

El primer espectáculo del día fue la llegada de Obika y de un flautista que le pisaba los talones y cantaba sus proezas. La gente los aclamó, especialmente las mujeres, porque Obika era el joven más guapo de Umuachala y quizá de todo

Umuaro. Lo llamaban *Ugonachomma*.

En cuanto entró en el ilo, Obika divisó a Otakekpele, sentado en cuclillas. Sin pensárselo dos veces se dirigió a él a toda velocidad y se quedó parado ante él. Le gritó al brujo que se levantara inmediatamente y se fuera a su casa. El otro simplemente sonrió. A la gente se le olvidó la Máscara. Okuata se había colocado lejos de la parte más atestada del corro por su embarazo. Se sintió henchida de orgullo al oír a la multitud saludar a su marido; en aquel momento cerró los ojos y notó que el suelo temblaba bajo sus pies.

Obika señalaba a Otakekpele y después se puso la mano en su propio pecho; le decía al hombre que se levantara si quería hacer algo útil. El otro continuó riéndose de él. Obika emprendió un nuevo ataque, esta vez a distinta velocidad. Hizo una ronda como si fuera un leopardo, con el machete en la mano derecha y una banda de cuero con amuletos en el brazo izquierdo. Ezeulu se mordió los labios. Tenía que ser Obika, pensó, el tonto y el imprudente de Obika. ¿No veían los demás jóvenes a Otakekpele y miraban hacia otro lado? Sin embargo, su hijo nunca podía mirar a otro lado. Obika...

Ezeulu dejó de pensar. A la velocidad del rayo, Obika, que había soltado el machete, corrió hacia Otakekpele, lo levantó del suelo y lo lanzó hacia un arbusto cercano levantando una lluvia de arena. La multitud estalló en un alarido de aclamación mientras Otakekpele intentaba levantarse y dirigía un impotente dedo acusador hacia Obika, que ya le había dado la espalda. Okuata abrió los ojos y suspiró.

La Máscara llegó oportunamente en medio de la algarabía y la gente se dispersó medio muerta o muerta de miedo. Se acercó dando pasitos y parándose, al son de las campanas y los cascabeles de la cintura y los tobillos. Llevaba el cuerpo cubierto de telas nuevas de colores, sobre todo rojo y amarillo. Su cara causaba un impacto terrorífico: los dientes que se veían eran del tamaño del dedo gordo del pie, las órbitas de los ojos grandes como puños, y tenía dos cuernos retorcidos hacia arriba y hacia dentro en la cabeza cuyas puntas casi se tocaban. Llevaba un escudo de piel en la mano izquierda y un machete gigantesco en la derecha.

—*Ko-ko-ko-ko-ko-oh!* —cantaba con voz cascada, y los de su comitiva emitían una especie de gruñido en una sola nota muy grave:

—*Hum-hum-hum.*

—*Ko-ko-ko-ko-ko-oh!*

—*Oh-oyoyo-oyoyo-oyoyo-oh: oh-oyoyo-oh. Hum-hum.*

No era una gran canción, pero tampoco Agaba era la Máscara del canto y el baile: representaba la fuerza y la agresividad de la juventud. Continuó como debía, con su recorrido y su canción. Al acercarse al centro del ilo comenzó a cantar otra canción llamada «Onye ebuna uzo cho ayi okwu». Pidió a todo el mundo que no provocara a

la Máscara de los antepasados y explicó con minucioso detalle lo que le pasaría al que desoyera sus consejos: se convertiría en un marginado sin dedos en las manos ni en los pies, y tendría que vivir solo en una cabaña aislada, con una bolsa de mendigo colgada del hombro; en otras palabras, sería un leproso.

Cada vez que la Máscara intentaba hacer un movimiento demasiado rápido o agresivo, dos sudorosos asistentes pegaban un fuerte tirón a la gruesa cuerda que llevaba atada a la cintura, lo que constituía una tarea algo arriesgada y a la vez muy necesaria. En una ocasión, la Máscara se encolerizó tanto con aquella atadura que se giró hacia los dos hombres con el machete en alto. Ellos soltaron la cuerda al instante y corrieron despavoridos. Esa vez la gente salió disparada con auténtico terror. Pero los dos hombres no dejaron a la Máscara suelta durante mucho tiempo. En cuanto dejó de perseguirlos, volvieron una vez más a su tarea.

Ocurrió un incidente muy pequeño que nadie hubiera recordado si no hubiera sucedido algo más grave después. A uno de los jóvenes se le escapó el machete que había lanzado y no lo recogió. La muchedumbre, siempre atenta a aquellos fallos, le abucheó. El hombre, Obikwelu, volvió a coger el machete y trató de disimular haciendo como que era demasiado ágil; pero eso solo provocó más risas.

Entretanto, la Máscara se había dirigido al *okwolo* a saludar a algunos ancianos.

—*Ezeulu de-de-de-de-dei* —dijo.

—Padre nuestro, tengo la mano en el suelo —replicó el sumo sacerdote.

—Ezeulu, ¿sabes quién soy?

—¿Cómo va a saber un hombre quién eres tú, que estás más allá del conocimiento humano?

—Ezeulu, nuestra Máscara te saluda —cantó.

—*Eje-ya-mma-mma-mma-mma-mma-mma-eje-ya-mma!* —cantaron sus seguidores.

—*Ora-obodo*, ¡Agaba te saluda!

—*Eje-ya-mma-mma-mma-mma-mma-mma-eje-ya-mma!*

—¿Has oído alguna vez la canción de la serpiente?

—*Eje-ya-mma-mma-mma-mma-mma-mma-eje-ya-mma!*

De pronto se calló, se dio la vuelta y salió corriendo hacia delante. La multitud que había en aquella dirección se dispersó y desapareció.

Aunque Edogo podía haber ocupado uno de los asientos de atrás del *okwolo*, decidió quedarse con la gente para ver a la Máscara desde distintas posiciones. Al terminar de tallarla se había quedado algo desilusionado. Había algo en la nariz que no le gustaba... una cierta finura que no era propia de un Agaba, sino de un espíritu de muchacha. Pero los dueños de la obra no se habían quejado; de hecho, se deshicieron en elogios. Edogo sabía, sin embargo, que debía ver a la Máscara en acción para ver si había quedado bien o mal, y por ello se quedó entre la gente.

Al observarla con vida propia, le pareció que desaparecía aquel defecto. Incluso le daba un aspecto más fiero al resto de la cara. Edogo se desplazó de un lado a otro entre la gente, con la esperanza de oír la comparación que quería oír, pero sin éxito. Mucha gente elogió la Máscara nueva pero a nadie se le ocurrió compararla con la famosa Agaba de Umuagu, aunque solo fuera para decir que la suya no era tan buena como la otra; le hubiera encantado oír eso. Después de todo, no se había propuesto superar al mejor tallador de Umuaro, pero había albergado la esperanza de que alguien los relacionara. Lamentó no estar sentado en el *okwolo*. Allí, entre los ancianos, seguramente oiría el tipo de conversación que ansiaba oír. Pero ya era demasiado tarde.

El momento culminante de la tarde fue la matanza de los carneros. Se hizo un relativo silencio cuando se colocó una silla en medio del ilo y se sentó la Máscara. Dos asistentes se colocaron a ambos lados y la abanicaron. Se sacó al primer carnero y la Máscara le rozó el cuello con su machete. Después se lo llevaron a poca distancia de allí, a la vista del espíritu que presidía la ceremonia. Se hizo un silencio completo y se oyó la flauta que, en lugar de emitir su melodía fina y delicada, tocaba sonidos estridentes y entrecortados. Obika se acercó, lanzó el machete al aire haciendo que diera vueltas sobre sí mismo y volviéndolo a coger, deslumbrante con la luz de la tarde reflejada en la cuchilla. Después dio un paso adelante y con un golpe certero cortó la cabeza del carnero. La multitud lo aclamó entusiasmada mientras uno de los asistentes recogió la cabeza que rodaba por el suelo y la puso en alto. La Máscara mantuvo la mirada fija sin mover un músculo de la cara.

Cuando se calmó el alboroto se trajo el segundo carnero y la Máscara hizo el mismo gesto de tocarle el cuello. Salió Obikwelu, que estaba nervioso desde que se le cayera el machete, lo tiró tres veces y lo cogió perfectamente. Se adelantó, lo levantó y dio el golpe. Fue como si hubiera dado contra una roca; el carnero intentó escapar, hubo abucheos y risas. Obikwelu tuvo mala suerte aquel día. El carnero movió la cabeza en el último momento y él le dio el golpe en el cuerno. La Máscara miraba impertérrita. Obikwelu volvió a intentarlo y esta vez acertó, pero ya era demasiado tarde: las carcajadas ahogaron la ovación tardía.

DESPUÉS de un largo periodo de reflexión, Ezeulu finalmente reveló que pretendía dar un golpe a Umuaro en su punto más vulnerable: la Fiesta del Ñame Nuevo.

Era la fiesta del final del año viejo y el principio del nuevo. Aunque durante los días anteriores un hombre podía enterrar algunos ñames en torno a su casa para ahuyentar el hambre de su familia, nadie comenzaba a cosechar las fincas grandes. Y, en todo caso, ningún hombre con títulos probaba un ñame nuevo antes de la fiesta, viniera de donde viniera. La fiesta era un recordatorio de cómo los seis pueblos se habían unido en los tiempos antiguos y de su deuda continua hacia Ulu, que los había salvado de la devastación de los abam. En cada Fiesta del Ñame Nuevo se representaba de nuevo la unión de los pueblos, y todos los hombres adultos de Umuaro llevaban un ñame de buen tamaño al altar de Ulu y lo colocaban en el montón correspondiente a su pueblo después de haber hecho un círculo con él en torno a su cabeza; después, cogían la tiza que había al lado del montón y se marcaban con ella el rostro. Los ancianos sabían cuántos hombres había en cada pueblo por los montones. Si habían aumentado con respecto al año anterior, se hacía un sacrificio en agradecimiento a Ulu; pero si el número había menguado por alguna razón, se les preguntaba a los adivinos por la causa y se mandaba hacer un sacrificio de propiciación. También era de estos ñames de los que Ezeulu eligió trece con los que saludar al nuevo año.

Aunque este fuera el único significado de la fiesta, era la ceremonia más importante de Umuaro. También era el día de las divinidades menores que no tenían festividades especiales en ninguno de los seis pueblos. En ese día, los encargados de su custodia llevaban a cada una de las divinidades ante el altar de Ulu, donde las colocaban en fila, de modo que cualquier hombre o mujer que hubiera recibido un favor pudiera hacerles, a su vez, un pequeño regalo. Esta era la única ocasión del año en que se permitía la aparición en público de estos dioses menores. Llegaban hasta el mercado a hombros de sus custodios o sobre sus cabezas, bailaban, y luego se quedaban en pie a la entrada del templo de Ulu. Algunos eran muy antiguos, y se aproximaban al momento en que su poder sería transferido a nuevas esculturas y las viejas serían desechadas; otras estaban recién talladas. Las más antiguas llevaban marcas en el rostro como los hombres que las habían esculpido, en otros tiempos, antes de que el abuelo de Ezeulu hubiera prohibido esa costumbre. En el festival del año anterior, solo quedaban tres. Quizá ese año dos o más desaparecerían, siguiendo a los hombres que las habían tallado a su imagen y que se habían ido hacía mucho tiempo.

El festival reunía así en comunión a los hombres y a los dioses. Era la única asamblea en Umuaro en la que un hombre podía mirar a su derecha y ver a su vecino,

y mirar a la izquierda y ver a un dios allí de pie: quizá a Agwu, cuya madre también parió la locura, o a Ngene, dueño del río.

Ezeulu había ido a visitar a Akuebue cuando sus seis ayudantes vinieron a verle. Matefi les dijo adonde había ido y ellos decidieron esperarle en su *obi*. Cuando regresó, ya caía la tarde. Aunque sabía lo que debía de haberles traído hasta allí, aparentó sentirse sorprendido:

—¿Está todo bien? —preguntó tras las saluciones iniciales.

—Todo está bien.

Siguió un silencio incómodo. Entonces Nwosisi, que representaba al pueblo de Umuogwugwu, habló. No solía malgastar palabras.

—Has preguntado si todo está bien y hemos dicho que sí; pero un sapo no corre a la luz del día a menos que se sienta perseguido. Hay un pequeño asunto que hemos decidido traer ante ti. Ya hace cuatro días que la luna nueva apareció en el cielo; ya ha crecido. Y sin embargo todavía no nos has convocado para comunicarnos la fecha de la Fiesta del Ñame Nuevo.

—Según nuestras cuentas —continuó Obiesili—, esta luna es la duodécima desde la última fiesta.

Se hizo un silencio. Obiesili solía tener poco tacto al hablar, y nadie le había pedido que metiera su boca en un asunto tan delicado. Ezeulu se aclaró la garganta y dio de nuevo la bienvenida a la gente, para demostrar que no estaba en un apuro ni nervioso.

—Habéis hecho lo que debíais —dijo—. Quien diga que no habéis cumplido con vuestro deber, miente. El que hace preguntas no se pierde en el camino; esto es lo que nuestros padres nos enseñaron. Habéis hecho bien en venir a preguntarme sobre este asunto que os preocupa. Sin embargo, hay algo que no he comprendido del todo. Has dicho, Obiesili, que de acuerdo con vuestras cuentas yo debía haber anunciado la Fiesta del Ñame Nuevo en la última luna.

—Eso he dicho.

—Ya. Pensé que no había oído bien. ¿Y desde cuándo llevas tú las cuentas del año en Umuaro?

—Obiesili no usó bien las palabras —dijo Chukwulobe—. Nosotros no llevamos las cuentas de los años en Umuaro; nosotros no somos el sumo sacerdote. Pero pensamos que quizá debido a tu reciente ausencia habías perdido la cuenta...

—¿Qué? ¿Has perdido la cabeza, muchacho? —gritó Ezeulu—. ¡Lo que tiene uno que oír en estos tiempos! ¡Perder la cuenta! ¿Acaso te dijo tu padre que el sumo sacerdote de Ulu puede perder la cuenta de las lunas? No, hijo mío —continuó en un tono insólitamente afable—, Ezeulu no puede perder la cuenta. Más bien sois vosotros, que contáis con los dedos, quienes podéis cometer un error y olvidar con qué dedo contasteis la última luna. Pero, como dije al principio, habéis hecho bien en

venir a preguntar. Volved ahora a vuestros pueblos y esperad mi mensaje. Nunca me han tenido que decir cuáles son los deberes de un sacerdote.

Si alguien hubiera entrado en la cabaña de Ezeulu después de irse los hombres, se habría llevado una sorpresa. La cara del viejo sacerdote resplandecía de felicidad, y algo de su juventud y hermosura habían vuelto desde otros tiempos. Sus labios se movían, emitiendo un suspiro de vez en cuando. Pero pronto lo interrumpió el mundo exterior. Dejó de susurrar y escuchó atentamente. Nwafo y Obiageli recitaban algo a la puerta de su cabaña.

—*Eke nekwo onye uka!* —repetían una y otra vez.

Ezeulu escuchó todavía con más atención. No estaba equivocado.

—*Eke nekwo onye uka! Eke nekwo onye uka! Eke nekwo onye uka!*

—¡Mira cómo sale corriendo! —gritó Obiageli, y los dos soltaron una risa nerviosa.

—*Eke nekwo onye uka! Nekwo onye uka! Nekwo onye uka!*

—¡Nwafo! —gritó Ezeulu.

—Nna —contestaron los otros con miedo.

—Venid aquí.

Nwafo entró con un paso que no hubiera matado a una hormiga. Le corría el sudor por la cabeza y por la cara. Obiageli se esfumó en el momento en que Ezeulu les llamó.

—¿Qué decíais?

Nwafo no dijo nada. Parpadeaba de una manera casi audible.

—¿Estás sordo? Te he preguntado qué decíais.

—Dicen que así se ahuyenta a una pitón.

—No te he preguntado lo que dice nadie. Te he preguntado lo que estabais diciendo. ¿O quieres que me levante antes de que me contestes?

—Estábamos diciendo: «¡Pitón, huye! Aquí hay un cristiano».

—¿Y eso qué quiere decir?

—Akwuba nos dijo que una pitón escapa en cuanto oye eso.

Ezeulu estalló en una gran carcajada. La cara mugrienta de Nwafo brilló de alivio.

—¿Y escapó cuando dijisteis eso?

—Salió corriendo a toda velocidad, como cualquier otra serpiente.

La noticia de la negativa de Ezeulu a convocar la Fiesta del Ñame Nuevo se extendió por Umuaro tan rápido como si la hubieran transmitido con el *ikolo*. Al principio, la gente se quedó como atontada; empezaron a captar su significado lentamente, porque nunca antes había ocurrido una cosa semejante.

Dos días después, fueron a verle los hombres con títulos importantes. Ninguno de los diez había tomado menos de tres títulos, y uno de ellos, Ezekwesili Ezukanma, había tomado el cuarto y más importante. Solo otros dos hombres en los seis pueblos

tenían esta distinción. Uno de ellos era demasiado viejo para estar presente, y el otro era Nwaka de Umunneora, cuya ausencia en aquella delegación demostraba lo desesperados que estaban por apaciguar a Ezeulu.

Entraron todos juntos, dando la impresión de que ya se habían encontrado en otro sitio. Antes de entrar en la cabaña de Ezeulu, cada uno de ellos depositó a la puerta su bastón de hierro y lo cubrió con su gorro rojo.

Durante su deliberación, nadie se acercó a la cabaña lo suficiente como para poder oír. Anosi, que hubiera querido contarle algunos rumores a Ezeulu y pillar lo que pudiera sobre la crisis, salió de su cabaña llevando su rapé en la mano izquierda, pero cuando vio todos los bastones alo con gorros rojos a la puerta de la cabaña de su vecino se dio la vuelta y fue a visitar a otro.

Ezeulu ofreció un pedazo de tiza a sus visitantes y cada uno dibujó su emblema personal de líneas horizontales y verticales en el suelo. Algunos se pintaron el dedo gordo del pie, y otros, la cara. Después les trajo tres nueces de cola en un cuenco de madera. Tras una breve discusión formal, Ezeulu tomó una nuez de cola, Ezekwesili cogió la segunda y Onenyi Nnanyelugo la tercera. Cada uno de ellos rezó una oración y abrió su nuez. Nwafo pasó el cuenco por turno a cada uno de ellos y pusieron allí todos los lóbulos antes de elegir uno. Nwafo volvió a pasar el cuenco alrededor y los demás cogieron un lóbulo cada uno.

Cuando todos hubieron masticado y tragado su cola, Ezekwesili habló:

—Ezeulu, los líderes de Umuario aquí reunidos me han pedido que te dé las gracias por la cola que les has ofrecido. Gracias y, otra vez, muchas gracias y que tu granero siempre esté lleno. Quizá adivines por qué hemos venido. Es por ciertas historias que han llegado a nuestros oídos; y pensamos que lo mejor era averiguar qué es verdad y qué no lo es, preguntando al único hombre que nos lo puede decir. La historia que hemos oído es que hay ciertos desacuerdos en torno a la próxima Fiesta del Ñame Nuevo. Como te he dicho, no sabemos si es cierto o no, pero lo que sabemos es que en Umuario hay preocupación y miedo, y que si se extienden podrían estropear algo. No podemos esperar a que eso ocurra; un adulto no se sienta y se queda mirando mientras la cabra está pariendo fuera atada a un poste. Líderes de Umuario, ¿he hablado según vuestros deseos?

—Has transmitido nuestro mensaje.

—Ezekwesili —llamó Ezeulu.

—Eei —respondió el hombre que acababa de hablar.

—Te doy la bienvenida. Tus palabras han entrado en mis oídos. Egonwanne.

—Eei.

—Nnanyelugo.

—Eei.

Ezeulu saludó a cada uno por su nombre.

—Os doy la bienvenida a todos. Vuestra misión es de buena fe y os lo agradezco. Pero yo no he oído que haya desacuerdos sobre la Fiesta del Ñame Nuevo. Mis asistentes ya vinieron hace dos días y me dijeron que era el momento de anunciar el día del próximo festival, y yo les dije que no era asunto suyo recordármelo.

Ezekwesili tenía la cabeza ligeramente inclinada y se rascaba la calva de la coronilla. Ofoka había sacado su caja de rapé del bolso de piel de cabra blanca inmaculada y puso un poco en su palma izquierda. Nnanyelugo, que estaba sentado a su lado, se frotó las palmas para limpiárselas y luego le tendió la izquierda a Ofoka sin decir palabra. Ofoka volcó el rapé que tenía en su mano en la de Nnanyelugo y se puso un poco más para él.

—Pero con vosotros no tengo necesidad de hablar con adivinanzas —dijo Ezeulu—. Todos sabéis cuál es nuestra costumbre. Solo convoco una nueva fiesta cuando no queda más que un ñame para el festín. Hoy tengo tres ñames, así que sé que aún no ha llegado el momento.

Tres o cuatro de los visitantes intentaron hablar a la vez, pero los otros indicaron que debía hablar Onenyi Nnanyelugo. Saludó a todos por sus nombres antes de empezar.

—Creo que Ezeulu ha hablado bien. Todo lo que ha dicho ha entrado en mis oídos. Todos conocemos la costumbre y nadie puede decir que Ezeulu la haya ofendido. Pero la cosecha está a punto en la tierra y debemos recogerla ya, o se la comerán el sol y los gorgojos. Al mismo tiempo, Ezeulu nos ha dicho que todavía tiene para comer tres ñames sagrados del año anterior. ¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo se carga a un hombre que tiene la cintura rota? Sabemos por qué todavía no se han acabado los ñames sagrados. Es obra del hombre blanco. Pero él no está aquí para respirar con nosotros el aire que ha envenenado. No podemos ir a Okperi y decirle que venga y se coma los ñames que ahora se interponen entre nosotros y la cosecha. ¿Tendremos entonces que quedarnos sentados y ver cómo nuestras cosechas se arruinan y nuestras mujeres y nuestros hijos se mueren de hambre? ¡No! Aunque yo no soy el sacerdote de Ulu, puedo decir que el dios no quiere que Umuaro perezca. Así pues, debemos encontrar una salida, Ezeulu. Si yo pudiera, iría ahora y me comería los ñames que quedan. Pero yo no soy el sacerdote de Ulu. Es cosa tuya, Ezeulu, salvar nuestras cosechas.

Los otros murmuraron su aprobación.

—Nnanyelugo.

—Eei.

—Has hablado bien. Pero lo que tú me pides que haga no puede hacerse. Esos ñames no son comida, y un hombre no los come porque esté hambriento. Me pides que coma muerte.

—Ezeulu —dijo Anichebe Udeozo—, sabemos que jamás se ha hecho una cosa

semejante, pero tampoco el blanco había sacado nunca al sumo sacerdote del pueblo. Estos no son los tiempos que conocimos, y debemos afrontarlos como vienen o dejarnos derrotar en el polvo. Quiero que mires en torno a esta habitación y me digas lo que ves. ¿Crees que hay otro Umuaro fuera de esta cabaña ahora mismo?

—No, vosotros sois Umuaro —dijo Ezeulu.

—Sí, nosotros somos Umuaro. Así que escucha lo que te voy a decir. Umuaro te está pidiendo ahora que vayas a comerte los ñames que quedan y que anuncies la fecha de la próxima fiesta. ¿Me oyes bien? He dicho que comas esos ñames hoy, no mañana; y si Ulu dice que hemos cometido una abominación, que caiga sobre las cabezas de los diez que estamos aquí presentes. Tú estarás libre porque te hemos ordenado que lo hagas, y la persona que manda a un niño a cazar una musaraña tiene también que encontrar el agua para quitarle el olor de las manos. Nosotros nos encargaremos de buscarte el agua. Umuaro, ¿he hablado bien?

—Lo has dicho todo. Nosotros seremos quienes suframos el castigo.

—Líderes de Umuaro, no digáis que estoy tratando vuestras palabras con desprecio; no es mi deseo hacer tal cosa. Pero no podéis decir: «Haz lo que no debe hacerse y nosotros cargaremos con la culpa». Yo soy el sumo sacerdote de Ulu y lo que os he dicho es su voluntad, no la mía. No olvidéis que también yo tengo campos de ñames y que mis hijos, mis parientes y mis amigos, vosotros entre ellos, también han plantado ñames. Nunca desearía arruinar a toda esa gente. Jamás desearía que sufriera ni el hombre más insignificante de Umuaro. Pero esto no es obra mía. A veces los dioses nos utilizan como látigo.

—¿Te dijo Ulu cuál era el motivo de su ira? ¿No hay ningún sacrificio que lo pueda apaciguar?

—No te ocultaré nada. Ulu dijo que llegaron y pasaron dos lunas nuevas y que no hubo nadie que abriera para él una nuez de cola y que Umuaro se quedó callado.

—¿Qué esperaba que dijéramos nosotros? —preguntó Ofoka, de mal humor.

—No sé qué esperaba que dijerais, Ofoka. Nnanyelugo me ha hecho una pregunta y yo he respondido.

—Pero si Ulu...

—No discutamos por eso, Ofoka. Le preguntamos a Ezeulu cuál era el motivo de la ira de Ulu y nos lo ha dicho. Nuestra preocupación debiera ser ahora cómo apaciguarlo. Pidámosle a Ezeulu que vaya y le diga a la divinidad que hemos escuchado sus quejas y que estamos dispuestos a enmendar nuestro error. Para toda ofensa existe un sacrificio propiciatorio, desde unos pocos cauris a una vaca o un ser humano. Esperemos su respuesta.

—Si me pedís que vaya a Ulu lo haré. Pero debo advertiros que un dios que exige el sacrificio de una gallina puede subirlo a una cabra si vas a preguntarle por segunda vez.

—No digas que me gusta hacer preguntas —dijo Ofoka—. Pero me gustaría saber de qué lado estás, Ezeulu. Creo que acabas de decir que tú te has convertido en el látigo con el que Ulu azota a Umuaro...

—Si quieres escucharme, Ofoka, no discutamos sobre eso —dijo Ezekwesili—. Hemos llegado al final de nuestra misión actual. Nuestro deber es estar atentos a la boca de Ezeulu en espera de un mensaje de Ulu. Hemos plantado nuestros ñames en la tierra de Anaba-nti.

Los otros estuvieron de acuerdo y Nnanyelugo desvió hábilmente la conversación hacia el tema de los cambios. Dio numerosos ejemplos de costumbres que se habían cambiado en el pasado cuando habían empezado a resultar demasiado duras para la gente. Todos hablaron extensamente sobre costumbres que habían muerto en pleno auge o que habían nacido ya muertas. Nnanyelugo les recordó que incluso en el asunto de tomar títulos había habido cambios. Hacía mucho, mucho tiempo, había existido un quinto título en Umuaro: el título de rey. Pero las condiciones para obtenerlo eran tan severas que ningún hombre había llegado a tomarlo, puesto que una de ellas era que el aspirante a rey debía pagar las deudas de todos los hombres y todas las mujeres de Umuaro. Ezeulu no dijo nada durante toda esta discusión.

Tal y como había prometido a los líderes de Umuaro, Ezeulu volvió por la mañana al altar de Ulu. Entró en la primera habitación, vacía de todo ornamento, y miró a su alrededor con la mirada perdida. Después apoyó la espalda contra la puerta de la habitación interior, en la que ni sus asistentes osaban entrar. La puerta cedió bajo la presión de su cuerpo y entró caminando de espaldas. Se guio apoyando la mano izquierda sobre una de las paredes. Cuando llegó al final, dio unos pasos hacia la derecha y se detuvo directamente frente al túmulo de tierra que representaba a Ulu. De las vigas que rodeaban la habitación colgaban las calaveras de todos los anteriores sumos sacerdotes, mirando hacia el túmulo de tierra y hacia su descendiente y sucesor. Incluso en los días más calurosos, un frío húmedo se apoderaba del templo a causa de los enormes árboles del exterior, que unían sus copas para evitar el sol, pero más aún a causa del enorme río subterráneo casi helado que corría bajo el túmulo. Hacía frío incluso en las cercanías del templo y, a lo largo de todo el año, siempre había algún *ntu-manyamili* derramando lágrimas desde lo alto de los árboles ancestrales.

Mientras Ezeulu tiraba los cauris, la campana de la gente de Oduche empezó a sonar; durante un instante su sonido monótono y triste le distrajo, y pensó en lo extraño que era que sonara tan cerca, mucho más cerca que en su casa.

El anuncio de Ezeulu de que su consulta con el dios no había dado ningún resultado y de que los seis pueblos seguirían atrapados en el año viejo durante dos lunas más produjo una alarma como no se había conocido jamás en Umuaro.

Mientras, empezaba a llover con menos intensidad. Hubo un último chaparrón

fuerte que llegó con la nueva luna. También trajo el harmatán, y cada nuevo día endurecía la tierra, así que de día en día se hacía más dura la tarea de extraer lo que pudiera quedar de la cosecha.

Los desacuerdos no eran nuevos en Umuaro. Los legisladores del clan discutían a menudo sobre una cosa u otra. Había habido una larguísima disputa antes de que se abolieran definitivamente las escarificaciones en el rostro y, desde entonces, otros desacuerdos de mayor o menor importancia. Pero ninguno se había filtrado hasta ras de suelo, incluso hasta las mujeres y los niños, como aquella crisis. No era una discusión remota que pudiera solventarse de una manera u otra y dejar las cosas básicas intactas. En esta ocasión tomaban partido hasta los niños en el vientre de sus madres.

El día anterior, Nwafo había tenido que pelearse con su amigo Obielue. Todo había empezado en el momento en que iban a revisar unas trampas para pájaros que habían montado con resina en lo alto de dos árboles *icheku*. En la trampa de Obielue encontraron un pequeño pájaro *nza*, mientras que la de Nwafo estaba vacía. Esto había ocurrido otras veces, y Obielue empezó a jactarse de su habilidad. Enfadado, Nwafo le llamó «el que Nunca Tiene la Nariz Seca». No era que a Obielue le importara el insulto, porque su nariz moqueaba constantemente y le dejaba las fosas rojas e irritadas. A su vez llamó a Nwafo «Nariz de Termitero», aunque no era ni la mitad de apropiado que el otro mote, y no podía convertirse tan fácilmente en una canción. Así que metió el nombre de Ezeulu en una canción que cantaban los niños cuando veían al carnero de Udo, uno de los animales salvajes que pertenecen al templo de Udo y pueden ir y venir a su antojo. A los niños les gustaba molestarlo desde una distancia prudente. La canción, que se acompañaba con palmas, imploraba al carnero que se quitara los desagradables bultos del escroto. Los que cantaban respondían en nombre del carnero: «¿Cómo se sacan los tubérculos del ñame?». La petición y la respuesta se cantaban al ritmo del movimiento de los tubérculos. En lugar de «ebunu», Obielue cantó «Ezeulu». Nwafo no pudo consentirlo, y le dio a su amigo un golpe en la boca que le hizo brotar sangre de los dientes frontales.

De la noche a la mañana, Ezeulu se había convertido en una especie de enemigo público a ojos de todo el mundo y, como era de esperar, toda su familia compartía su culpa. Sus hijos se tenían que enfrentar a ello de camino al río y a sus esposas les hacían el vacío en el mercado. El último día *nkwo*, Matefi había ido a comprar una pequeña cesta de mandioca ya preparada a Ojinika, la mujer de Ndulue. Conocía bien a Ojinika y le había comprado y vendido cosas en incontables ocasiones. Pero aquel día Ojinika le habló como si fuera una extraña de otro clan.

—Te pagaré ego-nato —dijo Matefi.

—Te he dicho que el precio es *ego-nese*.

—Me parece que ego-nato está bien; es solo una cestita.

Cogió la cesta para mostrar que era pequeña. Ojinika parecía haberse olvidado de ella y estaba liada colocando su okra en pequeños montones sobre la estera.

—¿Qué dices?

—Deja esa cesta ahora mismo. —Después cambió de tono y se burló—. Quieres llevártela sin pagar. Espera hasta que los ñames estén podridos y ven a comprar una cesta de mandioca por dieciocho cauris.

Matefi no era la clase de mujer a la que otra podía enredar en su lapá y arrastrar. Le dio a Ojinika más de lo que había pedido: le recordó la dote que habían pagado por su madre. Pero cuando llegó a casa empezó a pensar en la hostilidad que a ojos vistas estaba rodeando a toda la familia de Ezeulu. Algo le decía que alguien tendría que pagar muy caro por ello, y se asustó.

—Ve a buscar a Obika —le dijo a su hija Ojiugo.

Estaba preparando unas hojas de malanga para espesar la sopa cuando llegó Obika y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el poste de madera de la entrada. Llevaba un elote pequeño que se pasaba entre las nalgas y se ataba a la cintura. Se sentó pesadamente, como un hombre cansado. Su madre siguió preparando la malanga.

—Dice Ojiugo que me has llamado.

—Sí.

Siguió con lo que estaba haciendo.

—¿Para verte preparar la malanga?

Siguió con su tarea.

—¿Qué pasa?

—Quiero que vayas a hablar con tu padre.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre qué? Sobre su... ¿Acaso eres extranjero en Umuaro? ¿No ves los problemas que se avecinan?

—¿Y qué esperas que haga él? ¿Que desobedezca a Ulu?

—Ya sabía que no ibas a escucharme.

Se las arregló para condensar todas sus penas y desilusiones en esas palabras.

—¿Cómo voy a escucharte si te alias con los de fuera pidiéndole a tu marido que meta su cabeza en una olla hirviendo?

—Algunas veces me gustaría estar de acuerdo con los que dicen que el hombre ha heredado la locura de su madre —dijo Ogbuefi Ofoka—. Cuando volvió de Okperi fui a su casa a hablar con él y hablaba como un hombre cuerdo. Le recordé que un hombre debe bailar con la música de su tiempo, y le dije que habíamos llegado tarde, demasiado tarde, para aceptar su sabiduría. Pero hoy prefiere ver los seis pueblos arruinados antes que comer dos ñames.

—Yo he tenido el mismo pensamiento —dijo Akuebue, que estaba visitando a su

pariente—. Conozco a Ezeulu mejor que mucha gente. Es un hombre orgulloso, y la persona más testaruda que conozcas es solo un mensajero suyo; pero él no falsearía la decisión de Ulu. Si lo hiciera, Ulu le castigaría el primero. Así que no sé... No he dicho que Ezeulu diga o deje de decir mentiras en nombre de Ulu. Lo que le dijimos es que fuera a comerse los ñames y nosotros cargaríamos con las consecuencias. Pero él se negó a hacerlo. ¿Por qué? Porque los seis pueblos permitieron que el hombre blanco se lo llevara. Esa es la razón. Buscaba la manera de castigar a Umuaro y ahora ha encontrado la ocasión. La casa que planeaba derribar ha ardidido sola, y eso le ha ahorrado el trabajo.

—No dudo de que nos haya guardado rencor durante mucho tiempo, pero no creo que llegue tan lejos como dices. Recuerda que también él tiene campos de ñame, como todos nosotros...

—Eso dijo. Pero, amigo mío, cuando un hombre tan orgulloso como este quiere pelear, no le importa que caiga su cabeza en la batalla. Y además se olvidó de mencionar que, esté nuestra cosecha arruinada o no, cada uno tenemos que llevarle un ñame a Ulu.

—No sé.

—Déjame que te diga una cosa. Un sacerdote como Ezeulu lleva a un dios a la ruina. Ya ha ocurrido antes.

—O quizá un dios como Ulu lleva a su sacerdote a la ruina.

Había un hombre que veía el creciente descontento en Umuaro como una bendición y una oportunidad enviada por Dios. Su nombre era John Jaja Goodcountry, catequista de la parroquia de San Marcos de la Sociedad de la Iglesia Misionera de Umuaro. Era del delta del Níger, que había estado en contacto con Europa y con el mundo durante cientos de años. Aunque solo llevaba un año en Umuaro, ya podía mostrar más progreso en su iglesia y en su escuela del que habían alcanzado muchos otros maestros y pastores después de cinco años o más. Su clase de catecúmenos había aumentado de catorce personas hasta casi treinta, la mayoría de ellos jóvenes y niños que también iban a la escuela. Se había celebrado un bautizo en la propia iglesia de San Marcos y tres en la iglesia parroquial de Okperi. En total, la joven iglesia del señor Goodcountry había presentado a nueve candidatos para la confirmación, lo cual resultaba realmente sorprendente para una iglesia nueva entre las gentes más difíciles de Igbolandia.

El progreso de San Marcos se había producido de una manera musitada. El señor Goodcountry, con sus antecedentes en la Pastoral del Delta del Níger, que podía incluso presumir de mártires nativos como Joshua Hart, no estaba dispuesto a negociar con los paganos sobre cuestiones como los animales sagrados. A las pocas semanas de instalarse en Umuaro, ya estaba dispuesto a librar una pequeña guerra contra la pitón real, con el mismo espíritu con el que su gente había luchado y

derrotado a la iguana sagrada. Desafortunadamente, fue a tropezar con Moses Unachukwu, el cristiano más importante de Umuaro.

Desde el principio, el señor Goodcountry se había sentido ofendido por los aires que se daba Unachukwu, y que el catequista anterior, el señor Molokwu, no había hecho nada por mitigar. Goodcountry había visto en otros sitios lo fácil que era que un cristiano medio converso y a medio educar llevara por mal camino a toda una congregación entera cuando el pastor o el catequista eran débiles; así que decidió establecer su liderazgo claramente desde el primer momento. Al principio, su intención no era enfrentarse con Unachukwu más allá de lo estrictamente necesario para dejar clara su posición; después de todo, él era uno de los pilares de la iglesia y no podía ser reemplazado fácilmente. Pero Unachukwu no le dio a Goodcountry ni la más mínima oportunidad: le desafió abiertamente sobre el asunto de la pitón y así se ganó una reprimenda y una humillación públicas.

Una vez que las cosas habían quedado claras, el señor Goodcountry estaba dispuesto a olvidarse de todo el asunto. Sin embargo, no tenía ni idea de la clase de persona con la que estaba tratando. Unachukwu buscó un escribano en Okperi para escribir una petición al obispo del Níger en nombre del sacerdote de Idemili. Aunque lo llamó una petición, era más bien una amenaza. Advertía al obispo de que, si sus seguidores no dejaban en paz a la pitón real, lamentarían el día en que habían puesto el pie en las tierras del clan. Puesto que la carta era obra de uno de los escribanos bien informados de Government Hill, la petición hacía alusión a palabras tan poderosas como ley y orden, y la paz del rey.

El obispo se había enfrentado poco antes a una situación muy seria en otra parte de su diócesis a propósito del mismo asunto de la pitón. Un joven y enérgico novicio había metido a su gente en la aventura de quemar un templo, matando de paso a la pitón y, como consecuencia, la gente del pueblo había expulsado a todos los cristianos y quemado sus casas. Las cosas podían haberse salido de madre si no hubiera aparecido la Administración con algunas tropas para hacer una demostración de fuerza. Después de ese incidente, el lugarteniente general había escrito una ácida carta al obispo para que metiera en vereda a sus muchachos.

Por esta razón, pero también porque él mismo desaprobaba semejantes excesos de celo, el obispo le había enviado una carta en tono firme a Goodcountry. También había respondido a la petición de Ezidemili asegurándole que el catequista no interferiría con la pitón, pero rezando al mismo tiempo para que pronto llegara el día en que el sacerdote y toda su gente dejaran atrás el culto a las serpientes y los ídolos y se convirtieran a la fe verdadera.

Esa carta del gran sacerdote blanco, el cual se hallaba tan lejos, reforzó la idea que había ido ganando terreno de que la mejor manera de tratar con los blancos era tener a mano a unas cuantas personas como Moses Unachukwu, que sabían lo mismo

que sabía el hombre blanco. Como consecuencia, mucha gente, alguna muy importante, empezó a enviar a sus hijos a la escuela. Incluso Nwaka envió a uno de sus hijos, el que menos pinta tenía entre todos ellos de llegar a ser un buen agricultor.

El señor Goodcountry, que no conocía los retorcidos entresijos de la mentalidad pagana que habían propiciado el crecimiento de su escuela y de su iglesia, lo atribuía a su eficacia como evangelizador, y de algún modo así era: una confirmación de su labor contraria a la política conciliadora del obispo. Escribió un informe sobre el éxito abrumador del Evangelio en Umuaro para la Revista Eclesiástica del África Occidental, aunque, como era habitual en tales informes, atribuyó el mérito al Espíritu Santo.

Ahora el señor Goodcountry veía en esta crisis a propósito de la Fiesta del Ñame Nuevo una oportunidad para una intervención que rindiera frutos. Había planificado celebrar en su iglesia el servicio de la cosecha para el segundo domingo de noviembre, y dedicar la colecta a un fondo para construir un lugar de oración más digno de Dios y de Umuaro. Su plan era muy simple. La Fiesta del Ñame Nuevo era el intento de los paganos desorientados por demostrar su gratitud a Dios, el que daba todas las cosas buenas. Ese era el momento para que Dios los sacara de su error, que ahora amenazaba con arruinarlos. Debía decirles que, si daban gracias a Dios, podrían cosechar sus ñames sin temor a Ulu.

—Así que ¿podemos decirles a nuestros hermanos paganos que traigan su ñame a la iglesia en vez de llevárselo a Ulu? —preguntó un miembro nuevo del comité eclesial del señor Goodcountry.

—Eso he dicho. Pero no solamente un ñame. Dejadles que traigan tantos como quieran, de acuerdo con los beneficios que hayan recibido este año de Dios Todopoderoso. Y no solo ñames, sino cualquier producto del campo, o ganado, o dinero. Cualquier cosa.

El hombre que había hecho la pregunta no parecía satisfecho. Seguía rascándose la cabeza.

—¿No lo has entendido todavía?

—Lo he entendido, pero estoy pensando en cómo decirles que traigan más de un ñame. Verá, nuestra costumbre, o más bien su costumbre, es llevarle solo un ñame a Ulu.

Moses Unachukwu, que volvía a gozar del favor del señor Goodcountry, le salvó el día:

—Si Ulu, que es un falso dios, puede comer un ñame, el Dios vivo que es dueño del mundo entero debería tener derecho a comer más de uno.

Así que se extendió la noticia de que quien no quisiera esperar a ver su cosecha arruinada podía llevarle su ofrenda al dios de los cristianos, que afirmaba tener el poder de protegerlos de la ira de Ulu. En otros tiempos, semejante historia hubiera

sido motivo de risa. Pero a la gente no le quedaban ganas de reírse.

Los primeros en sufrir el aplazamiento de la cosecha fueron la familia de Ogbuefi Amalu, que había muerto en la estación lluviosa de *aru-mmo*. Amalu era un hombre rico, y, en tiempos normales, los ritos del enterramiento y el funeral se hubieran celebrado dos o tres días después de su muerte. Pero era una mala muerte la que mataba a un hombre en tiempos de hambruna. El propio Amalu lo sabía y estaba preparado. Antes de morir llamó a su primogénito, Aneto, y le dio instrucciones para la celebración del funeral.

—Yo hubiera dicho: hacedlo dos o tres días después de que me hayáis entregado a la tierra. Pero esto es ugani; no puedo pedirlos que organicéis la celebración de mi funeral con vuestra saliva. Tendré que esperar a que haya nuevos ñames.

Hablaba con dificultad, luchando por cada bocanada de aire. Aneto estaba arrodillado a su lado, junto a la cama de bambú, y se esforzaba para captar los susurros que apenas se oían entre la respiración cavernosa que salía del pecho del enfermo. Las muchas capas de linimento que le habían aplicado se habían solidificado y estaban cuarteadas como la tierra en la estación seca.

—Pero no debéis retrasarlo más de cuatro lunas después de mi muerte. Y no te olvides, quiero que sacrificuéis un toro. Circulaba una historia sobre un hombre joven de otro clan que estaba tan agobiado de problemas que decidió consultar a un oráculo. La causa, le dijo el oráculo, es que su difunto padre quería que le sacrificara una cabra. El joven le dijo al oráculo:

—Pregúntale a mi padre si me dejó en herencia siquiera una gallina.

Ogbuefi Amalu no era como ese hombre. Todo el mundo sabía que valía cuatrocientos toros y que no le había pedido a su hijo más de lo que en justicia se le debía.

Anticipándose a la celebración de la Fiesta del Ñame Nuevo, Aneto y sus hermanos habían elegido la fecha del segundo funeral de Amalu y se lo habían anunciado a todo Umuaro y a todos los parientes y parientes políticos de los clanes vecinos.

¿Qué iban a hacer ahora? ¿Debían seguir con el plan y darle a Amalu un funeral como el de un hombre pobre y sin ñames, y arriesgarse así a que su ira cayera sobre sus cabezas, o debían retrasarlo más tiempo del que Amalu había previsto y arriesgarse también a sufrir su ira? La segunda opción parecía la mejor y la menos peligrosa. Pero, para estar bien seguro, Aneto fue al afa, para plantearle las alternativas a su padre.

Cuando llegó al oráculo, descubrió que no había dos alternativas sino solo una. No se atrevió a preguntarle a su padre si se conformaría con un funeral de pobre; en vez de eso, le preguntó si podrían retrasar los ritos hasta que hubiera ñames nuevos

en Umuaro. Amalu dijo que no. Ya había pasado demasiado tiempo al sol y a la lluvia y no podía soportarlo ni un día más. Un hombre pobre podía estar vagando por el exterior durante años mientras sus parientes arañaban unos pocos recursos; ese era el castigo por su falta de éxito en la vida. Pero un gran hombre que había trabajado hasta obtener dos títulos tenía que ser conducido al interior por aquellos para los que había trabajado y a los que había dejado sus riquezas.

Aneto convocó una reunión de familia y les comunicó lo que había dicho su padre. Nadie se sorprendió. ¿Quién podría criticar a Amalu?, se preguntaban. ¿Acaso no lleva fuera demasiado tiempo? No, la culpa era de Ezeulu. Por su culpa, la familia de Amalu había tenido que gastar sus recursos en comprar ñames a los clanes vecinos mientras su propia cosecha yacía encerrada en el suelo. Muchos de esos vecinos ya estaban engordando gracias a la desgracia de la familia de Amalu. Todos los días *nkwo* llevaban ñames nuevos a Umuaro y los vendían como tobilleras de marfil. Al principio, solo los hombres sin títulos, las mujeres y los niños comían los ñames que venían de fuera. Pero, a medida que la hambruna se recrudecía, alguien hizo notar que no había nada en las costumbres de Umuaro que impidiera a un hombre con títulos comer ñames nuevos criados en una tierra extranjera; y, en cualquier caso, ¿quién estaba allí cuando los habían extraído para jurar que eran ñames nuevos? Esto hizo reír a la gente solo con la mitad de la cara. Pero si algún hombre con títulos siguió el consejo y comió esos ñames, se aseguró de que nadie lo viera. Lo que muchos hicieron fue sacar los ñames que habían plantado cerca de su casa para alimentar a sus mujeres y a sus hijos. De acuerdo con las costumbres ancestrales, un hombre podía extraer unos cuantos ñames de casa en tiempos de hambrunas severas. Pero hoy no eran solo unos cuantos ñames, y, lo que es más, el área doméstica crecía y se alejaba cada vez más de las casas a medida que pasaban los días.

La desgracia de Umuaro caía con más peso sobre Ezeulu y su familia de lo que la gente sospechaba. En el entorno del sumo sacerdote a nadie se le ocurría pensar en los ardides que, basándose en costumbres nuevas o antiguas, permitían a otros comer de vez en cuando un ñame, ya fuera del pueblo o de fuera. Como eran más prósperos que otras familias, tenían almacenados más ñames, pero ya se habían convertido en fibras insípidas. Antes de cocinarlos, tenían que golpearlos con una pesada maja de mortero para separar las hebras compactas. Pronto, incluso esos ñames se acabaron.

Pero la carga más pesada recaía sobre la mente de Ezeulu. Estaba acostumbrado a la soledad. Como sumo sacerdote de Ulu, a menudo había caminado a solas al frente de Umuaro. Pero, sin mirar hacia atrás, siempre había podido escuchar las flautas y las canciones que hacían vibrar la tierra porque surgían de una multitud de voces y de las pisadas de incontables pies. Había habido momentos en que las voces se oían divididas, como en el caso de la disputa territorial con Okperi. Pero hasta ahora nunca habían muerto del todo. Poca gente venía ahora a su cabaña, y los que venían no

decían nada. Ezeulu quería saber lo que se decía en Umuaro pero nadie se ofrecía a decírselo, y él no quería que nadie pensara que era curioso. Así que, con cada día que pasaba, Umuaro se tornaba más y más extrañamente silencioso, con la clase de silencio que quemaba por dentro la cabeza de un hombre como las llamas azules, calladas y afiladas de las cáscaras de nuez de palma ardiendo. Ezeulu se consumía en el dolor que crecía y crecía en su interior hasta hacerle desear salir de su casa o incluso acercarse al mercado en un día *nkwo* y gritarle a Umuaro.

Como nadie se le acercaba lo suficiente para ver su angustia, y aunque la hubieran visto no la habrían entendido, se imaginaban que él estaba sentado en su cabaña regodeándose en la desgracia de Umuaro. Pero, aunque por nada del mundo quería ver alterada la situación actual, sentía más pesar y sufría mayor castigo que todos sus amigos. Lo que más le preocupaba, y parecía que solo él se daba ahora cuenta, era que este castigo no era solo para el presente, sino para siempre. Afligiría a Umuaro como una enfermedad *ogulu-aro*, que cuenta un año y vuelve a atacar a su víctima. Bajo la ira, en su mente se escondía una profunda compasión por Umuaro, el clan que mucho tiempo atrás, cuando los lagartos iban de uno en uno y de dos en dos, había elegido a su antepasado para que llevara su divinidad y fuera al frente de ellos salvando todos los obstáculos y afrontando todos los peligros en su nombre.

Quizá, si el silencio en que Ezeulu estaba atrapado hubiera sido completo, se habría acostumbrado a él a su debido tiempo. Pero tenía grietas por las que de vez en cuando se filtraban y le llegaban algunas gotas de información, lo que producía el efecto de hacer más hondo su silencio, como un guijarro arrojado a una cueva.

Aquel día, Akuebue había arrojado un guijarro semejante. Era el único entre los parientes y amigos de Ezeulu que todavía iba de vez en cuando a verle. Pero cuando iba se sentaba en silencio o hablaba de cosas sin importancia. Aquel día, sin embargo, no pudo evitar mencionar un nuevo acontecimiento en la crisis que le preocupaba. Posiblemente Akuebue era el único hombre en Umuaro que sabía que Ezeulu no estaba castigando arbitrariamente a los seis pueblos. Sabía que el sumo sacerdote estaba indefenso; que algo más grande que un nte había caído en una trampa para nte. Así que cuando visitaba a Ezeulu no hablaba de las cosas que estaban en sus cabezas, porque estaban más allá de las palabras. Pero ese día no había podido guardar silencio sobre el movimiento de los cristianos para recoger la cosecha de Umuaro.

—Me preocupa —dijo— porque se parece al dicho de nuestros ancestros: cuando dos hermanos se pelean hasta la muerte, un extraño hereda la hacienda paterna.

—¿Y qué quieres que haga? —Ezeulu abrió las palmas de las manos hacia su amigo—. Si algún hombre de Umuaro se olvida tanto de sí como para unirse a ellos, déjale que se vaya.

Akuebue meneó la cabeza con pesar.

Tan pronto como se fue, Ezeulu llamó a Oduche y le preguntó si era cierto que su

gente estaba ofreciendo refugio a los que querían escapar de la venganza de Ulu. Oduche le dijo que no le entendía.

—¿No me entiendes? ¿Está tu gente diciéndole a Umuaro que si alguien lleva sacrificios a vuestro templo puede cosechar sus ñames sin correr peligro? ¿Me entiendes ahora?

—Sí. Eso fue lo que dijo nuestro maestro.

—¿Eso dijo tu maestro? ¿Y tú me lo hiciste saber?

—No.

—¿Por qué?

Silencio.

—Te estoy preguntando por qué no me lo hiciste saber.

Durante largo rato, padre e hijo se miraron fijamente en silencio. Cuando Ezeulu habló de nuevo, lo hizo en un tono tranquilo y lleno de pena.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando te envié con esa gente?

Oduche fijó su mirada en el dedo gordo de su pie derecho, que adelantó un poco.

—Puesto que te has vuelto mudo, déjame que te lo recuerde. Te llamé como un padre llama a su hijo y te pedí que fueras mis ojos y mis oídos entre esa gente. No envié a Obika o a Edogo; no envié a Nwafo, el hijo de tu madre. Te llamé por tu nombre y tú viniste aquí, a este *obi*, y yo te envié a ver y a escuchar por mí. Entonces no sabía que estaba enviando una calavera de cabra. Vete, vuelve a la cabaña de tu madre. No tengo espíritu para hablar ahora. Cuando pueda hablar te diré lo que pienso. Vete y alégrate de que tu padre no pueda contar contigo. Te digo que te vayas de aquí, lagarto que arruinó el funeral de su madre.

Oduche se fue al borde de las lágrimas. Ezeulu se sintió levemente reconfortado.

Por fin llegó otra luna nueva y Ezeulu se comió el duodécimo ñame. A la mañana siguiente mandó a buscar a sus ayudantes para anunciar que en veintiocho días se podría celebrar la Fiesta del Ñame Nuevo.

A lo largo del día se tocaron los tambores en la casa de Amalu, porque el funeral se celebraba al día siguiente. El sonido llegó hasta la última aldea de Umuaro para recordárselo, aunque no hacía ninguna falta porque estaban todos hambrientos como langostas.

Por la noche, Ezeulu tuvo uno de aquellos extraños sueños que tenían más significado que los sueños normales y corrientes. Al despertarse vio todo con la claridad y la precisión de la luz del día, como la vez que tuvo el sueño en Okperi.

Estaba sentado en su *obi*. Por el sonido de las voces parecía como si el cortejo fúnebre pasara justo por detrás de su casa, al otro lado de las altas paredes rojas. Eso le preocupó mucho porque por allí no pasaba ningún camino. ¿Quiénes eran esos y por qué habían hecho un camino junto a su casa? Pensó que debía salir y desafiarlos porque se decía que, a menos que un hombre no luchara contra los que andaban

detrás de su casa, nunca se cerraría el camino. Pero le faltó determinación y se quedó donde estaba. Mientras tanto, cada vez se oía más alto el sonido de los tambores y las flautas. Era el canto en honor a quien se llevaba a enterrar a la maleza:

¡Mira, una pitón!
¡Mira, una pitón!
Sí, ahí en medio del camino.

Como siempre, la canción se colaba como sucesivas ráfagas de lluvia, que llegaban pisándose los talones unas a otras. Los dolientes que iban delante empezaban la melodía, que seguían los que iban detrás. Se oyó la última tanda de tambores.

Ezeulu llamó a gritos a su familia para que fueran con él a desafiar a los intrusos, pero el patio estaba desierto. Su indecisión se transformó en inquietud. Corrió hacia la cabaña de Matefi y lo único que vio fueron las cenizas de un fuego que llevaba tiempo apagado. Salió corriendo a la cabaña de Ugoye y la llamó a ella y a sus hijos, pero vio que se había hundido y que habían brotado hojas de hierba verde en el tejado de paja. Se había apagado el sonido del cortejo fúnebre en la distancia. Quizá tras el dolor de la voz solitaria, que en aquel momento lloraba, regresaran con una novia. La dulce agonía de la voz que cantaba el solo le cayó como una gota de rocío en la cabeza.

Yo nací cuando los lagartos iban de uno en uno y de dos en dos,
hijo de Idemili. Las penosas lágrimas
del primer llanto del cielo trazaron el lugar que habitaría. Al ser hijo
del cielo, caminé por la tierra con el porte de un rey.
Y los dolientes me encontraron envuelto, en medio de su camino.

Pero últimamente
una extraña campana
ha tañido un canto de desolación:
¡Dejen sus ñames y su yuca
y vengan a la escuela!
Y yo me escabullo a toda velocidad
cada vez que los niños dicen en serio o en broma:
¡Mira, uno que va a convertirse en cristiano!
Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja...

La repentina risa enloquecida del que cantaba invadió el patio de la casa de

Ezeulu y le despertó. En lugar de sentir el frío del harmatán, estaba sudando. Pero sintió un gran alivio de estar despierto y saber que había sido un sueño. La alarma ciega y la urgencia de la vida y de la muerte se desvanecieron en el umbral del despertar. Pero retuvo un vago temor porque la voz de la pitón había sonado al final como la voz de su madre cuando cayó en la locura. Nwanyi Okperi, como la llamaban en Umuaro, había sido en su juventud una gran cantante que componía canciones con la misma facilidad con la que otros hablaban. De mayor, con la locura, los cantos se transformaron en excéntricos chorros de voz que salían por las grietas de su mente. Ezeulu había temido aquellos momentos en su niñez, cuando ataban los pies a su madre en la luna nueva.

El paso del *ogbazulobodo* ayudó a Ezeulu en aquel momento a volver al presente. Quizá fuera efecto del sueño, pero nunca en su vida había oído pasar a un espíritu nocturno con tal furia. Era como una legión de corredores, cada uno cubierto de pies a cabeza de cuerdas con el tintín de los *ekpili*. Venía desde el ilo y desaparecía hacia el *Nkwo*. Debía de haber señales de luz en algún patio, pues le pareció que alguien se paraba y decía: «Ewo okwo! Ewo okwo!». Quienquiera que fuera el infractor debía de haber apagado la luz a toda velocidad, y el espíritu así pacificado siguió su vuelo y enseguida desapareció en la noche.

Ezeulu se preguntó por qué no le había saludado al pasar por su casa. O quizá lo hubiera hecho antes de que se despertara.

Después del sueño y de la conmoción por el paso del *ogbazulobodo*, intentó en vano volver a dormirse. A continuación empezaron a disparar el cañón desde la casa de Amalu. Ezeulu contó hasta nueve rugidos separados por el toque del ekwe. En aquel momento, ya no podía ni cerrar los ojos. Se levantó, agarró el pasador de la puerta tallada de su cabaña y la abrió. Cogió su machete y su botella de rapé de la parte de arriba de la cama y anduvo a tientas hacia la habitación exterior. Sintió el frío del harmatán. Afortunadamente, todavía quedaban brasas de los dos grandes leños de ukga. Las avivó y salió una llamita.

Nadie del pueblo sabía actuar como *ogbazulobodo* con tanto estilo como Obika. Había una enorme diferencia entre él y cualquier otro que lo intentara, que iría demasiado despacio o se le trabaría la lengua, pues el poder del ike-agwu-ani, por muy grande que fuera, no podía transformar a un vil insecto en un antílope, ni a un mudo en un orador. Por eso, a pesar del enorme agravio que tenía la familia de Amalu contra Ezeulu y su familia, Aneto fue a pedirle a Obika que actuara como *ogbazulobodo* la noche antes del segundo entierro de su padre.

—No quiero decir que no —dijo Obika después de que hablara Aneto—, pero no es algo que deba hacer un hombre que no es del todo dueño de su cuerpo. Tengo un poco de fiebre desde ayer.

—No sé lo que pasa, pero cada persona que veo estos días suena como una vasija

rota —dijo Aneto.

—¿Por qué no se lo pides a Nweke Ukpaka?

—Ya sabía que él también puede hacerlo y, de hecho, he pasado por delante de su casa.

Obika reflexionó sobre la propuesta.

—No hay mucha gente capaz de hacerlo —dijo Aneto—. Pero aquel cuyo nombre invocan una y otra vez quienes tratan en vano de atrapar un toro salvaje tiene algo que solo él sabe hacer con los toros.

—Es verdad —dijo Obika—. Accedo a tu petición, pero lo hago por cobardía.

«Si digo que no —pensó Obika—, dirán que Ezeulu y su familia han demostrado por segunda vez su determinación de arruinar el entierro de un hombre de su pueblo que nunca les hizo daño».

Hasta después de la cena no le contó a su mujer que saldría aquella noche. Obika iba siempre a comer a la cabaña de su mujer. Sus amigos le tomaban el pelo y le decían que la mujer lo tenía embrujado. Okuata estaba rebañando los restos de sopa de su cuenco cuando habló Obika. Dobló el dedo, limpió el cuenco con él, lo estiró y se lo pasó por la lengua.

—¿Qué? ¿Sales con esa fiebre? —preguntó—. Obika, ten piedad de ti mismo. Mañana es el funeral. ¿Por qué no pueden prescindir de ti hasta mañana?

—No me voy a quedar mucho tiempo. Aneto es de mi quinta y tengo que ir a ver lo que está preparando.

Okuata se sumió en un silencio huraño.

—Cierra bien la puerta. No va a venir nadie a secuestrarte. No tardo.

El *ekwe-ogbazulobodo* sonó «kom kom kokom kom kokom» durante un buen rato; advertía a quien estuviera todavía despierto que se metiera en la cama y apagara la luz porque esta y el *ogbazulobodo* eran enemigos mortales. Después de sonar el tiempo suficiente para que todo el mundo lo oyera, se paró. El silencio y el chirrido estridente de los insectos cayeron de nuevo sobre la noche. Obika y los que iban a cantar en el coro de espíritus de *ayaka* se sentaron en el escalón más bajo del *okwolo*, charlando y riendo. El que tocaba el *ekwe* dejó su tambor junto a la llamita de la antorcha de aceite de palma y se unió a ellos.

Cuando el *ekwe* comenzó a tocar la segunda y última advertencia, Obika seguía hablando con los demás como si no fuera con él la cosa. El anciano, Ozumba, que cuidaba las vestiduras de los espíritus nocturnos se colocó junto al que tocaba el tambor. Después empezó a decir *ugoli* cuatro o cinco veces con su voz cascada, como para sacudirse las telarañas. Preguntó si estaba allí Obika, quien miró en su dirección y lo vio, borroso, a la luz de la noche. Deliberadamente despacio, se levantó y se acercó a Ozumba y se paró de pie ante él. Ozumba se inclinó y cogió una falda hecha de una red de cuerda llena de adornos de *ekpili* con su tintineo. Obika levantó los

brazos por encima de la cabeza para que Ozumba pudiera atarle la falda sin obstáculo alguno. Al terminar, Ozumba agitó los brazos a su alrededor, como un ciego, hasta que agarró su bastón de hierro. Lo recogió del suelo y se lo puso a Obika en la mano derecha. El ekwe siguió sonando a la luz mortecina de la lámpara de aceite de palma. Obika cerró la mano, agarró el bastón y apretó los dientes. Ozumba le dio tiempo para que terminara de prepararse. Después, muy despacio, adelantó la cabeza y Ozumba le puso la gargantilla ike-agwu-ani alrededor del cuello. Al hacerlo, le dijo:

Tun-tun gem-gem
Oso mgbada bu nugwu.
Desde la colina se ve
la velocidad del ciervo.

En cuanto pronunció aquellas palabras, el *ogbazulobodo* giró sobre sus talones y gritó: «Ewo okwo! Ewo okwo!». El músico que tocaba el tambor tiró los palillos y apagó de un soplo la luz. El espíritu plantó el bastón en la tierra, que retumbó. Volvió a sacarlo y se esfumó como el viento en la dirección de *Nkwo*, dejando tras de sí, en el aire, palabras poderosas.

La mosca que se pasea por un montículo de excremento pierde el tiempo; el montículo siempre será más grande que la mosca. Lo que bate el tambor para el *ngwesi* está dentro de la tierra. La oscuridad es tan profunda que hace que un perro tenga cuernos. Quien edifica una casa antes que otro, presume de tener más ollas rotas. Es el *ofo* lo que da el poder al agua de lluvia para penetrar en la tierra seca. El que adelanta a sus compañeros ve espíritus en el camino. El murciélago dijo que sabía lo feo que era y decidió volar de noche. Cuando un hombre en lo alto de una palmera frena el paso del aire, la mosca se siente confusa. El desventurado bebe agua pero se le queda entre los dientes...

Estaba ciego y a la vez veía más que nunca. No veía nada de lo que sobresalía, como los árboles o las cabañas, pero sus pies sabían perfectamente adonde iban; no se saltó uno solo de los pequeños caminos de la ruta habitual. Los conocía sin usar los ojos. Solo se paró una vez, al intuir luz...

Ya puede hablar la gente del hombre a quien mató la rata de un mordisco, que el lagarto no deja de ir a por dinero para afilarse los dientes. El que vea a una vieja bruja agachada, que la deje en paz; ¿quién sabe cómo respira? La hormiga blanca mastica *igbegulu* porque está en el suelo; que trepe por el

árbol y que coma. El que quiera comer semillas *udala*, que tenga en cuenta el tamaño de su ano. La mosca que no tiene quien la avise se va detrás del cadáver a la tierra...

Surgió una llamarada en su pecho que hizo que le subiera a la boca un regusto amargo. Pero lo saboreó desde la distancia, o desde una boca dentro de su boca. Sintió que era dos personas separadas, una por encima de la otra.

Cuando se pasa de un apretón de manos a agarrar el brazo, la cosa cambia. El sueño que dura de un día de mercado a otro se convierte en la muerte. El hombre que disfruta con la carne del carnero en el funeral, ¿por qué ha de recuperarse cuando reciba la visita de la enfermedad? El árbol gigantesco cae y los pajarillos se desperdigán por la maleza... Aunque el pajarillo que salta del suelo y aterriza en un termitero no lo sepa, sigue en el suelo... La serpiente común que vea un hombre solo, puede convertirse en una pitón a sus ojos... La misma cosa que mate a la rata madre está siempre ahí para asegurarse de que sus crías no abran jamás los ojos... El chico que insiste en preguntar qué le pasó a su padre antes de hacerse fuerte para vengarlo está pidiendo a gritos el mismo destino que su padre... Quien menosprecia la enfermedad que ha sufrido el mono debería ver los ojos que se le quedaron a su enfermero por soplar en el fuego... Cuando la muerte quiere llevarse a un perrito le impide oler hasta el excremento...

Los ocho hombres que cantaban el coro *ayaka* seguían hablando cuando se marchó Obika. Ozumba había venido a sentarse con ellos para esperar su retorno. Hablaban sobre el gran toro que habían comprado los hijos de Amalu para su funeral cuando oyeron la voz que volvía. Los hombres del *ayaka* se pusieron de pie apresuradamente y se prepararon para entonar un canto en cuanto el *ogbazulobodo* volviera a entrar en el ilo. Estaban impresionados de que regresara tan pronto. ¿Se habría saltado algún camino?

—No puede ser Obika —afirmó Ozumba orgulloso—. Es muy avisado. Un muchacho espabilado donde los haya, por mucho que se le rompan las herramientas con las prisas.

Apenas había dicho aquello cuando Obika entró corriendo y cayó al pie del *okwolo*. Ozumba le quitó la gargantilla y lo llamó por su nombre. Pero Obika no respondió. Volvió a llamarlo y le tocó el pecho. Había agua fría a mano y se la echaron por la cara y por el cuerpo. La canción del *ayaka* se había parado tal y como había empezado. Lo rodearon, incapaces de articular palabra.

Todavía no había cantado el primer gallo. Ezeulu seguía en su *obi*. Todavía

resplandecía el fuego en los gruesos troncos, pero hacía rato que se habían apagado las llamas. ¿De quién eran los pasos que oía? Escuchó con atención.

—¿Quién es? —preguntó.

Se dejaron de oír las pisadas y las voces. Se hizo el silencio durante un momento, un silencio impregnado de la presencia de extraños en la oscuridad.

—Gente —dijo una voz.

—¿Qué gente? Tengo el fusil cargado, que lo sepa esa gente.

—Ezeulu, soy yo, Ozumba.

—Ozumba.

—Ajá.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Ha sucedido una desgracia. La cabra se ha comido hojas de palma de mi cabeza.

Ezeulu solo carraspeó y comenzó a avivar el fuego despacio.

—Dejadme hacer fuego para veros las caras.

Uno de los palos de madera era demasiado largo y lo partió en dos con la rodilla. Sopló el fuego varias veces hasta que surgió una llama.

—Pasad y dejadme oír lo que decís.

En cuanto vio el cuerpo de Obika pasar por el dintel bajo, se levantó y cogió su machete.

—¿Qué le ha pasado? ¿Quién le ha hecho esto? ¿Quién ha sido?

Ozumba comenzó a explicárselo, pero Ezeulu no le oía. Se le cayó el machete de la mano y se desplomó sobre las rodillas junto al cuerpo.

—¡Hijo mío! —gimió—. Ulu, ¿dónde estabas cuando ocurrió esto? —Ocultó la cara en el pecho de Obika.

Al amanecer casi habían terminado los preparativos para anunciar su defunción. Los tambores de la muerte estaban apoyados contra una pared. Se había buscado una botella de dinamita y se había puesto a un lado. Ezeulu daba vueltas entre la gente ocupada que intentaba ayudar. En un momento dado, encontró la escoba que utilizaban para el patio, la cogió y se puso a barrer. Pero alguien se la cogió y lo llevó de vuelta al recinto.

—Pronto llegará la gente —dijo con voz débil—, y la casa está sin barrer.

—Deja que me ocupe. Ahora mismo busco a alguien que lo haga.

La muerte de Obika sacudió Umuaro hasta sus mismas raíces; se le consideraba un hombre excepcional. Para Ezeulu fue como si él mismo hubiera muerto. Algunos esperaban que Ezidemili estuviera exultante. Sin embargo, esos no le conocían. No era esa clase de hombre y, por otra parte, conocía demasiado bien el peligro de tal júbilo. Solo se le oyó decir en voz baja: «Eso debería enseñarle hasta dónde puede llegar la próxima vez».

Pero ya no habría una próxima vez para Ezeulu. Pensad en un hombre que, a diferencia de los simples mortales, va siempre a la batalla sin escudo porque sabe que las balas y los machetes rebotarán en su piel protegida por las hierbas; imaginaos que en lo más cruento de la batalla descubre que ese poder lo ha abandonado de pronto, sin previo aviso. ¿Qué próxima vez puede haber? ¿Les dirá a los fusiles, las flechas y los machetes que esperen? «Voy un momento a mi cabaña en busca de hierbas curativas, a remover el caldero y averiguar qué ha pasado; quizá alguien de mi familia, a lo mejor un niño, ha violado sin darse cuenta el tabú de mi medicina». No.

Ezeulu se sentó en el suelo completamente anonadado. No solo se trataba del golpe de la muerte de Obika, a pesar de lo doloroso que era. Muchos habían sufrido golpes más fuertes y eso era lo que hacía de ellos auténticos hombres. ¿No se decía que un hombre es como el carnero del funeral, que debe aguantar los palos que le caigan sin abrir la boca, que el silencioso temblor de dolor en el cuerpo basta para expresar su sufrimiento?

En cualquier otro momento, Ezeulu habría sido perfectamente capaz de afrontar su dolor. Habría vencido cualquier penalidad que no viniera acompañada de la humillación. Pero ¿por qué?, se preguntaba una y otra vez, ¿por qué había decidido Ulu tratarlo así, derribarlo y cubrirlo de lodo? ¿Cuál era su delito? ¿No había adivinado la voluntad de la divinidad y la había obedecido? ¿Dónde se había oído que un niño se escaldara la mano con el trozo de ñame que le pusiera su madre en la palma? ¿Qué hombre enviaría a su hijo a por fuego con una vasija para luego hacer que le lloviera encima? ¿A quién se le ocurriría mandar a su hijo subir a la palmera a por frutos para luego coger un hacha y cortar el árbol? Y, sin embargo, aquel día había sucedido eso ante todo el mundo. ¿Qué podía significar, sino que todo se desmoronaba y se hundía? En ese caso, algún dios que se sintiera impotente podría fugarse y con una mirada final hacia los fieles que dejaba atrás abandonados podría gritarles:

¡Si la rata no puede correr deprisa,
que deje sitio a la tortuga!

Quizá fuera el dar vueltas constantemente a aquellos fútiles pensamientos lo que abrió una grieta en la mente de Ezeulu. O quizá su implacable agresor, después de mirarlo desde lo alto, lo había pisoteado como si fuera un insecto y aplastado en el polvo con el talón. Pero aquel acto final de malevolencia resultó ser una bendición. Permitió a Ezeulu vivir sus últimos días con el altivo esplendor de un sacerdote enloquecido y le evitó enterarse del resultado final.

Entretanto, Winterbottom, después de un permiso para recuperarse en Inglaterra, había regresado a su puesto y se había casado con la doctora. No volvió a saber nada

de Ezeulu. El único que podía haber contado su historia en Government Hill era John Nwodika, su sirviente. Pero John había dejado de servir a Winterbottom para montar un pequeño negocio de tabaco. Parecía como si los dioses y las fuerzas de los acontecimientos hubieran encontrado útil a Winterbottom, lo hubieran utilizado y lo hubieran dejado después en su sitio, como se lo encontraron.

De manera que, después de todo, solo Umuaro y sus líderes vieron el resultado final. Para ellos, el asunto era sencillo. Su dios se había aliado con ellos en contra de aquel sacerdote ambicioso y testarudo y con ello había confirmado la sabiduría de sus antepasados: que por muy importante que fuera un hombre, nunca estaba por encima de su pueblo; que nadie podía tener razón en contra de todo su clan.

Si ese fuera el caso, Ulu había elegido una época difícil para hacer valer aquella verdad, puesto que al destruir a su sacerdote también se procuró su propia desgracia, como el lagarto de la fábula que arruinaba el funeral de su madre él solito. Desde luego, la divinidad que eligiera un momento así para castigar o abandonar a su sacerdote ante sus enemigos no hacía sino incitar a la gente a que se tomara su libertad; y Umuaro estaba en el momento justo para hacerlo. La cosecha cristiana que tuvo lugar unos días después de la muerte de Obika contó con más gente de la que jamás hubiera imaginado Goodcountry. En aquella situación límite, más de un hombre envió a su hijo con uno o dos ñames como ofrenda para la nueva religión y para traer de vuelta la inmunidad prometida. A partir de entonces, todo el ñame que se cosechó en sus campos se recogió en el nombre del hijo.

GLOSARIO

Afa: oráculo.

Afo: día de la semana.

Alusi: deidad.

Ani-Mmo: más allá.

Ebunu: carnero.

Ego-neli: sesenta cauris.

Egusi: pepitas de melón.

Eke: uno de los cuatro días de la semana.

Ekpili: cascabeles.

Ekwe: tambor.

Eru: el dios de la riqueza.

Gem: expresión onomatopéyica que recuerda el sonido de un gong, normalmente utilizada para enfatizar la claridad o rectitud.

Iba: malaria.

Icheku: legumbre.

Idemili: deidad del río en el panteón igbo.

Ike-agwu-ani: el poder inagotable de la tierra.

Ikenga: imagen de un dios personal e intransferible.

Ikolo: tambor.

Ilo: espacio comunitario en un pueblo dedicado a la celebración de asambleas o ceremonias religiosas.

Iru-ezi: patio frontal.

Jigida: collar de cuentas de coral para la cintura.

Kpom: palabra onomatopéyica para poner fin a un asunto.

Mmo: espíritu.

Ndichie: hombres titulados e influyentes, tanto vivos como muertos.

Ngwu: deidad del panteón igbo.

Nkwo: uno de los cuatro días de la semana, en el que se celebra el mercado en Umuchuala. Por extensión, espacio donde se celebra el mercado.

Nkwu: palmera aceitera.

Nna: padre.

Nno: expresión de bienvenida.

Ntu-manyá-mili: lágrimas.

Nwa-anyanwu: hijo o hija del sol.

Obi: cabaña, choza principal de un patio habitada por el padre.

Ofo: bastón de mando. *Ofo* es uno de los dos dioses de la retribución; el «bastón» se utiliza a efectos de poner a *Ofo* por testigo, o jurar ante *Ofo*.

Ogalu: pigmento amarillo usado para el adorno corporal.

Ogbazulobodo: aquel que corre por todo el pueblo.

Ogene: instrumento musical parecido a un gong.

Ogwugwu: vudú.

Ojukwu: dios de los ñames.

Okeakpa: escoba.

Okposi: talla de un dios o espíritu.

Okwe: tipo de madera.

Okwolo: construcción reservada para los ancianos dentro del ilo.

Onwa atuo: ha salido la luna.

Ora Obodo: pueblo.

Oye: uno de los días de mercado.

Ozo: título honorífico concedido a un hombre por su riqueza o sus méritos; por extensión, los atributos que le caracterizan.

Tufia: maldición.

Udala: fruta anaranjada que se considera regalo de los dioses; por lo tanto, no se cosecha de la rama, sino que se recoge cuando cae al suelo.

Udo: paz.

Ugani: hambruna.

Ugili: fruta tropical.

Ugoli: señal para llamar la atención.

Ugonachomma: literalmente, «Aquel que busca o tiene la belleza de un águila».

Ukwalanta: tuberculosis.

Uli: pigmento negro usado para el adorno corporal.

Un: parte de la ceremonia del matrimonio, el momento en que se paga la dote de la novia.

Uzízá: hoja de sabor amargo.

Waa: término onomatopéyico que indica distensión.



CHINUA ACHEBE. Novelista y ensayista nigeriano en lengua inglesa, de etnia y cultura ibo, Chinua Achebe se inscribe en la primera generación de intelectuales africanos educados en su patria. Su obra describe la irrupción de las costumbres y los valores occidentales en la cultura tradicional africana, así como los conflictos de la sociedad poscolonial.

Su padre, perteneciente a la etnia Ibo, era profesor en una escuela misionera, y aunque trató de inculcarle algunos de los valores de la cultura a la que pertenecía, también era un devoto protestante, y en consecuencia lo bautizó con un nombre cristiano. Sin embargo, durante sus años en la Universidad, Achebe renunció a su nombre inglés y adoptó el nombre indígena por el que desde entonces se le conoce. Del mismo modo, su obra no se redujo a la simple imitación de la literatura europea, sino que avanzó hacia la creación de nuevas formas literarias a partir de la propia lengua inglesa. El resultado fue un inglés entreverado de habla africana, así como una mezcla de lo real y lo mágico.

En la Universidad de Ibadán estudió primero Medicina y después Literatura, y más tarde pasó a trabajar en la radio nigeriana, en la que hizo carrera. Con W. Soyinka, J. P. Clark, A. Tutuola, E. Mphahlele y otros coetáneos fundó el célebre «Mbari Club», que llegó a ser un lugar de animado debate cultural y del que nacería la editorial homónima. Fundó y dirigió la colección «African Writers» del editor londinense Heinemann, que acogió las mayores obras literarias africanas en lengua inglesa, y también dirigió la revista *Okike*.

Durante la guerra civil de Biafra se alineó al lado de su pueblo, es decir, a favor de Biafra; salió destrozado de aquella terrible experiencia y, desde entonces, no volvió a escribir prácticamente nada. Pasó varios períodos, algunos de ellos prolongados, en el extranjero, en la Universidad de Massachusetts y en la de Connecticut. Enseñó literatura en la Universidad de Ibadán y en la de Nsukka.

Achebe es no sólo uno de los fundadores del renacimiento literario nigeriano (que tuvo lugar a partir de la década de 1950), sino uno de los mejores escritores en lengua inglesa y el más conocido y más leído de los novelistas anglófonos africanos. Narrador de fuerte vena inventiva, creador de un estilo sabiamente articulado sobre los idiomas, los proverbios y los ritmos de la tradición oral ibo, examinó el pasado de su pueblo y lo representó encarnándolo en un clan y en su historia, que se desarrolla en el vasto abanico de una trilogía épico-satírica.

En 1958 apareció el primer volumen de la trilogía, *Todo se derrumba; (Things Fall Apart)*, que comienza en una época en la que los blancos aún no habían llegado al interior del país. La novela se estructura en torno a la tragedia personal del héroe, el guerrero Okonkwo, quien, debido a una serie de desgraciadas coincidencias y errores fatales, destruye su propia existencia y acaba suicidándose.

Notas

[1] En M. Keith Booker, ed., *The Chinua Achebe Encyclopedia*, Greenwood Press, Londres, 2003, p. 28. <<

[2] *Ibidem*, p. vii. <<

[3] Cit. en *The Chinua Achebe Encyclopedia*, p. 135.<<

[4] En una memorable polémica académica, el crítico Charles Nnolim insinuó que Achebe había tomado íntegramente su historia de un panfleto titulado *The History of Umuchu*, publicado originalmente en 1953. A su vez la profesora Catherine Innes, una de las más notables estudiosas de la obra de Achebe, demostró en su réplica a Nnolim que la novela trasciende con mucho las referencias históricas concretas para engarzarlas con una pluralidad de intertextos. Vid. J. Morrison, *The Fiction of Chinua Achebe*, Palgrave, Londres, 2007.<<

[5] Véase C. L. Innes, *Chinua Achebe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

<<

[6] Cit. en J. Morrison, p. 94.<<